

# **Memorias de África**

**Isak Dinesen**

# 1

## KAMANTE Y «LULÚ»

**«Desde los Bosques y las Tierras Altas, venimos, venimos».**

### I

#### **La granja de Ngong**

Yo tenía una granja en África, al pie de las colinas de Ngong. El ecuador atravesaba aquellas tierras altas a un centenar de millas al norte, y la granja se asentaba a una altura de unos seis mil pies. Durante el día te sentías a una gran altitud, cerca del sol, las primeras horas de la mañana y las tardes eran límpidas y sosegadas, y las noches frías.

La situación geográfica y la altitud se combinaban para formar un paisaje único en el mundo. No era ni excesivo ni opulento; era el África destilada a seis mil pies de altura, como la intensa y refinada esencia de un continente. Los colores eran secos y quemados, como los colores en cerámica. Los árboles tenían un follaje luminoso y delicado, de estructura diferente a la de los árboles en Europa; no crecían en arco ni en cúpula, sino en capas horizontales, y su forma daba a los altos árboles solitarios un parecido con las palmeras, o un aire romántico y heroico, como barcos aparejados con las velas cargadas, y los linderos del bosque tenían una extraña apariencia, como si el bosque entero vibrase ligeramente. Las desnudas y retorcidas acacias crecían aquí y allá entre la hierba de las grandes praderas, y la hierba tenía un aroma como de tomillo y arrayán de los pantanos; en algunos lugares el olor era tan fuerte que escocía las narices. Todas las flores que encontrabas en las praderas o entre las trepadoras y lianas de los bosques nativos eran diminutas, como flores de las dunas; tan sólo en el mismísimo principio de las grandes lluvias crecía un cierto número de grandes y pesados lirios muy olorosos. Las panorámicas eran inmensamente vacías. Todo lo que se veía estaba hecho para la grandeza y la libertad, y poseía una inigualable nobleza.

La principal característica del paisaje y de tu vida en él era el aire. Al recordar una estancia en las tierras altas africanas te impresiona el sentimiento de haber vivido durante un tiempo en el aire. Lo habitual era que el cielo tuviera un color azul pálido o violeta, con una profusión de nubes poderosas, ingravidas, siempre cambiantes, encumbradas y flotantes, pero también tenía un vigor azulado, y a corta distancia coloreaba con un azul intenso y fresco las cadenas de colinas y los bosques. A mediodía el aire estaba vivo sobre la tierra, como una llama; centelleaba, se ondulaba y brillaba como agua

fluyendo, reflejaba y duplicaba todos los objetos, creando una gran Fata Morgana. Allí arriba respirabas a gusto y absorbías seguridad vital y ligereza de corazón. En las tierras altas te despertabas por la mañana y pensabas: «Estoy donde debo estar».

La montaña de Ngong se extiende, como una larga cordillera, de norte a sur y está coronada por cuatro majestuosos picos que, como olas inmóviles azul oscuro, se recortan contra el cielo. Tiene una altura de ocho mil pies sobre el nivel del mar y al este dos mil pies sobre la tierra que le rodea; pero hacia el oeste la vertiente es más profunda y empinada: las colinas bajan verticalmente hacia el valle de la Falla Grande.

El viento en las tierras altas soplabla de modo continuo de norte a nordeste. Es el mismo viento que por las costas de África y Arabia llaman el Monzón, el viento del este, que era el caballo favorito del rey Salomón. Allí arriba se sentía simplemente la resistencia del aire, como la tierra al lanzarse hacia adelante en el espacio. El viento corría directamente contra las colinas de Ngong y sus laderas ofrecían un lugar ideal para los planeadores, que podían ser levantados por las corrientes por encima de la montaña. Las nubes, que viajaban con el viento, chocaban contra las laderas de la colina y quedaban colgadas o eran atrapadas en la cima y rompían en lluvia. Pero las que iban más altas y evitaban el escollo se disolvían hacia el oeste, sobre el ardiente desierto del valle de la Falla. Muchas veces he seguido desde mi casa el avance de esas maravillosas procesiones, admirando sus orgullosas masas flotantes, que en seguida pasaban las colinas, se perdían en el aire azul y desaparecían.

Las colinas, vistas desde la granja, cambiaban de aspecto muchas veces durante el día, en ocasiones parecían muy cercanas y otras muy lejanas. Por la tarde, al oscurecer, parecía al principio como si en el cielo se hubiera dibujado una delgada línea plateada siguiendo la silueta de la montaña ensombrecida; luego, al caer la noche, los cuatro picos parecían planos y alisados, como si la montaña se hubiera extendido y estirado.

Desde las colinas de Ngong se tiene una vista única: hacia el sur se extienden las vastas llanuras del gran cazadero que llegan hasta el Kilimanjaro; hacia el este y hacia el norte la región que es como un parque, de colinas bajas con bosques detrás, y el terreno ondulante de la reserva kikuyu, que llega hasta el monte Kenya, a cien millas de distancia —un mosaico de pequeños campos de maíz cuadrados, huertos de plátanos y pastos, el humo azul aquí y allá de una aldea nativa como un pequeño grupo de toperas puntiagudas—. Pero hacia el oeste, muy abajo, yace el seco, el lunar paisaje de las tierras bajas africanas. El desierto pardo está irregularmente moteado por pequeñas matas de arbustos espinosos, los serpenteantes lechos de los ríos siguen el trazo de tortuosas sendas de color verde oscuro; esos son los bosques

de las poderosas mimosas con sus grandes ramas, con espinas como púas; allí crecen los cactus y es el hogar de la jirafa y el rinoceronte.

Cuando se penetra en la región de las colinas una se da cuenta de que es tremendamente grande, misteriosa y pintoresca; variada, con sus largos valles, matorrales, verdes laderas y peñascos escarpados. A gran altura, bajo uno de los picos, hay incluso un bosquecillo de bambúes. Hay manantiales y pozos en las colinas; he acampado allá arriba junto a ellos.

En mi época en las colinas de Ngong vivían el búfalo, el alce africano y el rinoceronte —los nativos más viejos recordaban un tiempo en que había elefantes—; y siempre lamenté que la montaña entera de Ngong no estuviera dentro de la Reserva. Sólo una pequeña parte estaba dentro de ella y el faro del pico del sur señalaba su límite. Al prosperar la colonia y convertirse Nairobi, la capital, en una ciudad grande, las colinas de Ngong podrían haber sido un cazadero sin par. Pero durante mis últimos años en África muchos de los jóvenes que trabajaban en el comercio de Nairobi venían hasta las colinas los domingos en motocicleta y disparaban contra todo lo que veían, y supongo que la caza mayor se habrá ido de las colinas, más hacia el sur, a través de los matorrales espinosos y el terreno pedregoso.

Se caminaba fácilmente por las colinas y hasta por los cuatro picos; la hierba era tan corta como la de un prado y entre ella aparecían de vez en cuando piedras grises. A lo largo de la cordillera, subiendo y bajando los picos, como un tren de cremallera suavemente empinado, había un estrecho sendero de caza. Una mañana, cuando estaba de acampada, subí y recorrí el sendero y encontré huellas frescas y estiércol de una manada de alces africanos. Los grandes y pacíficos animales debieron de subir hasta allí arriba al amanecer, caminando en una larga fila, y no puedo imaginarme que tuvieron otra razón más que la de mirar, flanqueados por grandes profundidades, la tierra que se extendía muy abajo.

En mi granja cultivábamos café. La tierra, sin embargo, era un poco alta, demasiado para ello y resultaba muy difícil sacarlo adelante; nunca nos hicimos ricos con el cafetal. Pero un cafetal es algo que se apodera de ti y no te suelta, y siempre hay algo que hacer: por lo general siempre estás atrasada en el trabajo.

En la fragosidad e irregularidad de la región, un trozo de tierra cultivado y cuidado según las reglas parecía muy hermoso. Más tarde, cuando volé sobre África y me familiaricé con el aspecto que ofrecía mi granja desde el aire, empecé a admirar mi cafetal, que resplandecía de un verde brillante en medio del gris verdoso de las tierras que lo rodeaban, y me di cuenta de cuánto necesitan las mentes humanas de las figuras geométricas. Toda la zona de Nairobi, especialmente el norte de la población, está dividida de la misma

forma y allí vive una gente que piensa y habla constantemente de plantar, podar o recolectar café, y que durante la noche, en la cama, continúa meditando sobre cómo mejorar sus cafetales.

Cultivar café es trabajo que requiere mucha paciencia. No se parece en absoluto al que te imaginabas cuando joven y llena de esperanza cogías tus cajas de relucientes esquejes de café del vivero, bajo una lluvia torrencial, y veías cómo los trabajadores de la granja ponían las plantas en hileras regulares de agujeros en la tierra húmeda y luego las protegían del sol con ramas arrancadas de los arbustos, porque la oscuridad es privilegio de lo que es joven. En cuatro o cinco años los árboles comienzan a dar frutos, pero entre tanto hay sequías, enfermedades y crecen tenaces semillas de maleza nativa — black jack—, cuyas largas y ásperas vainas se pegan a tus ropas y a tus medias. Algunos de los árboles, mal plantados, con sus raíces primarias torcidas, morirán al empezar a florecer. Se plantan poco más de seiscientos árboles por acre; y yo tenía seiscientos acres de tierra con café; pacientemente mis bueyes arrastraban las escarificadoras por los campos, arriba y abajo, entre las hileras de árboles, muchos miles de millas, esperando una futura recompensa. Hay momentos de gran belleza en un cafetal. Cuando florecía la plantación, al principio de las lluvias, había una visión radiante, como una nube de tiza en la neblina y la llovizna, en seiscientos acres de tierra. La flor del café tiene un delicado aroma, ligeramente amargo, como la flor del endrino. Cuando los frutos maduros enrojecían el campo, todas las mujeres y niños, a los que denominaban totos, eran llamados para recoger el café de las plantas, junto con los hombres; luego los carros y carretas llevaban el café hasta la factoría cercana al río. Nuestra maquinaria nunca fue muy buena, pero nosotros proyectamos y construimos la factoría y la apreciábamos mucho.

Una vez la factoría se quemó y tuvimos que reconstruirla. El gran secador de café daba vueltas y vueltas, haciendo sonar los granos en sus tripas de hierro como si fueran guijas que el mar lava en sus orillas. A veces el café se secaba en plena noche y entonces había que sacarlo del secador. Era un hermoso momento, con las linternas encendidas en la grande y sombría sala de la fábrica, llena por todas partes de telarañas y cáscaras de café, y los impacientes y relucientes rostros oscuros, a la luz de las lámparas alrededor del secador; sentías como si la factoría estuviera suspendida en la gran noche africana como una joya resplandeciente en la oreja de un etíope. Después el café era descascarillado, clasificado y seleccionado a mano, y luego empaquetado en sacos cosidos con una aguja de talabartero.

Al final, a primera hora de la mañana, cuando todavía estaba oscuro y yo aún no me había levantado, oía los carros cargados hasta los topes de sacos de café, doce una tonelada, con dieciséis bueyes por carro, que iniciaban su camino hacia la estación de ferrocarril de Nairobi, subiendo la larga cuesta de

la factoría entre gritos y matraqueo, y a los carreteros que corrían junto a los carros. Me gustaba pensar que esa era la única cuesta que iban a encontrar en su camino porque la granja estaba mil pies más alta que la ciudad de Nairobi. Por la tarde salía a encontrarme con la procesión que volvía: los agotados bueyes, con la cabeza baja, tiraban de los carros vacíos, guiados por un pequeño y agotado toto, y los cansados carreteros arrastraban su látigo por el polvo de la carretera. No podíamos hacer más. El café estaría navegando por el mar en uno o dos días y lo único que podíamos hacer era esperar a tener buena suerte en las grandes subastas de Londres.

Tenía seis mil acres de tierra y, por tanto, mucho terreno sobrante, además del cafetal. Parte de la granja era bosque nativo y uno mil acres tierras de aparceros, a los que llamaban shambas. Los aparceros eran nativos que, con sus familias, tenían unos cuantos acres en la granja de un hombre blanco y a cambio trabajaban para él un cierto número de días al año. Me parece que mis aparceros veían la relación de una manera diferente, porque muchos habían nacido en la granja, al igual que sus padres, y muy probablemente me consideraban una especie de aparcera superior asentada en sus propiedades. La tierra de los aparceros tenía más vida que el resto de la granja y cambiaba con las estaciones del año. El maíz sobresalía sobre tu cabeza cuando ibas caminando por los estrechos senderos endurecidos por los pasos, entre los altos, verdes y susurrantes regimientos, y luego se cortaba. Las mujeres recogían y desgranaban las alubias que maduraban en los campos, juntaban los tallos y vainas y los quemaban, así que, en determinadas estaciones, en la granja se elevaban delgadas columnas de humo azul. Los kikuyus también cultivaban boniatos, de hojas parecidas a las de la viña, que se extendían por el suelo como una tupida y complicada estera, y calabazas grandes de diversos tipos moteadas de amarillo y verde.

Al entrar en las shambas de los kikuyus lo primero que te llamaba la atención era el trasero de una anciana rastrillando el suelo, como el cuadro de un avestruz que esconde su cabeza en la arena. Cada familia kikuyu tiene varias cabañas pequeñas, redondas y puntiagudas, y otras que sirven de almacén; el espacio entre las cabañas está lleno de vida y su suelo es duro como el cemento; allí se muele el maíz, se ordeñan las cabras y corren los niños y las gallinas. Solía cazar faisanes con espolones en los campos de boniato en torno a las cabañas, a la luz azulada del crepúsculo, y las palomas torcaces zureaban su sonora canción en los árboles de troncos altos y flaqueados, restos que aún quedaban en las shambas de los bosques que una vez cubrieron toda la granja.

Tenía, además, dos mil acres de pradera en la granja. Las altas hierbas corrían y huían como las olas del mar azotadas por el viento y los pastorcillos kikuyus apacentaban las vacas de sus padres. En las estaciones frías llevaban

consigo carbones encendidos en cestitas de mimbre, lo que a veces provocaba grandes incendios que eran desastrosos para el pastoreo en la granja. En los años de sequía las cebras y los alces bajaban hasta los prados de la granja.

Nairobi era nuestra ciudad, a doce millas de distancia, allá abajo en una porción de tierra llana entre colinas. Allí estaba la casa del Gobierno y las grandes oficinas centrales; desde allí se gobernaba el país.

Es imposible que una ciudad no desempeñe un papel en tu vida, no importa lo bueno o lo malo que puedas decir de ella, tu espíritu se siente atraído por la ley mental de la gravitación. La luminosa calina del cielo sobre la ciudad por la noche, que se veía desde algunos lugares de mi granja, me hacía pensar y me recordaba las grandes ciudades de Europa.

Cuando llegué por primera vez a África no había coches en el país y teníamos que cabalgar hasta Nairobi o íbamos en un carro arrastrado por seis mulas, que dejábamos luego en los establos de The Highland Transport. Durante toda mi época Nairobi fue una ciudad variopinta, con unos cuantos nuevos y espléndidos edificios de piedra y zonas enteras de viejas tiendas, oficinas y bungalows contruidos de chapa ondulada, con hileras de eucaliptos, en calles desnudas y polvorientas. Las oficinas del Alto Tribunal, el Departamento de Asuntos Nativos y el Departamento Veterinario estaban instalados de cualquier manera: sentía un gran respeto hacia aquellos funcionarios gubernamentales capaces de trabajar en unas habitaciones asfixiantes y oscuras como un pozo. A pesar de todo Nairobi era una ciudad donde podías hacer compras, enterarte de noticias, almorzar o cenar en los hoteles y bailar en el club. Un lugar animado que se movía como agua fluyendo y crecía como algo joven, que cambiaba de año en año, mientras estabas fuera en un safari. La nueva casa del Gobierno estaba ya construida y era un edificio majestuoso y fresco, con un espléndido salón de baile y un bonito jardín; se levantaban grandes hoteles, se celebraban grandes e impresionantes exposiciones agrícolas y florales, y nuestra Quasi Gente Bien de la colonia de vez en cuando animaba la ciudad con trifulcas de melodrama ligero. Nairobi te decía: «Aprovéchate lo que puedas de mí y del tiempo. Wir kommen nie wieder so jung», tan indisciplinada y rapaz, «zusammen». Por lo general, Nairobi y yo nos entendíamos muy bien y una vez en que iba conduciendo por la ciudad y pensé: «El mundo no existiría sin las calles de Nairobi».

Los barrios de los nativos y de los emigrantes de color eran muy grandes en comparación con la ciudad europea.

La ciudad Swaheli, en la carretera al Club Muthaiga, gozaba de dudosa reputación; era un lugar animado, sucio y chillón, en donde a cualquier hora ocurrían cosas. Estaba construida fundamentalmente con latas viejas de

parafina aplanadas a martillazos y en diversos grados de oxidación, como el coral, de cuya estructura fosilizada el espíritu de la civilización avanzada se alejaba continuamente.

La ciudad Somalí estaba más lejos de Nairobi debido, supongo, al sistema somalí de aislamiento de sus mujeres. En mis tiempos había unas cuantas muchachas somalíes, jóvenes y hermosas, cuyos nombres conocía todo el mundo, que se fueron a vivir al Bazaar y le tomaban el pelo a la policía de Nairobi; eran inteligentes y cautivadoras. Pero a las mujeres somalíes honradas nunca se las veía en la ciudad. La ciudad Somalí estaba expuesta a todos los vientos, sin sombra y con polvo, y a los somalíes les debía de recordar sus desiertos nativos. Los europeos, que viven durante mucho tiempo, generaciones incluso, en el mismo sitio, no pueden acostumbrarse a la completa indiferencia ante lo que les rodea que caracteriza a las razas nómadas. Las casas somalíes estaban diseminadas irregularmente por el terreno desnudo y parecía como si hubieran sido sujetas por clavos de cuatro pulgadas para que duraran una semana. Lo que resultaba sorprendente es que cuando entrabas en ellas te encontrabas con interiores ordenados y frescos, perfumados con inciensos árabes, con preciosas alfombras y tapices, vasijas de bronce y de plata, y espadas con empuñaduras de marfil y nobles hojas. Las mujeres somalíes poseían unos modales dignos y corteses, eran hospitalarias y alegres, con una risa que sonaba como campanillas de plata. Me sentía a gusto en su aldea somalí gracias a mi criado somalí, Farah Aden, que estuvo conmigo durante toda mi época africana, y asistí a muchas de sus fiestas. Una boda somalí es una soberbia celebración tradicional. Como invitada de honor me llevaban a la habitación de la novia, de cuyas paredes y lecho nupcial colgaban antiguos tejidos resplandecientes y bordados, en medio de los cuales se veía a la muchacha de oscuros ojos, derecha como el bastón de un mariscal, vestida con pesadas sedas, oro y ámbar.

Los somalíes eran tratantes de ganado y comerciaban por todo el país. Para el transporte de las mercancías empleaban burritos grises y a veces camellos, que eran altivos, endurecidos productos del desierto, más allá de los sufrimientos terrenales, como los cactus y los somalíes.

Las terribles disputas tribales perjudicaban mucho a los somalíes. En este aspecto sentían y razonaban de un modo distinto al resto de la gente. Farah pertenecía a la tribu Habr Yunis, así que personalmente, cuando había una riña, me ponía de su parte. Una vez hubo una verdadera batalla entre las dos tribus de Dulba Hantis y Habr Chaolo, con disparos e incendios, y muriendo diez o doce personas antes de que pudiera intervenir el Gobierno. Farah tenía un joven amigo de su propia tribu, llamado Sayid, muy simpático, que solía venir por la granja, así que me apenó cuando me contaron los sirvientes que estaba de visita en una casa de los Habr Chaolo cuando un miembro iracundo



de los Dulba Hantis disparó dos tiros al azar a través del muro de la casa, rompiendo la pierna del muchacho. Le dije a Farah que sentía la desgracia de su amigo.

—¿Qué? ¿Sayid? —exclamó con vehemencia—. Se lo merecía. ¿Quién le mandó ir a tomar el té a casa de un Habr Chaolo?

Los indios de Nairobi dominaban el gran barrio nativo del Bazaar y sus grandes mercaderes poseían pequeñas villas en las afueras de la ciudad: Jevanjee, Suleiman Virjee, Allidina Visram. Les encantaban las escaleras de piedra labrada, las balaustradas y los jarrones, no muy bien tallados en la blanda piedra del país —como las construcciones que hacen los niños con piezas de color rosa—. Daban té en sus jardines, con pastelillos indios al estilo de las villas, y eran gente astuta, viajada y sumamente cortés. Pero los indios de África son comerciantes tan codiciosos que una nunca sabía si estaba frente a un ser humano o ante el cerebro de una firma comercial. Estuve en la casa de Suleiman Virjee y cuando una vez vi la bandera a media asta sobre su complejo comercial, le pregunté a Farah:

—¿Ha muerto Suleiman Virjee?

—Muerto a medias —dijo Farah.

—¿Ponen las banderas a media asta cuando uno está medio muerto?

—Suleiman ha muerto —dijo Farah—. Virjee está vivo.

Antes de hacerme cargo de la dirección de la granja me gustaba mucho cazar y participé en numerosos safaris. Pero en cuanto me convertí en granjera, guardé mis rifles.

Los masai, la nación nómada y ganadera, eran vecinos de la granja y vivían al otro lado del río; de vez en cuando alguno venía a casa a quejarse de que un león mataba sus vacas y me pedía que lo cazara; lo hacía, si podía. Algunos sábados, seguida de una alegre comitiva de jóvenes kikuyus, iba también a las llanuras de Orungui a cazar una o dos cebras para que las comieran mis jornaleros. Mataba pájaros en la granja, faisanes con espolones y gallinas de Guinea, que eran una excelente comida. Pero durante muchos años dejé las expediciones de caza.

Sin embargo, con frecuencia en la granja hablábamos de los safaris que habíamos hecho. Los lugares de las acampadas se fijan en tu mente como si hubieras vivido durante mucho tiempo en ellos. Recordabas la huella de una curva de tu carro en la hierba de la pradera como los rasgos de un amigo.

En los safaris había visto una manada de búfalos, ciento veintinueve, que emergían de la niebla matinal bajo un cielo cobrizo, de uno en uno, como si aquellos oscuros y enormes animales, como de hierro, con sus poderosos

cuernos que se balanceaban horizontalmente no se acercaran, sino que se fueran creando ante mis ojos y desaparecieran a medida que quedaban terminados. Vi a una manada de elefantes que viajaba por el espeso bosque nativo, donde la luz solar se derrama entre las espesas trepadoras formando manchitas y franjas, y que caminaban pausadamente como si tuvieran una cita al fin del mundo. Era, en tamaño gigantesco, como el reborde de una viejísima e infinitamente preciosa alfombra persa, con matices de verde, amarillo y negro amarronado. Muchas veces a través de las palmeras vi el paso de las jirafas con su curiosa e inimitable gracia vegetal, como si no fuera una manada de animales, sino una familia de flores enormes, raras, de tallos largos y moteados, que avanzara lentamente. Había seguido a dos rinocerontes en su paseo matinal, cuando resoplaban y olisqueaban en el aire del amanecer —tan frío que duele la nariz—, y que parecían dos enormes pedruscos angulares retozando en el largo valle y disfrutando juntos de la vida. Y también había visto al león real, antes del alba, bajo la luna menguante, cuando cruza la pradera gris camino de casa después de la matanza, y deja una oscura estela en la hierba plateada, con el rostro todavía rojo hasta las orejas, o durante la siesta, al mediodía, cuando reposaba satisfecho en medio de su familia sobre la hierba corta y a la delicada sombra primaveral de las anchas acacias de su parque africano.

Era agradable evocar esas cosas en los momentos aburridos en la granja. Y la gran caza estaba allí todavía, en su propio país; podía ir en su busca una vez más si quería. Su proximidad otorgaba brillo e interés a la granja. Farah —aunque con el tiempo llegó a ocuparse más de los asuntos de la granja— y mis antiguos servidores de safari vivían con la esperanza de otras cacerías.

En la espesura aprendí a recelar de los movimientos bruscos. Las criaturas con quienes tratas son tímidas y vigilantes, saben esquivarte cuando menos te lo esperas. Ningún animal doméstico es capaz de una quietud igual a la de un animal salvaje. La gente civilizada ha perdido la capacidad de estarse quieta y debe aprender en silencio de la vida salvaje antes de que ésta te acepte. El arte de moverse suavemente, sin brusquedades, es lo primero que debe estudiar el cazador, sobre todo si lleva una cámara. Los cazadores no pueden hacer lo que quieren, deben mezclarse con el viento y con los colores y olores del paisaje y adaptarse al tempo de todo el conjunto. A veces un movimiento se repite una y otra vez y deben copiado.

Cuando atrapas el ritmo de África te das cuenta de que es el mismo que el de toda su música. Lo que aprendí de la caza en el país me fue útil con los nativos.

El amor a la mujer y a la feminidad es una característica masculina, y el amor al hombre y a la masculinidad es una característica femenina, y hay una sensibilidad especial hacia los países y razas del sur que es una cualidad

nórdica. Los normandos debieron enamorarse de los países extranjeros, Francia primero, luego Inglaterra. Aquellos viejos milords de la historia y literatura del siglo XVIII que están siempre viajando por Italia, Grecia y España no tenían nada de meridional en sus naturalezas, sino que les atraía y les fascinaba algo que era completamente distinto a ellos. Los antiguos pintores, filósofos y poetas germánicos y escandinavos cuando llegaban por primera vez a Florencia y Roma, se arrodillaban, para adorar al sur.

Aquella gente tan impaciente tenía una curiosa e ilógica paciencia con respecto a aquel mundo ajeno. De la misma manera que es casi imposible que una mujer irrite a un hombre verdadero, y que ningún hombre desdeña por completo a las mujeres, ni las rechaza del todo, así la impulsiva y pelirroja gente del norte era capaz de soportar cualquier cosa de los países y razas tropicales. Había cosas que no hubieran soportado ni en sus países ni a sus allegados, pero aceptaban las sequías de las tierras altas africanas, las insolaciones, la ictericia hematórica del ganado y la incompetencia de los sirvientes nativos, con humildad y resignación. Su misma sensación de individualidad se iba perdiendo por las infinitas posibilidades de relacionarse que existen entre personas que pueden llegar a formar una unidad, aunque sea a través de las muchas diferencias de carácter que las separan. La gente de Europa meridional y las personas de sangre mezclada no tienen esa cualidad; la condenan o la desprecian. Así, los hombres muy varoniles desprecian a los enamorados melancólicos y las mujeres muy racionales, que no tienen paciencia con sus hombres, se sienten indignadas ante Griselda.

En cuanto a mí, desde mis primeras semanas en África sentí un intenso afecto por los nativos. Era un sentimiento muy fuerte que comprendía a todas las edades y los dos sexos. El descubrimiento de las razas de piel oscura fue una magnífica ampliación de mi mundo. Como una persona con una simpatía innata hacia los animales que crece en un medio donde no los hay y entra en contacto con ellos en su madurez; o como una persona a la que le gustan instintivamente los bosques y las selvas y entra en uno de ellos por primera vez en su vida cuando tiene veinte años; o como alguien con oído para la música que la oye por primera vez ya mayor, casos así pueden ser similares al mío. Una vez que hube conocido a los nativos acordé la rutina de mi vida cotidiana con la orquesta.

Mi padre fue oficial de los Ejércitos danés y francés y cuando era un jovencísimo teniente en Düppel, escribió a casa: «Allí en Düppel fui oficial de una columna grande. Era un trabajo duro, pero espléndido. El amor a la guerra es una pasión como cualquier otra, amas a los soldados como amas a las mujeres jóvenes, hasta la locura; pero un amor no excluye al otro, como saben las chicas. El amor a las mujeres es para una cada vez, mientras que el amor a los soldados abarca al regimiento entero, que te gustaría que fuera lo mayor

posible». A mí me pasaba lo mismo con los nativos.

No era fácil llegar a conocer a los nativos. Eran rápidos de oído y evanescentes; si los asustabas, en un segundo podían retirarse a su mundo, al igual que los animales salvajes desaparecen ante un brusco movimiento que tú hagas: simplemente ya no están ahí. Hasta que no conoces bien a un nativo es imposible conseguir una respuesta suya a derechas. Ante una pregunta directa de cuántas vacas tiene, te responde evasivamente: «Tantas como le dije ayer». Va contra los sentimientos de los europeos ser respondidos de una manera semejante, como muy probablemente va contra los sentimientos de los nativos ser interrogados de esa forma. Si les presionábamos o acosábamos para que nos explicaran su comportamiento, esquivaban la respuesta cuanto podían y luego empleaban una grotesca fantasía humorística para conducirnos a una pista falsa. Hasta los niños pequeños, en una situación de ese tipo, adquirirían las cualidades de un veterano jugador de póker, que no se preocupa si sobrevaloras o infravaloras su jugada con tal de que no conozcas sus cartas verdaderas. Cuando realmente lográbamos entrar en la existencia de los nativos actuaban como hormigas cuando metes un palo en un hormiguero; reparaban el daño con una incansable energía, rápida y silenciosamente, como si borrarán una acción vergonzosa.

No podíamos saber ni imaginar qué clases de peligros temían que les podían deparar nuestras manos. Yo creo que nos (temían de la misma manera que se teme un terrorífico ruido repentino, no como se teme a la muerte o al dolor. Pero era muy difícil de saber, porque los nativos poseen el gran arte del mimo. En las shambas, por la mañana, te encontrabas a veces faisanes con espolones que corrían ante tu caballo como si tuvieran el ala rota y temieran que le cogieran los perros. Pero su ala no estaba rota ni tenían miedo de los perros —podían alzar el vuelo ante ellos cuando quisiera—, lo que pasaba es que su nidada de polluelos estaba cerca y querían llamar nuestra atención para que no la descubriéramos. Al igual que el faisán, los negros simulaban que nos tenían miedo, porque había otra amenaza más profunda cuya naturaleza no podíamos adivinar. O quizá resultara que su comportamiento con nosotros entrañaba una extraña broma y que aquella gente tan tímida no nos temía en absoluto. Los nativos tienen mucho menos sentido de los riesgos de la vida que los hombres blancos. A veces en un safari o en la granja, en momentos de suma tensión, mi mirada se encontraba con la de mis compañeros nativos y sentía que estábamos muy lejos unos de otros y que ellos no comprendían mi temor ante el peligro. Pensé que tal vez fueran en su vida, dentro de su elemento, como nosotros no podremos ser nunca, como peces en aguas profundas que por mucho que se esforzaran no podrían entender nuestro temor a ahogarnos. Esta seguridad, este arte de nadar, lo tenían, en mi opinión, porque habían conservado un conocimiento que para nosotros se ha perdido con nuestros primeros padres; entre todos los continentes es África quien nos

lo puede enseñar: que Dios y el Diablo son una unidad, la majestad coeterna, no dos seres creados, sino uno sólo, y los nativos nunca confunden a las personas ni dividen la sustancia.

En nuestros safaris y en la granja mi conocimiento de los nativos llegó a convertirse en una relación estable y personal. Éramos buenos amigos. Acepté el hecho de que nunca llegaría a conocerles ni a entenderles del todo, mientras que ellos me conocían perfectamente y sabían qué decisión iba a tomar antes de que yo misma estuviera segura. Durante algún tiempo tuve una pequeña granja allá arriba, en Gil-Gil, donde vivía en una tienda de campaña y viajaba por ferrocarril entre Gil-Gil y Ngong. En Gil-Gil a lo mejor decidía de pronto volver a casa cuando comenzaba a llover, pero cuando llegaba a Kikuyu, que era nuestra estación en la línea de ferrocarril, y desde donde había diez millas hasta la granja, uno de los míos estaba allí, con una mula, para que hiciera el camino cabalgando. Cuando les preguntaba cómo sabían que iba a bajar, miraban para otro lado, parecían sentirse incómodos, asustados o aburridos, de la misma manera que nos sentiríamos nosotros si una persona sorda se empeñara en que le explicáramos una sinfonía. Cuando los nativos se sentían a salvo de nuestros ruidos repentinos y de nuestros bruscos movimientos, nos hablaban con mucha más franqueza de lo que lo hacen los europeos entre sí. Nunca eran de fiar, pero sí noblemente sinceros. Un buen nombre —lo que se llama de prestigio— significaba mucho en el mundo nativo. Parecía como si en un momento determinado hubieran hecho una valoración conjunta sobre ti, de la que nunca se echarían atrás.

A veces la vida en la granja era muy solitaria y en la quietud de los atardeceres, cuando los minutos goteaban del reloj, la vida parecía caer goteando de ti también sólo porque no tenías gente blanca con la que hablar. Pero durante todo el tiempo tuve conciencia de que la existencia silenciosa y apartada de los nativos corría paralela con la mía, en un plano diferente. Los ecos pasaban de la una a la otra.

Los nativos eran África en carne y hueso. El alto volcán extinguido de Longonot, que domina el valle de la Falla, las grandes mimosas que se alzan a lo largo de los ríos, los elefantes y las jirafas, no eran más africanos que los nativos —pequeñas figuras en un vasto escenario—. Todas eran expresiones diferentes de una idea, variaciones sobre el mismo tema. No era un revoltijo congénito de átomos heterogéneos, sino un revoltijo heterogéneo de átomos congénitos, como ocurre con la hoja de roble, la bellota y el objeto hecho de roble. Nosotros, mandando y siempre con prisas, chocábamos frecuentemente con el paisaje. Los nativos están en armonía con él y cuando esa gente de talla elevada, esbelta, oscura y de ojos negros viaja —siempre en fila india, así que hasta las grandes venas del tráfico nativo son estrechos senderos—, trabajan la tierra, cuidan del ganado, celebran sus grandes danzas o te cuentan un cuento,

es África la que vaga, danza y te entretiene. En las tierras altas recordaba las palabras del poeta:

Siempre encontré  
noble al Nativo  
e insípido al emigrante.

La colonia cambia y ya ha cambiado mucho desde que viví allí. Cuando escribo con toda la precisión que me es posible mis experiencias con la granja, con el país y con algunos de los habitantes de las llanuras y de los bosques, puede que tenga algún tipo de interés histórico.

## II

### Un niño nativo

Kamante era un pequeño kikuyu, hijo de uno de mis aparceros. Solía conocer a los hijos de mis aparceros porque trabajaban para mí en la granja y porque solían rondar mi casa, dejando a sus cabras pastar en el prado, a la espera de que ocurriera algo de interés. Pero Kamante debía de llevar viviendo unos años en la granja antes de que yo le viera; supongo que había llevado una vida de reclusión, como un animal enfermo.

Me encontré con él la primera vez cuando yo iba cabalgando por la llanura de la granja y él estaba apacentando las cabras de su gente. Era el objeto más digno de piedad que podías imaginar. Tenía la cabeza grande y su cuerpo era terriblemente pequeño y delgado, sus codos y sus rodillas parecían como los nudos de una caña y sus piernas estaban cubiertas de llagas abiertas, desde los muslos hasta los talones. Allí, en la llanura, se le veía extraordinariamente pequeño, tanto, que te impresionaba que semejante cantidad de sufrimiento se concentrara en un solo punto. Cuando me detuve y le hablé no me contestó y pareció no verme. En su rostro inexpresivo, anguloso, acosado e infinitamente paciente sus ojos carecían de brillo; eran opacos como los ojos de un muerto. Parecía como si no fuera a vivir más de unas semanas y esperabas ver buitres, que nunca están lejos de la muerte en la pradera, allí arriba, en el pálido y ardiente aire sobre su cabeza. Le dije que viniera a casa a la mañana siguiente porque iba a intentar curarle.

Yo hacía de médico para la gente de la granja casi todas las mañanas, de nueve a diez, y, como todos los grandes curanderos, tenía un numeroso círculo de pacientes, y generalmente entre dos y doce enfermos me esperaban alrededor de la casa.

Los kikuyu están preparados para lo imprevisto y acostumbrados a lo inesperado. En esto son diferentes de los blancos, que en gran medida se esfuerzan en precaverse contra lo desconocido y de los asaltos del destino. Los negros están en buenas relaciones con el destino, porque toda su vida está en sus manos desde siempre; en cierto modo para ellos es su hogar, la penumbra familiar de la cabaña, el molde profundo de sus raíces. Se enfrentan con cualquier cambio en sus vidas con gran calma. Entre las cualidades que buscan en un amo, en un médico o en Dios, la imaginación, me parece, ocupa uno de los primeros lugares. Quizá esta inclinación sea la que haga que el califa Harun al Raschid conserve en los corazones de África y de Arabia su posición de gobernante ideal; con él nadie sabía nunca lo que iba a hacer ni qué pensaba. Cuando los africanos hablan de la personalidad de Dios hablan como en las Mil y Una Noches o como los últimos capítulos del Libro de Job; lo que les impresiona es esa misma cualidad, el poder infinito de la imaginación.

Fue esa característica de mi gente la que me proporcionó tanta popularidad o fama como médico. Cuando vine por primera vez a África viajé en el mismo barco que un gran científico alemán, que hacía su vigésimo tercer viaje para estudiar la cura de la enfermedad del sueño, y que tenía más de cien ratas y conejillos de Indias consigo. Me contó que su principal dificultad con los pacientes nativos residía no en que carecieran de valor —frente al dolor o a una importante operación quirúrgica generalmente mostraban poco miedo—, sino en su profunda animosidad contra todo lo que significara regularidad, tratamiento continuado, sistematización; y eso era algo que el gran médico alemán no podía comprender. Pero cuando yo llegué a conocer a los nativos esa cualidad suya fue la que más me gustó. Poseían un coraje auténtico: un gusto no adulterado del peligro —verdadera respuesta creativa a la manifestación de su suerte—, el eco de la tierra cuando ha hablado el cielo. A veces he pensado que en el fondo de sus corazones lo que temían de nosotros era la pedantería. En manos de un pedante se morían de pena.

Mis pacientes esperaban en una terraza pavimentada fuera de casa. Se sentaban en cuclillas los viejos esqueletos de hombres con toses desgarradoras y ojos llorosos, los jóvenes alborotadores de cuerpo esbelto y terso con ojos hinchados y bocas magulladas, y las madres con sus niños febriles, como florecillas reseca, colgados de sus cuellos. Con frecuencia tenía que tratar quemaduras graves porque los kikuyus duermen por la noche alrededor de las fogatas de sus cabañas y a veces se les caían encima las pilas de madera ardiendo y de carbón de leña —entonces, cuando se me agotaba la reserva de medicamentos, descubrí que la miel no era mal ungüento para las quemaduras—. El ambiente de la terraza era animado, electrizante, como el de los casinos en Europa. El murmullo de las bulliciosas conversaciones se detenía al salir yo, pero el silencio estaba preñado de posibilidades, había llegado el momento en que podía ocurrir cualquier cosa. Sin embargo, siempre esperaban a que

escogiera a mi primer paciente.

Yo sabía muy poco de medicina, sólo lo que aprendes en un cursillo de primeros auxilios. Pero mi renombre como médico se extendió por pura casualidad gracias a unas cuantas curas afortunadas y no menguó por los errores catastróficos que cometí otras veces.

Si hubiera sido capaz de garantizar la curación de mis pacientes en todos los casos, ¿quién sabe si su círculo no hubiera disminuido? Hubiera adquirido prestigio profesional —he aquí una doctora muy eficiente de Volaia—, ¿pero estarían seguros de que el Señor seguía conmigo? Porque conocían al Señor por los largos años de sequía, por los leones que por la noche vagaban por la llanura, por los leopardos que merodeaban las cabañas cuando estaban los niños solos en ellas y por los enjambres de langostas que descendían sobre el suelo, nadie sabía de dónde, sin dejar una brinza de hierba a su paso. Lo conocían por las horas de increíble felicidad cuando los enjambres pasaban sobre los campos de maíz sin detenerse, o en primavera, cuando las lluvias llegaban temprano y en abundancia, haciendo que prados y llanuras florecieran y dieran buenas cosechas. Así que aquella doctora tan eficiente de Volaia podía ser una intrusa en lo que respecta a las cosas verdaderamente importantes de la vida.

Para mi sorpresa Kamante apareció en casa a la mañana siguiente de nuestro primer encuentro. Se quedó allí, de pie, un poco apartado de los tres o cuatro enfermos que había, erguido, con su rostro lleno de signos de muerte, como si después de todo sintiera más apego a la vida y hubiera decidido intentar aprovechar esa última oportunidad de agarrarse a ella.

Con el tiempo demostró ser un excelente paciente. Venía cuando le ordenaba que viniera, sin falta, y sabía medir el tiempo cuando le decía que volviera cada tres o cuatro días, cosa poco habitual entre los nativos. Soportaba el difícil tratamiento de sus llagas con un estoicismo como jamás había visto. En todos estos aspectos podía presentarlo como modelo a los demás, pero no lo hice porque al mismo tiempo me producía una gran inquietud en el espíritu.

Raras, muy raras veces, había conocido a una criatura tan salvaje, a un ser humano tan totalmente aislado del mundo, y, con una especie de resignación tenaz e implacable, totalmente cerrado a la vida que le rodeaba. Podía hacer que me contestara cuando le preguntaba algo, pero nunca decía voluntariamente una palabra y nunca me miraba. No tenía ninguna piedad y se reía despectivamente, como si estuviera de vuelta de todo, ante las lágrimas de los otros niños enfermos cuando les lavaba y vendaba, pero tampoco les miraba nunca. No sentía ningún deseo de contacto con el resto del mundo, los contactos que había tenido debieron de ser demasiado crueles. Su entereza de



ánimo frente al dolor era la entereza de un viejo guerrero. Ningún mal podía ya sorprenderle porque estaba, por su vida y su filosofía, preparado para lo peor.

Todo ello con gran estilo y haciendo recordar la profesión de fe de Prometeo: «El dolor es mi elemento y el odio es el tuyo. Podéis hacerme pedazos. No me importa», y «Tu perfidia es atroz. Eres omnipotente». Pero en una persona de aquel tamaño te resultaba incómodo, era algo que te descorazonaba. «¿Y Dios qué pensará», me dije, «al ver ese ánimo en un ser humano tan pequeño?». Recuerdo muy bien la primera vez que me habló y me miró espontáneamente. Debió de ser bastante después de nuestro primer encuentro, porque había renunciado al tratamiento primitivo y estaba probando uno nuevo, una cataplasma caliente que venía en mis libros. Mi deseo de hacer las cosas lo mejor posible me llevó a calentada demasiado y cuando le puse la cataplasma en la pierna y apreté la venda con fuerza excesiva, Kamante habló:

—Msabu —dijo, y me miró profundamente.

Los nativos usan esa palabra india cuando se dirigen a una mujer blanca, pero la pronuncian de un modo un poco diferente, convirtiéndola en una palabra africana, con una resonancia distinta. En boca de Kamante era un grito de auxilio, pero también una palabra de advertencia, como la que podía decirte un amigo leal para que dejaras de hacer algo indigno de ti. Pensé en ello con esperanza después. Tenía mis ambiciones como doctora y sentí haberle aplicado una cataplasma demasiado caliente, pero por otra parte me alegré porque fue el primer atisbo de entendimiento entre aquel niño salvaje y yo. El duro sufridor, que no esperaba más que sufrimiento, no lo esperaba de mi mano.

Pese a las curas que yo le suministraba, las cosas no parecían muy esperanzadas. Durante mucho tiempo seguí lavando y vendando la pierna, pero la enfermedad me superaba. De vez en cuando mejoraba un poco, pero entonces las llagas aparecían en nuevos sitios. Por fin decidí llevarle al hospital de la Misión escocesa.

Esta decisión mía resultó dramática y tuvo la virtud de impresionarle: no quiso ir. Su vida y su filosofía le impedían protestar mucho contra cualquier cosa, pero cuando le llevé a la Misión y le dejé en el largo edificio del hospital, en un ambiente totalmente extraño y misterioso para él, temblaba.

Tenía como vecinas la Misión de la Iglesia escocesa a doce millas al noroeste, quinientos pies más alta que la granja; y la Misión de la Iglesia católica francesa, a diez millas más al este, sobre tierra más llana y a quinientos pies menos de altitud. No sentía ninguna simpatía por las misiones, pero personalmente me llevaba bien con ellas y lamentaba que vivieran entre sí en un estado de hostilidad constante.

Los padres franceses eran mis mejores amigos. Solía ir a caballo con Farah a oír misa con ellos los domingos por la mañana, en parte porque así podía hablar un poco en francés y en parte porque había un hermoso paseo hasta la Misión. Durante un largo trecho el camino corría a través de una plantación de acacias del Departamento Forestal, y su viril y fresco olor a pino era dulce y grato por las mañanas.

Es extraordinario comprobar cómo la Iglesia de Roma lleva su atmósfera doquiera que vaya. Los padres habían proyectado y construido su iglesia ellos mismos, con ayuda de su congregación nativa, y estaban, con toda razón, muy orgullosos de ella. Era una iglesia grande y hermosa, de color gris con su campanario; se erguía sobre un amplio atrio sobre terrazas y escalinatas, en medio de un cafetal, que era el más antiguo de la colonia y que administraban muy hábilmente. En el atrio, a un lado, estaba el refectorio con sus arcadas y al otro el convento, con la escuela y el molino junto al río, y para llegar hasta la iglesia tenías que pasar por un puente de arcos. Todas las construcciones eran de piedra gris y cuando bajabas cabalgando se las veía, ordenadas e impresionantes en el paisaje, de manera que podían estar en un cantón del sur de Suiza o en el norte de Italia.

Cuando la misa había terminado, los amables padres me esperaban a la puerta de la iglesia para invitarme a un petit verre de vin en el espacioso y fresco refectorio, al otro lado del atrio; era magnífico oír cómo estaban al tanto de todo lo que ocurría en la colonia, hasta sus rincones más remotos. También, so capa de una conversación tranquila y benevolente, te sonsacaban toda clase de noticias, como un pequeño y animado grupo de abejas pardas y peludas — porque todos tenían espesas y largas barbas— pegado a una flor para proveerse de miel. Pero a la vez que se les veía tan interesados en la vida de la colonia seguían siendo, a su estilo francés, exiliados, paciente y alegremente sometidos a elevadas órdenes de misteriosa naturaleza. Si no fuera por la desconocida autoridad que les hacía permanecer en aquel lugar te dabas cuenta de que no estarían allí, ni tampoco la iglesia de piedra gris con su alto campanario, ni las arcadas, ni la escuela, ni su ordenado cafetal, ni la Misión. Porque cuando les llegara la orden de relevo dejarían que los asuntos de la colonia se cuidaran por sí mismos y volverían lo más rápido posible a París.

Farah, que se quedaba cuidando a los dos ponis mientras yo estaba en la iglesia y en el refectorio, de vuelta a la granja percibía mi buen humor. Era un piadoso mahometano y no tocaba el alcohol, pero consideraba que el vino y la misa eran parte de los ritos de mi religión.

A veces los padres franceses venían hasta la granja en sus ciclomotores para almorzar, me citaban fábulas de Lafontaine y me daban buenos consejos sobre mi cafetal.

No conocía tanto la Misión escocesa. Desde allá arriba se contemplaba una vista espléndida, que abarcaba todo el país kikuyu, pero de todos modos la Misión me daba una impresión de ceguera, como si no pudiera ver nada por sí misma. La Iglesia de Escocia hacía lo posible para que los nativos se pusieran ropas europeas, lo que en mi opinión no era bueno desde ningún punto de vista. Pero tenían un hospital muy bueno en la Misión: cuando yo vivía allá lo dirigía el doctor Arthur, un médico filantrópico e inteligente. Salvaron la vida de mucha gente de la granja.

En la Misión escocesa tuvieron a Kamante durante tres meses. En todo ese período le vi una vez. Cabalgaba yo más allá de la Misión, camino de la estación ferroviaria Kikuyu, por la carretera que corre paralela durante un trecho a los terrenos del hospital. Vi a Kamante, estaba solo, a cierta distancia de los grupos que formaban los demás convalecientes. Por entonces se había recuperado notablemente y podía correr. Cuando me vio se acercó hasta la valla y corrió conmigo mientras ésta bordeaba el camino. Siguió trotando como un potrillo en su corral por su lado de la valla mientras yo pasaba cabalgando y clavó sus ojos en mi poni, pero no dijo una palabra. Al llegar a la esquina de los terrenos del hospital tuvo que detenerse, y mientras yo seguía mi camino, miré hacia atrás, le vi de pie, totalmente inmóvil, con la cabeza erguida mirándome fijamente, como hace un potrillo cuando te alejas. Le dije adiós con la mano un par de veces; la primera no reaccionó en absoluto, luego su brazo se alzó como un asta de bomba pero solamente una vez.

Kamante volvió a mi casa la mañana del domingo de Pascua y me entregó una carta del hospital en la que me decían que estaba mucho mejor y que creían que estaba curado para siempre. Debía de conocer algo de su contenido porque miró con atención mi rostro mientras lo leía, pero no quería hablar porque había cosas más importantes en su mente. Kamante tenía un porte de serena o refrenada dignidad, pero esta vez se le veía resplandeciente de un reprimido triunfo.

Todos los nativos poseen un fuerte sentido de los efectos dramáticos. Kamante se había atado cuidadosamente viejas vendas a las piernas, hasta la rodilla, para darme una sorpresa. Era evidente que se daba cuenta de la vital importancia del momento, no porque él estuviera bien, sino, generosamente, por la alegría que me iba a dar. Probablemente recordaba los tiempos en que me veía descorazonada por los continuos fracasos de mis curas y sabía que el resultado del tratamiento en el hospital era asombroso. Así que lenta, muy lentamente, desenrolló las vendas desde las rodillas hasta los talones y debajo aparecieron sus piernas, totalmente lisas, sólo ligeramente marcadas por cicatrices de color gris.

Cuando Kamante, con su estilo sosegado, hubo disfrutado completamente de mi asombro y de mi placer, dio otro golpe de efecto declarando que se

había hecho cristiano.

—Soy como tú —dijo.

Añadió que creía que debía darle una rupia, porque Cristo había nacido en ese mismo día.

Se marchó a ver a su gente. Su madre era viuda y vivía muy lejos en la granja. Por lo que ella me contó más tarde, aquel día contrarió sus costumbres y se franqueó con ella contándole sus impresiones de la gente extraña y cómo le habían tratado en el hospital. Pero después de esa visita a la cabaña de su madre volvió a mi casa, como si diera por sentado que formaba parte de ella. Estuvo a mi servicio desde entonces hasta que abandoné el país: durante doce años.

Cuando vi a Kamante por primera vez parecía como si tuviera seis años, pero tenía un hermano con aspecto de andar por los ocho, y los dos se mostraban de acuerdo en que Kamante era el mayor, así que supongo que su crecimiento se vio retrasado por su larga enfermedad; probablemente tenía entonces nueve años. Creció, pero siempre dio la impresión de ser un enano o deforme de alguna manera, aunque no pudiera concretarse cómo. Su rostro anguloso, con el tiempo, se redondeó; caminaba y se movía fácilmente, y no creo que fuera feo, aunque quizá yo le mirara con ojos de creadora. Sus piernas siguieron siendo delgadas como palos. Siempre fue una figura fantástica, con algo de travieso y algo de diabólico; con unos ligeros toques podría haberse sentado mirando hacia abajo en lo alto de la catedral de Notre Dame de París. Había algo en él brillante y vivaz; en una pintura sería una mancha de color extraordinariamente intensa; daba una pincelada de pintoresquismo a mi casa. Nunca estuvo del todo bien de la cabeza o al menos fue siempre lo que tratándose de un blanco llamaríamos una persona muy excéntrica.

Era reflexivo. Tal vez los largos años de sufrimiento que había vivido desarrollaron en él una tendencia a reflexionar sobre las cosas y sacar sus propias conclusiones sobre todo lo que veía. Fue durante toda su vida, a su manera, una figura aislada. Hasta cuando hacía las mismas cosas que los demás las hacía de un modo diferente.

Tenía una escuela nocturna para la gente de la granja con maestros nativos. Conseguí mis maestros de una de las misiones y en mis tiempos tuve tres: uno católico romano, otro de la Iglesia de Inglaterra y otro de la Iglesia de Escocia. La educación nativa era rigurosamente religiosa; por lo que yo sé no hay otros libros traducidos al swaheli que la Biblia y los libros de himnos. Yo misma, mientras viví en África, pensé en traducir las fábulas de Esopo para los nativos, pero nunca encontré tiempo para llevar a cabo mi proyecto. Sin embargo, tal como fueron las cosas, mi escuela se convirtió en mi sitio

favorito en la granja, el centro de nuestra vida espiritual, y pasé muchas horas agradables en el viejo almacén alargado, construido de chapa ondulada, donde estaba instalada.

Kamante se venía conmigo, pero no se sentaba con los niños en los bancos de la escuela, permanecía un poco aparte, como si conscientemente cerrara los oídos a la enseñanza, riéndose de la simplicidad de los que consentían en ser engañados, para escuchar. Pero en la intimidad de la cocina lo veía copiar de memoria, muy lenta y absurdamente, algunas de las mismas letras y cifras que observara en la pizarra de la escuela. No creo que hubiera podido tratar con otra gente, aunque hubiera querido; cuando era muy niño algo había sido retorcido y cerrado en su interior y ahora, por así decirlo, para él lo normal era estar fuera de lo normal. Era consciente de su aislamiento con la arrogante grandeza de alma de un enano verdadero que, cuando se ve distinto a los demás, sostiene que los demás son los deformes.

Kamante era astuto en materia de dinero: gastaba poco e hizo ventajosos tratos de cabras con los otros kikuyus, se casó joven y el matrimonio en el mundo kikuyu es un caro empeño. Al mismo tiempo le escuchaba filosofar profunda y originalmente sobre la inutilidad del dinero. Mantenía una relación peculiar con la existencia en su conjunto; la dominaba, pero no tenía una idea muy alta de ella.

No estaba dotado para la admiración. Podía reconocer y respetar la sabiduría de los animales, pero durante el tiempo que lo traté únicamente le oí hablar aprobadoramente de un ser humano: era una joven somalí que años después vino a vivir a la granja. Tenía una risa burlona, que utilizaba en todas las circunstancias, pero sobre todo ante la suficiencia o grandilocuencia de otras personas. Todos los nativos tienen una fuerte vena de malicia, un agudo deleite cuando las cosas van mal, lo que en sí hiere y repugna a los europeos. Kamante elevó esa característica a una rara perfección, hasta conseguir una especial ironía consigo mismo que le hacía disfrutar con sus decepciones y desastres casi tanto como con los de la demás gente.

Encontré ese mismo tipo de mentalidad en las ancianas nativas que habían pasado por muchas pruebas, que habían mezclado su sangre con la fatalidad, y reconocían su ironía al encontrarla, acogéndola con simpatía, como a una hermana. En la granja solía decir a los sirvientes que repartieran rapé —tombacco le dicen los nativos— a las ancianas los domingos por la mañana, mientras yo estaba en la cama. Por esa razón había muchas mujeres estrafalarias en torno a mi casa los domingos, parecidas a viejas gallinas arrugadas, calvas y huesudas; y su débil cacareo —porque los nativos casi nunca hablan en voz alta— entraba por las ventanas abiertas de mi dormitorio. Una mañana de domingo el vivaz flujo de las conversaciones kikuyu se levantó en rizos y cascadas de júbilo; algún incidente muy humorístico debía

de haberse producido fuera y llamé a Farah para que entrara y me lo contara. Farah no sentía el menor deseo de contármelo porque resulta que se había olvidado de comprar rapé, así que aquel día las ancianas habían hecho un largo camino para nada —boori como ellas dicen—. El hecho se convirtió en fuente de diversión para las ancianas kikuyus. A veces, cuando me encontraba con alguna de ellas en un sendero en medio de los maizales, se quedaba quieta frente a mí, señalándome con un dedo huesudo y torcido, con su rostro viejo y oscuro disolviéndose en carcajadas, como si las arrugas fueran estiradas y fruncidas por una cuerda escondida al tensarse, mientras me recordaba lo que les había sucedido con el rapé a ella y a sus hermanas aquel domingo, en que habían caminado y caminando hasta mi casa para encontrarse con que yo me había olvidado y que no había ni un gramo en casa:

—Ja, ja, Msabu!

Los blancos suelen decir que los kikuyus no saben lo que es la gratitud. En cualquier caso, Kamante no era un ingrato e incluso expresó su sentimiento de obligación hacia mí con palabras. Muchas veces, años después de nuestro primer encuentro, se esforzaba por hacerme un servicio que no le había pedido y cuando le preguntaba que por qué lo hacía, me respondía que si no hubiera sido por mí estaría muerto hacía mucho tiempo. También demostraba su gratitud de otra forma, con una especie de actitud especial de benevolencia, de ayuda, o tal vez la palabra indicada fuera condescendencia. Puede ser que pensara que él y yo pertenecíamos a la misma religión. En un mundo de tontos yo era para él, me parece, de los mayores. Desde el día en que entró a mi servicio y ligó su destino al mío, sentí sus ojos vigilantes y penetrantes sobre mí y mi modus vivendi entero sujeto a una crítica clara y sin prejuicios; creo que desde el principio consideró el esfuerzo que había hecho para curarle como una muestra de excentricidad sin sentido. Pero siempre mostró hacia mí un gran interés y simpatía, y se esforzaba por vencer mi gran ignorancia. Algunas veces descubrí que había gastado tiempo y reflexión preparando e ilustrando sus instrucciones para que fuera más fácil para mí comprenderlas.

Kamante comenzó a trabajar en mi casa como toto de perros, pero luego se convirtió en auxiliar médico mío. Así me di cuenta qué buenas manos tenía, lo que no se hubiera creído mirándoselas, y lo envié a la cocina como pinche, como marmitón, bajo las órdenes de mi viejo cocinero Esa, que fue asesinado. Después de la muerte de Esa le sustituyó y siguió siendo mi chef hasta que me marché. Generalmente a los nativos no les importan mucho los animales, pero en esto, como en otras cosas, Kamante era diferente; fue un autoritario cuidador de perros y se identificó hasta tal punto con los animales que venía a comunicarme lo que deseaban, lo que les faltaba o lo que pensaban sobre las cosas. Les quitaba las pulgas, que en África son una peste, y en numerosas ocasiones él y yo, en la mitad de la noche, despertados por los ladridos de los

perros, acudíamos y, a la luz de una linterna, les quitábamos de una en una las enormes hormigas asesinas, las siafu, que viajan solas y devoran todo lo que encuentran en su camino.

También debió de tener los ojos muy abiertos mientras estuvo en el hospital de la Misión —aunque como siempre en él, sin el menor asomo de reverencia o entrega— porque fue un auxiliar médico concienzudo e ingenioso. Después de dejar de ser mi ayudante en la consulta, salía de vez en cuando de la cocina para intervenir en algún caso y darme consejos muy útiles.

Pero como chef era muy diferente y de difícil clasificación. La naturaleza había dado un salto y se había burlado del orden de precedencias de facultades y talentos, convirtiéndose en algo místico e inexplicable, como ocurre siempre cuando tratas con genios. En la cocina, en el mundo culinario, Kamante poseía todos los atributos del genio, incluso su fatalidad —la impotencia del individuo frente a sus propios poderes—. Si Kamante hubiera nacido en Europa y hubiera caído en manos de un maestro inteligente se habría hecho famoso, pasando a la historia como una curiosa figura. Y aquí en África se hizo un nombre, su actitud hacia su arte era la de un maestro.

A mí me interesaba mucho la cocina y en mi primer viaje a Europa tomé lecciones de un chef francés de un celebrado restaurante, porque pensé que sería divertido hacer buenas comidas en África.

El chef, monsieur Perrochet, me hizo una oferta para asociarme a su negocio por la devoción que demostré a ese arte. Cuando me encontré a Kamante a mano, un espíritu familiar con quien podía cocinar, aquella devoción se apoderó de mí de nuevo. Se abrían grandes perspectivas para mí al trabajar juntos. En mi opinión nada había más misterioso que ese instinto natural de un salvaje para el arte culinario. Me hizo ver con una nueva luz nuestra civilización; después de todo quizá fuera divina y estuviera predestinada. Me sentía como un hombre que recuperara su fe en Dios porque un frenólogo le mostrara el lugar donde se asienta la elocuencia tea lógica en el cerebro humano: si se puede probar la existencia de la elocuencia tea lógica, se puede probar la existencia de la propia teología y, por tanto, del mismo Dios.

En materia de cocina Kamante tenía una sorprendente destreza manual. Los grandes artificios y tours-de-force de la cocina eran juegos de niños en sus torcidas manos oscuras; sabían por sí solas todo lo que había que saber de tortillas, vol-au-vent, salsas y mayonesas. Tenía un don especial para hacer ligeras las cosas, al igual que en la leyenda el Niño Jesús forma pájaros de barro y luego les manda volar. Despreciaba todos los utensilios complicados, como si le impacientara que fueran tan independientes, y cuando le di una máquina para batir huevos la dejó oxidar, batiendo las claras con un cuchillo

que yo usaba para quitar maleza, y sus claras de huevo se esponjaban como nubes livianas. Como cocinero tenía un ojo penetrante e inspirado, sabía escoger el pollo más gordo del gallinero y sopesaba un huevo en la mano con gran seriedad y sabía cuándo había sido puesto. Se le ocurrían ideas para mejorar mi mesa y, mediante algún tipo de comunicación con un amigo suyo que trabajaba para un médico en una lejana zona del país, me consiguió las semillas de una lechuga realmente excelente que llevaba años buscando en vano.

Poseía una gran memoria para las recetas. No sabía leer y tampoco nada de inglés, de modo que no le servían de nada de los libros de cocina, pero debió de almacenar todo lo que había aprendido en su poco agraciada cabeza, de acuerdo con una clasificación hecha por él mismo, que nunca supe cómo era. Nombraba a los platos según el acontecimiento que se había producido el día en que los había aprendido, así que hablaba de la salsa del rayo que hendió al árbol y de la salsa del caballo gris que murió. Pero jamás las confundía. Sólo hubo una cosa que intenté grabar en su mente sin éxito, y era el orden de los platos durante una comida. Tuve, cuando había invitados, que hacer una especie de menú pictórico para mi chef: primero, un plato de sopa; luego, pescado; después, perdiz o una alcachofa. No estaba convencida de que ese defecto se debiera a fallos de memoria, sino, me parece, a que en su corazón creía que todo tenía un límite y que no pensaba gastar el tiempo en semejantes menudencias.

Es emocionante trabajar junto a un demonio. Normalmente yo mandaba en la cocina, pero durante nuestra cooperación me di cuenta que no sólo la cocina, sino el mundo entero en el que cooperábamos, pasaba a manos de Kamante. Porque comprendía a la perfección lo que yo quería de él y a veces realizaba mis deseos antes de que los hubiera expresado; pero no acababa de comprender cuál era el secreto de su trabajo. Me parecía de lo más extraño que alguien fuera tan grande en un arte cuyo verdadero significado no comprendía y por el cual no sentía más que desprecio.

Kamante no tenía ni la menor idea de cómo debía saber un plato nuestro y, a despecho de su conversión y de su relación con la civilización, su corazón seguía siendo el de un kikuyu errante, enraizado en las tradiciones de su tribu y creyendo en ellas como la única manera de vivir dignamente de un ser humano. A veces probaba la comida que hacía, pero con expresión de desconfianza, como una bruja que toma un sorbo de su caldero. Seguía apegado a la mazorca de maíz de sus padres. Aquí incluso le fallaba su inteligencia y me ofrecía un manjar kikuyu —un boniato asado o un burujo de grasa de oveja— como un perro civilizado que ha vivido durante mucho tiempo con personas y deja un hueso delante de ti, como regalo. En su fuero interno me parece que consideraba los trabajos que nos tomábamos con la



comida como cosa de lunáticos. A veces intenté sacarle su opinión sobre esas cosas, pero aunque hablaba con gran franqueza de muchos temas, en otros se mostraba muy reservado, así que trabajábamos uno junto a otro en la cocina sin tocar las ideas de cada cual sobre la importancia del cocinar.

Envié a Kamante a hacer prácticas en el club Muthaiga y con los cocineros de mis amigos en Nairobi en cuyas casas había probado un plato que me gustara, y una vez realizado su aprendizaje mi propia casa se hizo famosa en la colonia por su buena mesa. Lo cual me procuraba un gran placer. Anhelaba un público para mi arte y me alegraba mucho cuando mis amigos venían a cenar conmigo; pero a Kamante no le importaban los elogios de nadie. Pese a ello recordaba los gustos individuales de aquellos amigos míos que venían más a menudo a la granja.

—Haré pescado al vino blanco para bwana Berkely Cole —decía gravemente, como si estuviera hablando de un loco—. Él mismo te envía el vino blanco para hacer el pescado.

Para conseguir la opinión de una autoridad invité a mi viejo amigo, el señor Charles Bulpett de Nairobi, a cenar conmigo. El señor Bulpett era un gran viajero de la generación anterior, sólo una generación posterior a Phineas Fogg; había viajado por todo el mundo y había probado lo mejor que éste podía ofrecerle, y no se preocupaba del futuro con tal de poder disfrutar del presente. Los libros de deportes y montañismo de hace cincuenta años hablan de sus hazañas como atleta y como montañero en Suiza y en México, y hay un libro de apuestas famosas, titulado *Como viene se va*, en el que se lee cómo, por una apuesta, nadó por el Támesis vestido de etiqueta y con sombrero de copa —pero después, más románticamente, atravesó nadando el Helesponto como Leandro y Lord Byron—. Me sentía muy contenta cuando venía a la granja para una cena tete-a-tete; se siente una felicidad especial en dar a un hombre que te gusta mucho una buena comida que tú misma has cocinado. A cambio me daba buenas ideas sobre cocina y sobre otras muchas cosas en el mundo, y me dijo que jamás había cenado mejor en ningún sitio.

El Príncipe de Gales me hizo el gran honor de venir a cenar a la granja y elogiarme la salsa Cumberland. Fue la única vez que vi a Kamante escuchar con gran interés cuando repetí los elogios que había hecho de su cocina, porque los nativos tienen una idea muy elevada de los reyes y les encanta hablar sobre ellos. Muchos meses después sintió el deseo de escuchar los elogios una vez más y me preguntó repentinamente, como un libro de lecturas francesas:

—¿Le gustó al hijo del Sultán la salsa de cerdo? ¿La comió toda? Kamante mostraba también su buena voluntad hacia mí fuera de la cocina. Quería ayudarme de acuerdo con sus ideas hablándome de las ventajas y peligros de

la vida.

Una noche, medianoche pasada, entró repentinamente en mi habitación con una lámpara en la mano, silenciosamente, como si estuviera de guardia. Debió de ser poco después de que viniera a mi casa por primera vez, porque era muy pequeño; se puso junto a mi cama como un oscuro murciélago extraviado en la habitación, con sus grandes orejas desplegadas, o como un pequeño fuego fatuo africano, y con la lámpara en la mano.

—Msabu —dijo muy solemnemente—. Creo que debes levantarte. Me senté en la cama desconcertada; pensé que si hubiera ocurrido algo serio sería Farah quien vendría a avisarme. Pero cuando le dije a Kamante que se marchara, no se movió.

—Msabu —repitió—, creo que debes levantarte. Creo que viene Dios.

Cuando oí eso me levanté y le pregunté por qué lo pensaba. Me condujo solemnemente al, comedor orientado al oeste, hacia las colinas. A través de las cristaleras de las ventanas vi un extraño fenómeno. Había un gran incendio en las praderas y en las colinas, y la hierba ardía desde la cima hasta la llanura; desde la casa era casi como una línea vertical. Parecía como si una figura gigantesca se moviera y viniera hacia nosotros. Permanecí un rato mirando con Kamante a mi lado, luego comencé a explicárselo. Mi intención era tranquilizarlo porque creí que había recibido un gran susto. Pero mi explicación no pareció hacerle mucha impresión, ni para bien ni para mal; se veía claramente que pensaba que había cumplido con su deber al llamarme.

—Bueno —dijo—, puede que sea así. Pero pensé que era mejor que te levantas en el caso de que viniera Dios.

### III

#### El salvaje en la casa del emigrante

Un año no hubo grandes lluvias.

Es una experiencia terrible, tremenda, y el granjero que ha pasado por ella no la olvida jamás. Años después, lejos de África, en el clima húmedo de algún país del norte, se incorporará por la noche al escuchar el ruido de una lluvia repentina, y gritará:

—Por fin, por fin.

En los años normales la estación de las lluvias comienza en la última semana de marzo y duran hasta mediados de junio. Hasta que llegaba el

tiempo de las lluvias, el mundo se iba calentando progresivamente y haciéndose más seco, febril, como en Europa antes de una gran tormenta, sólo que mucho más.

Los masai, mis vecinos del otro lado del río, en esa época prendían fuego a las llanuras de esparto para que creciera hierba verde para su ganado con las primeras lluvias, y el aire de las praderas danzaba en un gran incendio; las largas capas grises y teñidas como el arco iris del humo rodaban sobre la tierra, y el calor y el olor a quemado llegaba en oleadas al terreno cultivado como si vinieran de un horno.

Nubes gigantescas se reunían y se disolvían de nuevo sobre el paisaje; una lejana llovizna pintaba una raya azul al sesgo en el horizonte. Todo el mundo pensaba lo mismo.

Una tarde, justo antes de la puesta de sol, el paisaje se cerraba en torno a ti, las colinas se acercaban y adquirían un aspecto sólido, expresivo en su colorido claro, azul oscuro y verde. Un par de horas después salías y veías que habían desaparecido las estrellas y que el aire nocturno era suave, profundo y preñado de beneficios. Cuando el sonido cada vez más acelerado pasaba sobre tu cabeza, era el viento en los altos árboles del bosque, y no la lluvia. Cuando corría a lo largo de la tierra, era el viento en los arbustos y en las largas hierbas, y no la lluvia. Cuando susurraba y sonaba sobre la misma tierra, era el viento en los maizales —donde sonaba de una forma tan parecida a la lluvia que te engañaba una y otra vez y hasta cierto punto te compensaba, como si estuvieras viendo una representación de lo que deseabas—, y no la lluvia.

Pero cuando la tierra respondía como una caja de resonancia, con un ruido fértil y profundo, y el mundo cantaba en torno tuyo, en todas las dimensiones, por encima y por debajo, esa era la lluvia. Era como volver al mar cuando has estado mucho tiempo lejos de él, como el abrazo de un amante.

Pero un año no vinieron las lluvias. Entonces fue como si el universo te diera la espalda. Empezó a hacer más fresco, incluso en algunos días hizo frío, pero no había el menor signo de humedad en la atmósfera. Todo se volvió más seco y más duro, y fue como si toda la fuerza y la gracia se hubieran retirado del mundo. No es que hubiera buen tiempo o malo, sino que era la negación de cualquier tiempo, como si se hubiera postergado sine die. Un viento sombrío, como una corriente, pasaba sobre tu cabeza, desaparecían los colores de todas las cosas; desaparecían los olores de los campos y de los bosques. Te oprimía el sentimiento de haber caído en desgracia ante los grandes poderes. Al sur, las llanuras quemadas yacían negras y desoladas, listadas de cenizas grises y blancas.

Cada día en que esperábamos en vano la lluvia las perspectivas y expectativas de la granja iban disminuyendo, hasta que desaparecían. Arar,

podar y plantar en los últimos meses resultaron trabajos de insensatos. El trabajo de la granja se hacía cada vez con mayor lentitud y, finalmente, se acabó.

En las llanuras y en las colinas se secaron las charcas y muchas nuevas clases de patos y gansos venían a mi estanque. Al estanque, en el límite de la granja, las cebras venían a primera hora de la mañana y a la puesta del sol, a beber, en largas filas de doscientas o trescientas, y los potrillas caminaban junto a las yeguas y no sentían miedo de mí cuando cabalgaba entre ellas. Pero intentábamos echadas de nuestra tierra por el bien de nuestro ganado, porque cada vez había menos agua en el estanque. Pero, con todo, era un placer bajar hasta allí, donde los juncos que crecían en el barro formaban una mancha verde en un paisaje pardo.

Los nativos se volvían silenciosos con la sequía, no podía sacarles ni una palabra de lo que pensaban, aunque sin duda comprendían mejor los signos del tiempo que nosotros. Se jugaban la propia existencia; para ellos no era algo insólito —y tampoco lo había sido para sus padres— perder las nueve décimas partes de su ganado en los grandes años de sequía. Sus shambas estaban secas, con unas cuantas plantas de boniato y de maíz caídas y marchitas.

Después de un cierto tiempo aprendí a comportarme como ellos y dejé de hablar de los tiempos difíciles o a quejarme como una persona desdichada. Pero yo era una europea y no había vivido el tiempo suficiente en el país como para adquirir la absoluta pasividad de los nativos, como hacen algunos europeos que llevan muchos decenios en África. Yo era joven y por instinto de conservación tenía que concentrar mis energías en algo si no quería dejarme arrastrar como el polvo de los caminos de la granja o el humo en la llanura. Por las tardes comencé a escribir cuentos de hadas y relatos fantásticos que me llevaban lejos, a otros países y a otros tiempos.

Había contado alguno de aquellos cuentos a un amigo cuando venía a visitar la granja.

Cuando me levantaba y salía, afuera soplaba un viento insoportable, el cielo estaba despejado y engarzado de millones de duras estrellas; todo estaba seco.

Al principio escribía únicamente por las tardes, pero después empecé a escribir también por las mañanas, cuando tenía que estar fuera, en la granja. Era difícil, allí fuera, decidir si debíamos arar de nuevo los maizales y plantar una segunda vez, o si debíamos arrancar los granos marchitos de café de las plantas para salvadas o no. Retrasaba las decisiones de un día para otro.

Solía sentarme y escribir en el comedor, con papeles esparcidos por toda la mesa, porque tenía que hacer las cuentas y los presupuestos de la granja, entre

mis relatos y las notitas desoladas del administrador, a las que tenía que contestar. Mis sirvientes me preguntaban qué hacía; cuando les dije que estaba intentando escribir un libro lo consideraron como el último intento de salvar la granja en los malos tiempos y se interesaron. Luego me preguntaban cómo iba mi libro. Entraban y permanecían largo rato mirándome trabajar, y como sus cabezas eran de un color muy parecido al de la madera de las paredes, por la noche tenía la sensación de estar en compañía de batas blancas, con las espaldas apoyadas en la pared.

Mi comedor se orientaba hacia occidente y había tres largas ventanas que se abrían sobre una terraza pavimentada, el prado y el bosque. La tierra formaba una pendiente que bajaba hacia el río, que era el límite entre los masai y yo. No se podía ver el río desde la casa, pero sí seguir su serpenteante curso por la silueta de las grandes acacias verde oscuro que corrían a lo largo de él. Al otro lado se alzaba de nuevo la tierra cubierta de bosques y más allá estaban las verdes llanuras que llegaban hasta el pie de las colinas de Ngong.

«Y si mi fe fuera tan fuerte que moviera las montañas, esa sería la montaña que haría venir hacia mí».

El viento soplaba del este: las puertas del comedor, a sotavento, estaban siempre abiertas, y por esa razón el lado occidental de la casa gustaba mucho a los nativos; se reunían allí para saber qué pasaba dentro. Por esa misma razón los pastorcillos nativos traían sus cabras y las hacían pastar en el prado.

Esos chiquillos, que vagaban por la granja apacentando los rebaños de cabras y de ovejas de sus padres y buscando pastos, formaban una especie de vínculo entre la vida de mi civilizada casa y la vida salvaje. Mis sirvientes no se fiaban de ellos y no les gustaba verlos entrar y salir de las habitaciones, pero aquellos niños sentían verdadero amor y entusiasmo por la civilización; para ellos no encerraba ningún peligro, porque podían dejarla cuando quisieran. El símbolo central de la civilización era un viejo reloj de cuco alemán colgado en el comedor. Un reloj era un objeto de lujo en las tierras altas africanas. Durante todo el año podías saber la hora por la posición del sol, y como no tenías que preocuparte por los ferrocarriles y podías organizar tu vida en la granja según tus propios deseos, el reloj no tenía importancia. Pero era un reloj muy bonito. El cuco daba la hora con una voz clara e insolente mientras se abría una puertecilla de par en par, que estaba rodeada por un ramillete de rosas. Su aparición fascinaba a los muchachos de la granja. Mirando la posición del sol sabían con precisión el momento del toque de mediodía y a las doce menos cuarto se les veía acercarse a la casa por todos los lados tras los rabos de sus cabras, que no se atrevían a abandonar. Las cabezas de los chicos y de las cabras flotaban entre los arbustos y las largas hierbas del bosque como las cabezas de las ranas en un estanque.

Dejaban sus rebaños en el prado y entraban descalzos, sin hacer ruido; los mayores tenían unos diez años y los más pequeños, dos. Se portaban muy bien, siguiendo un ceremonial inventado por ellos mismos, que consistía en lo siguiente: podían circular libremente por la casa con tal de que no tocaran nada, ni se sentaran, ni hablaran al menos que alguien les dirigiera la palabra. Cuando el cuco se disparaba hacia ellos un gran movimiento de éxtasis y de risas reprimidas recorría el grupo. También ocurría a veces que un pastorcillo muy pequeño, que no sentía ninguna responsabilidad con respecto a sus cabras, volvía muy temprano y permanecía durante un largo rato ante el reloj, ya cerrado y silencioso, y se dirigía a él en kikuyu, con un lento sonsonete, declarándole su amor, y luego se marchaba con toda solemnidad. Mis sirvientes se reían de los pastorcillos y me confiaban que los niños eran tan ignorantes que creían que el cuco estaba vivo.

Luego eran mis propios sirvientes quienes venían a ver el funcionamiento de la máquina de escribir. A veces Kamante se quedaba apoyado en la pared durante una hora por la tarde, sus ojos corrían de un lado a otro como gotas oscuras bajo los párpados, como si intentara aprender cómo funcionaba la máquina de escribir, para luego armada y desarmada.

Una noche, al levantar la vista, me encontré con aquellos ojos profundos y atentos, y al cabo de un momento me dijo:

—Msabu, ¿crees que tú misma puedes escribir un libro?

Le respondí que no lo sabía.

Para figurarse una conversación con Kamante hay que imaginarse una pausa larga y grávida antes de cada frase, como si tuviera una profunda responsabilidad. Todos los nativos son maestros en el arte de las pausas y de este modo dan perspectiva a una discusión. Kamante hizo una pausa así, y luego dijo:

—Yo no lo creo.

Yo no tenía a nadie con quien hablar de mi libro; así que dejé a un lado mi papel y le pregunté por qué no. Descubrí que había estado pensado en aquella conversación previamente y que se había preparado para ella; tenía detrás suyo la mismísima Odisea y la depositó sobre la mesa.

—Mira, Msabu —dijo—, este es un buen libro. Está unido de un extremo a otro. Hasta si lo levantas y lo sacudes con fuerza no se hace pedazos. El hombre que lo ha escrito es muy listo. Pero lo que escribes —prosiguió con una mezcla de desprecio y de amable compasión— está un poco ahí y otro poco allá. Cuando la gente se olvida de cerrar la puerta, el viento lo mueve, se cae al suelo y entonces te enfadas. No será un buen libro.

Le expliqué que en Europa lo juntarían todo.

—¿Tu libro será tan pesado como éste? —preguntó Kamante sopesando la Odisea.

Cuando vio que yo vacilaba me lo dio para que pudiera juzgar por mí misma.

—No —le dije—, no lo será, pero hay otros libros en la biblioteca, como tú sabes, que son más ligeros.

—¿Y tan duro? —preguntó.

Le dije que era caro hacer un libro tan duro.

Permaneció durante un tiempo en silencio y luego expresó mayores esperanzas hacia mi libro, y quizá algún arrepentimiento de sus dudas, recogiendo las páginas esparcidas por el suelo y colocándolas sobre la mesa.

Aunque no se marchó; sino que permaneció junto a la mesa. Después de un rato me preguntó muy serio:

—Msabu, ¿qué hay en los libros?

Como ejemplo le conté la historia de la Odisea, del héroe y de Polifemo, de cómo Ulises se llamó a sí mismo Nadie, cómo le arrancó su ojo a Polifemo, y cómo se escapó sujeto a la barriga de un cordero.

Kamante me escuchó con gran atención y expresó su opinión de que el carnero debía de ser de la misma raza que las ovejas del señor Long, de Elmentaita, que había visto en una exposición de ganado en Nairobi. Volvió a Polifemo y me preguntó si había sido negro como los kikuyus. Cuando le dije que no, quiso saber si Ulises era de mi tribu o familia.

—¿Cómo —me preguntó— dijo la palabra Nadie en su propia lengua? Dime.

—Dijo Outis —le contesté—. Se llamó a sí mismo Outis, que en su lengua significa Nadie.

—¿Tienes que escribir sobre lo mismo? —me preguntó.

—No —le dije—. La gente puede escribir sobre lo que quiera. Quizá escriba sobre ti.

Kamante, que se había mostrado muy abierto en el curso de la conversación, se cerró súbitamente de nuevo, se miró a sí mismo y me preguntó en voz baja de qué parte de él me gustaría escribir. —Tal vez escriba de cuando estabas enfermo y estabas con las ovejas en la pradera —dije—. ¿Qué pensabas entonces?

Sus ojos iban de un lado a otro de la habitación; por fin dijo vagamente:

—Sejui. No sé.

—¿Tenías miedo? —le pregunté.

Después de una pausa:

—Sí —dijo con firmeza—. Todos los chicos en la pradera lo tienen alguna vez.

—¿De qué tenías miedo? —le pregunté.

Kamante se mantuvo en silencio durante un ratito, su rostro adquirió una expresión de sosiego y seriedad, sus ojos miraron dentro de sí. Luego me miró con una mueca ligeramente burlona.

—Ve Outis —dijo—. Los chicos en la pradera tienen miedo de Outis.

Unos días más tarde oí cómo Kamante le explicaba a los otros sirvientes que en Europa el libro que yo estaba escribiendo podía ser pegado y que con un costo muy grande lo harían tan duro como la Odisea, que les enseñó de nuevo. Sin embargo, pensaba que no podía ser azul.

Kamante poseía una facultad especial que le resultó muy útil en mi casa. Podía, me parece, llorar cuando quería.

Si le reñía en serio se mantenía erguido ante mí y me miraba a la cara con aquella vigilante y profunda tristeza que adquieren de pronto los rostros de los nativos; luego sus ojos se llenaban de lágrimas que lentamente, de una en una, se derramaban por sus mejillas. Sabía que eran simplemente lágrimas de cocodrilo y en otras personas no me hubieran afectado. Pero con Kamante era diferente. Su rostro chato e inexpresivo, en estas ocasiones se sumergía en el mundo de oscuridad e infinita soledad donde había vivido tantos años. Aquellas lágrimas pesadas y silenciosas se parecían a las que derramaba cuando era un chiquillo en la pradera, rodeado por sus ovejas. Me hacían sentirme incómoda y le daban a los pecados por los que le reñía un aspecto diferente, insignificante así que no quería seguir hablando de ellos. En cierto modo era desmoralizante. Sigo creyendo que debido a la fuerza de la auténtica comprensión humana que existía entre nosotros, Kamante sabía dentro de su corazón que yo conocía lo que había tras sus lágrimas de contrición y no las tomaba por más de lo que eran —para él no eran más que una ceremonia que se debía a los altos poderes, y no un intento de engaño.

Con frecuencia hablaba de sí mismo como cristiano. Yo no sé qué ideas vinculaba a ese nombre y una o dos veces intenté catequizarle, pero él me explicó luego que creía lo que creía yo, y puesto que yo tenía que saber lo que creía, no tenía ningún sentido que le hiciera a él preguntas. Me di cuenta que era más que una evasión, que era a su modo un programa positivo o una



profesión de fe. Se había entregado al Dios de los blancos. A su servicio estaba dispuesto a cumplir cualquier orden, pero no veía por qué tenía que dar las razones de una forma de actuar que podía ser tan irracional como la de los propios blancos.

A veces sucedía que mi comportamiento chocaba con las enseñanzas de la Misión escocesa donde le habían convertido; entonces me preguntaba qué era lo justo.

La carencia de prejuicios en los nativos es algo que te resulta llamativo porque esperas encontrar siempre oscuros tabúes en la gente primitiva. Se debe, supongo, a su trato con una variedad de razas y tribus y al intenso intercambio humano que ha habido en el África oriental, primero con los antiguos comerciantes de marfil y de esclavos y, en nuestros días, con los colonos y cazadores. Casi todos los nativos, hasta los pastorcillos de las praderas, se han encontrado alguna vez con una amplia gama de naciones tan diferentes entre sí y de ellos mismos, como un siciliano de un esquimal: ingleses, judíos, boers, árabes, indios, somalíes, swaheli, masai y kavirondo. En cuanto a la aceptación de ideas, el nativo es mucho más hombre de mundo que los colonos de los suburbios o provincianos, o que los misioneros, que se han desenvuelto en una comunidad uniforme y de ideas estables. Muchos de los malentendidos entre los blancos y los nativos tienen ahí su origen. Es una experiencia alarmante que tu persona represente a la cristiandad para los nativos.

Había un joven kikuyu llamado Kitau, que procedía de la reserva kikuyu, al que tomé como sirviente. Era un muchacho reflexivo, observador y un competente sirviente, así que estaba contenta con él. Al cabo de tres meses un día me pidió que le diera una carta de recomendación para mi viejo amigo el jeque Alí bin Salim, el Lewali de la costa, en Mombassa, porque lo había visto en casa y quería ir allá y trabajar para él. Yo no quería que Kitau se fuera cuando ya había aprendido el trabajo de la casa y le dije que prefería aumentarle el sueldo. Me dijo que no. No se iba en busca de una paga más alta, pero no podía quedarse. Me contó que había decidido en la reserva convertirse en cristiano o en mahometano, pero que no sabía aún. Por esa razón había trabajado para mí, porque yo era cristiana y había permanecido tres meses en mi casa para ver las testurde —las maneras y costumbres— de los cristianos. Desde aquí se iría tres meses con el jeque Alí en Mombassa para estudiar las testurde de los mahometanos; luego decidiría. Creo que hasta un arzobispo hubiera dicho, o al menos hubiera pensado, lo mismo que yo dije ante su conducta:

—Dios mío, Kitau, podías habérmelo dicho cuando viniste.

Los mahometanos no pueden tomar carne de ningún animal si no ha sido

degollado por otro mahometano de manera ortodoxa. Con frecuencia eso es origen de problemas en un safari, donde llevas pocas provisiones, y dependes de la caza que consigas para tus sirvientes. Cuando disparas a un kongoni y se cae, tus mahometanos corren hacia él, como si tuvieran alas, para llegar a tiempo de cortarle el cuello antes de que muera y entonces permaneces mirando impaciente, con ojos inquietos, porque si se quedan con los brazos colgando y la cabeza gacha quiere decir que el kongoni ha muerto antes de que pudieran llegar, y tendrás que cazar otro o tus porteadores de rifles no comerán.

En una ocasión, a principios de la guerra, iba a salir con mis carros de bueyes, y la noche anterior me encontré con el jerife mahometano en Kijabe; le pregunté si no podría dispensar de la ley a mi gente mientras durara el safari.

El jerife era un hombre joven, pero prudente, y habló con Farah e Ismail, y luego se pronunció:

—Esta señora es discípula de Jesucristo. Cuando dispare su rifle dirá, o al menos lo dirá en su corazón: En el nombre de Dios, lo que hará que las balas equivalgan al cuchillo del mahometano ortodoxo. Durante todo ese viaje podréis tomar la carne de los animales que ella mate.

El prestigio de la religión cristiana en África se debilita por la intolerancia que las Iglesias cristianas muestran entre sí.

Siempre que estaba en África en Navidad solía ir a la Misión francesa para oír la Misa del Gallo. Generalmente en esa época del año hacía calor; mientras atravesabas conduciendo la plantación de acacias escuchabas el campaneó de la torre de la Misión en el aire límpido y caluroso. Cuando llegabas la iglesia estaba rodeada por una alegre y bulliciosa multitud, allí estaban los tenderos italianos y franceses de Nairobi con las monjas de la escuela del convento y la congregación nativa vestida con chillones ropajes. La hermosa iglesia estaba iluminada por centenares de velas y grandes transparencias que hacían los propios padres.

En Navidad, en el primer año que Kamante pasó en mi casa, le dije que iba a llevarlo a la misa conmigo, como un cristiano más, y le describí las hermosas cosas que iba a ver, en el estilo de los propios padres. Kamante escuchó todo aquello, profundamente conmovido y se puso las mejores ropas que tenía. Pero cuando el automóvil estaba en la puerta volvió presa de gran agitación y me dijo que no podía venir conmigo. No me quiso dar las razones y esquivó mis preguntas; al final se descubrió. No, no podía venir conmigo porque se había dado cuenta que era a la Misión francesa adonde quería llevarle, y cuando había estado en el hospital le habían advertido muy seriamente en contra de esa Misión. Le expliqué que todo eso era un malentendido y que

debía venir. Pero se puso rígido y empezó a palidecer, al tiempo que ponía los ojos en blanco y el rostro se le cubría de sudor.

—No, no Msabu —susurró—. No voy a ir contigo. Sé muy bien que dentro de esa iglesia tan grande hay una Msabu que es mbaia sana, terriblemente mala.

En el momento que escuché eso me quedé muy triste, pero pensé que debía llevarle conmigo para que la propia Virgen le iluminase. Los padres tenían en la iglesia una imagen de tamaño natural, en cartón, blanca y azul, y los nativos generalmente se impresionan mucho con estas figuras mientras que les es muy difícil concebir siquiera la idea de un cuadro. Le prometí a Kamante que le protegería y cuando estuvo en la iglesia, pegado a mis talones, olvidó todos sus escrúpulos. Sucedió que fue la mejor Misa del Gallo que se hubiera hecho nunca en la Misión. Había en la iglesia un Nacimiento muy grande —una gruta con la Sagrada Familia, recién llegada de París, que estaba iluminada por radiantes estrellas de un cielo azul, y rodeada por un centenar de animales de juguete, vacas de madera y corderos de resplandeciente blancura, hechos de puro algodón, sin ninguna mezquina consideración sobre proporciones, que debió de extasiar los corazones de los kikuyus.

Desde que Kamante se hizo cristiano perdió el miedo a tocar un cadáver.

Antes le aterrizzaba y cuando trajeron un hombre en camilla hasta la terraza de mi casa y murió allí, Kamante, como los otros, fue incapaz de ayudar para llevárselo; pero no retrocedió, como los otros, hasta el prado, sino que se quedó inmóvil en el pavimento, como un pequeño oscuro monumento. Por qué los kikuyus, que personalmente tienen muy poco miedo de la muerte, se aterran tanto ante el contacto de un cadáver, mientras que los blancos, que temen morir, los tocan sin mayor problema, es algo a lo que no puedo responder. En este caso, una vez más, te das cuenta que su realidad es diferente de nuestras realidades. Pero todos los granjeros saben que ese es un dominio en el cual no pueden controlar a los nativos y que te evitas contratiempos si te haces a la idea enseguida, porque prefieren morir a comportarse de otro modo.

El terror desapareció del corazón de Kamante; despreciaba este miedo en sus parientes. Incluso presumió un poco, como si se enorgulleciera del poder de su Dios. Tuvo ocasión de probar su fe porque Kamante y yo tuvimos que vérnoslas con tres muertos durante nuestra vida en la granja. La primera fue una joven kikuyu atropellada por un carro delante de mi casa. El segundo un joven kikuyu que se mató mientras cortaba árboles en el bosque. La tercera fue un anciano blanco que vino a vivir a la granja, compartió su vida con nosotros y allí murió.

Era un paisano mío, un anciano danés ciego llamado Knudsen. Un día, en

Nairobi, se acercó a tientas a mi automóvil, se presentó y me pidió que le diera un cobijo en mi tierra porque no tenía sitio en el mundo donde quedarse. Por aquel tiempo estaba reduciendo el personal blanco de la plantación y tenía un bungalow vacío que podía prestarle, así que se vino y vivió en la granja durante seis meses.

Era una figura singular para tener en una granja de las tierras altas: una criatura del mar, que parecía un viejo albatros con las alas cortadas entre nosotros. Estaba deshecho por las adversidades de la vida, las enfermedades y el alcohol, encorvado y torcido, con ese curioso color del pelo de los pelirrojos cuando encanecen, como si le hubieran echado ceniza por la cabeza, como si hubiera sido marcado por su propio elemento y salado. Pero en él había una llama inextinguible que las cenizas no podían cubrir. Era de una familia de pescadores daneses y había sido marinero y más tarde uno de los más antiguos pioneros en África —quién sabe los vientos que lo habían traído hasta allí.

El viejo Knudsen había intentado muchas cosas en su vida, con preferencia que tuvieran que ver con el agua, los peces y los pájaros, pero ninguna le había salido bien. Una vez, me contó, había tenido un hermoso negocio de pesca en el lago Victoria, con muchas millas de las mejores redes del mundo, y con una motora. Pero durante la guerra lo había perdido todo. Al volver a contar la historia siempre había un momento siniestro de fatal equívoco, o de traición de un amigo. No sé muy bien de qué, porque el relato no era siempre igual y el viejo Knudsen sufría una terrible agitación cuando llegaba a ese punto. Debía de haber, de todas maneras, algo de verdad en esa historia porque, en compensación de sus pérdidas, el Gobierno, mientras estuvo conmigo, le pagó una especie de pensión de un chelín diario.

Todo esto me lo contaba cuando venía a visitarme a casa. Con frecuencia se refugiaba a mi lado, porque se sentía incómodo en su propio bungalow. Los chicos nativos que le había dado como sirvientes huían de él una y otra vez, porque les asustaba al arremeter contra ellos a ciegas con la cabeza hacia adelante, al tiempo que agitaba torpemente el bastón. Pero cuando se sentía a gusto se sentaba conmigo en la veranda con una taza de café y me cantaba viejas canciones patrióticas danesas con gran energía. Era un placer para los dos hablar en danés, así que charlábamos de los acontecimientos más insignificantes de la granja sólo por el gusto de hablar. Pero no siempre tuve paciencia con él, porque una vez que llegaba era difícil quitárselo de encima; en nuestras diarias conversaciones traía, como era de esperar, mucho dentro de sí del Viejo Marinero o del Viejo del Mar.

Había sido un gran artista en la confección de redes de pesca —las mejores redes de pesca del mundo, me decía—, y aquí, en el bungalow de la granja, hacía kibokos —los látigos nativos hechos con la piel del hipopótamo—. Compraba las pieles de hipopótamo a los nativos o a los colonos del lago

Naivasha, y si tenía suerte podía hacer cincuenta látigos de una piel. Todavía conservo una fusta de jinete que me dio; excelente. Ese trabajo esparcía un hedor terrible en torno a la casa, como el hedor que hay alrededor de los nidos de ciertas viejas aves carroñeras. Luego, cuando hice un estanque en la granja, se le encontraba siempre por allí, en profunda reflexión, con su imagen reflejándose frente a él, como una gaviota en un zoo.

El viejo Knudsen conservaba en su frágil y hundido pecho el sencillo, orgulloso, irascible y salvaje corazón de un muchacho que ardía con el auténtico amor al combate; era un romántico pendenciero y luchador. Odiaba con toda su alma, siempre ardía de indignación y rabia contra casi todas las personas e instituciones que conocía; pedía al cielo que hiciera descender sobre ellos un fuego infernal, y «pintaba el diablo en la pared», como decimos en danés, a la manera de Miguel Ángel. Se sentía encantado cuando podía azuzar a unos contra otros, como un chiquillo que pone dos perros a pelear, o un perro y un gato. Era algo impresionante y formidable que el espíritu del viejo Knudsen conservara —después de una vida tan dura y cuando, por así decirlo, había arribado a una ribera tranquila donde podía reposar con las velas plegadas— su capacidad de oposición y de lucha, como un muchacho. Yo le respetaba, como si tuviera el alma de un berserk.

Siempre hablaba de sí mismo en tercera persona, como «El viejo Knudsen», y siempre jactándose y vanagloriándose. No había cosa en el mundo que el viejo Knudsen no hubiera intentado y llevado a cabo, ni campeón de lucha que no hubiera vencido. En lo que respecta a los demás, era un total pesimista y predecía un próximo, catastrófico y bien merecido fin de sus actividades. Pero en cuanto a sí mismo era un furioso optimista. Poco antes de morir me confió, bajo promesa de secreto, un plan tremendo. Convertiría finalmente al viejo Knudsen en un millonario y dejaría en ridículo a sus enemigos. Iba, me contó, a sacar del fondo del lago Naivasha los centenares de toneladas de guano que habían sido allí excretadas desde el tiempo de la creación del mundo por las aves acuáticas. En un último y colosal esfuerzo hizo un viaje desde la granja hasta el lago Naivasha para estudiar y concretar los detalles de su plan. Murió en su gloria. El plan poseía todos los elementos que en él eran queridos: aguas profundas, pájaros, tesoros ocultos; hasta el sabor de las cosas que no deben decirse a las señoras. Por encima de todo, con los ojos de su espíritu, se vio a sí mismo como el viejo triunfador Knudsen, con un tridente, ordenando las aguas. No recuerdo que me contara cómo se iba a sacar el guano de las profundidades del lago.

Las grandes hazañas y éxitos del viejo Knudsen y su superioridad en todo, tal como me contaba a mí, estaba claramente en contraste con la debilidad e impotencia del anciano que hablaba; finalmente te dabas cuenta que tratabas con dos individuos distintos y esencialmente diferentes. La poderosa figura del

viejo Knudsen se erguía sobre el fondo, imbatible y triunfante, y era el héroe de todas las aventuras, mientras que yo conocí a su anciano y derrotado sirviente, que no se cansaba nunca de hablar del otro. Aquel humilde hombrecito se había propuesto la misión de encumbrar y ensalzar el nombre del viejo Knudsen hasta la muerte. Porque él era el único, además de Dios, que había visto al viejo Knudsen, y no toleraba herejías en nadie.

Una sola vez le oí hablar de sí mismo en primera persona. Fue un par de meses antes de morir. Había tenido un grave ataque al corazón, el mismo que iba a matarle, y como llevaba sin verlo por la granja una semana fui a su bungalow para saber cómo estaba, y lo encontré en medio de la hediondez de las pieles de hipopótamo, metido en cama en una habitación desnuda y desordenada. Su rostro estaba ceniciento, los ojos muy hundidos. No me respondió ni me dijo ni una palabra cuando le hablé. Sólo después de un largo rato, y cuando ya iba a levantarme y marcharme, repentinamente me dijo con voz débil y ronca: «Estoy muy enfermo». En ese momento ya no se trataba del viejo Knudsen, quien seguramente nunca estuvo enfermo o vencido; era el sirviente que por una vez se permitía expresar su miseria y angustia individuales.

El viejo Knudsen se aburría en la granja, así que de vez en cuando cerraba la puerta de su casa, se marchaba y desaparecía de nuestro horizonte. Creo que solía ocurrir cuando tenía noticias de que algún viejo amigo, otro pionero del glorioso pasado, había llegado a Nairobi. Podía estar fuera una o dos semanas, hasta que casi nos habíamos olvidado de su existencia, y siempre volvía tan terriblemente enfermo y derrengado que apenas podía arrastrarse y abrir la puerta de su casa. Luego se quedaba encerrado un par de días. Creo que en esas ocasiones tenía miedo de mí, porque pensaba que seguramente desaprobaba sus escapadas y que podría aprovechar su debilidad para sobre él. El viejo Knudsen, aunque a veces cantase la canción de la novia del marinero que ama el mar, en lo más hondo desconfiaba de las mujeres, por instinto las consideraba enemigas del hombre y, por principio, aguafiestas.

El día en que murió llevaba quince días fuera y nadie en la granja se dio cuenta de que había vuelto. Pero esa vez debió de querer hacer una excepción de su regla, porque iba camino de su casa a la mía, por un sendero que atravesaba la plantación, cuando cayó y murió. Kamante y yo lo encontramos tendido en el sendero al atardecer, cuando íbamos a buscar setas en la pradera, entre la hierba nueva y corta, porque era abril, al principio de las grandes lluvias.

Fue bueno que lo encontrara Kamante, porque era el único de los nativos de la granja que mostraba simpatía hacia el viejo Knudsen. Hasta mostraba cierto interés por él, como si les uniera el hecho de que ambos estaban fuera de lo corriente, y algunas veces, por voluntad propia, le llevaba huevos y vigilaba

para que sus totos no le abandonaran.

El anciano yacía de espaldas, su sombrero se había ladeado un poco al caer, sus ojos no estaban cerrados del todo. Muerto parecía esencialmente recogido. «Aquí estás finalmente, viejo Knudsen», pensé.

Quería llevarlo hasta su casa, pero sabía que hubiera sido inútil pedir ayuda a alguno de los kikuyus que andaban por allí o que trabajaban en alguna de las shambas cercanas; se habrían escapado inmediatamente cuando vieran para qué le llamaba. Ordené a Kamante que volviera a la casa y llamara a Farah para que me ayudase. Pero Kamante no se movió.

—¿Por qué quieres que me vaya? —preguntó.

—Ya lo ves —le dije—. Yo sola no puedo llevar al viejo bwana y vosotros, los kikuyu, sois tontos, tenéis miedo de llevar a un muerto.

Kamante lanzó una pequeña carcajada burlona, sin ruido.

—Has vuelto a olvidar, Msabu —dijo—, que soy cristiano.

Levantó al anciano por los pies mientras yo sostenía su cabeza, y entre los dos lo llevamos hasta el bungalow. De vez en cuando nos parábamos, lo dejábamos en el suelo y descansábamos; luego Kamante se erguía y miraba fijamente a los pies del viejo Knudsen, en el que supongo era el estilo de la Misión escocesa en presencia de la muerte.

Cuando lo hubimos dejado tumbado en su cama, Kamante buscó por la habitación y en la cocina una toalla para cubrir su rostro, pero sólo encontró un viejo periódico.

—Los cristianos hacían esto en el hospital —me explicó.

Mucho tiempo después Kamante mostró todavía una gran satisfacción al recordar mi ignorancia. Estábamos trabajando juntos en la cocina y de repente, lleno de íntimo regocijo, echó a reír.

—¿Te acuerdas, Msabu —dijo— cuando tú te olvidaste que soy cristiano y pensaste que tendría miedo de ayudarte a llevar al Msungu Msei? —al anciano blanco.

Al ser cristiano, Kamante dejó de tenerle miedo a las serpientes. Le oí declarar a los otros chicos que un cristiano puede en cualquier momento pisar la cabeza de la más larga de las serpientes y aplastarla. Nunca le vi intentarlo, pero le vi permanecer muy tranquilo, con el rostro resuelto y las manos a la espalda, a poca distancia de la cabaña del cocinero en cuyo techado había aparecido una víbora. Todos los chicos de la casa formaron un amplio círculo en torno a la cabaña, como briznas de paja en el viento al tiempo que daban grandes gritos. Mientras Farah fue a la casa a recoger mi escopeta y la mató.

Cuando todo hubo pasado y las aguas volvieron a su cauce, Nyore, el hijo de Sice, le dijo a Kamante:

—¿Por qué, Kamante, no pusiste tu tacón sobre la cabeza de esa serpiente tan grande y tan mala y la aplastaste?

—Porque estaba en el tejado —dijo Kamante.

Una vez intenté disparar con arco y flechas. Yo era fuerte, pero me resultaba difícil tensar el arco Wanderobo que Farah había traído para mí; por fin, y después de una larga práctica, me convertí en una hábil arquera.

Kamante, que era entonces muy pequeño, solía mirarme cuando disparaba en el prado, parecía poco convencido de mi intento, y una vez me dijo:

—¿Sigues siendo cristiana cuando disparas con un arco?

Yo creía que la manera cristiana era con un rifle.

Le mostré en mi Biblia ilustrada un dibujo de la historia del hijo de Hagar: «y Dios estaba con el muchacho; y creció y habitó en los bosques y se hizo arquero».

—Bueno —dijo Kamante—, como tú.

Kamante tenía buena mano con los animales enfermos al igual que con mis pacientes nativos. Arrancaba astillas de las patas de los perros y una vez curó a uno que había sido mordido por una serpiente.

Durante algún tiempo tuvimos en casa una cigüeña con un ala rota. Tenía un carácter muy decidido, se paseaba por las habitaciones y cuando venía a mi dormitorio entablaba tremendos duelos, como si tuviera un estoque, con gran movimiento y meneo de alas, contra su imagen en mi espejo. Seguía a Kamante entre las casas y era imposible no pensar que imitaba deliberadamente su paso rígido y medido. Sus piernas eran casi igual de delgadas. A los chiquillos nativos les gusta la caricatura y gritaban alegremente cuando veían pasar a la pareja. Kamante comprendió que se burlaban, pero nunca prestaba mucha atención a lo que los otros pensaban de él. Enviaba a los chiquillos a buscar ranas al pantano para que comiera la cigüeña.

También era Kamante quien se ocupaba de «Lulú».

## IV

### Una gacela



«Lulú» llegó a mi casa procedente de los bosques como Kamante había venido de las praderas.

Hacia el este de mi granja se encontraba la Reserva Forestal de Ngong, que es casi toda ella selva virgen. Me dolió mucho cuando talaron el viejo bosque y plantaron en su lugar eucaliptos y grevileas; hubiera podido ser un lugar de recreo y un parque único para Nairobi.

Un bosque africano es una región misteriosa. Te adentras en las profundidades de un antiguo tapiz, en unos lugares descolorido y en otros oscurecido por los años, pero maravillosamente rico de matices verdes. Desde allí no puedes ver el cielo, pero la luz del sol hace los más variados juegos cayendo a través del follaje. Los hongos grises, como barbas flotantes, de los árboles y trepadoras que cuelgan por todas partes, le dan un aire misterioso y recóndito al bosque nativo. Solía cabalgar por allí con Farah los domingos, cuando no había nada que hacer en la granja, subíamos y bajábamos las cuestas y atravesábamos los serpenteantes arroyuelos. El aire del bosque estaba frío como el agua y lleno del aroma de las plantas, y al principio de las grandes lluvias, cuando florecían las trepadoras, ibas rodando de una esfera a otra llena de fragancia. Una especie de dafne africana de los bosques, que florece en pequeños brotes cremosos y viscosos, tiene un perfume excesivamente dulce, como la lila y el lirio silvestre de los valles. Aquí y allá, colgaban troncos huecos con tiras de piel en las ramas; los kikuyus los ponían allí para que las abejas se fijaran en ellas y poder conseguir miel. Una vez, al tomar una curva por un sendero en el bosque, vimos a un leopardo sentado en el camino, como un animal en un tapiz.

Allá arriba vivía una nación parlanchina e inquieta, los pequeños monos grises. Cuando una manada de monos pasaba por el camino dejaba su olor en el aire durante largo rato, un olor seco y rancio, como de ratón. Mientras cabalgabas oías de pronto su paso y sus susurros sobre tu cabeza mientras la colonia seguía su camino. Si permanecías quieta en el mismo sitio durante un rato veías a uno de los monos sentado inmóvil en un árbol y un poco después descubrías que el bosque entero estaba lleno de vida, la familia colgando como frutos de las ramas, figuras grises u oscuras según las iluminara la luz del sol, todos con sus largas colas pendientes detrás. Hacían un ruido especial, como un beso sonoro al que seguía una tosecilla; si desde el suelo tú lo imitabas, veías a los monos mover la cabeza de un lado a otro con afectación, pero si hacías un movimiento brusco se iban inmediatamente, oías el bullicio decreciente al sacudir las copas de los árboles, y desaparecían en el bosque como un cardumen de peces en las olas. En el bosque Ngong también vi, en un estrecho sendero, a través de la espesa maleza, en un día muy caluroso, al jabalí gigante del bosque, que es muy raro de encontrar. De repente pasó ante mí con su esposa y tres cachorros, a toda prisa; la familia entera parecía como

unas figuras uniformes, unas más grandes, otras más pequeñas, recortadas en papel oscuro, contra la verdura iluminada por el sol. Fue una visión gloriosa, como una imagen reflejada en un estanque del bosque, como una cosa que hubiera ocurrido hacía mil años.

«Lulú» era una joven ejemplar de la tribu de los antílopes jeroglífico, tal vez el más bello de los antílopes africanos. Son un poco mayores que los gamos; viven en los bosques o en los chaparrales, y son tímidos y fugitivos, de manera que se les ve menos que a los antílopes de las praderas. Pero las colinas de Ngong y la comarca que les rodea eran un buen lugar para estos animales jeroglíficos, y si acampabas en las colinas y salías a cazar por la mañana temprano o al atardecer los veías salir del chaparral hacia los claros, y su piel, bajo la luz del sol, brillaba rojiza como el cobre. El macho tenía un par de cuernos delicadamente curvados. «Lulú» se convirtió en un miembro de mi familia de la siguiente manera: Una mañana iba en automóvil desde la granja hasta Nairobi. El molino de la granja se había quemado poco tiempo antes y yo tuve que ir varias veces a la ciudad en coche para arreglar lo del seguro y cobrarlo; a esa hora de la mañana tenía la cabeza llena de cifras y de cálculos. Mientras iba conduciendo a lo largo de la carretera de Ngong unos cuantos chiquillos kikuyus me llamaron a gritos desde la cuneta, y vi que me enseñaban una gacela muy pequeña que llevaba uno de ellos en brazos. Sabía que la habían encontrado en los chaparrales y que querían vendérmela, pero ya iba tarde a la cita en Nairobi y no tenía tiempo para esas cosas, así que seguí adelante.

Cuando volví por la tarde y pasé por el mismo sitio escuché de nuevo gritos que procedían de un lado de la carretera y vi que la pequeña pandilla seguía allí, un poco cansada y decepcionada porque habían intentado venderle la cría a otros que pasaron durante el día, pero deseaban cerrar el trato antes de que se pusiera el sol y me la enseñaban levantándola, para tentarme. Pero yo había tenido un día muy atareado en la ciudad y ciertas contrariedades con respecto al seguro, así que ni me paré para hablarles y pasé de largo. Ni siquiera pensaba en ellos cuando estuve de vuelta en casa, cené y me fui a la cama.

Apenas me había dormido cuando me desperté con una sensación de terror. El cuadro de los niños y la pequeña gacela apareció ante mí con toda claridad, como si estuviera pintado, y me senté en la cama tan asustada como si alguien hubiera intentado estrangularme. ¿Qué le pasaría, pensé, a la cría de gacela en manos de sus capturadores que la habían tenido todo aquel largo día expuesta al calor y sostenida por sus patas atadas? Seguramente era demasiado joven para comer por sí sola. Había pasado dos veces en el mismo día, como el sacerdote y el levita, y sin preocuparme, y ahora, en ese momento, ¿dónde estaría? Me levanté presa de verdadero pánico y desperté a los criados. Les

dije que tenían que encontrar la cría de gacela y traérmela por la mañana, o si no los despediría a todos. Se pusieron en marcha inmediatamente. Dos de los criados habían ido conmigo en el automóvil ese mismo día y no habían mostrado el más mínimo interés por los niños ni por la cría; ahora se adelantaron y dieron a los otros una larga lista de detalles del lugar, de la hora y de la familia de los chiquillos. Era una noche de luna llena; mi gente salió y se diseminó por el campo discutiendo animadamente la situación: les oí decir que los despediría a todos si no encontraban a la gacela.

A la mañana siguiente, temprano, cuando Farah me traía el té, Juma vino con él trayendo a la cría en brazos. Era una hembra y le pusimos «Lulú», que en swaheli significa perla.

Por aquel tiempo «Lulú» era sólo del tamaño de un gato, con grandes y tranquilos ojos purpúreos. Tenía unas patas tan delicadas que temías que no pudiera soportar el doblarlas y desdoblarlas otra vez cuando estaba tumbada y se levantaba. Sus orejas eran suaves como la seda y extraordinariamente expresivas. Su nariz era negra como una trufa. Sus diminutas pezuñas le daban el aire de una dama china de la vieja escuela, con los pies ceñidos por lazos. Era una curiosa experiencia tener una cosa tan perfecta en tus manos. «Lulú» se adaptó a la casa y a sus habitantes, comportándose como si fuera su hogar. Durante las primeras semanas los suelos encerados de las habitaciones fueron un problema para ella, y cuando salía de las alfombras sus patas resbalaban en cuatro direcciones; parecía catastrófico, pero no se dejó impresionar y, finalmente, aprendió a caminar por los suelos desnudos con un sonido que era como una sucesión de pequeños tecleos de dedos irritados. Sus costumbres eran de una limpieza extraordinaria. Era tan terca como un niño, pero cuando le impedías hacer las cosas que quería se comportaba como si dijese: Cualquier cosa menos una escena.

Kamante la crio con un biberón y la encerraba durante la noche, porque había que tener cuidado, ya que los leopardos rondaban la casa después del atardecer. Así que ella se encariñó con él y lo seguía a todas partes. De vez en cuando si él no hacía algo que ella quería, le daba con su joven cabeza en las delgadas piernas y era tan hermoso que no podías menos de pensar, cuando los veías juntos, que eran como una nueva y paradójica ilustración de la Bella y la Bestia. Su gran belleza y su gracia le consiguió a «Lulú» una posición privilegiada en la casa y todos la trataban con respeto. En África nunca tuve otros perros que no fueran galgos escoceses. No hay perro más noble ni más gracioso. Tienen que haber vivido muchos siglos con los hombres para comprenderlos y adaptarse tan bien a nuestra vida y sus condiciones de la manera que ellos lo hacen. Se les encuentra a menudo en viejas pinturas y tapicerías y tienden a convertir, por su aspecto y sus maneras, lo que les rodea en tapices; llevan consigo una atmósfera feudal.

El primero de mi tribu de galgos escoceses, que se llamaba «Dusk», me lo dieron como regalo de boda y vino conmigo cuando empecé mi vida en África, en «The Mayflower», por así decirlo. Tenía un carácter galante y generoso. Me acompañaba cuando, durante los primeros meses de la guerra, hacía transportes para el Gobierno con mis carros de bueyes, en la reserva masai. Pero un par de años después lo mataron las cebras. Cuando «Lulú» vino a vivir a mi casa tenía dos de sus hijos conmigo.

Los galgos escoceses se adaptan muy bien al paisaje africano y a los nativos. Quizá se deba a la altitud —la melodía de las tierras altas en estos tres elementos—, porque no se les veía tan bien al nivel del mar, en Mombasa. Era como si aquel paisaje grande y desnudo, con sus praderas, colinas y ríos no estuviera completo hasta que no aparecieron los galgos. Todos los galgos son grandes cazadores y tienen más olfato que los lebreles. Cazán a la vista, y es algo muy hermoso ver a dos de ellos trabajando juntos. Los llevaba conmigo cuando iba a cabalgar al cazadero, aunque no estaba permitido, y hacían huir por la llanura a las manadas de cebras y ñúes, y entonces parecía como si todas las estrellas corrieran furiosamente por el cielo. Cuando iba a cazar a la reserva masai nunca perdía a un animal herido si llevaba a los galgos conmigo.

También estaban hermosos en los bosques nativos, su gris oscuro contrastaba con los sombríos matices verdes. Allí uno de ellos mató a un babuino macho muy grande, y en la pelea recibió un mordisco en la nariz casi hasta el hueso que estropeó su noble perfil, pero todos en la granja lo consideraban como una herida honrosa, porque los babuinos son destructivos y los nativos los detestan.

Los galgos eran muy listos y sabían qué sirvientes míos eran mahometanos y no podían tocar a los perros.

En mis primeros años en África tuve un porteador de rifles somalí llamado Ismail, que murió cuando todavía yo estaba allí. Era un porteador a la vieja usanza, de un tipo que hoy ya no queda. Había sido adiestrado por los grandes cazadores de principios de siglo, cuando toda África era un verdadero parque de ciervos. Su contacto con la civilización se produjo enteramente en los cazaderos y su inglés era el del mundo de la caza, así que hablaba de mi rifle grande y mi rifle joven. Cuando Ismail volvió a Somalia recibí una carta suya dirigida a la Leona Blixen y que comenzaba: Honorable Leona. Ismail era un mahometano estricto y por nada del mundo hubiera tocado a su perro, lo que le creaba muchos problemas en su oficio. Pero hizo una excepción con «Dusk» y nunca se molestó porque lo llevara con nosotros en el tílburí tirado por mulas, y hasta le permitía dormir en su tienda de campaña. Porque «Dusk» reconocía a un mahometano al verlo y no le tocaba. Ismail me aseguró que

«Dusk» podía darse cuenta si uno era un mahometano sincero. Una vez me dijo:

—Sé que «Dusk» es de tu misma tribu. Se ríe de la gente.

Mis perros aceptaron el poder y la posición de «Lulú» en la casa. La arrogancia de los grandes cazadores no tenía la menor importancia para ella. Los empujaba apartándolos del plato de leche y de sus sitios preferidos junto al fuego. Ató un lazo con un cascabel al cuello de «Lulú» y llegó un momento en que los perros, al escuchar el cascabeleo que se aproximaba a través de las habitaciones, se levantaban resignadamente de los calientes lechos junto al fuego e iban a tumbarse en otra parte de la habitación. Sin embargo, nadie se comportaba tan educadamente como «Lulú» cuando llegaba y se tendía al estilo de una perfecta dama, bajándose púdicamente las faldas y no molestando a nadie. Tomaba su leche con aire cortés y melindroso, como si cediera ante una anfitriona excesivamente amable. Le gustaba que le rascaran por detrás de las orejas, pero con cierta condescendencia, como una joven esposa permite a su marido acariciarla.

Cuando «Lulú» creció y llegó a la flor de su adorable juventud, se convirtió en un antílope de esbeltas formas delicadamente torneadas, increíblemente hermosa desde la nariz hasta las patas. Parecía una minuciosa ilustración de la canción de Heine sobre las gacelas sabias y dulces de las orillas del río Ganges.

Pero «Lulú» no era tan dulce, tenía el demonio en el cuerpo. Poseía, en el más alto grado, la femenina cualidad de aparentar que estaba exclusivamente a la defensiva, concentrada en defender la integridad de su ser, cuando en realidad estaba a la ofensiva con todas sus fuerzas. ¿Contra quién? Contra el mundo entero. Sus cambios de humor eran incontrolables e imprevisibles y hubiera atacado a mi caballo si le hubiese molestado. Recordaba al viejo Hagenbeck en Hamburgo, que decía que de todas las razas de animales, incluidos los carnívoros, los ciervos son los menos de fiar, y que puedes confiar en un leopardo, pero si confías en un joven venado más pronto o más tarde te atacará por la espalda. «Lulú» era el orgullo de la casa hasta cuando se comportaba como una coqueta completamente desvergonzada: pero no se sentía feliz. A veces se iba de la casa durante horas o hasta toda una tarde. Otras, cuando cambiaba de humor y su descontento por lo que la rodeaba llegaba al colmo, para aliviar su corazón emprendía una danza guerrera en el prado que parecía como una breve y zigzagueante súplica a Satanás.

«Oh “Lulú”», pensaba, «sé que eres maravillosamente fuerte y que puedes dar saltos más altos que tú misma. Estás furiosa con nosotros, desearías que estuviéramos todos muertos y desde luego que lo estaríamos si te molestaras en matarnos. Pero el problema no es lo que piensas, que hayamos puesto

obstáculos demasiado altos para que puedas saltarlos, ¿cómo íbamos a hacerlo si eres una gran saltadora? No hemos puesto obstáculos en absoluto. Tu gran fuerza está en ti, “Lulú”, y los obstáculos también están dentro de ti, y el caso es que no ha llegado todavía el momento».

Una tarde «Lulú» no volvió a casa y la buscamos en vano durante una semana. Fue un duro golpe para todos nosotros. La casa perdió alegría y parecía una casa más. Pensé en los leopardos que había junto al río y una tarde le hablé de ello a Kamante.

Como de costumbre, dejó pasar cierto tiempo antes de responder, para digerir mi falta de entendimiento. Hasta que pasaron unos días no volvió sobre el asunto.

—Msabu, tú crees que «Lulú» está muerta —dijo.

No quería decirlo de una manera tan directa, pero le contesté que me preguntaba por qué no volvía.

—«Lulú» —dijo Kamante— no ha muerto, es que se ha casado.

Era una noticia agradable y sorprendente, y le pregunté como lo sabía.

—Oh, sí —dijo—, se ha casado. Vive en el bosque con su bwana, su marido, o su amo. Pero no se ha olvidado de la gente; muchas mañanas se acerca hasta la casa. Le dejo maíz molido en la parte trasera de la cocina y antes de salir el sol viene de los bosques y se lo come. Su marido viene con ella, pero tiene miedo de la gente porque no la conoce. Se queda debajo del árbol blanco grande que hay al otro lado del prado. Pero hasta la casa no se atreve a acercarse.

Dije a Kamante que me avisara la próxima vez que viera a «Lulú». Pocos días después, antes del amanecer, vino a llamarme.

Era una preciosa mañana. Las últimas estrellas desaparecieron mientras esperábamos, el cielo estaba claro y sereno, pero el mundo por el que caminábamos seguía estando oscuro y profundamente silencioso. La hierba estaba húmeda; bajo los árboles, donde comenzaba la pendiente, brillaba el rocío como plata oscura. El aire de la mañana era frío, punzaba como en los países nórdicos cuando va a haber helada. A pesar de haber tenido con frecuencia esa experiencia pensé que era imposible creer, con este frío y esta oscuridad, que dentro de unas pocas horas el calor del sol y la claridad del cielo se harían casi insoportables. La niebla gris permanecía sobre las colinas, y tomaba curiosamente sus formas; los búfalos debían de pasar mucho frío si estaban por allí, pastando en las laderas, como dentro de una nube.

La gran bóveda sobre nuestras cabezas se llenó gradualmente de claridad como un vaso de vino. De pronto, con suavidad, las cumbres de las colinas

recibieron la primera luz del sol y tomaron un tinte rosado. Y lentamente, como si la tierra se inclinara hacia el sol, las herbosas laderas al pie de la montaña adquirieron un color de oro pálido, y también los bosques masai que estaban más abajo. Y ahora las copas de los altos árboles del bosque, en nuestra parte del río, se sonrosaron como cobre. Era la hora del vuelo de las grandes palomas purpúreas del bosque, que anidaban al otro lado del río y venían a comer a los castaños de El Cabo de mi bosque. Permanecían sólo una corta temporada durante el año. Los pájaros venían sorprendentemente rápidos, como si hicieran una carga de caballería en el aire. Por esta razón a mis amigos de Nairobi les gustaba tanto la caza mañanera de palomas en la granja; para llegar a mi casa a tiempo, cuando el sol sale, solían venir tan temprano que llegaban hasta mi carretera con las luces de sus automóviles todavía encendidas.

Allí de pie, en la nítida sombra, contemplabas las cumbres doradas y el cielo claro, y tenías la sensación de que en realidad caminabas por el fondo del mar, entre las corrientes, mirando hacia la superficie del océano.

Un pájaro comenzó a cantar y luego escuché, allá lejos por el bosque, el tintineo de una campanilla. ¡Qué alegría, «Lulú» volvía a su antigua casa! Estaba cada vez más cerca, podía seguir sus movimientos por su ritmo; caminaba, se detenía, caminaba otra vez. Apareció ante nosotros por detrás de la cabaña de un sirviente. De pronto, ver a un antílope tan cerca de la casa se convirtió en algo insólito y agradable. Se quedó inmóvil, parecía preparada para ver a Kamante, pero no a mí. Pero no se marchó, me miró sin miedo y sin ningún recuerdo de nuestras escaramuzas del pasado o de su propia ingratitud que la llevó a irse sin avisar.

La «Lulú» de los bosques era un ser superior, independiente, había cambiado, era dueña de sí. Si yo hubiera conocido a una joven princesa en el exilio, cuando era pretendiente del trono, y volviera a veda ya en posesión de sus derechos, como reina, nuestro encuentro hubiera tenido el mismo carácter. «Lulú» mostraba la misma generosidad que el rey Luis Felipe cuando declaró que el rey de Francia no recordaba los rencores del duque de Orleans. Era la «Lulú» completa. El espíritu de ofensiva había desaparecido de ella: ¿A quién y por qué tenía que atacar? Se asentaba tranquilamente sobre sus derechos divinos. Me recordaba lo bastante para saber que no tenía por qué temerme. Durante un minuto me miró; sus ojos purpúreos y humosos no tenían ninguna expresión en absoluto y no parpadeaban, y recordé que los dioses y las diosas nunca parpadean: sentí que estaba frente a Hera, la de los ojos bovinos. Al pasar junto a mí mordisqueó ligeramente una hoja de hierba, dio un hermoso saltito y caminó hasta la parte trasera de la cocina donde Kamante había esparcido maíz en el suelo.

Kamante tocó mi brazo con un dedo y luego señaló hacia los bosques.

Seguí la dirección que me indicaba y vi a un antílope macho bajo un alto castaño de El Cabo, una pequeña silueta leonada en la linde del bosque, inmóvil como un tronco. Kamante lo observó durante un momento y luego se echó a reír.

—Mira —dijo—, «Lulú» le ha explicado a su marido que no tiene nada que temer en las casas, pero de todas maneras él no se atreve a venir. Cada mañana piensa que hoy va a venir, pero cuando ve la casa y la gente siente un frío en el estómago —algo que les suele ocurrir también a los nativos y que crea tantos problemas de trabajo en la granja—, y se para al lado del árbol.

Durante mucho tiempo «Lulú» siguió viniendo a la casa a primera hora de la mañana. Su clara campanilla anunciaba que el sol se levantaba por las colinas, solía quedarme en la cama y esperado. A veces estaba fuera durante una o dos semanas, la perdíamos y comenzábamos a hablar a los que iban a cazar a las colinas. Pero luego los sirvientes me anunciaban: «“Lulú” está aquí», como si fuera la hija casada de la casa, que viene de visita. Unas cuantas veces más vi la silueta del antílope entre los árboles, pero Kamante tenía razón, nunca reunió coraje suficiente para acercarse hasta la casa.

Un día, al volver de Nairobi, Kamante me esperaba a la puerta de la cocina y se acercó muy excitado para decirme que «Lulú» había estado en la granja ese mismo día y traía consigo a su toto (su bebé). Unos cuantos días después tuve el honor de encontrarla entre las cabañas de los criados, muy atenta y sin ganas de juegos, con una cría muy pequeña detrás suyo, tan delicadamente torpe de movimientos como lo era la propia «Lulú» cuando la vi por primera vez. Eso fue después de las grandes lluvias y durante aquellos meses de verano «Lulú» se acercaba a las casas, por las tardes al igual que por alba. Podía aparecer incluso a mediodía, moviéndose a la sombra de las cabañas.

El cervato de «Lulú» no tenía miedo de los perros, y se dejaba olfatear, pero no podía acostumbrarse ni a mí ni a los nativos, y si intentábamos cogerlo, la madre y el hijo se iban.

La propia «Lulú», después de su primera ausencia larga de la casa, no se puso nunca tan cerca de nosotros que pudiéramos tocarla. Por otra parte, se mostraba amistosa, comprendía que quisiéramos ver a su hijo y tomaba un trozo de caña de azúcar de una mano extendida. Subía hasta la puerta abierta del comedor, miraba pensativa la oscuridad de las habitaciones, pero nunca cruzó el umbral de nuevo. Por entonces ya había perdido la campanilla e iba y venía en silencio.

Mis sirvientes me sugirieron que podía coger el cervato de «Lulú» y tenerlo conmigo como la había tenido a ella. Pero pensé que sería una manera bastante grosera de corresponder a la elegante confianza que «Lulú» nos había mostrado.



También me parecía que la unión libre entre mi casa y el antílope era algo raro y honroso. «Lulú» venía del mundo salvaje para mostrar que estábamos en buenos términos con él, y que consideraba que mi casa formaba parte del paisaje africano, de manera que nadie podía decir dónde terminaba una y empezaba otro. «Lulú» sabía dónde estaba la madriguera del jabalí gigante y había visto copular al rinoceronte. En África hay un cuco que canta en medio de los días calurosos, en medio del bosque, como el sonoro corazón del mundo, nunca he tenido la suerte de verlo, ni nadie que conozca, así que no me lo han podido describir. Pero «Lulú» quizá hubiera pasado por el estrecho y verde sendero de los ciervos, bajo la rama en la que está sentado el cuco. Estaba leyendo un libro sobre la grande y antigua emperatriz de China y contaba cómo después del nacimiento de su hijo, la joven Yahanola había ido a visitar su vieja casa; marchó de la Ciudad Prohibida en un palanquín dorado, amado de verdura. «Mi casa», pensé, «es ahora como la casa del padre y la madre de la joven emperatriz».

Los dos antílopes, la grande y el pequeño, rondaron mi casa todo aquel verano; a veces había un intervalo de dos o tres semanas durante las visitas, pero otras veces los veíamos todos los días. Al principio de la siguiente estación de las lluvias mis sirvientes me dijeron que «Lulú» había vuelto con un nuevo cervato. No llegué a ver al cervato porque esta vez no se acercaron mucho a la casa, pero después vi tres antílopes juntos en el bosque.

El vínculo entre «Lulú» y su familia y mi casa duró muchos años. Los antílopes aparecían a menudo en las proximidades de la casa, salían de los bosques y volvían de nuevo como si mis terrenos fueran una provincia del país salvaje. La mayor parte de las veces venían antes del crepúsculo y al principio se veían sus delicadas y oscuras siluetas contra el verde oscuro, pero cuando pastaban en el prado a la luz del atardecer su piel brillaba como el cobre. Uno de ellos era «Lulú», porque se acercaba a la casa, caminaba sosegadamente y levantaba las orejas si oía llegar un automóvil o cuando se abría una ventana; y los perros la conocían. Su color se fue haciendo más oscuro con los años. Una vez llegué conduciendo a casa con un amigo y me encontré con tres antílopes en la terraza en torno a la sal preparada para mis vacas.

Era curioso que, aparte del primer antílope grande, el bwana de «Lulú», que se quedaba con la cabeza levantada a la sombra del castaño de El Cabo, no había ningún macho entre los antílopes que venían a casa. Parecía que teníamos ante nosotros un matriarcado forestal.

Los cazadores y naturalistas de la colonia tornaron interés por mis antílopes y el montero mayor vino hasta la granja para verlos. Un periodista escribió un artículo en East African Standard.

Los años en que «Lulú» y los suyos venían a mi casa fueron los más felices

de mi vida en África. Por esta razón llegué a considerar mi relación con los antílopes del bosque como una bendición y un signo de la amistad de África. Todo el país estaba en ello, buenos augurios, antiguas alianzas, una canción:

Hazlo pronto, amor mío, y sé como un corzo  
o un cervatillo en la montaña perfumada.

En los últimos años en África vi cada vez menos a «Lulú» y a su familia. En el año en que me fui me parece que no vinieron nunca. Las cosas habían cambiado. La tierra al sur de mi granja había sido dada a unos granjeros, y el bosque, talado, y se construían casas. Los tractores iban y venían por los antiguos claros. Muchos de los nuevos colonos eran puros deportistas y los rifles cantaban en el paisaje. Yo creo que la caza se retiró hacia el oeste y marchó a los bosques de la reserva Masai.

No sé cuánto tiempo viven los antílopes, probablemente «Lulú» había muerto hacía mucho tiempo.

Con frecuencia, con mucha frecuencia, en las tranquilas horas del amanecer soñaba que había oído la clara campanilla de «Lulú» y mientras dormía mi corazón latía lleno de alegría; me despertaba y esperaba que ocurriera algo muy extraño y muy dulce en cualquier momento.

Cuando me echaba otra vez, pensaba en «Lulú», preguntándome si en su vida en los bosques soñaría con su campanilla. ¿Pasarían por su mente, como sombras por el agua, imágenes de gente y de perros?

«Aunque yo sé una canción de África» —pensaba—, «de la jirafa y de la luna nueva africana tendida de espaldas, de los arados en los campos y de los rostros sudorosos de los recolectores de café, ¿sabría África una canción sobre mí? ¿Vibrará el aire en la llanura con un color que yo he llevado, o los niños inventarán un juego en el cual esté mi nombre, la luna llena proyectará una sombra sobre la grava del camino que era como yo, o me buscarán las águilas de Ngong?».

No tuve noticias de «Lulú» desde que me fui, pero sí de Kamante y mis otros sirvientes en África. La última carta de Kamante me llegó no hace todavía un mes. Pero esas comunicaciones de África me llegan de una manera extraña, irreal, más como sombras o espejismos que como noticias reales.

Porque Kamante no sabe escribir y no sabe inglés. Cuando a él o los otros se le ocurre enviarme nuevas, van a uno de los amanuenses indios o nativos que se sientan con su pupitre, su papel, su pluma y su tinta junto a la oficina de correos y le explican lo que quieren poner en la carta. Estos amanuenses no saben mucho inglés, y desde luego no tienen mucha idea de cómo escribirlo, aunque están convencidos de lo contrario. Para mostrar su pericia en el oficio

enriquecen las cartas con una serie de florituras, lo que las hace difíciles de descifrar. También tienen la costumbre de escribir las cartas en tres o cuatro clases de tinta y, sea cual fuere el motivo, dan la impresión de que andan escasos de ella y están aprovechando las últimas gotas de las botellas. De todos esos esfuerzos sale el tipo de mensajes que la gente recibía del oráculo de Delfos. Hay algo muy profundo en las cartas que recibo, sientes que lo que tratan de comunicarte es algo de vital importancia que va dentro del corazón del que la envía, que le ha movido a hacer el largo camino entre la reserva kikuyu y la oficina de correos. Pero queda envuelto en el misterio. El papelito barato y sucio que cuando llega a ti ha hecho muchas miles millas, parece hablarte y hablarte, gritar incluso, pero no te dice nada en absoluto.

Sin embargo, Kamante, en esto como en las demás cosas, es diferente de los otros. Como corresponsal tiene un estilo propio. Pone tres o cuatro cartas en el mismo sobre y luego las marcas. Primera carta, segunda carta, y así sucesivamente. Todas contienen las mismas cosas, repetidas una y otra vez. Quizá lo que quiere conseguir con las repeticiones es provocarme una impresión más profunda, porque él me hablaba de esta manera cuando quería que yo comprendiera o recordara algo en particular. Quizá es difícil para él dejar de escribir cuando siente que está en contacto con una amiga a una distancia tan grande.

Kamante me escribe que ha estado sin trabajo durante mucho tiempo. No me ha sorprendido, porque es un manjar demasiado delicado para gente vulgar. Eduqué a un cocinero real y lo dejé en una colonia nueva. Fue un caso de «Sésamo, ábrete». Ahora las palabras mágicas se han perdido y la piedra se ha cerrado sobre los míticos tesoros que escondía. Ahora, cuando llega el gran chef, lleno de conocimientos, nadie ve en él más que un pequeño kikuyu patizambo, un enano de cara chata e inexpresiva.

¿Qué quiere decirme Kamante cuando va hasta Nairobi, se presenta ante el codicioso y engreído amanuense indio y le dicta un mensaje que va a atravesar medio mundo? Las líneas están torcidas y no hay orden en las frases de la carta. Pero Kamante tiene tal grandeza de alma que quien le conoce escucha en las notas de esa música rota y desordenada, casi un eco del arpa del pastorcillo David.

Esta es una segunda carta.

«No te olvidó Memsahib. Honorable Memsahib. Ahora tus siervos ya no están nunca alegres porque tú te has ido. Si fuéramos pájaros volaríamos e iríamos a verte. Luego volveríamos. Entonces tu granja era un buen sitio para vacas terneros negros. Ahora no tienen vacas cabras ovejas, no tienen nada. Ahora toda la gente mala goza en sus corazones porque tus antiguos siervos son pobres ahora. Dios sabe todo en su corazón para ayudar algunas veces a tu

siervo».

Y en una tercera carta Kamante ofrece un ejemplo de la manera con que los nativos pueden decirte algo hermoso, escribe:

«Escribe y dinos si vuelves. Pensamos que vuelves. ¿Por qué? Pensamos que nunca puedes olvidarnos. ¿Por qué? Pensamos que sigues recordando nuestras caras y el nombre de nuestras madres».

Un hombre blanco que hubiera querido decirte una cosa hermosa, escribiría: «No puedo olvidarte». Los africanos dicen: «Pensamos que nunca puedes olvidarnos».

\*\*\*\*

## 2

### UN ACCIDENTE EN LA GRANJA

#### I

#### El accidente

La noche del 19 de diciembre salí de casa a pasear antes de irme a la cama para ver si iba a llover. Muchos granjeros de las tierras altas estarían, supongo, haciendo lo mismo a esa hora. A veces, en años afortunados, podíamos tener unos cuantos chaparrones hacia la Navidad, lo cual era importante para el café, que comenzaba a aparecer en los árboles después de florecer en las cortas lluvias de octubre. Esa noche no había indicios de lluvia. El cielo estaba sereno y triunfalmente silencioso, cuajado de estrellas.

El cielo estrellado del ecuador es más rico que el del norte y se le ve más porque estás más tiempo fuera por las noches. En la Europa septentrional las noches invernal es son demasiado frías como para que una pueda permitirse disfrutarlas contemplando las estrellas, y en el verano apenas se las puede distinguir en el claro cielo nocturno, que es tan pálido como el alhelí.

La noche tropical posee el aire acogedor de la catedral católica romana, en contraste con las iglesias protestantes del norte que puedes visitar sólo cuando te dejan, durante los oficios. Aquí, en esta gran estancia, la gente viene y va, es el sitio donde ocurren las cosas. En Arabia y África, donde el sol del mediodía te mata, la noche es el tiempo para viajar y trabajar. Las estrellas tienen nombres aquí porque han guiado a los seres humanos durante siglos, conduciéndoles por largas líneas a través de las arenas del desierto y el mar,

una hacia el este y otra hacia el oeste, una al norte y otra al sur. Los automóviles funcionan bien por la noche y es agradable conducir bajo las estrellas, y adquieres la costumbre de fijar las citas con tus amigos del campo para el tiempo de la próxima luna llena. Empiezas los safaris con la luna nueva para beneficiarte de un ciclo entero de noches de luna. Te resulta extraño cuando vuelves a Europa encontrarte con que tus amigos de las ciudades viven sin tener en cuenta los cambios de la luna y casi la ignoran. La luna nueva fue la señal de acción para el camellero de Kadija, cuya caravana se puso en marcha cuando apareció en el cielo. Con su rostro vuelto hacia ella fue uno de los «filósofos que tejen sus sistemas del Universo de la luz de la Luna». Debió de contemplarla mucho, porque la tomó como el signo de la conquista.

Adquirí prestigio entre los nativos porque muchas veces sucedió que en la granja fui la primera persona que vio la luna nueva, como un delgado arco de plata en el crepúsculo; sobre todo porque dos o tres años seguidos vi antes que nadie la luna nueva del mes del Ramadán, el mes sagrado de los mahometanos.

El granjero dirige sus ojos lentamente por todo el horizonte. Primero hacia el este, porque será del este de donde venga la lluvia, si es que viene, y allí se ve claramente la Espiga en la constelación de Virgo. Luego al sur, para saludar a la Cruz del Sur, portera del inmenso mundo, fiel a los viajeros y amada por ellos, y más altas, bajo la huella luminosa de la Vía Láctea, Alfa y Beta en Centauro. Hacia el sudoeste resplandece en el cielo el gran Sirio, Canopo el meditativo, y hacia el oeste, sobre el fino dibujo de las colinas de Ngong, casi ininterrumpido, los adornos de radiante diamante, Rigel, Betelgeuse y Bellatrix. Finalmente se vuelve hacia el norte porque al norte terminará por volver, donde se encuentra nada menos que con la Osa Mayor, sólo que ahora está tranquilamente cabeza abajo debido a la perspectiva celeste, lo que le da un aire de chiste osuno, que alegra el corazón de los emigrantes nórdicos.

La gente que sueña mientras duerme por la noche siente una clase especial de felicidad que no tiene el mundo diurno, un plácido éxtasis y una ligereza de corazón que saben como la miel. También siente que la verdadera gloria del sueño reside en su atmósfera de ilimitada libertad. No la libertad del dictador, que impone al mundo su voluntad, sino la libertad del artista, que no emplea su voluntad, porque se ha librado de ella. El placer del verdadero soñador no reside en la sustancia de su sueño, sino en esto: que las cosas ocurren sin ninguna interferencia por su parte y, además, completamente fuera de su control. Grandes paisajes creados por sí mismos, grandes y espléndidas vistas, ricos y delicados colores, caminos, casas que nunca ha visto y de las que nunca ha oído hablar. Aparecen extraños y son amigos o enemigos, aunque la persona que sueña no haya hecho nunca nada por ellos. Las ideas de huida y persecución son recurrentes en los sueños e igualmente propiciadoras del

éxtasis. Todos dicen cosas inteligentes. Es cierto que si lo recuerda al día siguiente las cosas se borran y pierden su sentido, porque pertenecen a un plano diferente, pero tan pronto como el que sueña se tumba por la noche, el circuito se cierra y recuerda su esplendor. Durante todo el tiempo le rodea un sentimiento de inmensa libertad y le invade, como el aire y la luz, una felicidad ultraterrena. Es una persona privilegiada, alguien que no tiene nada que hacer, pero para cuyo enriquecimiento y placer se juntan todas las cosas; el rey de Tharsis le llevará sus dones.

Participa en una gran batalla o en un baile y se pregunta cómo puede ser tan afortunado que participe en esos acontecimientos al tiempo que duerme. Es cuando se empieza a perder la conciencia de la libertad, cuando la idea de necesidad penetra en el mundo, cuando hay prisa y tensión por todas partes, cuando hay que escribir una carta o tomar un tren, cuando tienes que ir a trabajar, hacer que los caballos del sueño galopen o hacer que se disparen los rifles, cuando el sueño decae y se convierte en una pesadilla, que pertenece a la categoría más pobre y más vulgar de los sueños. Lo más parecido en el mundo en vigilia a un sueño es una noche en una gran ciudad donde nadie te conoce o en la noche africana. Ahí también hay una infinita libertad: ahí ocurren cosas, se forjan los destinos en torno tuyo, bulle de actividad y nada te concierne.

Aquí, tan pronto como se pone el sol el aire se llena de murciélagos, que vuelan sin ruido, como automóviles por el asfalto. Pasa el halcón nocturno: era ese el pájaro posado en el camino y en cuyos ojos brillaron rojizos los faros de tu coche antes de que ascendiera verticalmente delante de las ruedas. A los lados de la carretera las pequeñas liebres jugaban a su aire, se sentaban de pronto y corrían luego hacia adelante, siguiendo un ritmo, como canguros en miniatura. La cigarra canta su canción interminable entre las hierbas altas, la tierra huele y las estrellas caen por el cielo como lágrimas por una mejilla. Tú eres la persona privilegiada a la que todo le es dado. El rey de Tharsis te traerá sus presentes.

Unas cuantas millas más allá, en la reserva masai, las cebras cambian sus pastos, los rebaños vagan por la pradera gris y el color de sus rayas es más claro que ésta, los búfalos pastan en las largas laderas de las colinas. Pasan mis jóvenes de la granja, dos o tres juntos, caminando en fila india como delgadas sombras oscuras sobre el prado, van a lo suyo, no es hora de trabajo y no es cosa mía lo que hagan. Me lo recuerdan ellos mismos al hacer más lento su paso cuando ven la punta encendida de mi cigarrillo junto a la casa y me saludan sin detenerse.

—Jambo Msabu.

—Jambo Morani —jóvenes guerreros—, ¿adónde vais?

—Vamos al manyatta de Kathegu. Kathegu tiene un gran Ngoma esta noche. Adiós, Msabu.

Si fueran en grupos mayores llevarían su propio tambor al baile y se le escucharía desde muy lejos, como el latido de una vena en el dedo de la noche. Y de pronto llega al oído, que no estaba preparado, lo que más que un sonido es una profunda vibración del aire, el breve y distante rugido de un león. Camina, caza, hay movimiento allá donde él está. No se repite, pero ha agrandado el horizonte; te acerca a los grandes estercoleros y a las charcas de agua.

Estaba delante de casa cuando sonó un disparo. Uno solo. Luego de nuevo la tranquilidad de la noche se cerró por todas partes. Tras un instante, como si hubiera hecho una pausa para escuchar y ahora empezara otra vez, escuché a la cigarra con su monótona cancioncilla entre la hierba.

Un disparo en la noche tiene algo de curiosamente definitivo y fatal. Es como si alguien hubiera gritado un mensaje para ti de una sola palabra y no pudiera repetido. Estuve un momento preguntándome qué habría sido. A esa hora no puedes apuntar a nada y para asustar a alguien una persona dispararía dos o más tiros.

Quizá hubiera sido mi viejo carpintero indio Pooran Singh allá abajo en el molino, disparando contra una pareja de hienas que se hubieran deslizado en el cercado y se estuvieran comiendo las tiras de piel de buey, colgadas con piedras como pesos, que sirven para hacer correas para nuestros carros. Pooran Singh no era ningún héroe, pero pudo haber entreabierto la puerta de su cabaña por amor a las correas y disparado su vieja escopeta. Pero hasta él hubiera disparado los dos cañones y probablemente hubiera cargado otra vez y vuelto a disparar, una vez sentida la dulzura del heroísmo. Pero un solo disparo, ¿y luego ese silencio?

Esperé durante un rato un segundo disparo; no pasó nada y me puse a mirar de nuevo al cielo que seguía sin señales de lluvia. De modo que me fui a la cama, llevé un libro conmigo y dejé encendida la lámpara. En África, cuando tomas un libro digno de ser leído, entre el montón de mala literatura que los buenos barcos traen desde la distante Europa, lo lees como un autor quiere que se lea su libro, pidiendo a Dios que siga siendo tan bueno como lo es al principio. Tu mente corre, transportada, por un sendero fresco y verde oscuro. Dos minutos más tarde apareció una motocicleta a toda velocidad en el camino, se detuvo frente a la casa y alguien llamó con fuerza a la ventana de mi sala de estar. Me puse una falda, una chaqueta y un par de zapatos, cogí la lámpara y salí. Afuera estaba mi gerente del molino con los ojos extraviados y sudando. Se llamaba Belknap, era norteamericano y un mecánico de talento y excepcionalmente capaz, pero de carácter inestable. Con él las cosas una vez

parecían al borde del milenio y otras oscuras y sin el menor signo de esperanza. Cuando comenzó a trabajar para mí me trastornó con sus tornadizas opiniones sobre la vida, las condiciones y las perspectivas de la granja, sometiéndome a una enorme tensión mental; luego me acostumbré. Estos altibajos no eran más que una especie de gimnasia mental diaria de un temperamento nervioso, con gran necesidad de ejercicio y para el que no ocurría casi nada; es un fenómeno corriente entre los enérgicos jóvenes blancos en África, particularmente entre los que han pasado sus primeros años de vida en ciudades. Pero he aquí que acababa de ocurrirle una tragedia y todavía se sentía indeciso de si debía saciar su alma hambrienta y aprovecharla tanto como fuera posible o huir de su horror minimizándola, y en el dilema aparecía como un muchacho muy joven que corre, como si en ello le fuera la vida, para anunciar una catástrofe; hablaba tartamudeando. Finalmente se decidió por minimizada, porque no tenía ningún papel que interpretar, y el destino lo había dejado de lado una vez más.

Por entonces Farah ya había llegado desde su casa y escuchaba el relato junto a mí.

Belknap me contó que la tragedia había comenzado pacífica y agradablemente. Su cocinero tenía el día libre y, en su ausencia, se celebró una fiesta en la cocina organizada por su toto de cocina, Kabero, de siete años, hijo de mi antiguo aparcerero y vecino de la granja, el viejo zorro Kaninu. A última hora de la tarde la compañía estaba muy alegre, Kabero trajo la escopeta de su amo y, ante sus salvajes amigos de las praderas y de las shambas, asumió el papel de hombre blanco. Belknap era un notable avicultor, preparaba capones y pulardas y compraba pollos de pura raza en las tiendas de Nairobi; en la veranda tenía una escopeta para espantar a los halcones y a los gatos monteses. Cuando posteriormente hablamos del caso, sostuvo que la escopeta no estaba cargada, sino que los chiquillos habían ido a buscar cartuchos y la habían cargado, pero me parece que su memoria le fallaba, porque era muy difícil que pudieran hacer, aunque hubieran querido, y lo más probable que la escopeta estuviera ya cargada. Sin embargo, fuera como fuera, había un cartucho en el cargador cuando Kabero, embriagado de juventud y popularidad, apuntó el arma contra sus invitados y apretó el gatillo. El disparo resonó en toda la casa. Tres de los chiquillos resultaron ligeramente heridos y huyeron aterrorizados de la cocina. Dos estaban heridos graves o muertos. Belknap terminó su relato con un largo anatema contra el continente africano y las cosas que en él ocurrían.

Mientras hablaba, mis sirvientes permanecieron en completo silencio; luego se fueron de nuevo y trajeron un quinqué. Cogimos vendas y desinfectantes. Hubiera sido una pérdida de tiempo tratar de poner en marcha el coche y lo que hicimos fue ir corriendo por el bosque hasta la casa de



Belknap. El oscilante quinqué proyectaba nuestras sombras de un lado del estrecho sendero a otro. Mientras corríamos nos llegaron los gritos desgarradores y entrecortados de un niño agonizante.

La puerta de la cocina estaba abierta como si la muerte, después de entrar violentamente, se hubiera ido del mismo modo, dejándola en una espantosa devastación, como un gallinero después de una visita del tejón. Sobre una mesa había una lámpara que lanzaba humo hacia el techo y la pequeña habitación seguía oliendo a pólvora. Al lado de la lámpara estaba la escopeta. La cocina estaba llena de sangre y resbalé en ella. Con un quinqué es difícil iluminar un punto determinado, pero proporciona una visión impresionante de una habitación o de una situación por entero; recordaré siempre lo que vi a la luz de un quinqué mejor que con cualquier otra iluminación.

Conocía a los niños heridos de las praderas de la granja, donde apacentaban las ovejas de sus padres. Wamai, el hijo de Jogona, un chiquillo lleno de vida que había sido durante algún tiempo alumno de la escuela, yacía en el suelo, entre la puerta y la mesa. Aún no estaba muerto, pero iba a morir muy pronto, gemía débilmente, a pesar de estar inconsciente. Lo pusimos a un lado para poder moverlo. El niño que gritaba era Wanyangerri, el más pequeño de los participantes en la fiesta de la cocina. Estaba sentado, inclinado hacia delante, hacia la lámpara; la sangre salía a chorros, como agua de una bomba, de su rostro —si es que se podía hablar de eso, porque debía de estar frente a la escopeta cuando dispararon ya que no tenía mandíbula inferior. Tenía los brazos levantados y los movía como un asta de bomba, arriba y abajo, como las alas de un pollo cuando le han cortado la cabeza.

Cuando te ves metida bruscamente en presencia de un desastre de tal magnitud, no se te ocurre otra cosa que el remedio del cazadero y del corral de la granja: rematar rápidamente y a cualquier costo. Pero tú sabes que no puedes matar y tu cerebro se llena de miedo. En mi desesperación puse mis manos en la cabeza del niño y apreté, y como si realmente lo hubiera matado dejó de gritar y se sentó erecto, los brazos caídos, como si fuera de madera. Desde entonces sé cómo se siente una al curar por imposición de las manos.

Es difícil vendar a un paciente la mitad de cuyo rostro ha sido arrancada, porque en tu empeño por parar la hemorragia puedes sofocarlo. Recliné al chiquillo sobre las rodillas de Farah e hice que sostuviera su cabeza, porque si caía hacia delante no podía apretar bien la venda y si caía hacia atrás la sangre se agolparía y tataría su garganta. Finalmente, mientras estaba sentado y quieto, pude vendarle.

Pusimos a Wamai sobre la mesa y acercamos la lámpara para examinarlo. Había recibido la carga entera de la escopeta en la garganta y en el pecho, no sangraba mucho, sólo le caía un hilillo de sangre de la comisura de la boca.

Parecía mentira que aquel chiquillo nativo, antes tan lleno de vida como un cervatillo, estuviera ahora tan quieto. Mientras lo mirábamos su rostro cambió y adquirió una expresión de sorpresa profunda. Envié a Farah a buscar el automóvil a casa porque teníamos que llevar los niños al hospital sin pérdida de tiempo.

Mientras esperábamos pregunté por Kabero, el chico que había disparado la escopeta y derramado toda aquella sangre. Belknap me contó una extraña historia sobre él. Un par de días antes había comprado unos viejos pantalones cortos a su amo y tenía que pagarle una rupia de su salario. Cuando sonó el disparo y Belknap entró corriendo en la cocina, Kabero estaba en medio de la habitación con la escopeta humeante en las manos. Miró un segundo a Belknap y luego buscó en los bolsillos de los pantalones cortos que acababa de comprar que se había puesto para la fiesta, sacó una rupia y la depositó sobre la mesa con la mano izquierda, mientras con la derecha ponía la escopeta también sobre la mesa. Y cancelada esta deuda con el mundo se fue; en realidad, aunque entonces no podíamos saberlo, con ese gran gesto desapareció de la faz de la tierra. Era un comportamiento inhabitual en los nativos, que no suelen dar a las deudas, sobre todo a las deudas con un hombre blanco, mayor importancia. Quizá aquel momento le pareció a Kabero poco menos que el día del juicio y decidió representar su papel hasta el final; quizá intentaba, en una hora de necesidad, asegurarse un amigo. O lo que había ocurrido es que el choque, el ruido, la muerte de sus amigos golpeó la pequeña esfera de las ideas del chiquillo, de modo que fragmentos de la periferia fueron proyectados al mismísimo centro de su conciencia.

En aquella época yo tenía un viejo automóvil marca Overland. Nunca he escrito nada contra él porque me sirvió muy bien durante años. Pero raramente se dejaba convencer de andar con más de dos cilindros. Los faros tampoco funcionaban, así que cuando iba en él a los bailes del club Muthaiga, llevaba como luz trasera un quinqué envuelto en un pañuelo rojo. Para que arrancara había que empujarlo, y aquella noche tardó mucho.

Los visitantes que venían a casa se quejaban del estado de mi cartera y durante el viaje mortal de aquella noche, me di cuenta de que tenían razón. Al principio dejé conducir a Farah, pero cuando creí que se estaba metiendo deliberadamente en los baches más profundos y en las rodadas de los carros, tomé yo misma el volante. Pero antes fui a lavarme las manos en las oscuras aguas del estanque. El viaje hasta Nairobi me pareció infinitamente largo, pensé que durante todo aquel tiempo podíamos haber llegado hasta mi patria, a Dinamarca.

El Hospital Nativo de Nairobi se asienta justamente antes de empezar la cuesta abajo que lleva hasta la hondonada donde está la ciudad. Estaba oscuro y parecía tranquilo. Nos costó trabajo despertar a alguien; al final apareció un

viejo médico o un ayudante goano, vestido con un curioso negligé. Era un hombre grande y gordo, de maneras muy apacibles y que tenía una extraña forma de hacer el mismo gesto primero con una mano y luego con la otra. Cuando ayudaba a sacar a Wamai del automóvil me pareció que se estremecía y luego se estiraba, pero cuando lo introdujimos en una habitación del hospital completamente iluminada, estaba muerto. El viejo goano señaló con la mano hacia él, diciendo: «Está muerto».

Y luego hacia Wanyangerri, diciendo: «Está vivo». Nunca volví a ver a aquel anciano, porque nunca más volví al hospital por la noche, cuando probablemente era su turno. En aquel momento sus maneras me molestaron, pero luego pensé que fue como si el destino mismo, envuelto en grandes mantos blancos, uno encima de otro, nos hubiera recibido en el umbral de la casa distribuyendo imparcialmente la vida y la muerte.

Wanyangerri se despertó de un desvanecimiento cuando lo metíamos en el hospital y fue poseído por un pánico terrible; no quería quedarse y se agarró a mí y a cualquiera que estuviera cerca, mientras gritaba y lloraba con la mayor angustia. El viejo goano, finalmente, lo calmó mediante una inyección y mirándome sobre sus lentes, me dijo: «Está vivo». Dejé a los niños allí, al muerto y al vivo, sobre dos camillas, abandonados a sus diferentes destinos. Belknap, que había venido con nosotros en su motocicleta, más que nada para ayudarnos a empujar el automóvil para que arrancara si se detenía en la carretera, pensaba que debíamos informar del accidente a la policía. Condujimos por la ciudad hasta el puesto de policía de la calle River, encontrándonos así en el corazón de la vida nocturna de Nairobi. No había ningún policía blanco cuando llegamos y mientras iban a llamado nosotros esperamos afuera, en el coche. La calle tenía una avenida de altos eucaliptos, el árbol de todas las ciudades de los pioneros en las tierras altas; por la noche sus hojas largas y delgadas despiden un perfume extraño y agradable y adquieren un curioso aspecto a la luz de las farolas. Una grande y rolliza joven swaheli era conducida al puesto de policía por un grupo de policías nativos, se resistía con todas sus fuerzas, les arañaba en la cara y gritaba como una cerda; trajeron a un grupo de camorristas que todavía en las escaleras del puesto querían seguir peleando, y a un ladrón que me parece que acababan de coger, que venía por la calle seguido por un grupo de noctámbulos, discutiendo entre sí en voz alta, unos de parte suya y otros de la policía. Por fin llegó un joven oficial de la policía, directamente, creo, de una juerga. A Belknap le produjo una desilusión porque después de comenzar su informe con gran interés y a una tremenda velocidad, se sumió en profundos pensamientos, arrastró su lápiz lentamente por el papel y por fin dejó de escribir y se metió el lápiz en el bolsillo. Yo tenía frío debido al aire de la noche. Por último, volvimos en el automóvil a casa.

A la mañana siguiente, todavía en la cama, sentí, por la concentrada quietud que rodeaba la casa, que había mucha gente fuera. Sabía quiénes eran: los ancianos de la granja, que acucillados en las piedras, masticaban, aspiraban el tabaco, escupían y hablaban en voz baja. También sabía lo que querían: venían a informarme de su deseo de celebrar una kyama sobre el asunto del disparo de la noche pasada y la muerte del niño.

Una kyama es una asamblea de los ancianos, autorizada por el Gobierno, para dirimir las diferencias locales entre los aparceros. Los miembros de la kyama se reúnen por un crimen o un accidente y pueden permanecer reunidos durante muchas semanas, alimentándose de carnero, cháchara y desastres. Sabía que ahora los ancianos querían hablar de todo el asunto conmigo y que también querían, si podían, que yo fuera juez y dijera la última palabra. No me apetecía una interminable discusión sobre la tragedia de aquella noche y mandé a buscar mi caballo para alejarme de la casa y de ellos.

Como esperaba, al salir de la casa me encontré al círculo entero de los ancianos cerca de las cabañas de los criados. Para que su asamblea no perdiera dignidad hicieron que no me veían, hasta que se dieron cuenta de que me iba. Se levantaron rápidamente sobre sus viejas piernas y comenzaron a agitar sus brazos hacia mí. Les saludé con la mano y me fui.

## II

### **Cabalgando en la reserva**

Cabalgué hasta la reserva masai. Había cruzado el río para llegar; desde allí a caballo llegaba al cazadero en un cuarto de hora. Me costó mucho tiempo, mientras estuve en la granja, encontrar un lugar por donde vadear el río a caballo: la bajada era pedregosa y la subida de la otra orilla muy empinada, pero «una vez allí, ¡cómo el espíritu encantado palpita de alegría!».

Allí, ante la vista, se extendía un centenar de millas para galopar sobre la tierra abierta, ondulante y cubierta de hierba; ni cercos, ni zanjas, ni caminos. No había construcciones humanas salvo las aldeas masai, y esas estaban vacías la mitad del año, cuando los grandes nómadas se iban con sus rebaños en busca de otros pastos. Había pequeñas acacias diseminadas regularmente sobre la pradera, y largos y profundos valles con secos lechos de ríos, de grandes piedras planas, donde había que buscar senderos de ciervos para cruzarlos. Al cabo de un rato te dabas cuenta de lo tranquilo que era todo aquello. Ahora, recordando mi vida en África, pienso que en su conjunto puede describirse como la existencia de una persona que vino de un mundo agitado y ruidoso a

otro tranquilo.

Un poco antes de las lluvias, los masai quemaban la vieja hierba seca y mientras las praderas aparecían yermas y negras era poco agradable viajar por ellas: las pezuñas de tu caballo levantaban ceniza chamuscada que te cubría por todas partes, incluidos los ojos, y los tallos quemados de las hierbas eran agudos como cristales y cortaban las patas de los perros. Pero cuando llegan las lluvias y la hierba nueva está fresca en las llanuras, sientes como si cabalgaras sobre muelles y los caballos hacen un poco el loco de puro gusto. Las diversas clases de gacelas vienen a los lugares verdes a pastar y parecen como animales de juguete en una mesa de billar. A veces cabalgas en medio de un rebaño de antílopes; las poderosas y pacíficas bestias dejan acercarte y luego se escapan trotando; sus largos cuernos flamean hacia atrás sobre sus erguidos cuellos y los grandes colgajos de piel del pecho, que les hacen parecer cuadrados, oscilan a cada paso. Parecen salidos de un antiguo epitafio egipcio, pero allí acaban de arar los campos y su aire es familiar y doméstico. Las jirafas en la reserva permanecen alejadas.

A veces, en el primer mes de las lluvias, la reserva se cubre de blancos claveles silvestres, y, a distancia, las praderas parecen sembradas de nieve.

Del mundo de los hombres pasaba al mundo de los animales, la tragedia de la noche pesaba sobre mi corazón. Los ancianos ante mi casa me hacían sentirme incómoda; en la antigüedad la gente debía de sentirse así cuando creía que una bruja de la vecindad le había echado mal de ojo o que en ese momento llevaba un muñeco de cera bajo sus faldas para ser bautizado con su nombre.

Mis relaciones con los nativos en los asuntos legales de la granja eran muy curiosas. Si quería paz en mis tierras no podía dejar de participar, porque una disputa entre aparceros que no fuera solemnemente resuelta era como una de esas heridas que te haces en África, que ellos llaman herida de veld: se curan en la superficie y supuran bajo la piel hasta que la tratas de raíz y la limpias por completo. Los nativos lo saben y si querían que un asunto se resolviera de verdad venían a mí para que diera mi sentencia.

Como yo no sabía nada de sus leyes la figura que representaba en esos grandes tribunales de justicia eran la de una prima donna que no recuerda ni una sola palabra de su papel y el resto del reparto tiene que ayudarla. Esa tarea la sumían mis ancianos con tacto y paciencia. Había también ocasiones en que la ofendida prima donna rechazaba su papel y se negaba a seguir, abandonando el escenario. Cuando esto ocurría, mi público se lo tomaba como un duro golpe del destino, un acto divino que estaba más allá de su comprensión; reflexionaba sobre ello en silencio y escupía.

Las ideas de justicia de Europa y África son distintas e incompatibles entre

sí. Para los africanos no hay más que una manera de contrapesar las catástrofes de la existencia, y eso sólo se puede hacer mediante la restitución; no se preocupan por el motivo de la acción. Sea que esperas a tu enemigo y lo degüellas en la oscuridad; sea que cortas un árbol y se cae encima y mata a un despreocupado forastero: en lo que respecta al castigo, para el nativo los dos casos son lo mismo. En la comunidad ha habido una pérdida y hay que resarcirla en donde sea y por quien sea. El nativo no pierde el tiempo en pensamientos sopesando culpas o castigos; quizá piense que eso puede llevarle demasiado lejos o razone que esas cosas no le conciernen. Pero se dedicará a interminables especulaciones sobre el método mediante el cual se compense en ovejas y cabras el crimen o desastre —el tiempo no tiene importancia para él—; te conduce solemnemente por un sagrado laberinto de sofismas. En aquellos tiempos eso iba contra mis ideas acerca de la justicia.

Todos los africanos son los mismos en esos ritos. Los somalíes tienen una mentalidad muy diferente de los kikuyus y los desprecian profundamente, pero se sentarán de idéntica manera para sopesar un asesinato, una violación o un daño contra sus animales en Somalia —sus camellas y caballos amados, cuyos nombres y pedigree llevan escritos en sus corazones.

Una vez llegó la noticia de Nairobi de que un hermanito de Farah, que tenía diez años, le había tirado una piedra a un chico de otra tribu en un lugar llamado Buramur, rompiéndole dos dientes. Representantes de las dos tribus se reunieron en la granja, sentándose en el suelo de la casa de Farah, y hablaron noche tras noche. Llegaron flacos ancianos, que habían estado en La Meca y llevaban turbante verde; arrogantes jóvenes somalíes que, cuando no atendían a sus asuntos verdaderamente importantes, servían como porteadores de los grandes viajeros y cazadores europeos, y mofletudos muchachos de ojos oscuros que representaban tímidamente a sus familias y que no decían una palabra, pero escuchaban y aprendían devotamente. Farah me dijo que el asunto se consideraba grave porque el aspecto del chico había quedado estropeado; le iba a resultar difícil, cuando llegara la hora, casarse, y tendría que rebajar sus pretensiones en cuanto a la belleza o nacimiento de su novia. Al final la pena fue fijada en cincuenta camellos, lo que significaba la mitad de la dote, siendo la dote entera de cien camellos. Cincuenta camellos que fueron comprados luego en Somalia para ser, dentro de diez años, parte del precio de una doncella somalí que no se fijara en los dos dientes perdidos por su novio; tal vez se ponían los cimientos de una tragedia. Farah mismo consideraba que había salido bien librado.

Los nativos de la granja nunca tuvieron en cuenta mis opiniones sobre su sistema legal y cuando les ocurría una desgracia venían a mí para que los indemnizara.

Una vez, durante la recolección del café, una joven kikuyu llamada

Wamboi fue atropellada por un carro de bueyes cerca de mi casa y muerta. Los carros llevaban café desde el campo hasta el molino y había prohibido a todo el mundo que se subiera a ellos. De otra manera cada viaje hubiera consistido en una alegre partida de chicas y niños recolectores a paso lento, porque cualquiera puede ir más rápido que un buey, por toda la granja y los animales se hubiesen cansado excesivamente. Pero los jóvenes boyeros no sabían decirle que no a las jóvenes de ojos soñadores que les pedían que les dejaran darse ese gusto; lo más que hacían era decirles que se bajaran cuando se les podía ver desde mi casa. Pero Wamboi cayó al saltar y la rueda del carro pasó sobre su cabecita oscura y le aplastó el cráneo; el carro dejaba un pequeño rastro de sangre.

Hice que llamaran a sus ancianos padres, que vinieron del campo y gimieron sobre ella. Sabía que eso significaba para ellos una grave pérdida, porque la muchacha estaba en edad de casarse y les hubiera valido su precio en ovejas, cabras y algún novillo. Era lo que habían deseado desde que naciera. Estaba pensado en cómo podría ayudarles cuando se me adelantaron exigiéndome, con energía, una completa indemnización.

«No», les dije, no iba a pagar. Había dicho a las chicas de la granja que no quería que se subieran a los carros, todo el mundo lo sabía. Los viejos dijeron que sí con la cabeza, estaban totalmente de acuerdo, pero repitieron su exigencia inamoviblemente. Su argumento era que alguien debe pagar. No les cabía en la cabeza algo que contradijera sus principios, de la misma manera que no les cabría la teoría de la relatividad. Y no era avaricia o rencor lo que, cuando cerré la discusión y me volví, les hizo seguirme pisándome los talones; era como si yo fuera magnética, una ley de la naturaleza.

Se sentaron y esperaron fuera de mi casa. Eran pobre gente, pequeños y desnutridos; parecían un par de pequeños tejones de mi prado. Se sentaron hasta que el sol se puso y podía distinguirlos difícilmente contra la hierba. Estaban hundidos en un profundo dolor; su congoja y su pérdida económica se confundían en una angustia abrumadora. Farah estaba fuera aquel día; en su ausencia, en el momento en que se encendieron las lámparas en mi casa, les envié dinero para que compraran un cordero para comer. Fue una mala iniciativa, lo tomaron como el primer signo de cansancio de una ciudad asediada y se quedaron sentados allí durante toda la noche. Yo no sé si ellos hubieran tomado la decisión de irse si no hubiera sido porque a última hora de la tarde se les ocurrió la idea de denunciar al joven boyero por su desgracia. La idea les hizo levantarse y, sin una palabra, se fueron a la mañana siguiente a Dagoretti, donde vivía nuestro ayudante del Comisionado del Distrito.

Así pues, la granja se convirtió en centro de un caso de asesinato y a ella acudían jóvenes policías nativos dándose aires de importancia. Todo lo que se le ocurrió al ayudante del Comisionado del Distrito fue ofrecer a los padres el

ahorcamiento del carretero, pero tuvo que olvidarlo a la vista de las pruebas del caso, a la vez que los ancianos renunciaron a la kyama cuando el ayudante y yo nos apartamos del asunto. De manera que al final los dos viejos tuvieron que someterse a una ley de la relatividad de la cual no entendían ni una palabra, tantos otros.

A veces me hartaba de mis viejos de la kyama y les decía lo que pensaba de ellos.

—Vosotros los viejos —les decía—, ponéis multas elevadas a los jóvenes para que no puedan ahorrar. Los jóvenes no tienen un céntimo y entonces podéis comprar a las muchachas.

Los ancianos me escuchaban con atención, sus ojillos negros relucían en sus rostros secos y arrugados, sus delgados labios se movían suavemente como si repitieran mis palabras: se sentían la mar de felices de oír un discurso lleno de principios tan elevados.

A pesar de nuestra diversidad de opiniones, mi posición de juez de los kikuyus tenía muchas posibilidades y me gustaba. Yo era entonces joven y había meditado acerca de la justicia y la injusticia, pero fundamentalmente desde el punto de vista de la persona juzgada; no me había sentado nunca en el sitio del juez. Me esforzaba por juzgar con imparcialidad y mantener en paz a la granja. A veces, cuando los problemas se complicaban mucho, me retiraba para pensar en ellos, cubría mi cabeza con una túnica mental de manera que nadie pudiera venir y me hablara de ellos. Era una actitud que me hacía aparecer muy eficaz ante la gente de la granja y mucho tiempo después les oía hablar con respeto del caso que era tan complicado que nadie pudo aclararlo en menos de una semana. A los nativos siempre les impresionaba que gastara más tiempo que ellos en un asunto, lo que pasaba es que era difícil conseguido.

Pero que los nativos me quisieran como juez y consideraran valioso mi veredicto es algo cuya explicación se encuentra en su mentalidad teológica o mitológica. Los europeos han perdido la facultad de edificar mitos o dogmas, y cuando los necesitamos debemos recurrir a las reservas de nuestro pasado. Pero la mente de los africanos se mueve con naturalidad y con facilidad por caminos tan oscuros e intrincados. Este don suyo sale a relucir con fuerza en sus relaciones con los blancos.

Puedes encontrar esto ya en los nombres que ponen a los europeos que conocen, tras un ligero trato. Debes saberlo si quieres enviar a un mensajero con cartas para un amigo o encontrar el camino de una casa cuando vas en automóvil, porque el mundo nativo los conoce sólo por ese nombre. Yo tenía por vecino a un insociable sujeto, que jamás tenía un invitado en su casa, al que llamaban Sahane Modja (Solo un Cubierto). Mi amigo suizo Eric Otter era



Resase Modja (Un Solo Cartucho), lo que significaba que no necesitaba más que un cartucho para matar, y ese era un nombre muy lisonjero. Un apasionado automovilista que yo conocía era llamado Medio hombre-medio automóvil. Cuando los nativos daban a los hombres blancos el nombre de un animal —el Pez, la Jirafa, el Toro Gordo—, sus pensamientos seguían las antiguas fábulas yesos hombres blancos eran para ellos, me parece, en las profundidades de sus conciencias, tanto hombres como bestias.

Y hay magia en las palabras: una persona que durante muchos años era llamada por los que le conocían con el nombre de un animal, terminaba por sentirse familiarizado con éste, por reconocerse en él. Cuando volvía a Europa se extrañaba de que no le relacionaran con el animal.

Una vez, en el zoo de Londres, volví a ver de nuevo al viejo funcionario retirado del Gobierno que en África conocí como Bwana Tembu (el Señor Elefante). Estaba a solas delante de la jaula de los elefantes, profundamente absorto en la contemplación de esos animales. Quizá iba a menudo. Sus sirvientes nativos hubieran pensado que era algo absolutamente lógico, pero probablemente nadie más en Londres que yo, que iba a estar allí sólo unos días, podría entenderlo.

La mente de los nativos funciona de una manera extraña, y está relacionada con la mentalidad de los pueblos desaparecidos, para quienes era natural imaginar que Odín, para mirar el mundo entero, se quitaba uno de sus ojos; y que se figuraba al dios del amor como un chiquillo ignorante de éste. Es probable que los kikuyus de la granja creyeran que mi grandeza como juez residía en el hecho de que yo no sabía nada de las leyes según las cuales juzgaba.

Debido a su don para los mitos, los nativos también pueden hacer cosas contra las cuales no puedes guardarte ni escapar. Te pueden transformar en un símbolo. Yo era consciente de ese proceso y privadamente utilizaba una palabra para ello —en mi interior decía que ellos me convertían en su serpiente de bronce—. Los europeos que hayan vivido durante mucho tiempo entre los nativos comprenderán lo que quiero decir, aunque la palabra no esté usada correctamente de acuerdo con la Biblia. Creo que a pesar de todas nuestras actividades en la tierra, de los progresos científicos y mecánicos que hemos llevado allí y hasta de la propia Pax Británica es el único uso práctico que los nativos han hecho de nosotros.

No utilizaban a todos los hombres blancos para ese propósito y desde luego no a todos por igual. Nos daban, dentro de su mundo, un orden de precedencias de rango según nuestra utilidad como serpientes de bronce. Muchos de mis amigos —Denys Finch-Hatton, Galbraith y Berkeley Cole, Sir Northrup MacMillan— tenían una posición muy elevada entre los nativos.

Lord Delamere era una serpiente de bronce de primera magnitud. Recuerdo que una vez viajé por las tierras altas durante la época en que la gran peste de saltamontes assolaba la tierra. Las langostas habían estado el año anterior, ahora había aparecido su pequeña y negra prole para comer lo que los otros habían dejado y que no restara ni una brizna de hierba por donde no hubieran pasado. Para los nativos era un golpe terrible, demasiado para soportar después de lo que ya habían pasado. Con los corazones rotos gemían o aullaban como perros moribundos, mientras movían sus cabezas como si las golpearan contra un muro que se levantase delante de ellos. Les dije que había atravesado conduciendo la granja de Delamere y que había visto los saltamontes por todas partes, en las dehesas y en los pastos, y añadí que Delamere estaba furioso y desesperado. En aquel momento los oyentes se quedaron silenciosos y casi tranquilos. Me preguntaron qué había dicho Delamere de su desgracia, y de nuevo me pidieron que lo repitiera y luego se callaron.

Como serpiente de bronce no tenía tanto prestigio como Lord Delamere, pero hubo ocasiones en las que fui útil a los nativos. Durante la guerra, cuando el destino del Cuerpo de Portadores dependía por entero del mundo nativo, los aparceros de la granja solían venir y sentarse en torno a mi casa. No hablaban, ni siquiera entre sí, me miraban y me convertían en su serpiente de bronce. No podía echarlos porque no hacían nada malo y, además, si lo hubiera hecho, irían a sentarse en otro lugar. Era difícil de soportar. Me ayudaba el hecho de que el regimiento de mi hermano hubiera sido enviado por entonces a la primera línea en Vimy: podía volver mis ojos hacia él y convertirlo en mi serpiente de bronce.

Los kikuyus me convirtieron en su principal plañidera, o mujer de dolores, cuando una gran desgracia se abatía sobre la granja. Era lo que ahora había ocurrido con aquel accidente de la escopeta. Como yo estaba apenada por los niños la gente de la granja se permitió dejar el asunto y prescindir de él por el momento. En nuestra desgracia me consideraban como la congregación, al sacerdote que apura el cáliz, pero en nombre de todos. Ocurre como con la brujería, que cuando la han practicado contigo nunca te liberas completamente de ella. Me producía un gran dolor un proceso tan penoso de soportar y deseaba huir de él. Muchos años después, en ocasiones, me sorprendía pensando: «¿Cómo me pueden tratar de esa manera? ¡Yo, que he sido una serpiente de bronce!».

Cabalgaba hacia la granja, y al cruzar el río, cuando estaba dentro del agua, me encontré a un grupo de hijos de Kaninu, tres jóvenes y un chiquillo. Llevaban lanzas y marchaban rápidamente. Cuando les detuve y les pregunté noticias de su hermano Kabero se quedaron, el agua a la altura de sus rodillas, muy serios y con los ojos bajos; me hablaron lentamente. Me dijeron que

Kabero no había vuelto y que nada sabían de él desde que había desaparecido anoche. Tenían la certidumbre de que estaba muerto. Fuera que desesperado de había matado a sí mismo —la idea de suicidio sobreviene de manera muy natural a todos los nativos, incluidos los niños— o que se hubiera perdido en la maleza y que lo hubieran devorado los animales salvajes. Sus hermanos le habían buscado por todas partes y ahora estaban en camino de la reserva para intentar encontrarlo.

Cuando llegué a la orilla del río en mi tierra, me volví y miré hacia la pradera; mi tierra era más alta que la de la reserva. No había ningún signo de vida por la pradera, excepto a lo lejos unas cebras que pastaban y galopaban. Al salir del chaparral de la otra orilla del río el grupo de buscadores caminó con rapidez, marchando en fila india; el grupito parecía como un pequeño gusano que avanzara veloz y sinuosamente entre la hierba. De vez en cuando el sol se reflejaba en sus armas. Parecían muy seguros de la dirección que habían tomado, ¿pero cuál era? En su búsqueda del niño perdido, su única guía serían los buitres, que siempre se ciernen en el cielo sobre los cadáveres de la pradera e indican el punto exacto donde ha matado el león.

Pero ese sería un cuerpecillo muy pequeño, muy poca cosa para el festín de los glotones del aire, no habría muchos de ellos para avistarlo, no se quedarían durante mucho tiempo.

Era muy triste pensado. Cabalgué hasta casa.

### III

#### Wamai

Fui a la kyama seguida por Farah. Siempre llevaba a Farah conmigo en los tratos con los kikuyus, porque mientras que en lo concerniente a sus asuntos privados demostraba escaso sentido común, y como todos los somalíes perdía la cabeza cuando se trataba de sentimientos y luchas tribales, sobre las diferencias entre otras gentes mostraba sabiduría y discreción. Además era mi intérprete, porque hablaba bien el swaheli.

Me di cuenta, antes de llegar a la asamblea, que el objetivo principal del procedimiento era esquilmar lo más posible a Kaninu. Vería cómo le quitaban las ovejas por todos los lados, unas para indemnizar a las familias del muerto y del niño herido, otras para mantener la kyama. Desde el principio eso me disgustó. Porque yo pensaba que Kaninu había perdido a su hijo como los otros padres y el destino del chiquillo me parecía el más trágico de todos. Wamai estaba muerto y no contaba, y Wanyangerri en el hospital, donde lo

cuidaban, pero Kaberto había sido abandonado por todos y nadie sabía dónde yacían sus huesos.

Kaninu se prestaba excepcionalmente bien para su papel de buey cebado para una fiesta. Era uno de mis aparceros más ricos; en mi lista de aparceros figuraba con treinta y cinco cabezas de ganado, cinco mujeres y sesenta cabras. Su aldea estaba al lado de mi bosque, constantemente veía a sus hijos y a sus cabras, y continuamente había broncas con sus mujeres porque venían a cortar mis árboles grandes. Los kikuyus no conocen el lujo, los más ricos de entre ellos viven como los pobres, y en la cabaña de Kaninu no había mobiliario, salvo quizá un escabel de madera. Pero en la aldea de Kaninu había muchas cabañas y un bullicioso enjambre de ancianas, jóvenes y niños por todas partes. Y al atardecer, a la hora de ordeñar, se veía una larga hilera de vacas que avanzaban hacia la aldea por la pradera, con sus sombras azuladas caminando a su lado entre la hierba. Todo ello daba al viejo flaco, envuelto en un manto de cuero, con su rostro oscuro y astuto surcado por una red de arrugas llenas de porquería, el halo ortodoxo de un nabab de la granja.

Kaninu y yo habíamos tenido muchos litigios, incluso había llegado a amenazarlo con echarlo de la granja por determinado negocio al que se dedicaba. Kaninu se llevaba bien con la tribu masai vecina y había casado a cuatro o cinco de sus hijas allí. Los propios kikuyus me habían contado que en el pasado los masai consideraban degradante casarse con una kikuyu. Pero en nuestros días la extraña y agonizante nación, para retrasar su desaparición final, había olvidado su orgullo. Las mujeres masai no tenían niños y en la tribu había demanda de jóvenes y prolíficas mujeres kikuyus. Toda la parentela de Kaninu era gente agraciada, y él trajo, a cambio de sus hijas, a unas cuantas esbeltas y alborotadoras novillas de la reserva. Más de un pater familias kikuyu de este período se hizo rico por el mismo procedimiento. Me dijeron que el gran jefe de los kikuyus, Kinanjui, había enviado a más de veinte de sus hijas a los masai, recibiendo a cambio un centenar de cabezas de ganado.

Pero un año antes la reserva masai había sido puesta en cuarentena por una epidemia de glosopeda y no se podía sacar ganado de ella. Ese era un grave dilema para la existencia de Kaninu. Porque los masai eran nómadas y cambiaban su morada de acuerdo con la estación, la lluvia y los pastos, y las vacas de sus rebaños que legalmente pertenecían a Kaninu eran llevadas de un lado a otro, pudiendo estar en esos momentos a cien millas de allí, donde nadie sabía qué pasaba con ellas. Los masai eran unos tratantes de ganado sin escrúpulos con todo el mundo, y más aún con los kikuyus, a los cuales despreciaban. Eran buenos guerreros y se decía que grandes amantes. En sus manos los corazones de las hijas de Kaninu se estarían volviendo como los de las mujeres sabinas del pasado y ya no podía seguir confiando en ellas. Por

tanto, el viejo y mañoso kikuyu comenzó a traer su ganado a mi granja a través del río, durante la noche, porque se suponía que el Comisionado del Distrito y el veterinario del Departamento estarían dormidos. Era un comportamiento de lo más bellaco por su parte, porque la reglamentación de la cuarentena se contaba entre las que los nativos entendían y tenían en alta estima. Si se encontraban esas vacas en mi tierra, la propia granja hubiera sido puesta en cuarentena. Por tanto, puse vigilantes por el río para ahuyentar a los criados de Kaninu, y en las noches de luna llena hubo muchas dramáticas emboscadas y veloces huidas por la corriente plateada, con las novillas, objeto de la preocupación general, chapoteando y corriendo en todas las direcciones.

Jogona, el padre del niño Wamai que había muerto, era un pobre hombre. No tenía en el mundo más que una anciana esposa y tres cabras. No tendría nunca más porque era una persona muy simple. Yo conocía muy bien a Jogona. Un año antes del accidente y de la reunión de la kyama hubo en la granja un terrible asesinato. Dos indios que me habían alquilado un molino río arriba y molían maíz para los kikuyus, fueron muertos una noche, robadas sus mercancías y a los asesinos no se les encontró nunca. El crimen asustó a todos los comerciantes y tenderos indios de la zona, que desaparecieron como si se los llevara el viento; yo tuve que armar a Pooran Singh, en mi propio molino, con una vieja escopeta para que se quedara allí, Y aun así necesité mucha persuasión. Yo misma pensé, las primeras noches después del crimen, que había oído pasos en torno a la casa, así que durante una semana tuve un vigilante nocturno, y ese hombre era Jogona. Era muy amable y no hubiera servido de nada contra unos asesinos, pero era un anciano muy simpático y era agradable charlar con él. Tenía el aire de un alegre chiquillo, su ancho rostro mostraba una expresión pura y animada, y cada vez que me miraba se echaba a reír. Parecía muy contento de verme en la kyama.

Pero hasta el Corán que yo estaba estudiando por aquellos días decía: «No torcerás la justicia de la ley en beneficio del pobre». Además de mí había por lo menos un miembro de la asamblea consciente de que su propósito era esquilmar a Kaninu: el propio Kaninu. Los otros ancianos estaban allí sentados infinitamente atentos y con toda su inteligencia preparada para el desarrollo del procedimiento. Kaninu, en el suelo, se había cubierto la cabeza con su gran túnica de cuero de cabra y de vez en cuando lanzaba un lamento o un gimoteo, como un perro cansado de ladrar y que en su miseria se limita a sobrevivir.

Los ancianos querían comenzar con el caso del niño herido Wanyangerri, porque les daba infinitas posibilidades de cháchara. ¿Cuál sería la indemnización si Wanyangerri moría? ¿Si quedaba desfigurado? ¿Y si había perdido la facultad de hablar? Farah, en mi nombre, les dijo que yo no podía discutir sobre ese asunto hasta que no fuera a Nairobi y hubiera visto al médico en el hospital. Se tragarón su decepción y prepararon sus argumentos

para el próximo caso.

Era el kyama, les dije por mediación de Farah, quien arreglaría rápidamente el caso y no tenían por qué estar allí sentados para eso durante el resto de sus vidas. Estaba claro que no se trataba de un caso de asesinato, sino de un desgraciado accidente.

Los kyama honraron mi discurso con su atención, pero tan pronto como se hubo acabado mostraron su oposición.

—Msabu, nosotros no sabemos nada —dijeron—. Pero vemos que tú tampoco sabes mucho y sólo entendemos un poco de lo que nos dices. Se trata de que el hijo de Kaninu fue el que hizo el disparo. Si no, ¿por qué no está herido? Si quieres saber más de esto te lo dirá Mauge, que está aquí. Su hijo estaba allí y el disparo le arrancó una oreja.

Mauge era uno de los aparceros más ricos, una especie de rival en la granja de Kaninu. Era un hombre de aspecto muy solemne y sus palabras tenían peso, aunque hablaba muy lentamente y cada dos por tres se detenía para pensar.

—Msabu —me dijo—, mi hijo me ha contado lo siguiente: todos los chicos cogieron la escopeta uno tras otro y apuntaron a Kabero. Pero no les explicó cómo se disparaba, no se lo explicó en absoluto. Al final cogió otra vez la escopeta y en el mismo momento se disparó, hirió a todos los niños y mató a Wamai, el hijo de Jogona. Así es exactamente cura ocurrió.

—Ya sé todo eso —dije—, y fue lo que se llama mala suerte y un accidente. Puede hacer el mismo disparo desde mi casa o tú, Mauge, desde la tuya.

Esto provocó un gran revuelo en la kyama. Todos miraron a Mauge, que se sintió muy incómodo. Luego durante un rato hablaron entre sí, en voz muy baja, como en un susurro. Al final retornaron a la discusión.

—Msabu—me dijeron—, esta vez sí que no entendemos ni una palabra de lo que has dicho. Nos parece que estás hablando de un rifle, porque tú disparas muy bien con un rifle, pero no tan bien con una escopeta. Si se hubiera tratado de un rifle hubieras tenido toda la razón. Pero nadie puede disparar con una escopeta desde tu casa o desde la casa de Mauge, hacia la casa de Bwana Menanya y matar gente dentro de la casa.

Después de una corta pausa dije:

—Todos saben ahora que fue el hijo de Kaninu el que disparó el arma. Kaninu pagará a Jogona con una cantidad de ovejas para compensarle de la pérdida. Pero también sabéis que el hijo de Kaninu no era un chico malo y no quería matar a Wamai, y que Kaninu no pagará tantas ovejas como si hubiera sido otro el caso. En este punto un anciano llamado Awaru habló. Había tenido

un contacto más íntimo con la civilización que los otros, porque había pasado siete años en la cárcel.

—Msabu —dijo—, tú dices que el hijo de Kaninu no era malo y que, por tanto, Kaninu no tiene por qué pagar con tantas ovejas. Pero si su hijo hubiera querido matar a Wamai, demostrando así que era un chico muy malo, ¿sería eso bueno para Kaninu? ¿Le hubiera gustado tanto que hubiera pagado con muchas más ovejas?

—Awaru —dije—, tú sabes que Kaninu ha perdido a su hijo. Tú mismo vas a la escuela, así que sabes lo listo que era como escolar. Si era tan bueno en lo demás es una desgracia para Kaninu haberlo perdido.

Hubo una larga pausa, en el redondel. Al final, Kaninu, como si recordara repentinamente un dolor o un deber olvidado, lanzó un largo gemido.

—Memsahib —dijo Farah—, deja que estos kikuyus digan la cantidad que tienen en sus corazones.

Me habló en swaheli, de manera que la asamblea podía entenderle, y consiguió que los nativos se revolvieran inquietos, porque una cantidad es algo concreto y a ellos eso no les gusta. Farah recorrió con la mirada el círculo y sugirió altivamente:

—Cien.

Un centenar de ovejas era una cifra fantástica en la que nadie podía haber pensado en serio. Un silencio cayó sobre la kyama. Los ancianos se dieron cuenta que estaban a la merced de las burlas del somalí y decidieron no darse por enterados. Uno de los más viejos susurró «Cincuenta», pero la cantidad carecía de peso arrastrada por la corriente de aire de las bromas de Farah.

Tras un momento Farah dijo rápidamente «Cuarenta» con el estilo de un experimentado tratante de ganado, a gusto con cifras y animales. La palabra comenzó a revolver las ideas que latían en la reunión; empezaron a hablar animadamente entre ellos. Ahora necesitaban tiempo, meditar y parlotear abundantemente, pero ya estaban puestos los cimientos de una negociación. Cuando regresamos a casa Farah me dijo confidencialmente:

—Me parece que esos viejos conseguirán cuarenta ovejas de Kaninu.

Kaninu tuvo que soportar todavía otra prueba en la kyama. El viejo y barrigudo Kathegu, otro importante aparcero de la granja, padre y abuelo de una enorme parentela, se levantó y propuso que se fueran a ver las ovejas y cabras de Kaninu, para escogerlas una por una. Esto iba contra los usos de cualquier kyama, y a Jogona no se le hubiera ocurrido nunca, por lo que yo pensé que debía haber un acuerdo entre él y Kathegu, en beneficio de este último. Esperé a ver qué pasaba.

En primer lugar Kaninu pareció resignarse al martirio, bajó la cabeza y comenzó a gemir como si por cada animal nombrado le arrancaran una muela. Pero cuando finalmente Kathegu, un tanto vacilante, señaló una cabra grande y amarilla, sin cuernos, el corazón de Kaninu se rompió y las fuerzas le abandonaron. Avanzó quitándose la túnica con un solemne ademán. Por un momento bramó como un toro frente a mí; lanzó un bramido de auxilio, un espantoso de profundis hasta que se dio cuenta, con una rápida mirada, que yo estaba de su parte y que no iba a perder la cabra amarilla. Se sentó sin hacer ruido; únicamente al cabo de un rato lanzó a Kathegu una mirada llena de sarcasmo.

Después de una semana de sesiones y más sesiones de la kyama se fijó finalmente la indemnización en cuarenta ovejas que Kaninu debía pagar a Jogona, pero no se especificaban las que debían transferirse.

Quince días más tarde Farah me contó, mientras cenaba, las últimas noticias del caso:

«Tres ancianos kikuyus de Nyeri», me contó, «llegaron a la granja el día anterior. Habían oído hablar del caso en sus cabañas de Nyeri y se pusieron en camino para llegar al escenario y declarar que Wamai no era el hijo de Jogona, sino del difunto hijo de un hermano suyo y que, por tanto, la compensación por su muerte legalmente les correspondía a ellos».

Me reí de la impudicia y le dije a Farah que era muy propio de los kikuyus de Nyeri. «No», dijo Farah reflexivamente, creía que tenían razón. Jogona había venido desde Nyeri a la granja hacía seis años y por lo que Farah había podido saber, Wamai no era hijo suyo «ni lo había sido nunca». Prosiguió diciendo que Jogona había tenido la gran suerte de recibir ya, desde dos días antes, veinticinco de las cuarenta ovejas. «Si no Kaninu hubiera dejado que se las llevaran a Nyeri para ahorrarse el dolor», decía Farah, «de verlas constantemente en la granja ahora que no son tuyas. Pero Jogona debía tener cuidado porque los kikuyus de Nyeri eran muy tercos. Se habían instalado en la granja y amenazaban con llevar el caso al Comisionado del Distrito.

Así que ya estaba preparada cuando unos días después de presentaron ante mi casa los de Nyeri, que eran kikuyus de clase inferior y tenían el aspecto de tres hienas hirsutas y sucias que habían hecho ciento cincuenta millas siguiendo el rastro de la sangre de Wamai. Con ellos vino Jogona en un estado de gran angustia y agitación. Sus diferentes actitudes probablemente residían en que los kikuyus de Nyeri no tenían nada que perder, mientras que Jogona tenía veinticinco ovejas. Los tres forasteros se sentaron sobre unas piedras sin dar más señales de vida que tres garrapatas sobre una oveja. No sentía ninguna simpatía por su causa porque, fueran cuales fueran las circunstancias, nunca habían mostrado el menor interés por el niño muerto mientras estuvo vivo, y le



sentía por Jogona, que se había portado bien en la kyama y estaba muy afectado, me parece, por lo de Wamai. Jogona, cuando le pregunté, temblaba y suspiraba, de manera que era imposible comprenderle y no adelantamos más adelante en esa ocasión.

Pero dos días después Jogona volvió temprano por la mañana, cuando yo estaba escribiendo a máquina, y me pidió que escribiera para él la historia de sus relaciones con el niño muerto y con su familia. Quería llevarle el informe al Comisionado del Distrito en

Dagoretti. Jogona me impresionó hondamente por su sencillez, porque se le veía muy afectado y no disimulaba sus emociones. Estaba claro que consideraba que su decisión era un paso muy serio y peligroso; sentía un temor reverente.

Escribí aquella declaración. Me tomó mucho tiempo porque era un largo informe de acontecimientos que habían hacía más de seis años y extremadamente complicados. Mientras hablaba, Jogona tenía con frecuencia que interrumpirse, volvía sobre las cosas y las reconstruía. La mayor parte del tiempo tuvo la cabeza entre las manos, golpeándose a veces gravemente el cogote como si de allí fueran a salir los hechos. Una vez se levantó y apoyó la cara contra la pared, como hacen las mujeres kikuyus cuando paren.

Hice una copia de ese informe. Lo sigo teniendo conmigo.

Era muy difícil de seguir, estaba lleno de complicadas circunstancias irrelevantes detalles. No me sorprendía que para Jogona hubiera sido difícil recordar, lo más sorprendente es que hubiera conseguido recordarlo todo. Comenzaba:

«Cuando Waweru Wamai, de Nyeri, iba a morir», nataka kufa, quería morir, como dicen en swaheli, «tenía dos esposas. Una de las esposas, que tenía tres hijas, después de la muerte de Waweru se casó con otro hombre. Waweru no había terminado de pagar por la otra esposa, seguía debiéndole al padre dos cabras. Esta esposa hizo un esfuerzo excesivo al levantar un haz de leña y abortó, y nadie sabía si podría tener más hijos...».

Continuaba en ese estilo y arrastraba al lector al intrincado laberinto de las condiciones y relaciones de los kikuyus:

«Esa esposa tenía un niño pequeño llamado Wamai. En aquel tiempo estaba enfermo y la gente creía que tenía la viruela. Waweru quería mucho a su esposa y a su hijo, y cuando estaba agonizando sufría mucho porque no sabía qué sería de ella cuando muriera. Entonces envió a buscar a su amigo Jogona Kanyagga, que vivía no muy lejos. Jogona Kanyagga debía a Waweru en aquel tiempo tres chelines por un par zapatos. Waweru le propuso un acuerdo...».

El acuerdo consistía en que Jogona debía hacerse cargo de la esposa y el hijo de su amigo agonizante, y pagar al padre de ella las dos cabras que todavía le debía de la suma del precio de compra. A partir de ahí el informe se convertía en una lista de los gastos que había tenido Jogona desde la adopción del niño Wamai. Decía que había comprado una medicina extraordinariamente buena para la enfermedad de Wamai cuando se hizo cargo de él. A veces le tenía que comprar arroz en la tienda india porque con el maíz no crecía. En una ocasión tuvo que pagar cinco rupias a un granjero blanco de las cercanías, que dijo que Wamai había tirado a uno de sus pavos al estanque. Esta última cantidad en dinero contante y sonante, que debió de costarle reunir, se había impreso en la mente de Jogona, pues volvía sobre ella una y otra vez. Por la manera con que se expresaba Jogona daba la impresión que por entonces se había olvidado que el niño no era suyo. Estaba trastornado por la aparición y las reclamaciones de los tres de Nyeri. La gente sencilla parece tener un talento especial para adoptar niños y los quieren como si fueran propios; los corazones sencillos de los campesinos europeos hacen lo mismo sin esfuerzo.

Cuando Jogona terminó su relato y yo terminé la transcripción, le dije que iba a leérselo. Se volvió como para concentrarse mejor. Pero apenas había leído su nombre, «y envió a buscar a Jogona Kanyagga, que era su amigo y vivía no muy lejos», se volvió rápidamente y me miró con ojos chispeantes, tan llenos de alegría que transformaron al anciano en un chico, en el mismísimo símbolo de la juventud. De nuevo cuando terminaba el documento y leía su nombre, que figuraba como comprobación debajo de la marca de su dedo pulgar, me miró otra vez con expresión vivaz, pero esta vez más profunda y calmada, con una nueva dignidad.

Una mirada como la que Adán lanzó al Señor cuando lo formó del polvo y éste lanzó en sus narices el soplo de la vida y el hombre se convirtió en un alma viviente. Yo lo había creado y le había mostrado como era: Jogona Kanyagga para siempre. Cuando le entregué el papel, lo tomó respetuosa y ávidamente, lo dobló en una esquina de su túnica y se quedó con la mano allí puesta. No podía permitirse perderlo, porque su alma estaba allí y aquella era la prueba de su existencia. Allí estaba lo que Jogona Kanyagga había hecho y que conservaría su nombre para siempre: la carne se había hecho palabra y vivía entre nosotros llena de gracia y de verdad.

El mundo de la palabra escrita se reveló a los nativos de África cuando yo vivía allí. Tenía, si quería, una oportunidad de atrapar el pasado por la cola y vivir un pequeño fragmento de nuestra propia historia: el período cuando se reveló la escritura al pueblo llano de Europa. En Dinamarca había ocurrido unos cien años antes y, por lo que me contaron personas muy viejas cuando era niña, me parece que la reacción en ambos casos había sido casi exactamente la misma. Raras veces los seres humanos pueden haber mostrado

una devoción tan humilde y extática a los principios del arte por el arte.

Las cartas de los jóvenes nativos seguían siendo generalmente escritas por amanuenses profesionales, porque aunque algunos de los viejos se dejaban llevar por el espíritu de los tiempos y unos cuantos ancianos kikuyus asistían a mi escuela y trabajaban pacientemente su abecedario, la mayor parte de los de la vieja generación se mostraban en desacuerdo con el fenómeno. Sólo unos pocos de los nativos podían leer, y mis sirvientes, los aparceros y los jornaleros de la granja traían cartas para que yo se las leyera. Cuando las abría y estudiaba una carta tras otra, me maravillaba de su insignificancia. Cometía el mismo error que todas las personas civilizadas y con prejuicios. Era como tratar de herborizar la ramita de olivo que llevó la paloma al arca de Noé. Fuera cual fuera su aspecto, era más importante que el arca entera con todos los animales en ella; contenía un mundo nuevo y verde. Las cartas de los nativos se parecían mucho unas a otras, seguían muy de cerca las fórmulas sancionadas y sacralizadas, y eran más o menos como sigue: «Mi querido amigo Kamau Morefu. Tomo la pluma en mi mano», en un sentido no literal, porque era el escriba profesional quien lo hacía, «para escribirte una carta, porque hace mucho tiempo que quería escribirte. Yo estoy muy bien y espero que tú también estés, gracias a Dios, muy bien. Mi madre está muy bien. Mi esposa no está muy bien, pero espero que tu esposa esté muy bien, gracias a Dios, bien», aquí venía una larga lista de nombres, con una pequeña noticia de cada uno de ellos, la mayor parte de las veces insignificante, aunque otras completamente fantásticas. Luego acababa la carta. «Ahora, amigo Kamau, termino esta carta porque tengo muy poco tiempo para escribirte. Tu amigo Ndwetti Lori».

Para llevar similares mensajes entre jóvenes estudiosos europeos hace cien años, los postillones se subían a sus monturas, galopaban los caballos, sonaban las trompas del correo y se imprimía papel con bordes dorados y ligulados. Las cartas eran recibidas con ilusión, acariciadas y conservadas; yo he visto algunas de ellas. Antes de que aprendiera a hablar swaheli, mi relación con aquel mundo de cartas nativas tenía unas curiosas características: podía leer lo que escribían sin entender una sola palabra. La lengua swaheli no poseía un lenguaje escrito hasta que los blancos asumieron la tarea de crearlo; con cuidado se escribía como se pronunciaba y no tenía ninguna anticuada ortografía que engañe al lector. Me sentaba y leía sus cartas de la manera más ortodoxa, palabra por palabra, con los receptores de ellas escuchando con el aliento cortado en torno mío, y podía seguir el efecto de mi lectura sin entender nada de lo que decía. A veces estallaban en lágrimas ante mis palabras o se retorcían las manos, otras gritaban de alegría; la reacción más común era la risa y se doblaban convulsivamente mientras las leía.

Cuando más tarde llegué a comprender lo que leía aprendí el efecto

magnificador de las noticias escritas. Los mensajes que hubieran sido recibidos con duda o con desprecio oralmente —porque todos los nativos son grandes escépticos— eran tomados ahora como la verdad del Evangelio. Los nativos son también muy rápidos para captar cualquier confusión de palabras en un discurso; una equivocación de ese tipo les proporciona un malicioso placer, no lo olvidan nunca y pueden nombrar a un hombre blanco para toda su vida por un error de lenguaje; pero si el error es en lo escrito, lo cual ocurre con frecuencia dado que los escribas son gente ignorante, se empeñan en darle cierto sentido, inquietan y se preguntan sobre ello, creyendo las cosas más absurdas en vez de buscar en donde está la falta.

En una de las cartas que le leí a un muchacho de la granja, el amanuense, entre otras noticias, daba el siguiente y lacónico mensaje: «He cocinado un babuino». Le expliqué que seguramente quería decir que había cazado un babuino, porque en swaheli las dos palabras son parecidas. Pero el receptor de la carta se mostró en absoluto desacuerdo.

—No, Msabu, no —dijo—, ¿qué es lo que ha escrito en mi carta? ¿Qué es lo que está escrito ahí?

—Ha escrito —le dije— que ha cocinado un babuino, ¿pero cómo va a cocinar a un babuino? Y si lo hubiera hecho de verdad te diría por qué y cómo lo hizo.

El joven kikuyu se mostró confuso por esa crítica a la palabra escrita, me pidió que le devolviera la carta, la plegó cuidadosamente y se marchó.

En cuanto a la declaración de Jogona le fue muy útil, porque cuando la leyó el Comisionado del Distrito rechazó la apelación de los de Nyeri, que se marcharon malhumorados para su aldea, sin llevarse nada de la granja.

El documento se convirtió en el mayor tesoro de Jogona. Pude verlo más veces. Jogona hizo una bolsita de cuero para él, bordada con bolitas, y la colgó con un cordel del cuello. De vez en cuando, sobre todo los domingos por la mañana, podía aparecer súbitamente en mi puerta, se quitaba la bolsa y me daba el papel para que lo leyera. Una vez, cuando yo había estado enferma y era la primera vez que montaba de nuevo a caballo, me vio desde lejos, corrió un largo trecho para alcanzarme, llegó sin aliento al lado de mi caballo, para darme su documento. En cada lectura su rostro adquiría la misma expresión de profundo triunfo religioso y al acabar alisaba solícitamente el papel, lo doblaba y lo volvía a colocar en la bolsa. La importancia del documento no disminuyó, sino que aumentó con el tiempo, como si la gran maravilla para Jogona fuera que no cambiaba. El pasado, que había sido tan difícil de traer a la memoria, y que probablemente le parecía que cambiaba cada vez que pensaba en él, había sido atrapado, conquistado y delimitado ante sus ojos. Se había convertido en historia; contra él no prevalecían ni la variabilidad ni las

sombras del cambio.

## IV

### Wanyangerri

Cuando volví a Nairobi fui a ver a Wanyangerri en el Hospital Nativo. Como tenía tantos aparceros en mi tierra casi siempre tenía pacientes allí, era una habituée de la maison y me llevaba muy bien con la matrona y los enfermeros. Nunca he visto una persona que se pusiera una capa tan espesa de polvos y colores como la matrona: con su cofia blanca su ancho rostro parecía como el de esas muñecas rusas que se desatornillan y tienen dentro otra muñeca y otra y otra, que se venden con el nombre de Katinka. Como era de esperar de una Katinka era una matrona amable y eficaz. Los jueves removían todas las camas y las llevaban a un patio abierto, mientras limpiaban y aireaban las casas. Era un día muy agradable en el hospital. Desde el patio había una espléndida vista, con las secas llanuras de Athi en primer término y, allá lejos, las montañas azules de Donyo Sabouk y las grandes colinas de Múa. Era curioso ver a mis ancianas kikuyus en la cama, con las sábanas blancas, como mulas cansadas o como alguna otra paciente bestia de carga; se reían conmigo de la situación, pero agriamente, como lo hubiera hecho una vieja mula, porque los nativos tienen miedo de los hospitales.

La primera vez que vi a Wanyangerri en el hospital, estaba tan trastornado y abatido que pensé que lo mejor para él hubiera sido morir. Se asustaba de todo, lloró durante el tiempo que estuve con él y me pidió que lo llevara a la granja; temblaba y se agitaba bajo sus vendas.

Pasó una semana antes de que volviera otra vez. Le encontré tranquilo y sosegado, me recibió con dignidad. Sin embargo, estaba muy contento de verme y el enfermero me contó que se le notaba muy impaciente esperando mi visita. Porque tenía que contarme, con absoluta convicción, y despidiendo las palabras a través de un tubo que tenía en la boca, que había sido muerto ayer y que volverían a matarlo dentro de unos días.

El médico que trató a Wanyangerri había hecho la guerra en Francia y había arreglado muchos rostros. Se preocupó por él y tuvo éxito. Puso una pieza de metal en sustitución del hueso de la mandíbula y la atornilló a los huesos que quedaban en la cara, recogió los trozos de carne arrancada y los cosió, haciéndole una especie de barbilla. Según me dijo el propio Wanyangerri, cogió un trozo de piel de su hombro para completar el remiendo. Cuando al final del tratamiento le quitaron las vendas, el rostro del niño había

cambiado mucho y parecía raro, como la cabeza de una lagartija, porque no tenía barbilla. Pero podía comer de manera normal y hablar aunque después del accidente ceceaba un poco. Todo eso llevó muchos meses. Cuando iba a ver a Wanyangerri me pedía azúcar, así que solía llevar unas cuantas cucharadas en un trozo de papel.

Los nativos, si no están paralizados y aterrorizados por lo desconocido, gruñen y rezongan en el hospital, e inventan lo que sea para que los dejen irse. La muerte es una de esas invenciones; no la temen. Los europeos que han construido y equipado los hospitales, que trabajan en ellos y que con mucho esfuerzo consiguen traerlos aquí, se quejan con amargura de que los nativos no saben nada de gratitud y que da lo mismo lo que hagas por ellos. Para los blancos hay algo de vejatorio y mortificador en ese estado de ánimo de los nativos. Por supuesto, da lo mismo lo que hagas por ellos; puedes hacer muy poco y lo que haces desaparece, y no se vuelve a oír hablar de ello; no te dan las gracias, no sienten rencor y, aunque lo quieras, nada puedes hacer. Es una cualidad alarmante; parece anular tu existencia como ser humano individual, obligarte a asumir un papel que no has escogido, como si fueras un fenómeno de la naturaleza, como si fueras el clima.

En este aspecto los emigrantes somalíes son diferentes de los nativos del país. Tu comportamiento para con ellos los afecta profundamente, en verdad es muy difícil que lo que haces no afecte de un modo u otro a esos apasionados y orgullosos jaques del desierto, y a veces les hieres profundamente. Tienen un profundo sentido de la gratitud y pueden conservar un rencor para siempre. Un beneficio, como una ofensa o un menosprecio, queda escrito en piedra dentro de sus corazones. Son severos mahometanos y, como todos los mahometanos, tienen un código moral de acuerdo con el cual te juzgan. Con los somalíes puedes crearte un prestigio o destruirlo en una hora.

En esto los masai tienen una posición peculiar entre las tribus nativas. Recuerdan, pueden sentirse agradecidos y pueden sentir animosidad. Cuando te toman animosidad desaparecerá sólo cuando desaparezca la tribu.

Pero los desprejuiciados kikuyus, wakambas o kavirondos no tienen ningún código; Piensan que casi todo el mundo es capaz de cualquier cosa, así que no puedes escandalizarlos con nada, aunque te lo propongas. Se puede decir que un kikuyu es un infeliz o un perverso sin importarle lo que hagas con él. Según su propio modo de ser y las tradiciones de su nación, consideran nuestras actividades como propias de la naturaleza. No te juzgan, pero son agudos observadores. De la suma de sus observaciones depende nuestra buena o mala fama.

La gente muy pobre en Europa es, en este aspecto, parecida a los kikuyus.

No te juzgan, pero sacan sus conclusiones. Si les gusta o quieren a alguien es de la manera misma que aman a Dios; no por lo que haces por ellos, de ninguna manera, sino por lo que tú eres. Un día, durante mis errabundeos por el hospital, vi a tres pacientes nuevos, un hombre muy negro con una cabeza muy grande y dos chiquillos, los tres con la garganta vendada. A uno de los enfermeros de la sala, que era jorobado y le gustaba contar cuentos, le encantaba explicarme los casos más intrigantes. Como me vio detenerme ante los lechos de los recién llegados se acercó y me contó su historia.

Eran nubios, de la banda de los Fusileros Africanos del Rey, los soldados negros de Kenya. Los chiquillos eran tamborileros y el hombre corneta. El corneta tenía graves problemas en su vida y perdió la cabeza, cosa frecuente entre los nativos. Primero se dedicó a disparar con su rifle a derecha e izquierda sobre los barracones y, cuando vació el cargador, se encerró con los dos chiquillos en su cabaña de chapa ondulada e intentó degollarlos y degollarse a sí mismo. El enfermero sentía que no los hubiera visto cuando los trajeron, la pasada semana, porque estaban enteramente cubiertos de sangre y yo creería que estaban muertos.

Mientras el narrador contaba su historia, los tres estaban en la cama y le escuchaban con profunda atención. Le interrumpían para corregirle detalles del cuento, y los chiquillos que tenían una gran dificultad para hablar, se volvían hacia el hombre que estaba en la cama entre ellos para que confirmara lo que decían, confiados en que él me contaría la historia con tanta precisión como fuera posible.

—¿No echabas tú espuma por la boca, no aullabas? —le preguntaban—. ¿No decías que nos ibas a cortar en pedazos tan pequeños como saltamontes?

El homicida decía apesadumbrado:

—Sí, sí.

A veces tenía que quedarme en Nairobi durante media jornada alguna cuestión de negocios o esperando el correo europeo, cuando el tren de la costa llegaba tarde. En esas ocasiones, cuando no sabía qué hacer, solía conducir hasta el Hospital Nativo y recoger una pareja de convalecientes y llevarlos a dar una vuelta en el automóvil. Cuando Wanyangerri estaba en el hospital, el gobernador, sir Edward Northey, tenía enjaulados en los terrenos de la Casa de Gobierno una pareja de cachorros de león, que debía enviar al zoo de Londres. Eran la gran atracción de los que estaban en el hospital; todos querían ir a verlos. Prometí a los pacientes de la banda de los Fusileros Africanos del Rey que los llevaría cuando estuvieran bien, pero ninguno quería ir hasta que pudieran hacerla todos juntos. El corneta fue el más lento en recuperarse; uno de los chiquillos fue incluso dado de alta en el hospital antes de que él se sintiera lo suficientemente bien como para venir conmigo. El chiquillo iba

todos los días al hospital a preguntar por él, para asegurarse de que no se perdería su paseo. Una vez me lo encontré por la tarde y me dijo que el corneta seguía teniendo unos terribles dolores de cabeza, lo que no era de extrañar, porque la había tenido llena de demonios.

Por fin vinieron los tres y permanecieron absortos frente a la jaula. Uno de los jóvenes leones, irritado porque le estuvieran mirando durante tanto tiempo, se levantó repentinamente, se estiró y dio un pequeño rugido, con lo que los mirones se dieron un susto, y el más pequeño se escondió detrás del corneta. Cuando íbamos de vuelta, le dijo:

—Ese león era tan malo como tú.

Durante todo ese tiempo el caso de Wanyangerri permaneció en suspenso en la granja. Sus familiares a veces venían y me preguntaban cómo estaba, pero, con la excepción de su hermano pequeño, parecían tener miedo de ir a verlo. Kaninu también aparecía por mi casa a última hora de la tarde, como un viejo tejón que— anduviera de reconocimiento, para sondearme sobre el niño. Entre nosotros, Farah y yo, a veces sopesábamos sus sufrimientos y los traducíamos en ovejas.

También Farah, dos meses después del accidente, me informó sobre una nueva característica del caso.

En estas ocasiones venía mientras yo cenaba, se quedaba muy erguido al otro lado de la mesa y se dedicaba a ilustrar mi ignorancia. Farah hablaba bien inglés y francés, pero se empeñaba en ciertos errores peculiares suyos. Decía «exactamente» en lugar de «excepto» —«han vuelto todas las vacas, exactamente la vaca gris»— y en vez de corregirle tomé la costumbre de utilizar la misma palabra cuando hablaba con él. Tomó una expresión seria y digna, pero empezó de una manera vaga:

—Mensahib —dijo—, el Kabero...

Ese era el programa. Esperé a que siguiera.

Después de una pausa Farah retornó el asunto.

—Tú crees, Mensahib —dijo—, que Kabero está muerto y lo han comido las hienas. No está muerto. Está con los masai.

Poco convencida le pregunté cómo lo sabía

—Oh, lo sé —dijo—. Kaninu tiene demasiadas chicas casadas con masai. Cuando Kabero pensó que no conocía a nadie que pudiera socorrerle exactamente los masai, fue a ver al marido de su hermana. Es verdad que lo pasó muy mal, estuvo toda una noche sentado en un árbol con las hienas esperando debajo. Ahora vive con los masai. Hay un viejo masai, muy rico, dueño de muchos centenares de vacas, que no tiene hijos y quiere recoger a



Kabero. Kaninu lo sabe muy bien y hablado de eso con los masai muchas veces. Pero tiene miedo de decírtelo, cree que si los blancos se enteran ahorcarán a Kabero en Nairobi.

Farah siempre hablaba de los kikuyus de una manera arrogante.

—Las mujeres masai —dijo— no pueden tener hijos. Les gusta recoger niños kikuyus. Roban muchos. Pero Kabero —prosiguió— volverá a la granja cuando crezca, porque no quiere vivir como los masai, que siempre andan de un lado para otro. Los kikuyus son demasiado holgazanes para eso.

Desde la granja se podía seguir el trágico destino de la tribu masai del otro lado del río, que iba desapareciendo de año en año. Eran luchadores que habían dejado de luchar, un león agonizante con las garras cortadas, una nación castrada. Les habían quitado sus lanzas y hasta sus hermosos escudos y, en el cazadero, los leones perseguían a sus rebaños. Una vez, en la granja, tuve tres novillos que convertimos en pacíficos bueyes para el tiro y la labranza, y luego los encerramos en el patio de la granja. Aquella noche las hienas olieron la sangre, vinieron y los mataron. Pensé que ese era el destino de los masai.

—La mujer de Kaninu —dijo Farah— está muy apenada por perder a su hijo durante tantos años.

No envié a buscar a Kaninu, porque no sabía si creer o no lo que Farah me había dicho, pero cuando apareció por mi casa hablé con él.

—Kaninu —le pregunté—, ¿está vivo Kabero? ¿Está viviendo con los masai?

Nunca consigues encontrar a un nativo desprevenido ante una acción tuya y Kaninu, inmediatamente, estalló en lágrimas por su hijo perdido. Le escuché y lo miré unos instantes.

—Kaninu —dije de nuevo—, trae aquí a Kabero. No lo ahorcarán. Su madre podrá tenerlo con ella en la granja.

Kaninu no había dejado de lamentarse, pero escuchó mi desafortunada alusión al ahorcamiento; sus lamentos crecieron en intensidad, me describió la promesa que había sido Kabero y me contó que era su preferido entre todos sus hijos.

Kaninu tenía un montón de hijos y de nietos quienes como su aldea estaba tan cerca de mi casa, andaban siempre por allí. Entre ellos tenía a un nieto muy pequeño, hijo de una de las hijas de Kaninu que se había casado en la reserva masai, pero que había vuelto a la granja trayéndose a su hijo. El nombre del chico era Sirunga. La mezcla de sangre en él había producido una rara vitalidad, una profusión tan salvaje de inventiva y capricho que no parecía humano: era una llamita, un pájaro nocturno, un diminuto genio de la granja.

Pero padecía epilepsia y por ello los otros niños le tenían miedo, no le dejaban jugar con ellos y le llamaban Sheitani (el diablo), a que lo adopté en mi casa. Como estaba enfermo no podía trabajar, pero conmigo cumplía estupendamente el papel de un payaso o un bufón, y me seguía a todas partes como una inquieta sombra negra. Kaninu conocía el efecto que yo sentía por el niño y hasta entonces había sonreído como un buen abuelo; ahora lo cogió, lo volvió contra mí y se aprovechó todo lo que pudo. Declaró con gran energía que prefería que se comieran diez veces los leopardos a Sirunga que perder a Kabero; si había perdido a Kabero podía perder también a Sirunga, no había diferencia, porque Kabero era la niña de sus ojos y la sangre de su corazón.

Si Kabero estaba muerto, aquello era, como David llorando por su hijo Absalón, una tragedia solitaria. Pero si estaba vivo y escondido entre los masai era más que trágico, era una pelea o una fuga, una lucha por la vida de un niño.

Había visto en las praderas a las gacelas desarrollar ese mismo juego cuando por sorpresa llegaba al lugar en donde tenían a su cervatillo. Bailaban para ti, caminaban ante ti, saltaban, daban cabriolas o simulaban estar cojas e incapaces de correr, todo para distraer tu atención de su criatura. Y de pronto, bajo los cascos de tu caballo, veías al cervatillo, inmóvil, la cabecita apoyada sobre la tierra, pegado al suelo para salvar la vida mientras su madre danzaba. Los pájaros pueden hacer los mismos trucos para proteger a sus crías: aletear y revolotear, y hasta asumir el papel de un pájaro herido que arrastra su ala rota por el suelo.

Allí estaba Kaninu interpretando para mí. ¿Cómo podría haber tanto cariño e histrionismo en el viejo kikuyu para intentar salvar la vida de su hijo? Sus huesos crujían en la danza, hasta cambiaba de sexo y tomaba el aspecto de una anciana, una gallina, una leona, porque todo el juego era típicamente femenino. Era una interpretación grotesca, pero a la vez enormemente respetable, como cuando el avestruz macho sustituye a la hembra y se pone a incubar los huevos. Ningún corazón de mujer podía dejar de conmoverse por la maniobra.

—Kaninu —le dije—, cuando Kabero quiera regresar a la granja podrá hacerla y nadie le hará el menor daño. Pero tú debes traerlo ante mí.

Kaninu se sumió en un completo silencio, inclinó la cabeza y se fue tristemente como si hubiera perdido su único amigo en el mundo.

Debo decir que Kaninu recordó e hizo lo que le había dicho. Cinco años después, cuando yo me había olvidado del asunto casi por completo, un día pidió tener una entrevista conmigo, a través de Farah. Lo encontré de pie, apoyado en una sola pierna, fuera de la casa, muy digno, pero muy a disgusto. Se dirigió a mí amablemente.

—Kabero ha vuelto —dijo.

En aquellos tiempos ya había aprendido el arte de las pausas, no dije nada. El viejo kikuyu sopesó mi silencio, cambió de pie y sus párpados temblaron un momento.

—Mi hijo Kabero ha vuelto a la granja —repitió.

Pregunté:

—¿Ha vuelto de los masai?

De inmediato, por el hecho de que me hubiera hecho hablar, Kaninu consideró que nos habíamos reconciliado; todavía no sonreía, pero todas las astutas arruguitas que cubrían su rostro se ajustaron para sonreír.

—Sí, Msabu, sí, ha vuelto de los masai —dijo—, ha vuelto para trabajar para ti.

Entre tanto el Gobierno había introducido el Kipanda, el registro obligatorio de cada nativo del país, así que teníamos que llamar a un funcionario policial de Nairobi para convertir a Kabero en un habitante legal de la granja. Kaninu y yo señalamos la fecha.

Aquel día Kaninu y su hijo llegaron mucho antes que el funcionario de la policía. Kaninu me presentó a Kabero alegremente, pero su corazón estaba un poco asustado por su hijo recuperado. Tenía razón, porque la reserva masai había recibido un pequeño cordero de la granja y devolvía un joven leopardo. Kabero tenía que tener sangre masai en él, los hábitos y la disciplina de la vida masai no podían haber realizado por sí solos aquella metamorfosis. Allí estaba, un masai de los pies a la cabeza.

Un guerrero masai es apuesto. Estos jóvenes poseen, en grado sumo, esa forma particular de la inteligencia que nosotros llamamos chic; audaces y salvajemente fantásticos como son, siguen adaptándose de forma implacable a su propia naturaleza y a un ideal inmanente. Su estilo no es una manera asumida, ni la imitación de una perfección extranjera; crece desde su interior y es una expresión de la raza y su historia, y sus armas y sus adornos formaban parte de su ser como los cuernos de un ciervo.

Kabero había adoptado la moda de peinado de los masai, llevaba sus cabellos largos y trenzados con cuerda en una gruesa coleta, y una cinta de cuero rodeaba su frente. Había adoptado la manera de llevar la cabeza de los masai, con la barbilla apuntando hacia adelante como si ofreciera su hosca y arrogante faz en una bandeja. También tenía la severa, pasiva e insolente actitud de los morani, que hace de ellos un objeto de contemplación como las estatuas, una figura para ser vista pero que no ve.

Los jóvenes morani-masai se alimentan de leche y de sangre; tal vez esta

dieta es la que les proporciona su hermosa suavidad y tersura en la piel. Los rostros, con los pómulos salientes y las prominentes mandíbulas, son lisos, sin una arruga o una estría, llenos; los ojos opacos, invisibles, están engarzados como dos piedras negras en un mosaico; en todo, los jóvenes morani parecen parte de un mosaico. Hinchán los músculos del cuello de una forma especialmente siniestra, como el cuello de una cobra encolerizada, el leopardo o el toro peleando, y su grosor es una indicación tan clara de su virilidad que equivale a una declaración de guerra a todo el mundo excepto a las mujeres. El gran contraste, o armonía, entre esos rostros suaves y llenos, los cuellos poderosos y las anchas y redondas espaldas, con la sorprendente esbeltez de la cintura y las caderas, la delgadez de las rodillas y de los muslos, y las largas, derechas y musculosas piernas, les da el aspecto de criaturas entrenadas con una dura disciplina para convertirse en seres rapaces, codiciosos y ávidos en extremo.

Los masai caminan rígidamente, pisando con firmeza con sus esbeltos pies, pero sus movimientos de brazo, muñeca y mano son delicados. Cuando un joven masai dispara una flecha y suelta la cuerda del arco, parece que vas a escuchar los tendones de su larga muñeca cantando en el aire con la flecha. El funcionario de Policía de Nairobi era un joven recién llegado de Inglaterra y lleno de celo. Hablaba muy bien swaheli, así que Kaninu y yo no entendimos lo que decía y se engolfó en el viejo caso de los disparos, e interrogó con minuciosidad a Kaninu, por lo que éste se puso tenso. Cuando hubo terminado me dijo que pensaba que Kaninu había sido monstruosamente tratado y que todo el caso debía ser llevado a Nairobi.

—Eso significaría años de su vida y la mía —le contesté.

Me dijo que se permitía señalar que eso no debía tenerse en cuenta cuando se trataba de la ejecución de la justicia. Kaninu me miró, por un momento pensó que había sido atrapado. Al final, se decidió que el caso era demasiado viejo como para volverlo a plantear y nada más se hizo, excepto, excepto que Kabero fue legalmente registrado en la granja.

Pero todas esas cosas ocurrieron sólo mucho tiempo después. Durante cinco años Kabero estuvo muerto para la granja, vagabundeando con los masai, y Kaninu todavía tuvo que pasar mucho. Antes que el caso hubiera terminado con él, entraron en juego fuerzas que lo cogieron y lo hicieron polvo.

De ello no puedo decir mucho. Primero, porque eran de naturaleza secreta y, segundo, porque me estaban ocurriendo cosas que apartaron mis pensamientos de Kaninu y su destino, y que llevaron los asuntos generales de la granja al fondo de mi mente, como la lejana montaña del Kilimanjaro, que unas veces podía ver desde mi tierra y otras no. Los nativos tomaban esos

períodos míos de distracción con filosofía, como si hubiera desaparecido de su existencia y me hubiera ido hasta otro mundo; en adelante se refirieron a aquella época como el período en que yo había estado fuera.

—Aquel árbol grande cayó —decían—. Mi hijo murió mientras tú estabas con los blancos.

Cuando Wanyangerri estuvo lo bastante bien como para abandonar el hospital, lo traje a la granja y, desde entonces, sólo lo vi a intervalos, en una Ngoma o en las praderas.

Unos pocos días después de su regreso, Wainaina, su padre y su abuela se presentaron en mi casa. Wainaina era gordito, cosa rara en Kikuyu, porque casi todos son hombres delgados. Tenía una barba rala y otra de sus peculiaridades estribaba en que no podía mirarte de frente. Te hacía la impresión de un troglodita mental, que quería que lo dejaran a su aire. Con él vino su madre, una mujer kikuyu muy anciana.

Las mujeres nativas se afeitan las cabezas y es curioso cuán rápidamente tú misma llegas a pensar que esos cráneos redondos y calvos, que parecían nueces pardas, eran el signo de la verdadera feminidad, y que un montón de cabellos en la cabeza de una mujer es tan impropio como una barba. La anciana madre de Wainaina había dejado crecer pequeños mechones de cabellos blancos en su encogido cuero cabelludo y, como muchos hombres sin afeitar, daba la impresión de disolución y de desvergüenza. Se apoyó en su bastón y dejó hablar a Wainaina, pero en su silencio echaba chispas; parecía tener una vitalidad sin gracia, que no había transmitido a su hijo. Los dos eran realmente Uraka y Laskaro, pero eso no lo supe hasta más tarde.

Habían venido arrastrando los pies hasta mi casa con una pacífica intención. Wanyangerri, me dijo su padre, no podía mascar maíz; ellos eran gente pobre: tenían poca harina y nada de leche de vaca. ¿Podía, hasta que el caso de Wanyangerri estuviera resuelto, dejarles un poco de leche de mis vacas? De otra manera no sabían cómo podría sobrevivir el niño hasta que recibieran la indemnización. Farah estaba fuera en Nairobi, en uno de sus litigios somalíes, y en su ausencia permití que Wanyangerri tomara una botella de leche diaria de mi rebaño de vacas nativas y di instrucciones a mis sirvientes que parecían extrañamente disgustados o incómodos por el trato, que se la dejaran coger cada mañana.

Habían pasado dos o tres semanas cuando Kaninu apareció en casa. Apareció súbitamente en la habitación donde yo estaba leyendo junto al fuego después de cenar. Como los nativos, por lo general, prefieren hablar fuera de casa, la manera con que cerró la puerta tras él me preparó para una sorprendente comunicación. Pero la primera sorpresa fue que Kaninu permanecía mudo. La sutil y melosa lengua estaba tan muerta como si se la

hubieran cortado y la habitación, con Kaninu dentro, permaneció en silencio. El viejo y grande kikuyo parecía muy enfermo, se apoyaba en su bastón, era como si no hubiera cuerpo bajo su túnica, sus ojos eran opacos como los ojos de un cadáver y se mojó los labios con la lengua. Cuando al fin comenzó a hablar fue sólo para manifestar, lenta y desconsoladamente, que pensaba que las cosas iban muy mal. Un poco después añadió de manera vaga, como si fuera a pasar algo por alto, que había pagado diez ovejas a Wainaina, y ahora éste, prosiguió, quería también una vaca y un becerro e iba a dárselos. —¿Por qué lo has hecho —le pregunté—, si no se ha celebrado aún el juicio?

Kaninu no respondió, ni siquiera me miró. Aquella noche era un viajero, un peregrino sin ciudad adonde ir. Había venido como si yo estuviera en su camino a informarme y luego se marchaba. Lo único que podía pensar es que estaba enfermo. Después de una pausa, le dije que le llevaría al día siguiente al hospital. Con esto me lanzó una breve, dolorosa mirada: el antiguo burlador estaba siendo ahora amargamente burlado. Pero antes de irse hizo una cosa curiosa, se pasó la mano por la cara como si fuera a enjugarse una lágrima. Era muy extraño, como el florecimiento del bastón de un peregrino, que Kaninu tuviera lágrimas que derramar, y más extraño aún que no las aprovechara. Me preguntaba qué había pasado en la granja mientras mis pensamientos estaban lejos de ella. Cuando se fue Kaninu mandé llamar a Farah y le pregunté.

A veces Farah se mostraba poco dado a hablar de temas nativos, como si fuera algo indigno para él tratar de ello y para mí escucharlo. Finalmente consintió en contármelo, mientras miraba por detrás de mí hacia la ventana, hacia las estrellas. En el fondo del descorazonamiento de Kaninu estaba la madre de Wainaina, que era una bruja y que lo había hechizado.

—Pero Farah —le dije—, Kaninu es demasiado viejo y sensato como para crecer en hechizos.

—No —dijo Farah lentamente—. No, Memsahib. Porque esa vieja kikuyu puede hacer esas cosas de verdad, creo yo.

La anciana le había dicho a Kaninu que sus vacas vivirían para ver que habría sido mejor para ellas si se las hubiera dado a Wainaina desde el principio. Ahora las vacas de Kaninu se estaban cegando una tras otra. Y con esa prueba, el corazón de Kaninu se iba rompiendo poco a poco, como los huesos y los tejidos de esas personas que en los viejos tiempos eran sometidos a las torturas de imponerles pesos cada vez mayores.

Farah hablaba de la brujería kikuyu de una manera seca, preocupado, como si hablara de la glosopeda en la granja, que no podíamos coger nosotros, pero que podía hacer estragos en el ganado.

Me acosté tarde aquella noche pensando en la brujería que había en la

granja. De entrada tenía mal aspecto, como si viniera de una antigua tumba a aplastar su rostro contra los cristales de mis ventanas. Oí a las hienas aullar a lo lejos, hacia el río. Recordé que los kikuyus tenían sus hombres lobos y ancianas que de noche tomaban la forma de hienas. Quizá la madre de Wainaina corría ahora a lo largo del río, enseñando sus dientes al aire nocturno. Y me acostumbré a la idea de la brujería, me parecía una cosa razonable, ¡tantas cosas ocurren por la noche en África!

«Esa vieja es dañina», pensé en swaheli, «usa sus artes para cegar a las vacas de Kaninu y deja que su nieto continúe vivo gracias a una botella de leche de mis vacas».

Pensé: «Ese accidente y las cosas que ha desencadenado están llenando de sangre la granja y yo tengo la culpa. Debo buscar nuevas soluciones, o la granja desembocará en un mal sueño, en una pesadilla. Sé lo que hay que hacer, mandaré buscar a Kinanjui».

## V

### Un jefe kikuyu

El gran jefe Kinanjui vivía a unas nueve millas al nordeste de la granja, en la reserva kikuyu, cerca de la Misión francesa, y gobernaba sobre más de cien mil personas. Era un anciano astuto, de excelentes maneras y una grandeza real, aunque no había nacido jefe, sino que lo habían hecho muchos años atrás los ingleses, hartos del jefe legítimo de los kikuyus del distrito.

Kinanjui era amigo mío y me había ayudado en diversas Su manyatta, a la cual yo había ido en varias ocasiones, era tan sucia y estaba tan llena de moscas como la de cualquier otro kikuyu. Pero era mucho más grande, porque el jefe Kinanjui se había otorgado a sí mismo todos los placeres del matrimonio. La aldea estaba llena de sus mujeres, desde viejas tarascas, flacas y sin dientes, que se apoyaban en muletas, hasta esbeltas muchachas de rostros como lunas y ojos de gacela, con sus brazos y sus largas piernas enrolladas con resplandecientes aros de cobre. Sus hijos estaban por todas partes, en racimos, como las moscas. Los jóvenes, sus hijos, muy erguidos, con la cabeza llena de adornos, iban y venían siempre provocando problemas. Kinanjui me había dicho una vez que en aquel momento tenía cincuenta y cinco hijos que era morani.

A veces el viejo jefe se acercaba hasta mi granja, vestido con una vistosa túnica de piel, acompañado por dos o tres senadores de blanca cabellera y unos cuantos de sus hijos guerreros, en una visita amistosa o para descansar un

momento de sus asuntos de gobierno. Se pasaba la tarde en una butaca de la veranda que yo hacía sacar hasta el prado para él, fumando los cigarros que yo le enviaba, y sus consejeros y sus guardias permanecían acucillados en torno suyo. Mis sirvientes y aparceros, cuando se enteraban que había venido, se acercaban y se agrupaban a su alrededor, entreteniéndolo con los acontecimientos de la granja; la compañía era una especie de club político reunido bajo los árboles. Kinanjui se comportaba en esas reuniones con un estilo muy personal: cuando pensaba que las discusiones se estaban prolongando demasiado, se echaba hacia atrás en la butaca, y aunque su cigarro seguía encendido, cerraba los ojos y su respiración se hacía profunda y lenta, en un ronquido bajo y regular, una especie de sueño oficial, pro forma, que solía utilizar en las reuniones de su consejo de Estado. En algunas ocasiones yo llevaba una butaca fuera para hablar con él, y en estos casos Kinanjui mandaba irse a todos, para señalar que desde ese momento el mundo iba a ser gobernado en serio. Cuando yo lo conocí ya no era el que había sido, porque la vida lo había desgastado mucho. Pero cuando hablábamos libre y francamente, en privado, demostraba una mente original, un espíritu rico, audaz e imaginativo; había meditado mucho sobre la vida y tenía sólidas opiniones sobre ella.

Unos pocos años antes ocurrió una cosa que fortaleció la amistad entre Kinanjui y yo.

Llegó a casa un día cuando estaba almorzando con un amigo que viajaba por el país; no podía ocuparme del jefe kikuyu hasta que mi amigo se fuera. Kinanjui suponía que le ofrecería una copa mientras esperaba, después de su largo paseo al sol, pero no tenía suficiente bebida de una sola clase, de manera que mi invitado y yo llenamos un vaso con todo tipo de licores fuertes que tenía en casa. Pensé que cuanto más fuerte se lo hiciera mejor aguantaría la espera, y se lo llevé yo misma fuera de casa. Pero Kinanjui, después de humedecerse los labios con una cortés sonrisa, me lanzó la mirada más profunda que me ha lanzado un hombre, echó para atrás la cabeza y vació el vaso de un solo trago.

Media hora más tarde, cuando mi amigo acababa de irse, mis sirvientes vinieron y me dijeron:

—Kinanjui ha muerto.

Pensé en aquel momento en la tragedia y el escándalo que se me venían encima como sombras sepulcrales. Salí a verlo.

Yacía en el suelo, en la penumbra de la cocina, con el rostro sin expresión, los labios azulados y los dedos fríos como los de un muerto. Era como haber matado a un elefante: por un acto tuyo una criatura poderosa y majestuosa, que se paseaba por el mundo y tenía sus opiniones sobre todas las cosas, no



volvería a levantarse. Se le veía también humillado, porque los kikuyus habían vertido agua encima de él y le habían quitado su túnica de piel de mono. Desnudo era como un animal cuando le has quitado el trofeo por el cual lo has matado.

Pensé en mandar a Farah a buscar al médico, pero no conseguimos hacer arrancar el automóvil y la gente de Kinanjui nos pidió que esperáramos un poco más antes de hacer nada.

Una hora después, cuando iba a ir otra vez, con el corazón acongojado, a hablar con ellos, vinieron mis criados y me dijeron:

—Kinanjui se ha ido a casa.

Según parece se había puesto repentinamente en pie, se echó la túnica encima, sus servidores le rodearon y se puso a andar, haciendo las nueve millas hasta su aldea sin decir una sola palabra. Después de esto, me parece, Kinanjui pensó que yo había asumido un riesgo, incluso que me había expuesto a un peligro, porque no estaba permitido dar alcohol a los nativos para hacerle feliz. Volvió a la granja varias veces y fumaba un cigarro con nosotros, pero no volvió a mencionar una copa. Se la hubiera dado si la hubiera pedido, pero yo sabía que no iba a pedirla nunca más.

Envié un mensajero a la aldea de Kinanjui y le expliqué todo el asunto del accidente. Le pedí que viniera a la granja para acabar con aquello de una vez. Le insinué que podíamos dar a Wainaina la vaca y la cabra de la que había hablado Kaninu y dejar así que se acabara el asunto. Esperé con ansiedad la llegada de Kinanjui, porque tenía la cualidad que todos valoramos en un amigo, y es que era eficaz.

Con mi carta, el caso, que durante un tiempo parecía calmado, se encrespó de nuevo y terminó dramáticamente.

Una tarde, cuando cabalgaba de vuelta a mi caso, vi un automóvil que venía por el camino a tremenda velocidad, tomando una curva sobre dos ruedas. Era un automóvil escarlata, con muchos adornos de níquel. Sabía que pertenecía al cónsul norteamericano en Nairobi y me pregunté qué urgente asunto podía traer al cónsul a mi casa a semejante velocidad. Pero cuando estaba dejando el caballo en la parte trasera de la casa, Farah apareció para decirme que acababa de llegar el jefe Kinanjui. Venía en su propio automóvil, porque el día anterior se lo había comprado al cónsul norteamericano y no iba a salir hasta que no le viera.

Me encontré a Kinanjui sentado muy derecho en el automóvil, como si fuera un ídolo. Llevaba una larga túnica de pieles de mono azul, y en la cabeza un casquete del tipo que los kikuyus hacen con estómagos de oveja. Siempre había tenido una figura impresionante, alto, y robusto, sin un gramo de grasa

encima; su rostro también era altivo, grande y huesudo, con la frente hacia atrás como la de un piel roja. Tenía una nariz ancha, tan expresiva que parecía como si fuera el punto central del hombre, como si toda la imponente figura existiera sólo para sustentar aquella nariz. Como la trompa de un elefante, era a la vez inquisitiva y extremadamente sensible y prudente, tan dispuesta a la ofensiva como la defensiva. Y, en fin, Kinanjui hubiera tenido una cabeza tan noble como la de un elefante, si no fuera o tan astuto.

Kinanjui escuchó mis cumplidos sobre el automóvil sin abrir la boca y sin pestañear, mirando fijamente al frente, de manera que yo sólo veía su rostro de perfil, como una cabeza grabada en una medalla. Mientras yo daba vueltas al coche, él volvía su cabeza de manera que su regio perfil se dirigía siempre hacia mí, quizá porque verdaderamente estaba pensando en la cabeza del rey que había en las rupias. Uno de sus hijos más jóvenes era el conductor y el motor estaba ardiendo. Cuando hubo terminado la ceremonia invité a Kinanjui a salir del automóvil. Recogió su gran túnica alrededor de su cuerpo con un gesto majestuoso y descendió. En aquel momento dio un paso atrás de dos mil años para ser juez kikuyu.

En la pared occidental de mi casa había un asiento de piedra y, frente a él, una mesa hecha con una piedra de molino. Esa piedra tenía una trágica historia: era la muela superior del molino de los dos indios asesinados. Después del asesinato nadie se atrevió a hacerse cargo de aquel. Permaneció vacío y silencioso durante un largo tiempo e hice traer la piedra hasta mi casa para tener una mesa que me recordara Dinamarca. Los molineros indios me habían dicho que su piedra de molino había venido a través del mar desde Bombay, porque las piedras de África no son lo suficientemente duras para el trabajo de molturación. En la parte superior había tallado un motivo y tenía unas grandes manchas, que mis sirvientes decían que eran la sangre de los indios y que nunca se pudieron quitar. La piedra de molino se convirtió en el centro de la granja, porque yo solía sentarme allí cuando hacía mis tratos con los nativos. Desde el asiento de piedra y la piedra de molino, Denys Finch-Hatton y yo vimos un Año Nuevo, la luna nueva y los planetas Venus y Júpiter juntos, formando un grupo en el cielo; era una visión tan radiante que apenas podías creer que fuera real, y nunca más la volví a tener.

Me senté en el banco con Kinanjui a mi izquierda. Farah estaba de pie a mi derecha y desde allí podía vigilar a los kikuyus, que se habían reunido en torno a la casa y que habían venido al difundirse la noticia de que Kinanjui estaba en la granja.

La actitud de Farah hacia los nativos del país era algo pintoresca. Al igual que las vestiduras y el porte de los guerreros masai, no era cosa de día anterior: era el producto de siglos. Las fuerzas que la habían levantado construyeron también grandes edificios de piedra, pero se derrumbaron en el

polvo hace muchos años.

Cuando acabas de llegar al país y desembarcas en Mombasa, ves las ruinas de piedra gris de casas, minarettes y pozos entre los baobab de color gris claro, que no parecen pertenecer a ninguna clase de vegetación terrestre, sino que son porosas fosilizaciones, belemnitas gigantescos. Las mismas ruinas se encuentran por toda la costa, en Takacinga, Kalifi y Lamy. Son los restos de las ciudades de los antiguos comerciantes árabes en marfil y esclavos. Las embarcaciones de los comerciantes conocían bien todos los canalizos africanos y hollaban las azules sendas hasta la plaza del mercado de Zanzíbar. Los conocían desde los tiempos en que

Aladino envió al sultán cuatrocientos esclavos negros cargados con joyas, y desde que la sultana gozaba con su amante negro mientras su marido cazaba, por lo que fue muerta.

Probablemente al enriquecerse esos grandes mercaderes llevaron consigo sus harenes a Mombasa y Kalifi y se establecieron en sus villas, frente a los largos rompientes del océano y los florecientes árboles de color rojo, mientras enviaban expediciones a las tierras altas.

Porque de aquel país áspero y salvaje, de las llanuras ardientes y secas y de las desconocidas extensiones sin agua, de la tierra de las grandes acacias que bordeaban los ríos y de las diminutas y olorosas florecillas silvestres de las tierras negras, procedía su riqueza. Aquí, junto al techo de África, vagaban los pesados, los sabios y majestuosos portadores de marfil. Estaban ensimismados en sus pensamientos y querían que les dejaran en paz. Pero les seguían y cazaban con flechas envenenadas los pequeños y oscuros wanderobos, y con largas escopetas recamadas en plata, que se cargaban por la boca, los árabes; los atrapaban y metían en fosos por sus largos y parduscos colmillos, mientras los mercaderes se sentaban y esperaban en Zanzíbar.

Aquí también se talaban y quemaban pequeños trozos de bosque, para plantar boniatos y maíz por una nación tímida y amante de la paz, que no servía ni para combatir ni para inventar, pero que quería que la dejaran tranquila y que, como el marfil, era muy solicitada en el mercado. Por allí se reunían los pájaros de presa grandes y pequeños.

Tous les tristes oiseaux mangeurs de chair humaine...

S'assemblent. Et les uns laissant un crâne chauve,

Les autres aux gibets essuyant leur bec fauve

D'autres, d'un mat rompu quittant les noirs agréés...

Llegaron los árabes fríos y sensuales, que despreciaban la muerte, cuyas mentes, cuando no se ocupaban de los negocios, se dedicaban a la astronomía,

el álgebra y sus harenes. Con ellos vinieron sus nuevos medio hermanos ilegítimos, los somalíes —impetuosos, pendencieros, abstemios y avaros, celosos mahometanos para compensar su bajo nacimiento y más fieles a los mandamientos del profeta que los hijos legítimos—. Con ellos venían los swaheli, esclavos y de corazón esclavo, crueles, obscenos, ladrones, llenos de sentido común y bufones, proclives a engordar con los años.

Se encontraron con los pájaros de presa nativos de las tierras altas.

Llegaron los masai, silenciosos como altas y estrechas sombras negras, con lanzas y pesados escudos, recelosos hacia los extranjeros, con las manos pintadas de rojo, para vender a sus hermanos.

Los diferentes pájaros se sentaron y hablaron. Farah me contó que en el pasado, antes de que los somalíes trajeran sus propias mujeres desde Somalia, sus jóvenes sólo podían casarse con las hijas de los masai entre todas las tribus del país. Debió de ser en todos los aspectos una extraña alianza. Porque los somalíes eran un pueblo religioso y los masai no tienen ningún tipo de religión, no demostraban ni el más mínimo interés por lo que había por encima de la tierra. Los somalíes son limpios y se preocupan mucho de sus abluciones e higiene, mientras que los masai son una nación sucia. Los somalíes también otorgan gran importancia a la virginidad de sus doncellas, pero las muchachas masai se toman la moral muy a la ligera. Farah me lo explicó una vez. Los masai, me dijo, no han sido nunca esclavos. No pueden serlo, hasta se mueren en prisión. Se mueren si los encierran tres meses, de modo que la ley inglesa del país no considera la pena de encarcelamiento, sino el castigo mediante multas. Esta rigurosa incapacidad de seguir vivos bajo el yugo ha dado a los masai, entre todas tribus nativas, un lugar especial entre la aristocracia emigrante.

Todas las aves de presa tenían sus ojos ávidos sobre los amables roedores de la tierra. Los somalíes, allí, tenían una posición particular. Los somalíes no eran capaces de obrar por sí solos, son muy excitables y doquiera que vayan pierden mucho tiempo y sangre con sus sistemas morales tribales. Pero son excelentes lugartenientes y quizá por eso los capitalistas árabes les daban la responsabilidad de audaces empresas y de difíciles transportes mientras ellos permanecían en Mombasa. Además, su relación con los nativos era exactamente la de un perro pastor con las ovejas. Los vigilaban incansablemente, enseñando los dientes. ¿Se morirían antes de llegar a la costa? ¿Se escaparían? Los somalíes tienen un vivo sentido del dinero y del valor de las cosas, podían prescindir del sueño y del alimento para llevar su carga y volvían de sus expediciones convertidos en un montón de piel y de huesos. La costumbre continúa en su sangre. Cuando tuvimos la gripe española en la granja, Farah estuvo muy enfermo, y tiritaba por la fiebre pero seguía yendo a todas partes, para llevar medicamentos a los aparceros y

obligarles a tomarlos. Le habían dicho que la parafina era muy buena para la enfermedad y entonces compró parafina para la granja. Su hermano pequeño, Abdullai, que estaba con nosotros entonces, se puso también muy enfermo, y a Farah le preocupaba mucho. Pero eso no era más que debilidad de su corazón, algo frívolo. El deber, el pan y la reputación regían el trabajo en la granja, y el perro pastor moribundo continuaba en su puesto. Farah conocía también muy bien lo que pasaba en los círculos nativos, aunque por lo que yo sabía no tenía tratos con ningún kikuyu, excepto con los más ricos.

Las ovejas, las naciones pacientes, sin dientes y sin garras sin poder y sin protector terrenal, iban hacia su destino, como lo siguen haciendo ahora, con su inmensa capacidad de resignación. No morían bajo el yugo como los masai, ni se rebelaban contra el destino, como los somalíes, cuando se consideraban insultados, engañados o menospreciados. Eran amigos de Dios en tierras extranjeras y encadenados. También conservaron una peculiar auto estimación en sus relaciones con los que les perseguían. Eran conscientes de que el provecho y el prestigio de sus atormentadores residía en ellos: eran las figuras centrales en la caza y en el comercio, eran las mercancías. En el largo camino de lágrimas y sangre, las ovejas, en lo profundo de sus corazones mudos y sombríos, se habían hecho una humilde filosofía y no tenían en mucho ni a los pastores ni a los perros. «No descansáis ni de día ni de noche», decían, «camináis con la lengua fuera, jadeáis, veláis por la noche de modo que durante el día tenéis los ojos irritados, y todo por nosotros. Estáis aquí por nosotros. Existís por nosotros, pero nosotros no existimos por vosotros». Los kikuyus de la granja a veces parecían provocar a Farah, como un cordero huye ante el perro guardián, sólo para hacerlo levantar y correr.

Farah y Kinanjui estaban allí, el perro guardián y el viejo carnero. Farah permanecía en pie con su turbante rojo y azul, con su justillo árabe recamado en negro y su túnica de seda árabe, pensativo como una digna figura que podías encontrar en cualquier lugar del mundo. Kinanjui estaba semiechado en el asiento de piedra, desnudo, sin más ropa que el manto de piel de mono sobre los hombros, un viejo nativo, un terrón de las tierras altas africanas. Se trataban mutuamente con respeto, aunque, cuando no tenían que hablarse directamente, de acuerdo con algún ceremonial, pretendían no verse.

Era fácil imaginarios a los dos, cien años antes, o más, sosteniendo una conversación sobre una partida de esclavos, de miembros indeseables de la tribu, de los que Kinanjui quería librarse. Durante todo el tiempo Farah habría acariciado la idea de apoderarse del propio jefe, un buen bocado, para incluirlo en el grupo. Kinanjui seguiría, sin un fallo, todos los pensamientos de Farah, y durante toda la conversación estaría sopesando la situación, como sopesaba su corazón inquieto y amedrentado. Porque era él la figura central, él era la mercancía.

La gran reunión para solventar el caso del accidente empezó pacíficamente. La gente de la granja estaba contenta de ver a Kinanjui. Los aparceros más antiguos vinieron e intercambiaron unas cuantas observaciones con él, luego se apartaron y se sentaron sobre la hierba. Una pareja de ancianas de la periferia de la asamblea me gritó saludándome: «¡Jambo Jerie!». Jerie es un nombre kikuyu con el que me nombraban las ancianas de la granja, y también los niños pequeños, pero ni los jóvenes ni los ancianos me llamaban así. Kaninu estaba presente en la reunión, en medio de su gran familia, como un espantapájaros que hubiera cobrado vida, con los ojos ávidos y atentos. Wainaina y su madre vinieron y se sentaron a cierta distancia de los otros.

Le dije a la gente, lenta y firmemente, que el contencioso entre Kaninu y Wainaina se había arreglado y el acuerdo escrito en un papel, Kainanjui venía a certificarlo. Kaninu había dado a Wainaina una vaca y un ternero lechal y aquel asunto había que concluido, porque nadie podía soportarlo más.

Kaninu y Wainaina habían sido advertidos previamente de la decisión y Kaninu informado de que debía de tener preparadas la vaca y la ternera. Las actividades de Wainaina eran de naturaleza clandestina, a la luz del día era como un topo bajo el suelo, y parecía tan blando como uno de esos animales.

Cuando hube leído el acuerdo le dije a Kaninu que trajera la vaca. Kaninu se levantó y movió los brazos hacia arriba y hacia abajo varias veces en dirección a dos de sus hijos jóvenes, que tenían amarrada la vaca junto a las cabañas de los sirvientes. El círculo se abrió mientras llevaban lentamente la vaca y la ternera hasta su centro.

En el mismo momento la atmósfera de la reunión cambió como cuando llega una tormenta por el horizonte y alcanza en pocos segundos su cenit.

No hay nada en el mundo a lo que den los kikuyus más importancia que a una vaca con su ternera al lado. El derramamiento de sangre, la brujería, el amor sexual o las maravillas del mundo del hombre blanco se evaporaban y desaparecían ante la llamarada de su pasión por el ganado que huele a edad de piedra, como el fuego de un pedernal.

La madre de Wainaina lanzó un largo alarido y señaló con su brazo y su dedo seco y tembloroso a la vaca. Wainaina se unió a ella. Hablaba de manera entrecortada y tartamudeante, como si alguien se expresara a través suyo, elevando su voz al cielo. No aceptaba la vaca, era la más vieja del rebaño de Kaninu y la ternera que traía a su lado era la última que había parido, ya no podría tener más.

El clan de Kaninu gritó y le interrumpió con un furioso inventario en forma de staccato de las cualidades de la vaca, detrás de lo cual se percibía una gran amargura y desprecio por la muerte.

La gente de la granja consideró que no tenía por qué permanecer en silencio mientras se discutía sobre una vaca y una ternera. Todos los presentes dieron su opinión. Los ancianos se cogían unos a otros de los brazos y lanzaban su último asmático en elogio o condena de la vaca. Las voces agudas de sus ancianas mujeres caían y les seguían como en un canon. Los jóvenes se escupían sus mortíferas observaciones unos a otros con voz profunda. En cosa de dos o tres minutos el claro donde estaba mi casa bulló como el caldero de una bruja.

Miré a Farah y él me miró a mí, como en un sueño. Vi una espada que empezaba a salir de la vaina, y que podía comenzar a golpear a diestro y siniestro. Porque los somalíes son ganaderos y tratantes de ganado. Kaninu me lanzó una mirada como un hombre que se está ahogando y al que arrastra sin remedio la corriente. Miré a la vaca. Era una vaca gris con los cuernos muy curvados y aguantaba pacientemente en el mismísimo centro del ciclón que había desencadenado. Cuando todos los dedos la apuntaban se puso a lamer su ternera. Pensé que de una forma u otra tenía el aspecto de una vaca vieja.

Por último miré hacia Kinanjui. No sé si había estado observando a la vaca. Mientras le miraba ni siquiera pestañeó. Se sentaba inmóvil, como una masa sin inteligencia o simpatías, simplemente allí junto a mi casa. Se volvió de lado hacia la chillona muchedumbre y me di cuenta que el perfil es el verdadero rostro de un rey. Los nativos tienen la facultad de transformarse, con un simple movimiento, en materia sin vida. Yo creo que Kinanjui no podía decir una palabra o moverse sin avisar las llamas de la pasión, porque estaba sentado sobre ellas para aplacarlas. No todos podían hacerla.

Poco a poco la furia amainó, la gente fue dejando de gritar y adoptando el tono cotidiano, finalmente quedó en silencio. La madre de Wainaina, cuando creyó que nadie la miraba, se acercó unos pasos apoyada en su bastón para observar mejor a la vaca. Farah se volvió y regresó a la civilización con una sonrisita irónica. Cuando todos se tranquilizaron hicimos que las partes se acercaran a la mesa de piedra, metieran el pulgar en grasa de carro y lo estamparan en la parte de abajo del documento del acuerdo. Wainaina lo hizo de muy mala gana, murmurando entre dientes cuando puso el pulgar en el papel, como si le quemara. El acuerdo decía lo siguiente:

Se ha firmado el siguiente acuerdo en Ngong hoy, día 26 de septiembre, entre Wainaina wa Bemu y Kaninu wa Muture. El jefe Kinanjui estuvo presente y lo presencié todo.

El acuerdo declara que Kaninu pagará a Wainaina una vaca con su ternera. La vaca y la ternera serán dadas a Wanyangerri, hijo de Wainaina, el cual el 19 de diciembre pasado fue herido por un disparo accidental del hijo de Kaninu, Kabero. La vaca y la ternera serán propiedad de Wanyangerri. Con el pago de

esta vaca y su ternera queda resuelto definitivamente el Shaurie. Nadie después de esto debe hablar de él o mencionado en absoluto.

Ngong, 26 de septiembre.

Huella de Wainaina.

Huella de Kaninu.

Yo estaba aquí y escuché la lectura del documento.

La huella del jefe Kinanjui.

La vaca y la ternera fueron entregadas a Wainaina en mi presencia.

Baronesa Blixen.

\*\*\*\*

### 3

## VISITANTES EN LA GRANJA

### Post Res Perditas

#### I

### Las grandes danzas

Teníamos muchos visitantes en la granja. En países de pioneros de la hospitalidad es una necesidad de la vida no sólo para los viajeros, sino para los colonos. Un visitante es un amigo, nos trae noticias, buenas o malas, que son el pan de las mentes hambrientas en los lugares aislados. Un verdadero amigo que llega a la casa es un mensajero celestial que trae el panis angelorum.

Cuando Denys Finch-Hatton volvía de una de sus largas expediciones, estaba ansioso por hablar y me encontraba a mí también ansiosa de lo mismo, así que nos sentábamos a la mesa del comedor hasta altas horas de la madrugada, hablando de todo lo que se nos ocurría, metiéndonos en todo, riéndonos de todo. Los blancos que viven mucho tiempo solos con los nativos adquieren la costumbre de decir lo que piensan, porque no tienen razón ni oportunidad para el disimulo, y cuando se encuentran de nuevo mantienen en sus conversaciones el mismo tono que con éstos. Manteníamos la teoría que la tribu salvaje masai, que tenía su manyatta junto a las colinas, veía la casa toda encendida, como una estrella en la noche, como los campesinos de Umbría veían la casa donde San Francisco y Santa Clara hablaban de teología.



La más importante de las funciones sociales de la granja eran las ngomas —las grandes danzas nativas—. En esas ocasiones teníamos entre mil quinientos y dos mil invitados. Sin embargo, nuestra hospitalidad era modesta. Dábamos a las madres calvas de los danzantes moranis y de los nditos —doncellas— rapé, y a los niños —en aquellas danzas en que se traían niños— azúcar, distribuido por Kamante en cucharas de madera. En ocasiones, pedí al comisionado del Distrito permiso para que mis aparceros tomaran tembu, una mortífera bebida fabricada con azúcar de caña. Pero los verdaderos protagonistas, los infatigables jóvenes bailarines, que traían consigo la gloria y el lujo de la festividad, eran inmunes a la influencia extranjera y se concentraban en la dulzura y el fuego que llevaban dentro de sí. Únicamente pedían una cosa del mundo exterior: un espacio liso donde danzar. Esto lo podían encontrar cerca de mi casa, en el prado grande bajo los árboles, y en la plaza que había sido nivelada, en el bosque entre las cabañas de mis sirvientes. Por esa razón los jóvenes del país estimaban mucho la granja y las invitaciones a mis bailes.

Las ngomas se celebraban unas veces de día y otras de noche. Durante el día las ngomas necesitaban más espacio, porque convocaban a tantos espectadores como danzantes; se celebraban en el prado. En la mayor parte de las ngomas los danzantes formaban un círculo grande, o una serie de círculos los más pequeños, y saltaban con la cabeza echada hacia atrás, o pateaban el suelo siguiendo un ritmo, echándose adelante sobre un pie, y luego sobre el otro, y de nuevo lenta y solemnemente dando vueltas con los rostros dirigidos hacia el centro del redondel, mientras los bailarines más destacados se separaban de éste para actuar, saltar y correr en medio. A la luz del día las ngomas dejaban sus señales estampadas en el prado, círculos grandes y pequeños secos y marrones, como si el fuego hubiera quemado la hierba y estos redondeles mágicos que desaparecían muy lentamente.

Las grandes ngomas diurnas se parecen más a una feria que a un baile. Muchedumbres de espectadores siguen a los bailarines y se agrupan bajo los árboles. Si el rumor de que se iba a celebrar una ngoma se difundía ampliamente podía ver incluso cómo llegaban las mujeres mundanas de Nairobi —las malaya, una bonita palabra en swaheli—, que venían a lo grande, en calesas arrastradas por mulos de Ali Khan, envueltas en largas piezas de percal de colores alegres, y que cuando se sentaban parecían como grandes flores sobre la hierba. Las chicas honradas de la granja, vestidas con sus faldas y mantones tradicionales de piel, aceitados y grasosos, se ponían cerca de ellas y discutían abiertamente sobre sus vestidos y sus modales, pero las bellezas de la ciudad, cruzadas de piernas, permanecían quietas como muñecas con ojos de cristal, hechas de madera oscura, y fumaban sus pequeños cigarros. Bandadas de chiquillos, extasiados por la danza y deseosos de aprender e imitar, iban tumultuosamente de corro en corro, o formaban los

suyos propios, más pequeños, en los márgenes del prado, y allí se dedicaban a saltar arriba y abajo.

Los kikuyus, cuando van a una ngoma, se frotan el cuerpo con un tipo particular de tiza de color rojo pálido, de la que hay mucha demanda; les da un aspecto curiosamente rubio. El color no pertenece ni al mundo vegetal ni al animal, con él los jóvenes parecen fosilizados, como estatuas excavadas en la roca. Las chicas con sus recatados vestidos de cuero curtido, adornados con abalorios, se cubren de tierra hasta confundirse con ella —estatuas vestidas, en las cuales los pliegues y colgaduras son delicadamente formados por un artista experimentado—. Los muchachos van desnudos a una ngoma, pero en estas ocasiones cuidan mucho su peinado, se echan tiza sobre la cabellera y las coletas, y llevan muy altas sus cabezas de piedra caliza. Durante mis últimos años en África el Gobierno prohibió a la gente ponerse tiza en la cabeza. En ambos sexos el aderezo es lo que más importa: ni los diamantes ni otros grandes adornos dan a quienes los llevan un aire tan de gala. Sea cual sea la distancia a la que te halles de un grupo de kikuyus teñidos de rojo marchando, sientes el aire vibrar festivamente.

Una danza al aire libre durante el día sufre de falta de limitación. El escenario es demasiado grande —¿dónde empieza y dónde acaba?—. Las pequeñas figuras de los danzarines individuales pueden estar teñidas de arriba a abajo, con la parte trasera entera de un avestruz flotando sobre sus cabezas y como bravos caballeros, con espuelas en los talones hechas de piel de mono Colobus, pero se les ve diseminados bajo los pequeños árboles: El espectáculo —en el que grandes y pequeños corros de bailarines, grupos de espectadores por todas partes y chiquillos que corren de un lado para otro— te obliga a estar mirando constantemente de aquí para allá. Toda la escena recuerda a esas viejas pinturas de batallas vistas desde una elevación del terreno, en las cuales puedes ver a la caballería que avanza por un lado, mientras la artillería toma posiciones por otro, y aisladas figuras de oficiales de órdenes galopan diagonalmente por el campo.

Los ngomas diurnos son, además, muy ruidosos. La música de danza de las flautas y los tambores queda con frecuencia ahogada por el clamor del público, los bailarines lanzan un extraño, prolongado y curioso aullido cuando en una de las figuras ejecutadas por los bailarines un moran da un salto, o blande la lanza sobre su cabeza de una manera excepcionalmente hermosa. Sentados en la hierba los viejos seguían conversando agradablemente y sin parar. Era bonito ver a una pareja de viejas kikuyus pasándolo bien, con una calabaza entre ellas, charlando tan contentas, presumiblemente de los días en que ellas destacaban en el corro de danzas, los rostros radiantes de felicidad, mientras, por la tarde, el sol comienza a bajar y el tembu de la calabaza también. A veces, cuando una pareja de viejos maridos se acercaba al grupo,

una de las mujeres se levantaba fresca de sus recuerdos, moviendo los brazos, y daba uno o dos pasos rápidos en puro estilo ndito. La multitud no se fijaba en ella, pero era entusiásticamente aplaudida por el pequeño círculo de sus contemporáneos.

Pero las ngomas nocturnas eran mucho más serias.

Se celebraban sólo en otoño, después de la recolección del maíz y durante la luna llena. Pienso que no tienen ninguna significación religiosa para ellos, pero quizá la tuvieron alguna vez; la actitud de los intérpretes y de los espectadores sugiere un momento sagrado y misterioso. Los bailarines podrían tener mil años. Algunas de las danzas —plenamente aprobadas por las madres y las abuelas de los danzarines— eran consideradas inmorales por los colonos blancos, pues pensaban que debían ser prohibidas por la ley.

Una vez, cuando volví de unas vacaciones en Europa, me encontré con que en plena recolección del café veinticinco de mis jóvenes guerreros habían sido enviados a la cárcel por mi administrador por haber bailado una danza prohibida en un ngoma nocturna en la granja. Mi administrador me informó que su esposa no pudo soportar aquella danza. Cuando reñí a los mayores de los aparceros por haber celebrado su ngoma cerca de la casa de mi administrador, me explicaron gravemente que habían estado danzando en la manyatta de Kathegu, a cuatro o cinco millas de allí. Luego me fui a Nairobi a hablar del asunto con el comisionado del Distrito, que dejó que todos los bailarines volvieran a la granja a recoger café. Las danzas nocturnas eran un hermoso espectáculo. Aquí no tenías dudas sobre el escenario, estaba formado por las hogueras y se extendía hasta donde llegaba la luz, porque el fuego era el principio central de la ngoma. En realidad no es necesario para la danza, porque la luz de la luna en las tierras altas africanas es maravillosamente clara y blanca; creaba un gran efecto. El fuego convertía el lugar del baile en un escenario de primera categoría: reunía todos los colores y movimientos dentro de una unidad.

Los nativos pocas veces exageran un efecto. No encendían grandes hogueras. Las aparceras de la granja, que se consideraban las anfitrionas de la fiesta, traían la leña durante el día antes de la danza y la apilaban en el centro del redondel. Las ancianas, que honraban el baile con su presencia, se sentaban alrededor de la pila central, y desde allí alimentaban una fila de pequeñas hogueras, que era como un círculo de estrellas, a lo largo de la noche. Los bailarines volvían a danzar y correr en torno a las hogueras, con el bosque nocturno como trasfondo. El lugar debía ser lo bastante grande porque el calor y el humo no molestara los ojos de los viejos espectadores, pero era un lugar cerrado en el mundo, como una casa grande con todos dentro.

Los nativos carecen del sentido o el gusto del contraste, el cordón

umbilical de la naturaleza no ha sido cortado en ellos del todo. Celebran sus ngomas sólo durante el tiempo de la luna llena. Cuando la luna daba lo mejor de sí ellos daban lo mejor de ellos mismos. Cuando el paisaje se bañaba y nadaba en una delicada y poderosa luz que venía del cielo, a la gran iluminación sobre África añadían su pequeño resplandor rojo.

Los invitados llegan en pequeños grupos, a veces tres o cuatro a la vez, a veces doce o quince —amigos que vienen juntos porque se han citado o que se han añadido a la compañía durante el camino—. Muchos de estos bailarines han caminado durante quince millas para llegar a la ngoma. Cuando viajan muchos juntos traen consigo flautas y tambores, así que, en la noche del gran baile, todos los caminos y senderos de la comarca resuenan y retiñen con la música, como cascabeles que se agitan bajo la luna. Al llegar al círculo donde se celebra la danza los caminantes se detienen y esperan a que se abra para ellos; a veces, cuando vienen desde muy lejos o son hijos de los grandes jefes vecinos, son recibidos por los ancianos aparceros, por los mejores bailarines de la granja o por los monitores de la danza.

Los monitores de la ngoma eran jóvenes de la granja como los otros, pero debían hacer respetar el ceremonial y se aprovechaban de su posición. Antes de que comenzara la danza se pavoneaban arriba y abajo frente a los bailarines con el ceño fruncido y expresión grave; a medida que la danza se iba haciendo más animada corrían de un lado a otro para que todo marchara como era debido. Iban eficazmente armados llevando haces de palos atados, cuyo extremo mantenían encendido metiéndolo de cuando en cuando en la hoguera. Vigilaban de cerca a los bailarines y en el momento que veían algo que no les gustaba se acercaban en seguida; con una terrible expresión y un furioso gruñido lanzaban todo el haz de palos con el extremo encendido por delante, contra el cuerpo del transgresor. La víctima se doblaba por el golpe, pero no emitía el menor sonido. Tal vez una quemadura de esta clase no era una herida deshonorosa como recuerdo de una ngoma.

En una de las danzas las muchachas se apoyaban pudorosamente sobre los pies de los jóvenes guerreros y los ceñían por la cintura, mientras ellos, con los brazos estirados a cada lado de la cabeza de la muchacha, cogían la lanza con ambas manos, y la levantaban de vez en cuando tirándola al suelo con toda su fuerza. Era un bonito cuadro ver a las jóvenes de la tribu buscando refugio en el pecho de sus hombres contra algún gran peligro, y a los hombres protegiéndolas, incluso dejándoles pisar sus pies, contra las serpientes u otros peligros del suelo. A medida que se desarrolla la danza durante horas y horas, los rostros de los bailarines toman una expresión de éxtasis angélico, como si verdaderamente estuvieran dispuestos a morir unos por otros.

Había otras danzas en las cuales los bailarines corrían de un lado a otro entre las hogueras, donde un bailarín principal daba grandes saltos y brincos,

con mucha oscilación de lanzas; se inspiraba, me parece, en la caza del león.

Había cantantes en las ngomas, al igual que flautas y tambores. Algunos de esos cantantes eran famosos en todo el país y se les hacía venir desde muy lejos. Su canto era más bien un recitado rítmico que una canción. Eran improvisadores y hacían sus baladas espontáneamente, uniéndoselas el rápido y atento coro de los bailarines. Daba gusto escuchar, en el aire nocturno, alzarse una suave voz, como el llamamiento regularmente repetido y medido de las jóvenes voces. Pero a medida que pasaba la noche, acompañado de vez en cuando por los tambores, se convertía en algo mortalmente monótono y extraordinariamente penoso de oír, como si no pudieras soportarlo ni un momento más, ni quisieras que se parara.

El cantante más famoso de mi época procedía de Dagoretti. Tenía una voz clara y fuerte y era, además, un gran bailarín. Mientras cantaba paseaba o corría por el redondel del baile dando largos, deslizantes pasos, medio arrodillándose. Ponía su mano al lado de la boca; probablemente lo hacía para concentrar el sonido, pero parecía como si confiara un gran y peligroso secreto a la congregación. Parecía el propio eco africano. Era capaz de llenar de felicidad o de sentimientos belicosos a su público o hacerle desternillar de risa. Cantaba una formidable canción, una canción guerrera, en la cual el cantante, me parece, se imagina que corre de aldea en aldea, para llamar a la nación a la guerra, y describe las matanzas y el botín. Hace cien años hubiera hecho que la sangre de los emigrantes blancos se les helara en las venas, pero por lo general no era tan terrorífico. Una noche cantó tres canciones, que pedí a Kamante que me tradujera. La primera era fantástica: se imaginaba que todo el grupo de bailarines se encontraba un barco y navegaba hasta Volaia. La segunda canción, me explicó Kamante, era en alabanza de las ancianas, las madres y las abuelas del cantante y de los danzantes. Aquella canción sonaba muy dulce, era larga y debía de describir detalladamente la sabiduría y la bondad de las desdentadas y calvas mujeres kikuyus, que escuchaban junto a la pila de leña en el centro de la pista, moviendo la cabeza. La tercera canción era corta, pero provocó grandes carcajadas en todo el mundo, el cantante tenía que elevar su aguda voz por ser escuchado y se reía también mientras cantaba. Las ancianas, que estaban de buen humor por los elogios que les habían hecho, batían sus muslos y estaban boquiabiertas, como cocodrilos. Kamante se mostró reacio a traducirla para mí; me dijo que era absurda y me la abrevió muchísimo. El tema era simple: después de una epidemia de peste, el Gobierno había puesto precio a cada rata muerta que se llevara al comisionado del distrito. La canción describía como las ratas, perseguidas universalmente, buscaban refugio en los lechos de las mujeres viejas y jóvenes, y lo que allí hacían. Debía de ser muy divertida en los detalles, que yo no entendía; Kamante, que me la traducía contra su voluntad, no podía reprimir una agria sonrisa. En una de las ngomas nocturnas ocurrió un dramático incidente.

La ngoma era una fiesta de despedida que dieron en mi honor un poco antes de que yo me fuera a hacer una visita a Europa. Era un buen año, se celebró por todo lo alto, había mil quinientos kikuyus presentes. La danza llevaba unas pocas horas: salí a echar un vistazo antes de irme a la cama, me pusieron una butaca con el respaldo dando a una de las cabañas de los criados, y yo charlaba con una pareja de viejos aparceros.

De pronto hubo una gran conmoción en el corro de bailarines, un profundo movimiento de sorpresa y de miedo, un curioso sonido, como cuando el viento sopla entre los juncos. La danza fue disminuyendo, disminuyendo, pero no murió del todo. Pregunté a uno de los ancianos qué pasaba. Me contestó en voz baja: «Masai na-kudja» (vienen los masai).

La noticia la había traído un mensajero, porque pasó cierto tiempo antes de que ocurriera algo más, probablemente los kikuyus lo habían mandado de vuelta para decir a sus invitados que podían venir. Iba contra la ley que los masai fueran a una ngoma kikuyu, pues en el pasado había habido muchos problemas por este tipo de cosas. Mis sirvientes vinieron y se pusieron detrás de mi butaca; todo el mundo miraba hacia la entrada de la pista de baile. Cuando llegaron los masai, la danza se detuvo por completo.

Eran doce jóvenes guerreros masai los que llegaron y cuando hubieron dado unos pasos se detuvieron, esperaron, sin mirar ni a derecha ni a izquierda; parpadeaban un poco ante el fuego. Iban completamente desnudos, sin más adornos que sus armas y sus magníficos peinados. Uno de ellos llevaba la cabeza de león que un moran porta en la guerra. Desde la rodilla hasta el pie llevaba una ancha banda escarlata pintada verticalmente, como si le corriera la sangre por la pierna. Permanecían erguidos, las piernas rígidas, las cabezas hacia atrás, silenciosos y mortalmente serios, en una actitud que era la vez la del conquistador y la del prisionero. Se sentía que habían venido a la ngoma contra su propia voluntad. El monótono batir de los tambores había llegado hasta la reserva a través del río, seguido, sin parar, y había inquietado el corazón de los jóvenes guerreros; doce de entre ellos no pudieron resistir la llamada.

Los kikuyus estaban profundamente conmocionados también, pero se comportaron bien con sus invitados. El bailarín principal de la granja les dio la bienvenida en la pista de baile, donde se metieron en profundo silencio, y la danza comenzó una vez más. Sin embargo, era diferente a como había sido antes, el aire estaba cargado. Los tambores comenzaron a batir con voz más grave y con un ritmo más rápido. Si la ngoma hubiera continuado hubiéramos asistido a un gran espectáculo, cuando los kikuyus y los masai se entregaran a mostrar su vigor y su habilidad como bailarines. Pero no siguió: hay cosas que no pueden marchar por mucha buena voluntad que se les eche.

No sé lo que ocurrió. De repente el círculo osciló y se rompió, alguien gritó con fuerza. En unos segundos el espacio entero que había ante mí se convirtió en una apiñada masa de gente, que corría. Luego llegó el ruido de golpes y de cuerpos cayendo al suelo, y sobre nuestras cabezas el aire nocturno se llenó de lanzas ondulantes. Nos pusimos todos de pie, hasta las sabias mujeres del centro, que treparon por las pilas de leña para averiguar qué estaba pasando.

Cuando la emoción se calmó y la turbulenta muchedumbre se disolvió de nuevo, me encontré en el centro del enjambre, con un pequeño espacio que me rodeaba. Dos de los viejos aparecidos se me acercaron y de mala gana me explicaron lo que había ocurrido: la violación de la ley y el orden cometida por los masai y el estado actual de las cosas: un masai y tres kikuyus gravemente heridos, «cortados en pedazos», fue su expresión. Me preguntaron preocupados si podía coserlos de nuevo —si no todos iban a tener grandes problemas con el Selikali (el Gobierno)—. Le pregunté al anciano qué se habían cortado los combatientes. «La cabeza», me contestó orgullosamente, con el instinto nativo de exagerar las catástrofes. En aquel momento vimos a Kamante avanzar por el recinto con una larga aguja de zurcir y mi dedal. Seguía dudando, y en aquel momento el viejo Awaru se adelantó. Había aprendido el oficio de sastre en los siete años pasados en la prisión. Debía de estar buscando una oportunidad para practicar y mostrar su talento, se ofreció voluntario para hacerse cargo del caso y el interés se concentró en él. Desde luego que zurció a los heridos, que curaron bajo sus manos, y con frecuencia después presumió de lo que había hecho, aunque Kamante me dijo, en confianza, que las cabezas no habían sido cortadas.

Como la presencia de los masai en la danza había sido ilegal, tuvimos escondido mucho tiempo al masai herido en la cabaña reservada a los criados de los visitantes blancos. Allí se recuperó y de allí desapareció, sin dar ni las gracias a Awaru. Debía de ser duro para el corazón de un masai quedar herido y curado por un kikuyu.

Cuando hacia el final de la noche de la ngoma salí a preguntar por los heridos, encontré, en el aire gris, las hogueras todavía ardiendo. Unos cuantos jóvenes kikuyus las rodeaban, mientras saltaban y metían largos palos en las brasas bajo la dirección de la esposa, muy anciana, de un aparcerero, la madre de Wainaina. Hacían un conjuro para impedir que los masai tuvieran éxito en el amor con las muchachas kikuyu.

## II

### Un visitante de Asia

Los ngomas eran funciones sociales amistosas y tradicionales. Con el paso del tiempo fueron las hermanas y hermanos más jóvenes y, después, los hijos y las hijas de los primeros bailarines que conocí, los que vinieron al terreno de baile.

Pero también venían visitantes de países lejanos. El monzón sopla desde Bombay: gente mayor, sabia y experimentada, navegaba en los barcos, desde la India, y llegaba a la granja.

Había en Nairobi un gran comerciante indio en maderas llamado Choleim Hussein, con quien hice muchos tratos cuando por primera vez talé mi tierra, y que era un celoso mahometano y amigo de Farah. Un día apareció por la casa y me pidió permiso para traer a un alto sacerdote de la India de visita. «Venía por mar para visitar a sus congregaciones de Mombassa y Nairobi», me dijo Choleim Hussein; por su parte, las congregaciones estaban ansiosas por entretenerle como era debido y después de expresarse el cerebro no pudieron pensar nada mejor que una visita a la granja. ¿Podría traerlo consigo? Cuando le dije que sería bienvenido, Choleim Hussein me explicó que el rango y la santidad del anciano eran tales que no podía comer nada que hubiera sido cocinado en ollas usadas por infieles. Pero añadió rápidamente que no debía preocuparme por eso, la congregación mahometana de Nairobi prepararía la comida y me la enviaría con el debido tiempo. ¿Permitiría que el alto sacerdote la consumiera en mi casa? Como me mostré de acuerdo, Choleim Hussein, tras un momento, volvió embarazosamente al asunto. Había otro problema, sólo uno más. Doquiera que fuera, el alto sacerdote, ordenaba la etiqueta que debía recibir un regalo, que en una casa como la mía, no podía ser de menos de cien rupias. Pero, se apresuró a explicarme, tampoco debía preocuparme por eso, que el dinero había sido recolectado entre los mahometanos de Nairobi. Sólo me pedían que se lo entregara yo misma al sacerdote. ¿Pero se creería éste que el regalo era mío? De eso no pude sacarle nada a Choleim Hussein, hay momentos en que las personas de color son incapaces de hablar con claridad. Al principio decliné el papel preparado para mí, pero mirando los rostros decepcionados de Choleim Hussein y Farah, que un momento antes estaban radiantes de esperanzas, dejé mi orgullo a un lado y me dije que el alto sacerdote pensara lo que quisiera.

Me olvidé por completo del día de la visita y me fui al campo a probar un tractor nuevo. Enviaron en mi busca a Titi, el hermano pequeño de Kamante. El tractor hacía tal ruido que no podía oír lo que quería decirme y era tan difícil hacerla arrancar que no me atrevía a apagarlo; Titi corrió como un perro loco todo el campo, jadeando y alborotando entre los surcos profundos y la larga y delgada estela de polvo, hasta que cuando llegamos al final hubo una pausa.



—Han venido los sacerdotes —rugió.

—¿Qué sacerdotes? —le pregunté.

—Todos los sacerdotes —me explicó orgullosamente.

Habían venido en cuatro carros, seis en cada uno. Me fui con él hacia la casa y, al acercarme, pude ver un enjambre de figuras vestidas de blanco diseminadas por el prado, como si una bandada de grandes pájaros blancos se hubiera asentado junto a mi casa, o una compañía de ángeles volara sobre la granja. Era toda una corte espiritual enviada desde la India para mantener la llama de la ortodoxia en África. Pero era imposible no reconocer la digna figura del gran sacerdote, que avanzó hacia mí, escoltado por dos subordinados y, a una respetuosa distancia, por Choleim Hussein. Era un viejecito de baja estatura, con un rostro delicado y refinado, que parecía esculpido en un marfil viejísimo. El séquito se quedó cerca, para guardar nuestro encuentro, y luego se retiró, se suponía que yo sola debía entretener a mi huésped.

No podíamos hablarnos ni una palabra, porque él no entendía nada de inglés ni de swaheli y yo no conocía su lengua. Expresamos nuestro mutuo respeto mediante una pantomima. Me di cuenta que ya le habían enseñado la casa, toda la plata que tenía estaba sobre la mesa y las flores dispuestas según el gusto indio y somalí. Fui y me senté con él en el asiento de piedra en la parte occidental. Allí, bajo la atención emocionada de los espectadores, le entregué las cien rupias que estaban envueltas en un pañuelo verde perteneciente a Hussein.

Había sentido ciertos prejuicios contra la puntillosidad del viejo sacerdote —por un momento, al verlo tan viejo y pequeño, pensé que la situación podía ser embarazosa a para él—. Pero cuando nos sentamos juntos bajo el sol de la tarde, sin pretender que manteníamos ningún tipo de conversación, sino simplemente haciéndonos amistosa compañía, pensé que nada debía resultarle embarazoso. Me daba la curiosa impresión de que se sentía a salvo, completamente seguro. Tenía unas maneras muy delicadas y corteses, y sonreía y movía la cabeza mientras yo le señalaba las colinas y los arbolillos, como si estuviera muy interesado en todo e incapaz de sorprenderse por nada. Me pregunté si esa consistencia sería fruto de una ignorancia completa del mal en el mundo o de su profundo conocimiento y aceptación. Sea que no hay serpientes venenosas en el mundo o que tú hayas conseguido, inyectándote dosis cada vez más fuertes de veneno en la sangre, un estado de perfecta inmunidad, al final el efecto es el mismo. El aspecto del tranquilo rostro del anciano era el de un niño muy pequeño, que todavía no ha aprendido a hablar y que está interesado en todo y es incapaz de sorprenderse por la naturaleza de las cosas. Podría haber pasado una hora allí sentada, en el asiento de piedra, en

compañía de un niño muy pequeño, un noble infante, un niño Jesús pintado por un viejo maestro —de vez en cuando mecía la cuna con un pie espiritual—. Los rostros de las mujeres más viejas del mundo, que lo han visto y comprendido todo, deben tener el mismo aspecto. No era una expresión masculina, encajaba con las ropas de un bebé y de una mujer, e iba muy bien con las vestiduras de casimir de mi invitado. La había visto sólo una vez en una persona con ropas masculinas, un inteligente payaso en el circo.

El anciano estaba cansado y no tenía ganas de levantarse y mientras, los otros sacerdotes se fueron con Choleim Hussein hasta el río para ver el molino. Porque era como uno de ellos parecía tener interés en los pájaros. En aquellos tiempos yo tenía en casa una cigüeña amaestrada y una manada de gansos, que no eran para matar, sino para que el lugar se pareciera a Dinamarca. El anciano sacerdote mostró un gran interés por ellos; trataba de comprender de dónde y venían señalando los puntos cardinales. Mis perros estaban en el prado, lo que acababa de dar a aquella tarde un perfecto aspecto de milenio. Creí que Farah y Choleim Hussein los habían encerrado en la perrera, porque este último, como buen mahometano sentía horror hacia ellos cuando venía a la granja a arreglar algún asunto. Pero allí estaban paseando entre el clero vestido de blanco, como el león junto al cordero. Eran los perros que Ismail suponía que conocían a un mahometano sólo con mirarlo.

Antes de marcharse el alto sacerdote me dio, como recuerdo su visita, un anillo con una perla. Pensé que yo también debía de darle algo, además del fingido regalo de las rupias, y envié a Farah para que fuera a buscar al almacén la piel de un león que había cazado poco tiempo antes en la granja. El anciano cogió una de las grandes garras y con ojos claros y atentos probó su agudeza en la mejilla. Después de que se hubiera ido me pregunté si su noble y huesuda cabeza habría captado todas las pequeñas cosas que había dentro del horizonte de la granja, o nada de nada. De algo sí se debió de dar cuenta, porque tres meses más tarde recibí una carta de la India, con la dirección muy mal puesta y que se había retrasado en correos. En ella un príncipe indio me pedía que le vendiera uno de los «perros grises» que le había mencionado un alto sacerdote y que fijara yo misma el precio.

### III

#### **Las mujeres somalíes**

De un grupo de visitantes que representó un papel importante en la granja no puedo decir mucho, porque no les gustaría. Se trata de las mujeres de Farah.

Cuando Farah se casó y trajo a su mujer desde Somalia a la granja, con ella vinieron una bandada vivaz y delicada de palomas de piel oscura: su madre, su hermana pequeña y una joven prima que había crecido con la familia. Farah me dijo que era una costumbre de su país. Los matrimonios en Somalia son arreglados por los mayores de la familia, que tienen en cuenta el nacimiento, la riqueza y la reputación de los jóvenes; en las mejores familias los novios no se ven hasta el día de la boda. Pero los somalíes forman una caballerosa nación y no dejan a las doncellas desprotegidas. Es de buen tono en un marido recién casado irse a vivir a la aldea de su esposa seis meses después de la boda; durante ese tiempo ella hace su vida como anfitriona y persona conocida e influyente. A veces, él no puede hacer eso, y entonces las mujeres allegadas a la novia no vacilan en acompañarla por algún tiempo en su vida matrimonial, hasta cuando eso significa marcharse y viajar a países distantes.

El círculo de mujeres somalíes en mi casa se completó posteriormente con una muchacha huérfana de madre de la tribu, que Farah adoptó, no sin pensar, creo, que podría conseguir provecho con ello cuando le llegara el tiempo de casarse, como Mordecai y Esther. Esta chica era muy simpática y despierta, y fue muy curioso cómo, al crecer, las doncellas se hicieron cargo de ella y escrupulosamente le dieron una formación de joven virgen comme il faut. Cuando vino a vivir con nosotros tenía once años y siempre se escapaba del control de la familia para seguirme. Cabalgaba en mi poni y llevaba mi rifle o corría con los totos kikuyus hasta el estanque de los peces, arremangándose las faldas y saltando descalza por la junquera de la orilla y con un salabardo. Las muchachas somalíes llevan el pelo afeitado, dejando sólo un cerco de rizos oscuros y un largo bucle encima; es una moda agradable y le daba a la chiquilla el aire de un fraile joven muy alegre y malicioso. Pero con el tiempo, y bajo la influencia de las chicas mayores, se transformó y fue fascinada y poseída por el proceso de su transformación. Exactamente como si le hubieran puesto pesas en las piernas, empezó a caminar cada vez con mayor lentitud; bajaba los ojos siguiendo los mejores modelos y convirtió en un punto de honor desaparecer ante la presencia de un extraño.

No se volvió a cortar el pelo y cuando llegó el día en que ya era lo suficientemente largo, las otras chicas lo peinaron y dividieron en varias trencitas. La novicia se entregó seria y orgullosa a las fatigas del rito; se veía que hubiera preferido morir a incumplir los deberes que le imponían.

La anciana, la suegra de Farah, era, como él me dijo, una mujer muy estimada por la excelente educación que había dado a sus hijas. Eran el espejo de la moda y el modelo de las doncellas. Desde luego las tres jóvenes poseían la más exquisita dignidad y recato; no he conocido nunca damas tan señoriales. Su modestia de doncellas se acentuaba por el estilo de sus ropas. Vestían faldas de imponente amplitud, que exigían —lo sabía, porque a

menudo compraba seda o percal para ellas— diez yardas de tela para hacerlas. Dentro de aquellas masas de paño sus esbeltas rodillas se movían con un ritmo insinuante y misterioso:

Tes nobles jambes, sous les volants qu'elles chassent  
Tourmentent les désirs obscurs et les agacent,  
Comme deux sorcieres qui font  
Tourner un philtre noir dans un vase profond.

La propia madre era una figura impresionante, muy vigorosa, con la poderosa y benevolente placidez de una elefanta, satisfecha de su fuerza. Nunca la vi enfadada. Maestros y pedagogos hubieran envidiado la gran inspiración que tenía; en sus manos la enseñanza no era imposición, ni labor monótona, sino una conspiración grande y noble en la cual sus pupilas eran admitidas mediante un privilegio. La casita que construí para ellas en los bosques, era una pequeña escuela preparatoria de magia blanca, y aquellas tres chicas, que tan gentilmente paseaban por los senderos del bosque, eran como tres jóvenes brujas que estudiaban día y noche, y que al final de su aprendizaje dispondrían de un gran poderío. Competían para ver cuál iba a ser la más destacada, pero con un espíritu de lo más amable; quizá cuando estás realmente en el mercado y se discute tu precio en público, la rivalidad adquiere un carácter franco y honrado. La esposa de Farah, que ya no tenía que pensar en su precio, disfrutaba de una posición especial, como la del discípulo preferido que ya ha conseguido la licenciatura en brujería; se le veía hablar confidencialmente con la maga principal, y tal honor no les estaba permitido a las doncellas.

Todas las mujeres jóvenes tienen una elevada idea de su propio valor. Una virgen mahometana no se puede casar con alguien que esté por debajo de su nivel social, porque semejante cosa significaría la infamia para su familia. Un hombre sí podía casarse por debajo del suyo —lo cual era bastante bueno para él— y ha habido jóvenes somalíes casados con mujeres masai. Pero mientras que una muchacha somalí puede casarse en Arabia, una muchacha árabe no puede casarse en Somalia, porque los árabes son raza superior debido a su relación más cercana con el Profeta, y entre ellos una doncella perteneciente a la familia del Profeta no puede casarse con un marido de fuera. En virtud de su sexo las jóvenes hembras de la raza pueden esperar ascender en la escala social. Inocentemente ellas mismas comparan el principio con el de un acaballadero de pura sangre, ya que los somalíes tienen un alto concepto de las yeguas.

Cuando ellas y yo tuvimos suficiente confianza, me preguntaron si era verdad que en algunos países de Europa se entregaban las doncellas a sus

maridos a cambio de nada. Les habían dicho incluso, pero no podían creer tal cosa, que había una tribu tan depravada en que se pagaba al novio para que se casara con la novia. Vergüenza y ludibrio por tales padres y tales muchachas que se dejaban tratar así. ¿En dónde estaba la propia estimación, su respeto por la mujer o la virginidad? Si hubieran tenido la desdicha de nacer en semejante tribu, me dijeron las muchachas, hubieran hecho el voto de ir a la tumba sin casarse.

En nuestros días, en Europa, ya no tenemos oportunidad de estudiar la técnica de la mojigatería de las doncellas, y a través de viejos libros no he podido captar su encanto. Ahora ya entiendo cómo mi abuelo y mi bisabuelo tuvieron que rendirse. El sistema somalí era a la vez una necesidad natural y una forma de las bellas artes, a la vez religión, estrategia y ballet, practicada en todos los aspectos con la debida devoción, disciplina y destreza. La gran dulzura reside en el juego de las fuerzas opuestas en su interior. Detrás del eterno principio del rechazo, había mucha generosidad; detrás de la pedantería, cuánto humor y desprecio de la muerte. Aquellas hijas de una raza guerrera interpretaban el ceremonial de la modestia vital como una danza de guerra grande y elegante; no se hacían las mosquitas muertas, pero no descansaban hasta haber bebido la sangre del corazón de sus adversarios, y eran como tres feroces lobas disfrazadas con pieles de ovejas. Los somalíes forman un pueblo resistente, endurecido desiertos y en el mar. Profundas dificultades, fuertes tensiones, altas olas y muchos años debieron pasar para que sus mujeres se convirtieran en un ámbar tan brillante y duro.

Las mujeres hicieron de la casa de Farah un hogar al estilo de un pueblo nómada, que levantaba su tienda de vez en cuando, con muchos tapices y colgaduras ornamentadas en las paredes. Para ellas el incienso era un importante componente de un hogar: la mayor parte de los inciensos somalíes son muy dulces. En mi vida en la granja yo veía a pocas mujeres y adquirí la costumbre de sentarme, al final del día, para pasar una hora tranquila con la anciana y las muchachas en la casa de Farah.

Les interesaba todo y las cosas pequeñas les gustaban mucho. Menudos incidentes en la granja y bromas referidas a nuestros asuntos locales las hacían reír como un carillón de campanillas. Cuando les enseñé a hacer punto se reían con ello como si fuera una marioneta cómica.

No había ignorancia en su inocencia. Habían asistido a partos y muertes y discutían sus detalles fríamente con su madre. A veces, para entretenerme, me contaban cuentos de hadas al estilo de Las Mil y Una Noches, la mayor parte de género cómico, que trataban del amor con mucha franqueza. Había un rasgo común en todos esos cuentos, y era que la heroína, casta o no, vencía a los personajes masculinos y terminaba el cuento triunfante. La madre estaba sentada y escuchaba con una sonrisita en el rostro.

Dentro de aquel cerrado mundo femenino, detrás de sus muros y fortificaciones, percibía la presencia de un gran ideal sin el cual no se hubieran defendido tan valientemente; la idea de un milenio, cuando las mujeres reinaran como soberanas en el mundo. En esos tiempos la anciana madre tomaría una nueva forma y se sentaría en un trono como un enorme y oscuro símbolo de aquella poderosa deidad femenina que había existido en el remoto pasado, antes del tiempo del Profeta de Dios. Nunca lo perdían de vista, pero eran sobre todo gente práctica atenta a las necesidades del momento y con una infinita celeridad de recursos.

Las jóvenes preguntaban mucho por las costumbres europeas y escuchaban atentamente descripciones de las maneras, educación y vestidos de las señoras blancas, como si quisieran completar su educación estratégica con el conocimiento de cómo los varones de una raza extranjera eran conquistados y sometidos.

Sus ropas desempeñaban un tremendo papel en sus vidas, lo cual no es de extrañar, porque para ellas aquello era material de guerra, botín de guerra y símbolos de victoria, como banderas conquistadas. Su marido, el somalí, es sobrio por naturaleza, indiferente a la comida, a la bebida y a la comodidad personal, duro y frugal como el país de donde procede: su lujo es la mujer. Para ella es insaciablemente codicioso, para él las mujeres son el supremo bien de la vida: camellos, caballos y ganados pueden ser también deseables, pero no pueden compararse con ellas. Las mujeres somalíes estimulan al hombre en las dos inclinaciones de su naturaleza. Desprecian con crueldad cualquier blandura en el hombre; y con grandes sacrificios personales ponen muy alto su propio precio. Estas mujeres no pueden ni siquiera comprar un par de zapatillas como no sea a través de un hombre, no pueden ser dueñas de sí mismas y necesitan pertenecer a algún varón, un padre, un hermano o a un marido, pero siguen siendo el supremo valor de la vida. Es sorprendente, y honra a las dos partes, las cantidades de seda, oro, ámbar y coral que sacan las mujeres somalíes de sus hombres.

Al final de los largos y agotadores safaris comerciales, las dificultades, los riesgos, las estratagemas y los sufrimientos se convierten en adornos femeninos. Las jóvenes que no tienen hombres a los que exprimir, en las pequeñas tiendas en que viven se arreglan lo mejor que pueden sus bonitos cabellos y sueñan con el momento en que conquisten al conquistador y extorsionen al extorsionador. No tienen inconveniente en prestarse las joyas y les encanta vestir a la hermana pequeña, que es la más bella, con las mejores galas de la hermana casada; e incluso, entre risas, le cubren la cabeza con un paño de oro, adorno que la virgen no puede legalmente usar.

Los somalíes son muy dados a litigios y luchas encarnizadas, y casi siempre había algún asunto que Farah tenía que ir a arreglar a Nairobi, o

estaba en reuniones de la tribu en la granja. En estos casos, la anciana, cuando yo iba a su casa, me sonsacaba de una manera cortés e inteligente. Podía preguntarle a Farah, que le hubiera dicho todo lo que quisiera saber, porque tenía un gran respeto por ella. Pero ella buscaba otra vía, me parece que por diplomacia. De esta manera podía seguir, si le venía bien, mostrando ignorancia de los asuntos masculinos, y una incapacidad de entender los típicamente femeninos. Si daba un consejo lo daba de manera sibilina, de inspiración divina, y nadie podía reprochárselo.

En las grandes reuniones de los somalíes en la granja o en las grandes celebraciones religiosas, las mujeres tenían que ocuparse de la organización y de la comida. No asistían al banquete y no podían ir a la mezquita, pero deseaban con todas sus fuerzas el éxito y el esplendor de la fiesta. Nunca hablaban entre ellas de lo que pensaban sobre este hecho. En esas ocasiones me recordaban mucho a las damas de la generación más vieja de mi país, que me figuraba siempre con polisón y vestidos de cola. Las mujeres escandinavas de los días de mi madre y de mi abuela, esclavas civilizadas de unos bárbaros afables, hacían los honores de aquellos tremendos y sagrados festivales masculinos: la cacería del faisán y las grandes batidas otoñales.

Los somalíes habían sido propietarios de esclavos durante innumerables generaciones y sus mujeres se llevaban bien con los nativos, y su trato con ellos era despreocupado y plácido. Para los nativos servir a somalíes o a árabes es menos difícil que a los blancos, porque el tiempo de vida de la gente de color es en todas partes el mismo. La esposa de Farah era muy querida por los kikuyus de la granja y Kamante me dijo muchas veces que era muy lista.

Con mis amigos blancos que frecuentaban la granja, como Berkeley Cole y Denys Finch-Hatton, las jóvenes somalíes se mostraban amistosas, hablaban con frecuencia de ellos y sabían sorprendentemente mucho de sus vidas. Cuando se encontraban conversaban con ellos como si fueran sus hermanas, con sus manos escondidas entre los pliegues de las faldas. Pero las relaciones eran complicadas, porque tanto Berkeley como Denys tenían sirvientes somalíes y las muchachas no podían, por nada del mundo, tratar con ellos. Tan pronto como Jama o Bilea, esbeltos y de ojos oscuros, tocados con turbantes, aparecían por la granja, mis jóvenes somalíes desaparecían sin dejar ni rastro. Si durante ese tiempo querían verme, venían a escondidas pegadas a la casa, y el rostro se lo tapaban con las faldas. Los ingleses decían que les encantaba la confianza que les demostraban, pero en el fondo de sus corazones creo que se sentían desencantados de que los consideraran tan inofensivos.

A veces me llevaba a alguna de las muchachas para dar un paseo en coche o hacer una visita; precavidamente preguntaba a la madre si podía hacerlo, porque no quería empañar reputaciones frescas como el rostro de Diana. Cerca de la granja vivía una joven australiana casada, que para mí era desde hacía

unos pocos años una vecina encantadora; invitaba a tomar el té a las somalíes. Era un gran acontecimiento. Se ponían vestidos tan bonitos que parecían un ramo de flores y cuando íbamos en el automóvil gorjeaban detrás de mí como una pajarera. Demostraban un gran interés por la casa, los vestidos, hasta por el marido de mi amiga cuando lo veían cabalgar o cavar en la distancia. Al servir el té sólo la hermana casada y los niños podían tomarlo, porque a las jóvenes les estaba prohibido por demasiado excitante. Tenían que conformarse con pasteles y lo hacían con mucha gracia y compostura. Había discusiones sobre la chiquilla que nos acompañaba: ¿podía seguir tomándolo o ya había llegado a una edad en que hacerla era demasiado peligroso? La hermana casada sostenía que podía hacerla, pero la chica nos lanzaba una mirada profunda, oscura y orgullosa y rechazaba la taza.

La prima era una muchacha pensativa, con ojos pardos, podía leer en árabe y sabía pasajes del Corán de memoria. Tenía un espíritu proclive a la teología y nos enzarzábamos en muchas discusiones religiosas y charlas sobre las maravillas del mundo. De ella aprendí la verdadera paráfrasis de la historia de José y la mujer de Putifar. Admitía que Cristo hubiera nacido de una virgen, pero no que fuera hijo de Dios, porque Dios no podía tener hijos de carne. Marammo, que era la más adorable de las doncellas, estaba paseando por el jardín y un gran ángel, enviado por el Señor, le tocó el hombro con su ala de pluma, y de ello concibió. En el curso de nuestras discusiones un día le enseñé una postal de la estatua de Cristo de Thorvaldsen en la catedral de Copenhague. Con ella se enamoró de una manera delicada y extática del Salvador. No se cansaba de escuchar hablar de él, suspiraba y cambiaba de color mientras le hablaba. Le preocupaba mucho Judas. ¿Qué clase de hombre sería?, ¿cómo podía haber gente como esa?, le encantaría poder sacarle los ojos. Era una gran pasión, de la misma naturaleza del incienso que quemaban en sus casas, y que, hecho de las oscuras maderas que crecen en las lejanas montañas, es dulce y extraño a nuestros sentidos.

Le pregunté a los padres franceses si podía llevar mi grupo de jóvenes mahometanas hasta la Misión, y como se mostraron de acuerdo en su cordial y simpático estilo —encantados de que ocurriera algo— una tarde fuimos allá, y una por una entraron solemnemente en la fresca iglesia. Las jóvenes nunca habían visto un edificio tan elevado, mientras lo contemplaban se ponían las manos sobre la cabeza para protegerse si se les caía encima. Había imágenes en la iglesia y, con la excepción de la postal, jamás habían visto en sus vidas nada semejante. En la Misión francesa había una estatua de tamaño natural de la Virgen, toda blanca y azul celeste, con un lirio en la mano, y al lado otra de San José con el niño en brazos. Se quedaron suspensas ante ellas, la belleza de la Virgen les hizo suspirar. Ya conocían a San José, del cual tenían la más elevada opinión por ser un marido tan leal y protector de la Virgen, ahora le miraban profundamente agradecidas porque también llevaba al niño. La



esposa de Farah que esperaba un hijo, estuvo todo el tiempo en la iglesia cerca de la Sagrada Familia. Los padres estaban muy orgullosos de las vidrieras de la iglesia, hechas de un papel que imitaba los vitrales y representaba la pasión de Cristo. La prima joven, que parecía perdida y absorta por aquellas ventanas, dio vueltas a la iglesia con los ojos puestos en ellas, retorciéndose las manos y doblando las rodillas como bajo el peso de la cruz. Al volver a casa apenas hablaron; no hacían preguntas por miedo, yo creo, de traicionar su ignorancia de aquellas cuestiones. Sólo un par de días más tarde me preguntaron si los padres podían hacer que la Virgen o San José se bajaron de sus pedestales.

La prima joven se casó en la granja, en un bonito bungalow que entonces estaba vacío y que presté a los somalíes para esa ocasión. La boda fue espléndida y duró siete días. Estuve presente en la ceremonia principal, cuando una procesión de mujeres que cantaban, llevó a la novia al encuentro de una procesión de hombres que también cantaban y que traían al novio. No le había visto nunca y me pregunté si se lo imaginaría como el Cristo de Thorvaldsen, o si tendría dos ideales, un amor celestial y un amor terreno, como en los libros de caballería. Durante la semana fui hasta allí más de una vez. A la hora que llegara siempre encontraba la casa resonante de animación y llena del incienso de la boda. Había danzas de espadas y grandes bailes femeninos; se hacían tratos sobre ganado entre los ancianos, se disparaban armas de fuego y llegaban o marchaban carretas tiradas por mulas. De noche, a la luz de los fanales de la terraza, en los carros y en la casa, iban y venían los tintes más apreciados de Arabia y Somalia: carmesí, ciruela pura, pardo del Sudán, rosa de bengala azafranado.

Al hijo de Farah nacido en la granja, Ahamed, le llamaban Sauce, que significa, creo, sierra. En su corazón no había la menor traza de la timidez de los niños kikuyus. Cuando era un pequeño, envuelto como una bellota, sin casi cuerpo para su oscura cabeza, se sentaba muy recto y te miraba directamente a la cara: era como tener un pequeño halcón en la mano, o un cachorro de león en las rodillas. Había heredado la alegría de su madre y cuando pudo empezar a correr se convirtió en un divertido y gran aventurero, que ejerció mucha influencia en el joven mundo nativo de la granja.

## IV

### **El viejo Knudsen**

A veces había visitantes de Europa que afluían a la granja como restos de un naufragio llevados hasta aguas tranquilas, giraban y giraban hasta que, al final volvían mar adentro, o se disolvían y hundían.

El viejo Knudsen, el danés, vino a la granja enfermo y ciego, y permaneció en ella hasta que murió como un animal solitario. Paseaba por los caminos abrumado por sus miserias; era una tarea tan dura que le dejaba sin fuerzas, y durante largo períodos no decía ni una palabra, o cuando hablaba, su voz como la de un lobo o de una hiena, era un alarido.

Pero cuando recobraba aliento y pasaba un tiempo sin dolores, el fuego agonizante lanzaba chispas una vez más. Venía a verme y me explicaba cómo había luchado contra su mórbida disposición a la melancolía, una absurda tendencia a verlo todo negro. Tenía que razonar sobre ello, porque las circunstancias no eran tan malas, el diablo se lo lleve, no eran tan despreciables. Sólo pesimismo, pesimismo, ¡menudo vicio!

Fue Knudsen quien me aconsejó que hiciera carbón de leña para vendérselo a los indios de Nairobi en un momento especialmente malo para la granja. Me aseguró que se ganarían millares de rupias.

Y no podía fallar bajo la dirección del viejo, porque una vez, en un momento de su tumultuosa carrera, se había ido hasta la parte más lejana del norte de Suecia y había aprendido al dedillo el oficio. Asumió el trabajo de enseñarles a los nativos aquel arte. Mientras trabajamos juntos en el bosque hablé mucho con el viejo Knudsen. Hacer carbón de leña es un trabajo agradable. Hay algo de embriagador en ello y es sabido que los que lo fabrican ven las cosas de una manera diferente al resto de la gente; son dados a la poesía y a las fantasías, y los duendes del bosque les hacen compañía. Cuando el horno de combustión está incandescente y se abre, es hermoso ver cómo el carbón de leña sale expulsado y se desparrama por el suelo. Liso como la seda, materia defecada, ligera de peso e imperecedera la pequeña, oscura y experta momia de la madera.

La mise-en-scene del arte de quemar carbón de leña está llena de belleza. Como se cortan solamente las matas, porque el carbón de leña no se puede hacer de madera gruesa, trabajábamos bajo las copas de los árboles altos. En la paz y quietud sombría del bosque africano, la madera cortada olía como grosellas; y el punzante, fresco, exuberante y agrio olor del horno incandescente era tonificante como la brisa marina. Todo el lugar adquiría una atmósfera teatral, lo cual, como por debajo del Ecuador no hay teatros, tenía un encanto infinito. Las delgadas espirales de humo azul que salen de los hornos se levantan a distancias regulares y los propios hornos oscuros parecen como tiendas de campaña en el escenario; el campamento de unos contrabandistas o de soldados en una ópera romántica. Las oscuras figuras de los nativos se movían sin ruido. Cuando has limpiado la maleza en un bosque africano acude siempre una gran cantidad de mariposas, a las que parece que les gusta reunirse en las cepas. Todo era misterioso e inocente. Allí entonaba muy bien la encorvada figurilla del viejo Knudsen, todo agitado, pelirrojo,

ágil. Ahora que tenía un trabajo que le gustaba, criticaba y animaba, como un Puck que se hubiera hecho viejo, ciego y muy malicioso. Era muy concienzudo en su trabajo y sorprendentemente paciente con sus discípulos nativos. No siempre estábamos de acuerdo. Cuando era una muchacha fui a una escuela de pintura en París donde aprendí que los olivos hacen el mejor carbón de leña, pero Knudsen me explicó que los olivos no tenían nudos y, ¡siete mil demonios del Infierno!, todo el mundo sabe que el corazón de las cosas está en sus nudos.

Una circunstancia particular en el bosque calmó el mal genio de Knudsen. Los árboles africanos tienen un follaje delicado, la mayor parte de las veces digitado, así que cuando has talado el denso matorral, ahuecando el bosque, por así decirlo, la luz es casi como la de un hayedo en el mes de mayo en mi patria, cuando apenas han brotado o están empezando a brotar las hojas. Llamé la atención de Knudsen sobre el parecido y la idea le encantó, porque mientras fabricábamos el carbón de leña se le ocurrió una fantasía: estábamos en una excursión del domingo después de Pentecostés en Dinamarca. Le puso a un viejo tronco hueco el nombre de de Lottenburg, que es el nombre de un lugar de diversión cerca de Copenhague. Cuando escondí unas cuantas botellas de cerveza danesa en el interior de Lottenburg y le invité a beberlas, condescendió a decir que era una buena broma.

Cuando teníamos todos nuestros hornos de combustión encendidos nos sentábamos y hablábamos de la vida. Aprendí muchas cosas acerca del pasado de Knudsen y de las extrañas aventuras que le ocurrieron por donde iba. En esas conversaciones había que hablar del viejo Knudsen, el más honrado de los hombres, o te hundías en el más negro pesimismo contra el cual te prevenía. Había probado de todo: naufragios, peste, peces de colores increíbles, remolinos, trombas de agua, soles al mismo tiempo en el cielo, falsos amigos, negra villanía, breves éxitos y lluvias de oro que se secaban inmediatamente de nuevo. Un fuerte sentimiento recorría toda su odisea: la abominación de la ley en cualquiera de sus manifestaciones. Era un rebelde nato que veía un camarada en todos los proscritos. Para él un acto contra la leyera un acto heroico. Le gustaba hablar de reyes y familias reales, bufones, enanos y lunáticos, porque consideraba que estaban fuera de ella, y también de cualquier crimen, revolución, broma y burla que fuera en contra suya. Sentía un profundo desprecio por los buenos ciudadanos y el respeto a la ley le parecía un signo de espíritu servil. Ni siquiera respetaba o creía en la ley de la gravedad, como aprendí mientras cortábamos árboles juntos. No veía por qué razón la gente sin prejuicios y emprendedora no podía cambiada exactamente en sentido contrario.

Knudsen ansiaba grabar en mi mente los nombres de la gente que había conocido, sobre todo el de los estafadores y sinvergüenzas. En sus narraciones

nunca aparecía el nombre de una mujer. Era como si el tiempo hubiera barrido de su mente tanto a las dulces muchachas de Elsinore, como a las insensibles mujeres de los puertos de todo el mundo. Al mismo tiempo, cuando hablaba con él, notaba la presencia constante de una mujer desconocida. No puedo decir qué fue: esposa, madre, maestra o mujer de su primer jefe. En mis pensamientos la llamaba la señora Knudsen. La imaginaba bajita porque él también era bajito. Era la mujer que echa a perder los placeres del hombre y que además siempre tiene razón. La esposa de los sermones en la cama y el ama de casa de los grandes días de limpieza, la que fastidia todas las iniciativas, la que lava la cara a los niños y quita la copa de ginebra de la mesa, la que personifica la ley y el orden. En sus exigencias de poder absoluto tiene cierto parecido con la divinidad femenina de las mujeres somalíes, sólo que la señora Knudsen no soñaba con esclavizar mediante el amor, sólo gobernaba mediante el razonamiento y la rectitud. Knudsen debió de encontrársela cuando era joven, cuando su espíritu era lo suficientemente moldeable como para recibir una impresión imborrable. Huyó de su lado por mar, porque ella lo odiaba y no se le acercaba nunca, pero en tierra de nuevo, allí en África, no podía escapar porque seguía con él. En salvaje corazón, bajo su cabellera blanquirroja, la temía más que a cualquier hombre y sospechaba que cualquier mujer era en realidad la señora Knudsen disfrazada.

Nuestro carbón de leña no resultó un éxito financiero. De vez en cuando uno de los hornos de combustión ardía accidentalmente y nuestros beneficios se hacían humo. Knudsen se mostró muy preocupado por nuestro fracaso y especulaba sobre él; por fin manifestó que nadie en el mundo podía fabricar carbón de leña si no disponía de una buena cantidad de nieve a mano.

Knudsen también me ayudó a hacer un estanque en la granja. La carretera de la granja atravesaba una amplia depresión cubierta de hierba, donde había un manantial, y se me ocurrió construir una presa y convertir el lugar en un lago. Siempre se anda escaso de agua en África. Podía ser una ventaja para el ganado beber en el campo y ahorrarse un largo viaje hasta el río. Esta idea de una presa ocupó día y noche a toda la granja y hablábamos constantemente del tema al final, cuando se terminó, apareció ante nosotros como un triunfo majestuoso. Tenía doscientos pies de larga. El viejo Knudsen se tomó un gran interés y enseñó a Pooran Singh a fabricar un cangilón. Cuando estuvo construida la presa comenzamos a tener problemas porque no podía contener el agua cuando, después de un largo período de sequía, comenzaban las grandes lluvias; cedía en varios sitios y más de una vez fue casi barrida. Fue Knudsen quien tuvo la idea de fortalecer el terraplén llevando a los bueyes de la granja y al ganado de los aparceros a pisar la presa cuando iban hacia el estanque a beber. Cada cabra y oveja tenía que contribuir a la gran obra y reforzar la estructura. Tuvo varias furiosas broncas con los pastorcillos porque Knudsen se empeñaba en que el ganado pasara lentamente y los salvajes y

jóvenes totos en que lo hicieran galopando, con los rabos levantados. Por último cuando me puse de parte de Knudsen y venció a los totos, a la larga fila de ganado, marchando parsimoniosamente a lo largo de la estrecha orilla, parecía, al dibujarse contra el cielo, como la procesión de los animales de Noé hacia el arca. El propio Knudsen contándolos con el bastón bajo el brazo, parecía constructor de barcos Noé, feliz por pensar que muy pronto se hundirían todos menos él.

Con el tiempo tuve una gran extensión de agua, en algunos lugares de una profundidad de siete pies; la carretera atravesaba el estanque y quedó muy bien. Con el tiempo construimos dos estanques más abajo y de esa manera se formó una hilera de ellos, que parecían perlas ensartadas. El estanque se convirtió en el corazón de la granja. Bullía de vida, rodeado de ganado y de niños, y en la estación cálida, cuando los pozos se secaban en las praderas y en las colinas, aparecían los pájaros: garzas, ibis, martín pescador, codornices y docenas de variedades de gansos y patos. Por la tarde, al salir las primeras estrellas en el cielo, solía pasear hasta el estanque y sentarme; luego los pájaros volvían a sus nidos. Los pájaros que nadan vuelan con un propósito, al contrario que los otros pájaros: viajan, van de un lado para otro, ¡y qué es lo que no verán en sus vuelos nocturnos! El pato termina su órbita bajo el cielo despejado como un espejo, lanzándose sin ruido en picado hacia el agua oscura, como puntas de flechas lanzadas hacia atrás por un arquero celestial. Una vez cacé un cocodrilo en el estanque, fue algo muy extraño, porque debió de vagar unas doce millas desde el río Athi hasta llegar allí. ¿Cómo pudo saber que había agua en un sitio que nunca la había tenido antes?

Cuando concluimos el primer estanque, Knudsen me comunicó su plan de poner en él peces. En África había una especie de perca, de muy buen sabor, y cavilábamos sobre cómo podríamos tener pesca abundante en la granja. No era fácil de conseguir; desde luego, el Departamento de Caza cultivaba percas en estanques, pero todavía no se podía ir a pescarlas. Pero Knudsen me confió que sabía de un estanque desconocido para todo el mundo donde podríamos coger el pescado que quisiéramos. Podíamos ir en automóvil hasta allí, lanzar una red en el estanque, y meter los peces en latas y cubos en los cuales seguirían vivos durante el viaje de vuelta, si nos acordábamos de poner algas en el agua. Estaba tan empeñado en su idea que temblaba mientras me lo explicaba; hizo una de sus inimitables redes con sus propias manos. Pero a medida que se acercaba el tiempo de la estación empezó a adquirir un aspecto más misterioso. Dijo que debíamos ponemos en marcha una noche de luna llena, alrededor de la medianoche. Al principio se entendía que íbamos a llevar tres sirvientes con nosotros, luego redujo el número a dos y a uno, y terminó preguntando si ése sería totalmente de fiar. Por último, confesó que sería mejor que fuéramos él y yo solos. Me pareció que no era un buen plan, porque no podríamos meter los recipientes en el automóvil, pero Knudsen se empeñó en

que eso era lo mejor que podíamos hacer, y añadió que no debíamos decirle nada a nadie.

Tenía amigos en el Departamento de Caza, así que no pude por menos que preguntarle:

—Knudsen, ¿a quién pertenecen realmente esos peces?

Knudsen no me respondió nada. Escupió como un auténtico marinero, estiró su pie calzado con un viejo zapato remendado, y aplastó el escupitajo en el suelo, se volvió y se puso a andar muy despacio. Llevaba la cabeza metida entre los hombros. Ahora que ya no podía ver nada, tanteaba ante sí con el bastón. Era una vez más el hombre derrotado, el fugitivo sin hogar en un mundo desolado... Y como si con su gesto me hubiera hechizado, me quedé victoriosa en el lugar donde me dejó, en zapatillas como la señora Knudsen.

Knudsen y yo no volvimos a hablar nunca del proyecto de los peces. Sólo cierto tiempo después de su muerte puse percas en el estanque, con ayuda del Departamento de Caza. Allí prosperaron y añadieron su vida silenciosa, fría, muda e inquieta a la otra vida que había en el estanque. En la mitad del día pasabas por el estanque y las veías, cerca de la superficie, como peces hechos de cristal oscuro en la opaca agua soleada. Y cuando llegaba algún inesperado huésped a la casa, enviaba a mi toto tumbo al estanque con una caña primitiva para que pescara una perca de dos libras. Cuando me encontré al viejo Knudsen muerto en el camino de la granja envié un mensajero a la Policía de Nairobi para informar de su muerte. Esperaba enterrarlo en la granja, pero ya entrada la noche llegaron dos policías en coche para llevárselo, trayendo un ataúd consigo. Mientras tanto había estallado una tormenta y teníamos tres pulgadas de agua porque acababa de empezar la estación de las lluvias. Condujimos hasta la casa a través de torrentes y masas de agua; cuando llevábamos a Knudsen al automóvil los truenos sonaban sobre nuestras cabezas como cañonazos y los relámpagos nos rodeaban portadas partes, tan abundantes como mazorcas de maíz. El automóvil no tenía cadenas y apenas podía mantenerse en la carretera, se balanceaba de una parte a otra. Al viejo Knudsen le hubiera gustado, se hubiera sentido satisfecho con esta manera de dejar la granja.

Más tarde tuve una disputa con el Ayuntamiento de Nairobi sobre los funerales, se convirtió en una acalorada discusión y tuve que ir por ese motivo más de una vez a la ciudad. Era la herencia que me había dejado, la última arremetida, por poderes, contra la ley. Yo ya no era la señora Knudsen, era su hermana.

## Un fugitivo descansa en la granja

Hubo una vez un viajero que vino a la granja, durmió en ella noche y se fue para no volver, sobre el que pienso de vez cuando. Su nombre era Emmanuelson; era sueco y cuando le conocí era maitre d'hotel en uno de los hoteles de Nairobi. Era un joven regordete, de rostro hinchado y rojizo, y tenía la costumbre de ponerse junto a mi asiento cuando almorzaba en el hotel para entretenerme hablando con voz untuosa del viejo país y de nuestros conocidos. Hablaba tanto y tanto que después de una temporada me cambié al otro hotel que en aquellos tiempos había en la ciudad. Luego oí vagamente hablar alguna vez de él; parecía tener un don especial para meterse en líos y sus gustos e ideas sobre los placeres eran también diferentes de lo comúnmente aceptado. Era muy poco querido por los otros escandinavos del país. Una tarde apareció de improviso en la granja, muy inquieto y asustado y me pidió dinero para pasar a Tanganyka, porque si no iba a terminar en la cárcel. O mi ayuda le llegó tarde o Emmanuelson se la gastó en otras cosas, porque poco después me dijeron que había sido detenido en Nairobi; durante un tiempo desapareció de mi vista aunque no fue a la cárcel.

Una tarde volvía a caballo hacía mi casa tan al anochecer que ya habían salido las estrellas y vi a un hombre que esperaba fuera, sobre las piedras. Era Emmanuelson y se me presentó con voz cordial:

—Aquí tiene a un vagabundo, baronesa.

Le pregunté qué hacía allí y me dijo que se había perdido y había terminado aterrizando en mi casa. ¿Iba camino de dónde? De Tanganyka.

No podía ser cierto porque la carretera de Tanganyka era una autopista grande y fácil de encontrar y mi propia carretera de la granja partía de ella. ¿Cómo iba a llegar a Tanganyka?, le pregunté. Iba a ir andando, me respondió. Eso, le dije, era imposible, porque significaba tres días de camino a través de la reserva masai sin agua, y los leones se mostraban muy peligrosos; los masai habían venido ese mismo día a quejarse y pedirme que fuera a cazar alguno.

Sí, sí, Emmanuelson sabía todo eso, pero aseguraba que iría andando hasta Tanganyka de todos modos. Porque no sabía qué otra cosa podía hacer. Se preguntaba, ya que se había perdido, si aceptaría yo su compañía durante la cena y se podría quedar a dormir en la granja para salir a primera hora de la mañana. Si yo decía que no, seguiría viaje en seguida aprovechando el brillo de las estrellas.

Me había quedado sobre mi caballo mientras le hablaba para dejar claro que no era un invitado en la casa, porque no quería que se quedara a cenar conmigo. Pero mientras hablaba me di cuenta que no esperaba ser invitado, no

tenía fe en mi hospitalidad ni en su propio poder de persuasión. Era una figura solitaria en la oscuridad fuera de mi casa, un hombre sin amigos. Su sinceridad tenía como fin salvar la cara, no la suya, que ya no era salvable, sino la mía, porque si lo echaba de allí no sería descortés, sino algo natural. Era la cortesía de un animal acosado. Llamé a mi Sice para que recogiera el poni y desmonté.

—Venga, Emmanuelson —le dije—, puede cenar aquí y quedarse por la noche.

A la luz de la lámpara el aspecto de Emmanuelson era lamentable. Llevaba un gabán negro y largo, que nadie lleva en África, no se había afeitado ni cortado el pelo y sus viejos zapatos tenían abiertas las punteras. No llevaba nada consigo a Tanganyka, sus manos estaban vacías. Parecía como si hubiera asumido el papel del alto sacerdote que lleva la cabra viva al Señor y la deja en el desierto. Pensé que necesitábamos vino. Berkeley Cole, que generalmente abastecía la casa de vino, me había enviado hacía tiempo una caja de excelente borgoña y le dije a Juma que abriera una botella. Cuando nos sentamos para cenar y estuvo llena la copa de Emmanuelson, se bebió la mitad, la acercó a la lámpara y se quedó mirándola durante un largo tiempo, como una persona que escucha atentamente la música.

—Fameux, fameux; es un Chambertin 1906 —dijo.

Así era y eso me hizo sentir respeto por Emmanuelson.

Por otra parte, él no sabía cómo empezar y yo no sabía qué decirle. Le pregunté que cómo no había podido encontrar un trabajo. Me dijo que no sabía hacer ninguna de las cosas que en África eran útiles. Le habían echado del hotel; además, no era realmente maitre d'hotel de profesión.

—¿Sabe usted algo de contabilidad? —le pregunté.

—No. Nada en absoluto —me contestó—. Siempre me ha resultado difícil sumar dos cifras.

—¿Sabe algo de ganado? —proseguí.

—¿Vacas? —preguntó—. No, no. Tengo miedo de las vacas.

—¿Puede conducir un tractor, entonces? —le pregunté. En su rostro apareció un ligero vislumbre de esperanza.

—No —dijo—, pero pienso que puedo aprenderlo.

—No en mi tractor —dije—, pero, dígame Emmanuelson, ¿qué hacía usted antes? ¿Qué hacía en la vida?

Emmanuelson se irguió.

—¿Qué era yo? —exclamó—. Yo era un actor.



Pensé: «Gracias a Dios no puedo ayudar a este hombre perdido de ninguna manera práctica». Había llegado el momento de hablar sobre cualquier cosa.

—¿Actor? —dije—. Es algo muy bonito. ¿Y cuáles eran sus papeles favoritos cuando actuaba en el escenario?

—Oh, yo soy un actor trágico —dijo Emmanuelson—, mis papeles favoritos eran los de Armand en La Dama de las Camelias y Oswald en Espectros.

Hablamos durante un rato de estos dramas, de los diversos actores que habíamos visto interpretados y de la manera que pensamos que debían haber actuado.

—¿Tiene usted aquí —preguntó—, por casualidad, los dramas de Henrik Ibsen? Podríamos hacer juntos la última escena de Espectros, si no le molesta hacer el papel de señora Alving.

Yo no tenía los dramas de Ibsen.

—¿Pero quizá lo recuerde, no? —dijo Emmanuelson, cada vez más entusiasmado con su plan—. Yo lo sé memoria el Oswald desde el principio hasta el fin. La última escena es la mejor. Para un verdadero efecto trágico es insuperable.

El cielo estaba estrellado, era una noche tibia y muy hermosa, pronto vendrían las grandes lluvias. Le pregunté a Emmanuelson si de verdad pretendía ir andando hasta Tanganyka.

—Sí —dijo—. Me voy para ser mi propio apuntador.

—Es bueno para usted —le dije— no estar casado.

—Sí —dijo—, sí.

Al cabo de un momento añadió con modestia:

—Aunque sí estoy casado.

Durante nuestra conversación Emmanuelson se quejó del hecho de que un hombre blanco allí no pudiera competir con los nativos, que trabajaban mucho más barato.

—En París —dijo— siempre podía, durante una temporada, trabajar como camarero en un café o algo por el estilo.

—¿Por qué no se quedó en París, Emmanuelson? —le pregunté.

Me lanzó una mirada rápida y penetrante.

—¿París? —dijo—, no, no. Me fui de París en el momento justo. Emmanuelson tenía un amigo por el mundo del cual habló varias veces

durante aquella noche. Si pudiera encontrar la manera de comunicarse con él, las cosas variarían, porque era rico y muy generoso. Era un prestidigitador y viajaba por todo el mundo. La última vez que Emmanuelson supo de él estaba en San Francisco.

De vez en cuando hablábamos de literatura y de teatro y luego volvíamos a hablar del futuro de Emmanuelson. Me contó que en África sus paisanos le habían vuelto la espalda.

—Está usted en una situación muy difícil, Emmanuelson —le dije—. No conozco a nadie que esté peor que usted.

—No, si ya lo sé —dijo—. Pero hay una cosa en la cual he pensado últimamente y que quizá a usted no se le haya ocurrido: siempre hay alguien que tiene que estar en peor posición que los demás.

Había terminado su botella y empujó un poco su copa.

—Para mí este viaje —dijo— es una especie de juego de azar, le rouge et le noir. Tengo la oportunidad de librarme de ciertas cosas, quizá hasta pueda librarme de todo. Pero, también puede ser que me meta en líos en Tanganyka.

—Creo que puede llegar hasta Tanganyka —dije—. Puede que le lleve uno de esos camiones indios que van por esa carretera.

—Sí, pero también hay leones —dijo Emmanuelson— y masai.

—¿Cree en Dios, Emmanuelson? —le pregunté.

—Sí, sí, sí —dijo Emmanuelson. Permaneció un momento en silencio—. Tal vez crea que soy un terrible escéptico —continuó— cuando le diga lo que voy a decirle. Con la excepción de Dios no creo absolutamente en nada.

—Escuche, Emmanuelson, ¿tiene usted algún dinero?

—Sí, tengo —dijo— ochenta centavos.

—Eso no es suficiente, y yo no tengo nunca dinero en casa. Pero vamos a ver si tiene Farah.

Farah tenía cuatro rupias.

Al día siguiente, antes del alba, le dije a mis criados que despertaran a Emmanuelson y que nos hicieran el desayuno. Había pensado durante la noche en llevarle en automóvil las diez primeras millas de su camino. No suponía mucho para Emmanuelson, que todavía tendría que hacer ochenta millas a pie, pero no me gustaba pensar que iba a salir desde el umbral de mi casa hacia un incierto destino y, además, quería de alguna manera entrar en su comedia o tragedia. Le hice unos bocadillos y unos huevos duros y le di una botella del Chambertin 1906 que tanto le gustaba. Pensé que podía ser el último trago de

su vida.

Emmanuelson, al amanecer, parecía uno de esos legendarios cadáveres cuyas barbas crecen con rapidez bajo tierra, pero salió de su tumba muy gentilmente y se mostró tranquilo y equilibrado cuando íbamos en el coche.

Cuando llegamos al otro lado del río Mbagathi le dije que se bajara del automóvil. El día estaba claro y no había ninguna nube en el cielo. Iba hacia el suroeste. Mientras miraba hacia el horizonte apareció el sol, rojo pálido: «Como la yema de un huevo duro», pensé. En tres o cuatro horas estaría al rojo y pegaría con toda su fuerza sobre la cabeza del caminante.

Emmanuelson me dijo adiós; comenzó a caminar y luego se volvió y dijo adiós una vez más. Sentada en el automóvil le contemplaba y pensé que le encantaba tener un espectador. Pensé que su instinto dramático era tan fuerte en él que en aquel momento sería consciente de estar abandonando el escenario, de desaparecer, viéndose a sí mismo con los ojos de su público. Sale Emmanuelson. ¿No podrían las colinas, las zarzas y el camino polvoriento compadecerse y durante un segundo convertirse en cartón?

La brisa de la mañana hacía flotar los faldones de su gabán en torno a sus piernas, el cuello de la botella asomaba por uno de sus bolsillos. Sentí mi corazón lleno con el amor y la gratitud que los que se quedan en casa sienten por los viajeros y caminantes del mundo: los marineros, los exploradores y los vagabundos. Al llegar a la cima de la colina y se volvió, se sacó el sombrero y me saludó con él, sus largos cabellos caían alborotados sobre la frente.

Farah, que estaba conmigo en el automóvil, me preguntó:

—¿Adónde va ese Bwana?

Farah llamaba a Emmanuelson Bwana por respeto a su propia dignidad, porque había dormido en la casa.

—A Tanganyka —dije.

—¿A pie? —preguntó.

—Sí —dije.

—Que Alá le acompañe —dijo Farah.

Durante todo el día pensé mucho en Emmanuelson y de casa a mirar la carretera de Tanganyka. Por la noche, sobre las diez, escuché el rugido de un león a lo lejos, por el suroeste; media hora después lo volví a oír de nuevo. Me pregunté si no estaría sentado sobre el viejo gabán. Durante la semana siguiente intenté conseguir noticias de Emmanuelson y le dije a Farah que preguntara a sus conocidos indios que conducían camiones hasta Tanganyka, si algún camión lo había pasado o se lo había encontrado en la carretera. Pero

nadie sabía de él.

Medio año después me sorprendió recibir una carta certificada desde Dodoma, donde no conocía a nadie. La carta era de Emmanuelson. Contenía las cincuenta rupias que le había dejado cuando intentaba marcharse del país y las cuatro rupias de Farah. Aparte de esa suma, que era el último dinero del mundo que esperaba volver a ver, Emmanuelson me enviaba una carta, larga, sensible y encantadora. Tenía un trabajo como encargado de un bar en Dodoma, cualquiera que fuera el tipo de bar que pudiera haber allí, y le iba bien. Se veía que sabía ser agradecido, recordaba todo lo de su noche en la granja y repetía varias veces que se había sentido entre amigos. Me contaba detalladamente su viaje a Tanganyka. Hablaba muy bien de los masai. Se lo habían encontrado en el camino, lo habían llevado con ellos, mostrándose muy amables y hospitalarios, y había hecho casi todo el viaje en su compañía, por muchos atajos. Les había entretenido cantándoles sus aventuras en diferentes países y se lo pasaron tan bien que no querían dejarle. Emmanuelson no sabía ni una palabra de masai, así que para contarles su odisea tuvo que recurrir a la pantomima.

Era justo, pensé, que Emmanuelson hubiera buscado refugio entre los masai y que ellos se lo hubieran dado. La verdadera aristocracia y el verdadero proletariado del mundo comprenden la tragedia. Para ellos es el fundamental principio de Dios y la clave, la clave menor, de la existencia. En esto se diferencian de la burguesía de todas las clases, que niega la tragedia, que no la tolera y para la cual la propia palabra es desagradable. Muchas de las incomprendiones entre la clase media de colonos emigrantes y los nativos nacían de ese hecho. Los taciturnos masai, que son a la vez aristócratas y proletarios, reconocerían en el solitario caminante de negro a una figura trágica; y el actor trágico, con ellos, había dado lo mejor de sí.

## VI

### Visitas de amigos

Las visitas de mis amigos eran siempre alegres acontecimientos, y en la granja se sabía.

Cuando uno de los largos safaris de Denys Finch-Hatton estaba tocando a su fin, me encontraba una mañana a un joven masai apoyándose en una larga y esbelta pierna fuera de mi casa.

—Bedar está de vuelta —me anunciaba—. Estará aquí dentro de dos o tres días.

Por la tarde, un toto de una aparcería de los confines de la granja se sentaba y me esperaba en el prado para decirme en cuanto yo llegaba:

—Hay una bandada de gallinas de Guinea en un recodo del río. Si quieres cazar para Bedar, cuando llegue, te acompañaré en el crepúsculo para mostrarte dónde están.

Para los grandes viajeros que había entre mis amigos creo que la granja tenía su encanto, porque era inalterable y allí estaba, vinieran cuando vinieran. Viajaban por vastos países y levantaban sus tiendas en muchos lugares, y les gustaba encontrarse con que mi camino seguía siendo inmutable como la órbita de una estrella. Les gustaba volver a encontrarse con rostros familiares y yo tuve los mismos criados todo el tiempo que permanecí en África. Yo estaba siempre deseando irme lejos de la granja y ellos venían con el deseo de libros, sábanas de lino y la fresca atmósfera de una habitación grande y las persianas bajadas; en sus fuegos de campamento pensaban en las alegrías de la vida en la granja, y cuando llegaban me preguntaban ansiosamente:

—¿Has enseñado a tu cocinero a hacer una omelette a la chasseur? ¿Te han llegado los discos de Petrouchka en el último correo? Llegaban y se quedaban en la casa, aunque yo estuviera fuera, y Denys solía hacerla cuando estaba de visita en Europa. «Mi retiro silvestre», le llamaba Berkeley Cole.

En pago por los beneficios de la civilización, los viajeros me traían trofeos de sus cacerías: pieles de leopardo y de gatopardo para hacerme gabanes en París, pieles de serpientes y de lagarto para zapatos, y plumas de marabú.

Para que se sintieran a gusto, mientras estaban fuera, experimentaba con muchas recetas curiosas de los viejos libros de cocina, e intentaba que crecieran flores europeas en mi jardín.

Una vez, cuando estaba en mi patria, Dinamarca, una vieja dama me dio una docena de hermosos bulbos de peonía que yo traje al país con bastante dificultades, porque las regulaciones de la importación de plantas eran estrictas. Cuando los planté salieron casi inmediatamente una gran cantidad de tallos curvilíneos, de color carmesí oscuro, y después muchas hojas delicadas y redondos capullos. A la primera flor que se abrió le puse Duchesse de Nemours, era una larga peonía blanca, muy noble y rica, que daba un abundante perfume fresco y dulce. Cuando la corté y la puse en agua en mi sala de estar, todas las personas blancas que entraban en la habitación se detenían y la contemplaban. «¡Cómo, una peonía!». Pero poco después todos los capullos de mis plantas se marchitaron y cayeron y no pude tener más que aquella única flor.

Unos años después hablé con el jardinero inglés de lady McMillan, en Chiromo, sobre peonías.

—No hemos conseguido que crecieran peonías en África —me dijo—. Hasta que no consigamos que florezca un bulbo importado y podamos coger la semilla de esa flor. Así hemos conseguido espuelas de caballero en la colonia.

De esa manera hubiera podido introducir las peonías en el país y hacer mi nombre inmortal, como el de la Duchesse de Nemours; y arruiné la gloria del futuro cortando mi única flor y poniéndola en agua. A menudo soñé que la peonía blanca crecía y me alegraba, porque después de todo no la había cortado.

Amigos de otras granjas y de la ciudad venían a la casa. Hugh Martin, de la Oficina Territorial, venía de Nairobi a hacerme compañía; era una persona brillante, versada en literatura rara del mundo, que había pasado la vida pacíficamente en el Servicio Civil de Oriente, y allí, entre otras cosas, había desarrollado un innato talento para asemejarse a un ídolo chino inmensamente gordo. Me llamaba Cándido y él mismo era un curioso Doctor Pangloss de la granja, firme y apaciblemente arraigado en su convicción de lo absurdo y despreciable que era la naturaleza humana y el Universo, y contento de su fe, ¿por qué iba a ser de otro modo? Apenas se movía de su butaca una vez que se había sentado en ella. Con la botella y la copa frente a él, el rostro tranquilo y radiante, un hombre gordo, en paz con el mundo y confiado en el diablo, con ese sello de limpieza que tienen sus discípulos con preferencia a los del Señor, explayaba sus teorías sobre la vida, iluminadas por ideas que eran como centelleantes y fosfóricas emanaciones de materia y pensamiento.

Joven, de gran nariz, Gustav Mohr, noruego, irrumpió una tarde súbitamente en la casa procedente de la granja que dirigía al otro lado de Nairobi. Era un espléndido granjero y me ayudó en las tareas de la granja de palabra y de hecho más que cualquier otro hombre en el país —con alegre disposición, como si fuera algo razonable que los granjeros, o los escandinavos, se mataran trabajando unos por otros.

Aterrizó en la granja, como la lava de un volcán, porque tenía una mente inquieta. Decía que era como para volverse loco un país donde se esperaba que un hombre sobreviviera hablando de bueyes y de sisal, su alma estaba hambrienta y no soportaba más. Nada más llegar a la casa se ponía a hablar, hasta más allá de la medianoche, de amor, comunismo, prostitución, Hamsun, la Biblia, envenenándose con un horrible tabaco todo el tiempo. Apenas comía y no me escuchaba si yo intentaba meter baza. Gritaba, resplandecía con el fuego que había en su interior y embestía con su salvaje y rubia cabeza. Tenía muchas cosas que decir y a medida que hablaba más cosas se le ocurrían. De repente, a las dos de la mañana, dejaba de hablar. Se quedaba pacíficamente sentado durante un ratito, el rostro con expresión humilde, como un convaleciente en el jardín de un hospital, se levantaba y se iba en su automóvil a una terrible velocidad preparado para seguir viviendo, una vez más, del sisal

y de los bueyes.

Ingrid Lindstrom venía a quedarse en la granja cuando podía dejar uno o dos días la suya, sus pavos y su huerto de legumbres en Njoro. Ingrid tenía la piel tan clara como el alma y era hija y esposa de oficiales suecos. Ella y su marido habían venido con sus hijos a África como en una alegre aventura, una excursión, para hacer fortuna rápidamente y compraron un campo para cultivar lino, porque en aquellos tiempos la tonelada iba a quinientas libras y cuando, poco después, bajó a cuarenta y el campo de lino y la maquinaria no valían nada, se dedicó con todas sus fuerzas a salvar la granja para su familia, poniendo un gallinero y una huerta y trabajando como una esclava. Durante todos aquellos apuros se enamoró perdidamente de su granja, de sus vacas y de sus cerdos, de los nativos y de las legumbres, de su trocito de suelo africano, con tan grande y desesperada pasión que hubiera vendido a su marido y a sus hijos para conservarlos. Ella y yo, en los malos tiempos, habíamos llorado la una en brazos de la otra, ante el pensamiento de que podíamos perder nuestra tierra. Era feliz cuando Ingrid venía a estar conmigo porque tenía la sincera e insinuante jovialidad de una vieja campesina sueca, y en su rostro curtido brillaba la vigorosa y fuerte dentadura de una valquiria sonriente. Además, todo el mundo quiere a los suecos, porque en medio de sus penas se las guardan dentro de su pecho y se muestran tan valerosos que irradian su luz a lo lejos.

Ingrid tenía un viejo cocinero y criado kikuyu que se llamaba Kemosa, que desempeñaba diversos oficios para ella y se entregaba a los planes de su ama como si fueran propios. Trabajaba día y noche en el huerto y en el gallinero, y hacía también de aya para los tres niños pequeños, llevándolos y trayéndolos a su internado. Cuando yo iba a visitar su granja en Njoro, Kemosa perdía la cabeza, lo abandonaba todo y hacía los mayores preparativos posibles para recibirme. Tan impresionado estaba por la grandeza de Farah que incluso mataba pavos. Ingrid decía que consideraba su relación con Farah como el mayor honor de su existencia.

La señora Darrell Thompson, de Njoro, a quien yo apenas conocía, vino a verme cuando los médicos le informaron que solo le quedaban unos meses de vida. Me dijo que acababa de comprar un poni en Irlanda, un saltador de concurso —porque los caballos eran para ella, en la vida y en la muerte, la cumbre y la gloria de su existencia—, y que ahora, después de hablar con los médicos, había pensado en mandar un telegrama para que no se lo enviaran, pero que luego habían decidido dejármelo a mí cuando se hubiera muerto. No volví a pensar apenas en ello hasta que medio año después de su muerte el poni, «Poor-box», apareció en Ngong. «Poor-box», cuando vino a vivir con nosotros, demostró ser el ser más inteligente de toda la granja. De aspecto no valía mucho, grueso y ya mayor; Denys Finch-Hatton solía montarlo, yo casi

nunca lo hacía. Pero mediante su astucia y su prudencia, sabiendo exactamente lo que quería, entre los jóvenes, lustrosos y orgullosos caballos comprados para la ocasión por la gente más rica de la colonia, ganó la competición de salto de Kabete, celebrada en honor del Príncipe de Gales. Con su habitual aspecto modesto y recatado volvió a casa con una gran medalla de plata y, después de una semana de extrema ansiedad, hubo grandes y radiantes estallidos de éxtasis y triunfo en mi casa y en la granja entera. Murió de enfermedad caballar seis meses después y se le enterró fuera de su establo, bajo los limoneros; todos le lloramos; su nombre seguirá viviendo después de él.

El viejo señor Bulpett, que en el club le llamaban Tío Charles, solía venir a cenar conmigo. Era un gran amigo y una especie de ideal para mí, el caballero inglés de la época victoriana y que se sentía a gusto en nuestra casa. Había cruzado a nado el Helesponto, había sido uno de los primeros en escalar el Mattherhorn y en su primera juventud, quizá en los años ochenta, fue amante de la Bella Otero. Me contaron que ella le arruinó y luego lo dejó. Para mí era como si tuviera sentado a cenar a Armand Duval o al Chevalier des Grioux. Tenía preciosos retratos de la Otero y le gustaba hablar de ella.

Una vez cenando en Ngong, le dije:

—He visto que se han publicado las memorias de la Bella Otero. ¿Aparece usted en ellas?

—Sí —dijo—, aparezco. Con otro nombre, pero soy yo.

—¿Qué escribe de usted?

—Escribe —dijo— que yo era un joven que gasté cien mil libras por ella en seis meses, pero que lo que recibí valía la pena.

—¿Y cree usted —dije riendo— que valía la pena?

Se quedó pensando en mi pregunta un momento.

—Sí —dijo—. Ya lo creo.

Denys Finch-Hatton y yo hicimos una excursión con el señor Bulpett hasta la cima de las colinas de Ngong para celebrar su setenta y siete aniversario. Cuando nos sentamos allí comenzamos a discutir qué haríamos si nos ofrecieran un par de alas de verdad, de las que no podríamos despojarnos nunca, si las aceptaríamos o las rechazaríamos.

El anciano señor Bulpett contemplaba la gran extensión que estaba debajo de nosotros, las verdes tierras de Ngong y el Valle de la Falla Grande al oeste, como si se dispusiera a volar sobre ellas en cualquier momento.

—Aceptaría —dijo—, seguro que aceptaría. No nada mejor. Después de



pensar durante un momento añadió:

—Supongo que si fuera una dama me lo pensaría.

## VII

### El noble pionero

En lo que respecta a Berkeley Cole y Denys Finch-Hatton, casa era un establecimiento comunista. Se sentían orgullosos de que todo lo que en ella había fuera suyo y traían cosas que creían que le faltaba. Consiguieron que la casa tuviera una elevada categoría en vino y en tabaco, y me traían libros y discos de gramófono de Europa. Berkeley llegaba con un automóvil cargado de pavos, huevos y naranjas de su propia granja en Monte Kenya. Los dos querían que me convirtiera en una experta en vinos como ellos y gastaban mucho tiempo e ideas en la tarea. Les gustaba mucho mi cristalería y mi porcelana danesas, y solían montar en la mesa del comedor una alta y resplandeciente pirámide con toda la cristalería, una pieza sobre otra; les gustaba verla.

Berkeley, cuando estaba en la granja, se bebía una botella de champán cada mañana en el bosque a las once. Una vez, cuando se estaba despidiendo de mí y dándome las gracias por el tiempo pasado en la granja, añadió que había un único borrón en el cuadro, y era que habíamos utilizado copas toscas y vulgares para nuestro vino que tomábamos bajo los árboles.

—Ya lo sé, Berkeley —le dije—, pero es que tengo muy pocas copas buenas y los criados pueden romperlas al traerlas hasta tan lejos.

Me miró gravemente, su mano en la mía.

—Pero, querida —dijo—, ha sido tan triste.

A partir de entonces hizo llevar mis mejores copas al bosque.

Había algo muy curioso en Berkeley y Denys —sus amigos en Inglaterra sintieron mucho que emigraran y en la colonia eran muy queridos y admirados— y es que, a pesar de todo, eran unos inadaptados. No es que la sociedad los hubiera echado ni que los hubieran expulsado de lugar alguno en el mundo, sino que era una cuestión de tiempo, no pertenecían a su siglo. No podía haberlos producido otra nación que Inglaterra, pero eran ejemplos de atavismo, la suya era una Inglaterra primigenia, que ya no existía. En aquella época no tenían hogar, viajaban de un lado para otro y con el tiempo llegaron hasta la granja. De eso no se daban cuenta. Tenían un sentimiento de culpabilidad por haberse ido de Inglaterra como si sólo hubiera sido por

aburrimiento, esquivando un deber que sus amigos seguían cumpliendo. Denys, cuando hablaba de sus años jóvenes —aunque seguía siendo joven—, del futuro y de los consejos que le daban sus amigos en Inglaterra, citaba al Jacques de Shakespeare:

Si alguna vez ocurre

Que cualquier hombre se convierte en asno,

Dejando su riqueza y comodidades

Para agradar a su terca voluntad...

Pero se equivocaba sobre sí mismo, también Berkeley y también, quizá, Jacques. Se creían desertores que alguna vez tendrían que pagar por su obstinación, pero en realidad eran exiliados que soportaban su exilio con buen humor.

Berkeley, si hubiera tenido su pequeña cabeza adornada con una peluca de largos rizos sedosos, hubiera podido pasearse por la corte del rey Carlos II. Hubiera podido sentarse, como un ágil y joven inglés, a los pies de D'Artagnan, el anciano D'Artagnan de Vingt Ans Après, para escuchar su sabiduría, y guardar sus palabras en su corazón. Me parecía que la ley de la gravedad no se aplicaba a Berkeley, sino que él podía, cuando estábamos sentados por la noche charlando junto al fuego, desvanecerse en cualquier momento a través de la chimenea. Era un excelente juez de los hombres, que no se hacía ilusiones sobre ellos y no sentía rencor. Por una especie de malignidad podía ser de lo más encantador con la gente sobre la que tenía la más baja opinión. Cuando se esforzaba podía ser un inimitable bufón. Pero ser un hombre ingenioso a la manera de Congreve y Wycherley en plein vingtième siècle precisaba de unas cuantas cualidades más que las que tuvieron Congreve y Wycherley: una luz interior, grandezza, una salvaje esperanza. Cuando la burla iba demasiado lejos en su audacia y arrogancia, a veces resultaba patético. Cuando Berkeley, un poco bebido, con el vino en la cabeza, se subía al rocín de su altanería, detrás suyo se movía y crecía su sombra, se precipitaba en un arrogante y fantástico galope como si fuera de noble estirpe y su padre se llamara Rocinante. Pero el propio Berkeley, el invencible burlón, solo en su vida africana, medio inválido, porque siempre tuvo problemas con su corazón, con su adorada granja de Monte Kenya cada vez más en manos de los bancos, hubiera sido el último en reconocer o temer a la sombra.

Pequeño, muy esbelto, pelirrojo, con manos y pies delgados, Berkeley caminaba muy recto, con una manera un tanto d'artagnanesca de girar la cabeza a derecha e izquierda, el paso gentil de un duelista imbatible. Caminaba sin hacer ruido, como un gato. Y, como un gato, convertía la

habitación en donde se sentaba en un lugar cómodo, como si tuviera una fuente en sí de calor y de alegría. Si Berkeley venía y se sentaba a tu lado en medio de las humeantes ruinas de tu casa podía hacer, como un gato, que te sintieras cómoda y resguardaba. Cuando estaba a gusto pensabas que se iba a poner a ronronear como un gato grande y cuando estaba enfermo era de lo más triste y angustioso, inspiraba temor como un gato enfermo. No tenía principios, pero sí una sorprendente cantidad de prejuicios, como se puede esperar de un gato.

Si Berkeley era un caballero de los tiempos de los Estuardo, Denys hubiera estado muy bien en un antiguo paisaje inglés, de los tiempos de la reina Isabel. Se pasearía junto a Sir Philip o Sir Francis Drake. Y la gente de la época isabelina le querría, porque les recordaría a la Antigüedad, a la Atenas en la cual soñaban y de la que escribían. Denys podía ser situado armoniosamente en cualquier período de nuestra civilización tout comme chez soi, hasta principios del siglo XIX. Hubiera destacado en cualquier época porque era un atleta, un músico, un amante del arte y un excelente deportista. Destacaba en su época, pero no se adaptaba en ninguna parte. Sus amigos de Inglaterra siempre querían que volviera, le escribían contándole sus planes e ideas para su carrera allí, pero África le había atrapado.

El apego particular, instintivo que todos los nativos de África sentían hacia Berkeley y Denys y unas cuantas personas por el estilo, me hizo pensar en que quizá los hombres blancos del pasado, de cualquier pasado, se hubieran entendido y simpatizado mejor con las razas de color que nosotros, los de la era industrial. Cuando se construyó la primera máquina de vapor, se separaron los caminos de las razas del mundo y no se han vuelto a encontrar. Había una sombra en mi amistad con Berkeley debido a que Jama, su joven criado somalí, era de una tribu que estaba en guerra con la de Farah. Para personas que estaban familiarizadas con los sentimientos de clan de los somalíes, aquellas oscuras y profundas miradas que se intercambiaban sobre la mesa mientras nos servían a Berkeley y a mí, no presagiaban nada bueno. De madrugada nos encontrábamos hablando de qué haríamos si, al salir por la mañana nos encontráramos a Farah y Jama fríos, con dagas clavadas en sus corazones. En esto los enemigos no conocían ni el miedo ni la sensatez, y sólo los refrenaba de un baño de sangre y de la destrucción sus sentimientos de apego hacia Berkeley y hacia mí.

—No me atrevo —decía Berkeley— a decidir a Jama esta noche que he cambiado de idea y que no iremos a Eldoret, donde vive la muchacha de la que está enamorado. Porque puede perderme el cariño, dejará de preocuparse de si mi ropa está cepillada y vendrá y matará a Farah.

Sin embargo, Jama nunca dejó de querer a Berkeley. Llevaban juntos mucho tiempo y con frecuencia Berkeley hablaba de él. Me contó una vez que

discutiendo sobre un asunto en el que Jama pretendía tener la razón, Berkeley perdió la cabeza y golpeó al somalí.

—Pero entonces, querida —dijo—, en el mismísimo momento me respondió golpeándome en la cara.

—¿Y qué pasó después? —le pregunté.

—Oh, todo fue muy bien —dijo Berkeley modestamente. Después de un momento añadió—: No estuvo mal. Es veinte años más joven que yo.

Este incidente no dejó huellas en la actitud ni del amo ni del criado, Jama trataba de una manera tranquila, ligeramente protectora a Berkeley, como la mayor parte de los sirvientes somalíes a sus patronos. Cuando Berkeley se murió no quiso quedarse en el país, sino que se volvió a Somalia.

Berkeley sentía un amor grande y siempre insatisfecho por el mar. Uno de sus sueños favoritos era que él y yo, cuando tuviéramos dinero, compráramos una embarcación y fuéramos a comerciar a Lamu, Mombasa y Zanzíbar. Los planes ya los teníamos y hasta una tripulación dispuesta, pero nunca tuvimos el dinero.

Cuando Berkeley estaba cansado o enfermo pensaba en el mar. Se quejaba de su estupidez por haber vivido siempre lejos del agua salada y usaba palabras muy duras sobre ello. Una vez, cuando yo iba a hacer un viaje a Europa y él estaba de ese talante, para complacerle concebí el plan de traer dos fanales marinos, de proa y de popa, para colgarlos en la entrada de mi casa, y se lo dije.

—Sí, sería bonito —dijo—, la casa sería así como un barco. Pero tienen que haber navegado.

Así que en Copenhague, en una tienda de objetos marinos en uno de los viejos canales, compré un par de fanales viejos y pesados, que habían navegado durante años por el Báltico. Los colgamos a cada lado de la puerta, hacia oriente, y nos alegró pensar que los fanales estaban correctamente colocados; como la tierra, en su curso a través del éter, iba siempre hacia adelante, pero no había peligro de colisión. Los fanales fueron una alegría para Berkeley. Solía venir a la granja muy tarde y por lo general a gran velocidad, pero cuando los fanales estaban encendidos conducía despacio mientras subía el camino, para dejar que las estrellitas verdes y rojas de la noche se sumergieran en su alma y trajeran a la superficie viejos cuadros reminiscentes de viajes en barco, y sentir que se aproximaba a un navío silencioso en aguas oscuras.

Desarrollamos un sistema de señales con los fanales, cambiándolos de lugar o desmontando uno, de manera que podía saber, aún en el bosque, de qué

humor iba a encontrar a su anfitriona y qué clase de cena le esperaba.

Berkeley, como su hermano Galbraith Cole y su cuñado Lord Delamere, era uno de los primeros colonos, un pionero de la colonia, e íntimo de los masai, que en aquellos tiempos constituían la nación dominante del país. Los conocía desde antes que llegara la civilización europea —que en el fondo de sus corazones ellos odiaban más que nada en el mundo— y les cortara sus raíces; antes de que les obligaran a abandonar su hermoso país del norte. Les hablaba de los viejos tiempos en su propia lengua. Cuando Berkeley estaba en la granja, los masai venían hasta el río para vedó. Los viejos jefes se sentaban y discutían sus problemas actuales con él, sus bromas les hacían reír y era como si se riera una piedra dura.

El conocimiento y la amistad que Berkeley tenía con los masai, hizo que se escogiera la granja como escenario de una imponente ceremonia.

Cuando estalló la gran guerra y los masai se enteraron, su sangre de antigua tribu guerrera hirvió. Soñaron con espléndidas batallas y matanzas y ya veían volver la gloria del pasado. Sucedió que yo estuve fuera durante los primeros meses de la guerra, sola con nativos y somalíes, haciendo un transporte para el Gobierno inglés; llevaba laboriosamente tres carromatos tirados por bueyes a través de la reserva masai. Doquiera que la gente de un nuevo distrito oía que yo llegaba venían y rodeaban mi campamento, para hacerme cien preguntas acerca de la guerra y de los alemanes —¿era verdad que iban a venir por el aire?—. En sus mentes corrían sin aliento en busca de peligro y muerte. Por la noche los jóvenes guerreros se congregaban en torno a mi tienda, pintados con los colores de la guerra, con sus lanzas y espadas; a veces, para demostrarme cómo eran de verdad daban cortos rugidos, imitando a los leones. No dudaban que les dejarían ir a luchar.

Pero el Gobierno inglés pensó que no era sensato organizar a los masai para hacer la guerra a hombres blancos, aunque fueran alemanes, y les prohibió pelear, poniendo fin a sus esperanzas. Los kikuyus tomaron parte en la guerra como porteadores, pero los masai tuvieron que mantenerse alejados de las armas. Pero en 1918, cuando se aprobó el reclutamiento de los demás nativos de la colonia, el Gobierno convocó también a los masai. Un oficial del KAR con su regimiento fue enviado a Narok para buscar a trescientos morani que sirvieran como soldados. Pero por esa época los masai habían perdido interés hacia la guerra y rehusaron ir. Los morani del distrito desaparecieron entre los bosques y la espesura. Persiguiéndoles las tropas del KAR dispararon por equivocación contra una manyatta y mataron a dos ancianas. Dos días después la reserva masai estaba en abierta rebelión, multitud de moranis recorrían el país, mataron a unos cuantos comerciantes indios y quemaron más de cincuenta dukhas. La situación era grave y el Gobierno no quería forzarla. Enviaron a Lord Delamere a negociar con los masai y, al final, se consiguió un

compromiso. A los masai se les permitió no enrolar a los trescientos moranis y se les sancionó con una multa conjunta en castigo por su devastación de la reserva. No apareció ningún morani, pero el armisticio puso fin al asunto.

Durante el tiempo en que sucedieron esos acontecimientos, algunos de los ancianos grandes jefes masai fueron muy útiles a los ingleses militarmente, enviando a los jóvenes a vigilar los movimientos de los alemanes en la reserva y en la frontera. Ahora que la guerra había acabado el Gobierno quería mostrarles el reconocimiento de sus servicios. Desde la patria se enviaron una cierta cantidad de medallas para distribuir entre los masai y a Berkeley, que los conocía tan bien y podía hablar en su lengua, le pidieron que hiciera entrega de doce de ellas.

Mi granja lindaba con la reserva masai y Berkeley vino a preguntarme si podía quedarse conmigo y entregar las medallas en mi casa. Se sentía un poco nervioso por el acto y me dijo que no tenía una idea muy clara de qué esperaban que hiciera. Un domingo hicimos en automóvil un largo viaje por la reserva y hablamos con la gente de las manyattas para convocar a los jefes en cuestión en la granja tal día. Cuando era muy joven Berkeley había sido oficial en el IX de Lanceros y, según me dijeron, fue su oficial más apuesto. Cuando volvíamos al atardecer en el automóvil comenzó a hablar de la profesión y de la mentalidad militares, como un civil.

La distribución de medallas, aunque en sí no tenía especial importancia, fue un acontecimiento de grandes dimensiones y peso. Tanta sabiduría, sagacidad y tacto fueron desplegados por ambas partes que lo convirtieron en un acto para la historia del mundo o en símbolo:

Su Oscuridad y su Resplandor,

intercambiaron saludos de extremada cortesía.

Los ancianos masai llegaron seguidos por sus servidores o sus hijos. Se sentaron y esperaron en el prado, discutiendo de vez en cuando sobre mis vacas que allí pastaban, quizá con la lejana esperanza de que en recompensa de sus servicios les darían una como regalo. Berkeley les hizo esperar un largo rato para, yo creo, mantenerlos en su sitio, entre tanto se hizo llevar una butaca al prado en frente de la casa, para sentarse mientras distribuía las medallas. Cuando finalmente salió de la casa parecía, en aquella oscura compañía, de tez muy blanca, pelirrojo, y de ojos más claros que nunca. Tenía todo el porte y la expresión vivaz y simpática de un joven y eficiente oficial, de manera que me di cuenta que Berkeley, que podía decir con su rostro tantas cosas, era capaz, en un momento de necesidad, de mostrar una absoluta inexpresividad. Le seguía Jama, vestido con un justillo árabe muy hermoso, todo adornado de oro y plata, que Berkeley le había hecho comprar para aquella ocasión, y que llevaba un estuche con las medallas.

Berkeley se puso de pie delante de la butaca para hablar y tanta energía había en la erguida, delgada y pequeña figura, que los ancianos se pusieron en pie frente a él, mirándole gravemente. No puedo decir lo que dijo en su discurso porque fue en masai. Sonaba como si estuviera informando brevemente a los masai que un increíble beneficio les era otorgado y que la explicación de ello residía en su propio e increíble comportamiento, digno de todo elogio. Pero viendo a Berkeley hablar y los rostros de los masai no entendías nada, así que podía estar diciendo todo lo contrario de lo que yo imaginaba. Cuando hubo terminado, sin un momento de pausa, hizo que Jama trajera el estuche, tomó las medallas, leyó solemnemente uno tras otro los nombres de los jefes masai y se las entregó con un brazo generosamente extendido. Los masai las cogían muy silenciosos, con la mano abierta. Una ceremonia así sólo podía salir bien con dos partes que tenían noble sangre y grandes tradiciones familiares; la democracia no tiene por qué ofenderse.

Una medalla tiene un inconveniente para dársela a un hombre desnudo, porque no tiene dónde ponérsela y los ancianos jefes masai se quedaron con ellas en la mano. Al cabo de un rato un hombre muy viejo se acercó a mí con la medalla en la mano y me preguntó qué decía. Se lo expliqué lo mejor que pude. La medalla de plata tenía, por un lado, una cabeza de Britannia, en el otro las palabras: La Gran Guerra por la Civilización.

Más tarde conté a algunos amigos ingleses el incidente aquel de las medallas, y dijeron:

—¿Por qué no estaba la cara del rey en las medallas? Fue un gran error.

Yo no pensaba lo mismo, me parece que las medallas no deben ser demasiado atractivas y que todo había quedado muy bien. Quizá son las cosas que nos darán cuando recibamos nuestra recompensa en el cielo.

Cuando Berkeley se puso enfermo yo estaba a punto de irme a Europa de vacaciones. Pertenecía entonces al Consejo Legislativo de la colonia y le telegrafí: «Ven a Ngong durante duración consejo, trae botellas». Su respuesta fue: «Tu telegrama llegó del cielo, voy con botellas». Pero cuando llegó a la granja con su automóvil lleno de vino, no tenía ganas de beberlo. Estaba muy pálido y a veces muy silencioso. Su corazón iba mal y no podía estar sin Jama, que había aprendido a ponerle las inyecciones, tenía muchas preocupaciones que le abrumaban; vivía con el miedo de perder su granja. A pesar de todo, por su presencia convirtió mi casa en un lugar privilegiado, un cómodo rincón del mundo.

—Ha llegado el momento de mi vida, Tania —me dijo gravemente—, en que sólo puedo andar en los mejores automóviles, fumar los mejores cigarros y beber los mejores vinos. Un día me dijo que el médico le había ordenado pasar un mes en la cama. Le dije que lo hiciera y se quedara un mes en Ngong,

yo renunciaría al viaje, le cuidaría e iría a Europa al año siguiente. Pensó un momento mi oferta.

—Querida —dijo— no podría hacerlo. Si lo hiciera para agradarte, ¿qué sería de mí después?

Me despedí de él con el corazón entristecido. Mientras navegaba a casa, pasando Lamu y Takaunga, por donde iba nuestro barco, pensé en él. Pero en París me dijeron que se había muerto. Había caído fulminado ante su casa, al salir de su automóvil. Fue enterrado en su granja, donde él hubiera querido.

Al morir Berkeley el país cambió. Sus amigos se dieron cuenta, con una gran tristeza, y a mucha gente le pasó eso más tarde. Con él se terminó una época de la colonia. Con el curso de los años muchas cosas se fecharon a partir de ese punto de referencia, y la gente decía: «Cuando vivía Berkeley Cole» o «Desde que murió Berkeley». Hasta que murió el país había sido el «feliz cazadero», ahora comenzaba a cambiar lentamente y a convertirse en una empresa para hacer negocios. Cuando se fue algunos niveles bajaron: el nivel de ingenio, como se vio en seguida, y algo muy triste en una colonia: el nivel de gallardía —muy pronto después de su muerte la gente comenzó a hablar de sus problemas; un nivel de humanidad.

Cuando Berkeley desapareció una triste figura hizo su entrada en el escenario desde el lado opuesto: la dure nécessité maitresse des hommes et des dieux. Era extraño que un hombre pequeño y delgado la hubiera mantenido a raya mientras tuvo aliento. Faltaba la levadura del pan de la tierra. Había desaparecido una presencia llena de gracia, de alegría y de libertad, un factor de potencia eléctrica. Un gato se había levantado y abandonado la habitación.

## VIII

### Alas

Denys Finch-Hatton no tenía otro hogar en África que la granja. Vivía en mi casa entre safaris y allí tenía sus libros y su gramófono. Cuando él volvía a la granja, ésta se ponía a hablar; hablaba como pueden hablar las plantaciones de café cuando con los primeros aguaceros de la estación de las lluvias florecía, chorreando humedad, una nube de tiza. Cuando esperaba que Denys volviera y escuchaba su automóvil subiendo por el camino, escuchaba, al mismo tiempo, a las cosas de la granja diciendo lo que en verdad eran. Era feliz en la granja; venía sólo cuando quería venir, y ella percibía en él una cualidad que el resto del mundo no conocía, humildad. Siempre hizo lo que quiso, nunca hubo engaño o su boca.



Había un rasgo en el carácter de Denys que para mí lo hacía especialmente precioso, y era que le gustaba que le contaran historias. Porque yo siempre he pensado que hubiera destacado en Florencia durante la peste. Las costumbres han cambiado y el arte de escuchar un relato se ha perdido en Europa. Los nativos de África, que no saben leer, lo siguen teniendo; si empiezas a contarles: «Una vez un hombre caminaba por las praderas y se encontró con otro hombre», estarán pendientes de ti, sus mentes seguirán a los dos hombres de la pradera por sus sendas desconocidas. Pero los blancos, aunque piensen que deben hacerla, son incapaces de escuchar un relato. Si no se ponen intranquilos y recuerdan cosas que deberían estar haciendo, se quedan dormidos. Esa misma gente os puede pedir algo para leer y se pueden sentar absortos durante toda una noche con cualquier cosa impresa que les des, hasta un discurso. Están acostumbrados a recibir sus impresiones a través de los ojos.

Denys, que vivía principalmente a través del oído, prefería escuchar un cuento a leerlo; cuando llegaba a la granja me preguntaba:

—¿Tienes algún cuento?

Durante su ausencia yo preparaba muchos. Por las noches se ponía cómodo, tendiendo cojines hasta formar como un sofá junto al fuego y yo me sentaba en el suelo, las piernas cruzadas como la propia Scherezade, y él escuchaba, atento, un largo cuento desde el principio hasta el fin. Llevaba mejor la cuenta que yo misma y ante la dramática aparición de uno de los personajes, me paraba para decirme:

—Ese hombre murió al principio de la historia, pero no te preocupes.

Denys me enseñó latín y a leer la Biblia y a los poetas griegos. Sabía de memoria grandes partes del Antiguo Testamento y llevaba la Biblia consigo en todos sus viajes, lo que hizo que los mahometanos tuvieran una elevada opinión acerca de él.

También me regaló el gramófono. Era una delicia escucharlo, le dio nueva vida a la granja, se convirtió en su voz —«El alma de un claro es el ruiseñor»—. A veces Denys llegaba inesperadamente a la casa mientras yo estaba en el cafetal o en el campo de maíz, trayendo nuevos discos consigo; ponía el gramófono y cuando yo volvía a caballo en el crepúsculo, la melodía llegaba hasta mí a través del aire claro frío de la tarde anunciándome su presencia, como si estuviera riéndose de mí, lo que hacía con frecuencia. A los nativos les gustaba el gramófono y solían merodear mi casa para escucharlo; algunos de mis criados llegaron a tener sus aires favoritos y me los pedían, cuando yo estaba sola con ellos en casa. Era curioso que Kamante se mostrara tan apegado, con gran devoción, al adagio del Concierto en Sol Mayor de Beethoven; la primera vez que me lo pidió tuvo ciertas dificultades para

describírmelo, así como para decirme qué aire quería.

Denys y yo no teníamos los mismos gustos. Porque a mí me gustaban los compositores antiguos y Denys, como si quisiera reconciliarse cortésmente con su época por un desentonar con ella, era lo más moderno posible en su gusto por todas las artes. Le gustaba escuchar la música más avanzada.

—Me gustaría Beethoven —decía— si no fuera tan vulgar.

Denys y yo, donde quiera que fuéramos juntos, teníamos mucha suerte con los leones. A veces volvía irrito de safari de caza de dos o tres meses porque había sido incapaz de conseguir un buen león para la gente de Europa a quien había acompañado. Mientras tanto habían estado masais en mi casa a pedirme que saliera y cazara a cierto león o leona que les estaba matando el ganado, y Farah y yo nos íbamos, acampábamos en su manyatta acechando para matar o caminábamos a primera hora de la mañana sin encontrar la menor huella de un león. Pero cuando Denys y yo salíamos a dar un paseo los leones parecían estar esperándonos, podíamos caerles encima mientras comían o vedes cruzar los lechos secos de un río.

Una mañana antes del amanecer del día de Año Nuevo nos encontrábamos Denys y yo conduciendo por la nueva carretera de Narok tan rápido como podíamos por un camino muy malo.

El día anterior Denys había enviado un rifle pesado a un amigo que iba a ir hacia el sur en una partida de caza y durante la noche recordó que se había olvidado de explicarle determinado truco, con el rifle, sin conocer el cual el gatillo podía dispararse. Estaba preocupado y temía que al cazador le fuera a ocurrir algo por ignorancia. No se nos ocurrió mejor remedio que salir lo más temprano posible, tomar la nueva carretera e intentar abordar a la partida de caza en Narok. Eran setenta millas a través de un terreno difícil; el safari viajaba por la carretera vieja e iría con lentitud si llevaba camiones cargados. Nuestro único problema consistía en que no sabíamos si la carretera nueva llegaba hasta Narok.

El aire de la mañana temprana en las tierras altas africanas tiene tan tangible frialdad y frescura que una y otra vez se te ocurre la misma fantasía: no estás en tierra, sino en aguas oscuras y profundas, caminando por el fondo del mar. Quizá ni siquiera te movías: el flujo de frescura que llegaba a tu rostro podían ser las profundas corrientes marinas y tu automóvil, como ciertos perezosos peces eléctricos, estaba muy quieto en el fondo del mar, mirando frente a sí con los ojos fijos de sus faros, dejando que la vida submarina pasara a su lado. Las estrellas son tan grandes porque no son estrellas verdaderas, sino reflejos, que brillan bajo la superficie del mar. Junto a tu camino en el fondo del mar, aparecían cosas vivas, más oscuras que sus contornos, saltando y metiéndose entre las largas hierbas, como cangrejos y pulgas de playa que se

abren paso en la arena. La luz es más clara y al alba el fondo del mar se alza hacia la superficie, como una isla recién creada. Torbellinos de olores nos pasaban con rapidez: el fresco y exuberante olor de los olivos, el olor salino de la hierba quemada, un súbito y sofocante olor a podrido.

Kanuthia, el criado de Denys, que iba en la parte trasera del automóvil, me tocó cortésmente en el hombro y me señaló hacia la derecha. A un lado de la carretera, a diez o doce yardas de allí, había un bulto oscuro, un manatí descansando sobre la arena, y por encima algo se movía en las aguas oscuras. Era, como vi después, una jirafa macho grande, muerta dos o tres días antes. No podíamos matar jirafas y posteriormente Denys y yo tuvimos que defendernos de la acusación de haber matado a aquélla, pero pudimos probar que ya estaba muerta cuando llegamos allí, aunque nunca supimos quién y por qué la habían matado. Sobre el enorme cuerpo de la jirafa había una leona comiendo, que levantó la cabeza y los hombros para ver pasar al automóvil.

Denys detuvo el automóvil y Kanuthia le pasó el rifle, que él llevaba, sobre el hombro. Denys me preguntó en voz baja:

—¿Puedo cazarla? —porque muy cortésmente consideraba la colina de Ngong como mi cazadero particular.

Estábamos atravesando la tierra de los mismos masai que habían venido hasta mi casa para lamentar la pérdida de su ganado; si ese era el animal que había ido matando una tras otra sus vacas y terneras, había llegado el momento de acabar con él. Dije que sí con la cabeza.

Saltó del automóvil y se deslizó unos pocos pasos, en el mismo momento la leona se zambulló detrás del cuerpo de la jirafa, Denys rodeó al animal para ver a la leona y disparó. No la vi caer; cuando me apeé y me acerqué la vi yaciendo muerta en una charca negra y grande.

No teníamos tiempo para despellejada, teníamos que seguir camino si queríamos alcanzar el safari en Narok. Echamos un vistazo y tomamos nota del lugar, el olor de la jirafa muerta era tan fuerte que no podía pasar desapercibido.

Pero cuando anduvimos dos millas más se acabó la carretera. Allí estaban las herramientas de los trabajadores de la carretera; al otro lado estaba la ancha tierra pedregosa, gris en la luz del alba, no tocada por la mano del hombre. Miramos las herramientas y la tierra, tendríamos que esperar que el amigo de Denys tuviera suerte con el rifle. Más adelante, cuando volvió, nos dijo que nunca tuvo la oportunidad de emplearlo. Regresamos y cuando estuvimos de cara al cielo oriental, enrojecía sobre las praderas y las colinas. Condujimos hablando todo el tiempo de la leona.

Ya se veía la jirafa y por entonces ya se podían distinguir las oscuras y

cuadradas manchas de su piel por donde la luz caía sobre su flanco. Y al acercarnos vimos que junto a ella había un león. Al aproximarnos estábamos un poco más bajos que el cadáver; el león estaba a su lado, firmemente erguido, y detrás suyo el cielo llameaba. Lion Passant Or. El viento levantaba un poco su melena. Me puse de pie en el automóvil tan fuerte fue la impresión que me hizo, y Denys dijo:

—Esta vez dispara tú.

Nunca me había gustado disparar con su rifle, que era demasiado pesado y largo para mí, y tenía un retroceso muy fuerte; pero como aquí el disparo era una declaración de amor, ¿no era mejor que el rifle fuera del más grueso calibre? Al disparar me pareció que el león daba un salto en el aire y caía con las patas juntas. Permanecí jadeando en la hierba, radiante de la omnipotencia que te da un disparo, porque puedes ver su efecto a distancia. Di la vuelta al cadáver de la jirafa. Allí estaba el quinto acto de una tragedia clásica. Estaban muertos. La jirafa parecía terriblemente grande, austera, con sus cuatro patas rígidas y su largo y rígido cuello, su barriga, por los leones. La leona, que yacía de espaldas, tenía una gran mueca altanera en el rostro, era la femme fatale de la tragedia. El león estaba tendido cerca de ella, ¿y cómo es que no había escarmentado por su destino? Su cabeza yacía sobre sus dos patas delanteras, su poderosa melena le cubría como un manto real, también descansaba en una charca grande y ahora el aire de la mañana se había vuelto tan ligero que parecía escarlata.

Denys y Kanuthia se arremangaron y comenzaron a despellejar a los leones. Cuando se tomaron un descanso bebimos una botella de clarete y pasas y almendras que llevábamos en el automóvil; las había traído para que las comiéramos durante el camino porque era el día de Año Nuevo. Nos sentamos en la hierba, comimos y bebimos. Los leones muertos, muy cerca, parecían magníficos en su desnudez, no había en ellos ni una partícula de grasa superflua, cada músculo era una curva controlada y decidida, no necesitaban vestiduras, eran, ahora, lo que debían ser.

Al sentarnos, una sombra se proyectó sobre la hierba y sobre mis pies, y mirando hacia arriba pude distinguir, en lo alto del cielo azul claro, el círculo de los buitres. Sentí mi corazón ligero como si lo hubiera echado a volar con un hilo, como una cometa. Hice un poema:

La sombra del águila recorre la pradera,

hacia las lejanas y celestes montañas sin nombre.

Pero las sombras de las redondas y jóvenes cebras

se sientan quietas entre sus delicadas pezuñas todo el día.

Y esperan a la tarde, esperan para estirarse, azules  
sobre la llanura, pintada de color rojo ladrillo  
por el crepúsculo  
y marchar hasta las charcas.

Denys y yo pasamos otra dramática aventura con los leones. En realidad sucedió antes de ésta, en los primeros nuestra amistad.

Una mañana, durante las lluvias estivales, llegó a mi casa todo excitado el señor Nichols, un sudafricano que era mi administrador, para decirme que dos leones durante la noche habían entrado en la granja y matado a dos de nuestros bueyes. Habían roto la alambrada del corral y arrastrado a los bueyes muertos hasta el cafetal; a uno de ellos lo habían comido allí mismo, pero el otro estaba tirado entre las plantas de café. ¿Podía escribir una carta para que fuera y comprara estricnina en Nairobi? Quería echarla en el cadáver, porque estaba seguro de que volverían esa misma noche.

Me quedé pensando; no me gustaba echar estricnina a los leones y le dije que no veía la necesidad de hacerlo. Su excitación se trocó en exasperación. Los leones, si no se castigaba por ese crimen, volverían en cualquier momento. Los bueyes que habían matado eran los mejores que teníamos y no podíamos permitirnos perder más. Me recordó que el establo de mis ponis no estaba lejos del cercado de los bueyes, ¿no lo había pensado? Le expliqué que no quería que hubiera leones en la granja, pero que pensaba que debían ser cazados, no envenenados.

—¿Y quién los va a cazar? —dijo Nichols—. No soy ningún cobarde, pero soy un hombre casado y no tengo ganas de arriesgar mi vida innecesariamente —era verdad que no era ningún cobarde, era un hombrecillo muy enérgico—. No le veo sentido —dijo.

—No —le dije.

Yo no pensaba que tuviera que cazar él los leones. Pero el señor Finch-Hatton había llegado la noche anterior y estaba en la casa, iríamos él y yo.

—Oh, eso está bien —dijo Nichols.

Fui a buscar a Denys.

—Ven —le dije—, y vamos a arriesgar nuestras vidas innecesariamente. Porque si tienen algún valor es que no tienen ninguno. *Frei lebt wer sterben kann*.

Bajamos y encontramos al buey muerto en el cafetal, como me había dicho Nichols; apenas había sido tocado por los leones. Sus huellas eran profundas y claras en el suelo blando, dos grandes leones habían estado allí por la noche.

Eran fáciles de seguir a través de la plantación y subían hasta el bosque que rodeaba la casa de Belknap, pero cuando llegamos había llovido tanto que apenas se podía ver algo, y en la hierba y en la maleza del lindero del bosque perdimos la pista.

—¿Qué piensas, Denys —le pregunté—, volverán esta noche? Denys tenía una gran experiencia con los leones. Dijo que volverían a primera hora de la noche para terminar la comida y que debíamos darles tiempo para que se acomodaran, y volver al campo nosotros a las nueve. Deberíamos usar una lámpara eléctrica de su equipo de safari para cazarlos y me permitió escoger el papel que quise, pero yo prefería que él disparara mientras yo sostenía la lámpara.

Para que pudiéramos encontrar el camino hasta el buey muerto en la oscuridad cortamos trozos de papel y los fuimos pegando entre las filas de plantas de café que teníamos que pasar, marcando nuestra senda como Hansel y Gretel con sus piedras blancas. Nos llevarían directamente hasta el cadáver, y a veinte yardas de éste atamos un pedazo grande de papel al árbol, porque allí debíamos detenemos, encender la lámpara y disparar. Al final de la tarde, cuando cogimos la linterna para probarla, nos encontramos con que las baterías estaban muy gastadas y daban una luz bastante débil. Pero no nos quedaba tiempo para ir a Nairobi, así que teníamos que arreglarnos como pudiéramos.

Era el día antes del cumpleaños de Denys y mientras cenábamos se puso melancólico; decía que hasta en entonces la vida no le había dado suficiente. Le consolé diciéndole que podía ocurrirle algo antes de la mañana de su cumpleaños. Le dije a Juma que tuviera preparada una botella de vino para nosotros cuando volviéramos. Empecé a pensar en los leones, ¿dónde estarían en ese momento? ¿Estarían cruzando el río lenta, silenciosamente, uno delante del otro? ¿La suave y fría corriente del río bañaría sus pechos y sus flancos?

A las nueve nos fuimos.

Llovía un poco, pero había luna; de vez en cuando surgía su rostro triste y blanco en el cielo, detrás de capas y de delgadas nubes, y luego se reflejaba opacamente en las blancas flores del cafetal. Pasamos lejos de la escuela, que tenía sus luces encendidas.

Al verla sentí una gran oleada de triunfo y de orgullo por mi gente. Pensé en el rey Salomón, que decía: «El hombre indolente dice: Hay un león en el camino: un león está en las calles». Había dos leones cerca de su puerta, pero mis colegas no eran indolentes y no dejaban que los leones los apartaran de la escuela.

Encontramos nuestras señales en dos filas de plantas de café, nos

detuvimos un momento y caminamos entre ellas, uno detrás de otro. Llevábamos mocasines y marchábamos silenciosamente. Empecé a temblar de excitación, no me atrevía a andar demasiado cerca de Denys por temor a que se diera cuenta y me mandara volver, pero tampoco me atrevía a alejarme demasiado porque podía necesitar mi linterna en cualquier momento.

Descubrimos después que los leones estaban al acecho. Cuando nos oyeron o nos olieron, se apartaron un poco por el cafetal para dejarnos pasar. Probablemente porque creían estábamos pasando con demasiada lentitud, uno de ellos dio un rugido muy bajo, enfrente y a la derecha nuestra. Fue tan bajo que no estábamos seguros siquiera de haberlo oído. Denys se detuvo un momento; sin volverse me preguntó:

—¿Lo has oído?

—Sí —dije.

Caminamos un poco más y se repitió el profundo rugido, esta vez a la derecha.

—Enciende la luz —dijo Denys.

No era sencillo, porque él era mucho más alto que yo y debía poner la linterna sobre su hombro, por encima del rifle e iluminar más allá. Al encender la linterna el mundo entero se convirtió en un escenario brillantemente iluminado, las hojas húmedas de las plantas de café resplandecieron, los terrones del suelo aparecieron con claridad.

Primero el círculo de luz iluminó un pequeño chacal de grandes ojos, que parecía un zorrillo; lo moví y allí estaba el león. Estaba justo frente a nosotros y parecía muy esbelto, con la fresca y negra noche africana detrás de él. Cuando sonó el disparo cerca de mí no estaba preparada, ni siquiera comprendí lo que significaba, como si hubiera sido un trueno, como si yo estuviera en el lugar del león. Cayó como una piedra.

—Sigue, sigue —me gritó Denys.

Giré más la linterna, pero mi mano temblaba tanto que el círculo de luz, donde cabía el mundo, y con el cual yo mandaba, danzaba locamente. Escuché a Denys reír en la oscuridad.

—El trabajo de la linterna en el segundo león —me dijo después— fue un poco temblón.

Pero en el centro de la danza estaba el segundo león, alejándose de nosotros y medio oculto por una planta de café. Cuando lo iluminó la luz volvió la cabeza y Denys le disparó. Cayó fuera del círculo, pero se levantó, se volvió rápidamente hacia nosotros y cuando le alcanzó el segundo disparo emitió un largo e irritado rugido.

En un segundo África se volvió infinitamente grande Denys y yo, allí de pie, infinitamente pequeños. Fuera de la luz de nuestra linterna no había más que oscuridad; en la oscuridad, en dos direcciones, había leones, y del cielo caía lluvia. Pero cuando el profundo rugido se apagó nada se movió, el león seguía echado, su cabeza vuelta, como con un gesto de disgusto. Había dos grandes animales muertos en el cafetal el silencio de la noche por todas partes.

Caminamos hasta los leones y medimos la distancia. Desde donde habíamos estado hasta el primer león había treinta yardas y al otro veinticinco. Eran dos leones crecidos jóvenes, fuertes y vigorosos. Dos íntimos amigos de las colinas o de las praderas, ayer se les había ocurrido la misma gran aventura y hoy habían muerto juntos. Ahora todos los chicos de la escuela venían en tropel por la carretera, se detuvieron al vernos y nos llamaron en voz baja y suave:

—Msabu. ¿Estás ahí? Msabu. Msabu.

Me senté sobre un león y contesté a gritos.

—Sí, soy yo.

Luego siguieron, en voz más alta y más audazmente:

—¿Ha matado Bedar a los leones? ¿A los dos? Cuando supieron que era así llenaron el lugar, como una camada de liebres en la noche, saltando una y otra vez. En el propio lugar hicieron una canción sobre el acontecimiento; decía así: «Tres disparos. Dos leones. Tres disparos. Dos leones». A medida que la cantaban, una clara voz tras otra, la embellecían y adornaban: «Tres buenos disparos, dos grandes, fuertes y malos kali leones». Y luego se juntaban todas repitiendo un excitante estribillo: «ABCD», porque acababan de salir de la escuela y tenían las cabezas repletas de sabiduría.

En muy poco tiempo una gran cantidad de gente vino al lugar trabajadores del molino, los aparceros de las manyattas cercanas y mis sirvientes que traían lámparas. Rodearon a los leones, hablaban de ellos; luego Kanuthia y el sice, que habían traído cuchillos consigo, los desollaron. Fue la piel de uno de esos leones la que después le di al alto sacerdote indio. Hasta el propio Pooran Singh apareció en el escenario, en un negligé que le hacía parecer increíblemente frágil, su meliflua sonrisa india resplandecía entre su espesa barba negra, y tartamudeaba de placer al hablar. Deseaba quedarse con la grasa de los leones, que su gente tenía en gran estima como medicamento, según la pantomima con la que se expresó creo que contra el reumatismo y la impotencia. Con todo eso el cafetal se llenó de animación, la lluvia dejó de caer, la luna comenzó a brillar sobre nosotros.

Volvimos a casa y Juma abrió nuestra botella. Estábamos demasiado mojados, demasiado sucios de barro y sangre para sentarnos, pero nos



quedamos de pie y bebimos de un trago nuestro alegre y cantante vino junto al fuego llameante del comedor. No hablamos ni una palabra. En nuestra caza habíamos formado una unidad y nada teníamos que decir el uno al otro.

Nuestra aventura divirtió mucho a nuestros amigos. El viejo señor Bulpett, cuando fuimos a bailar al club, no nos habló en toda la noche.

Debo a Denys Finch-Hatton el mayor, el más delicioso placer de mi vida en la granja: volar con él sobre África. Allí, donde no hay carreteras o hay muy pocas y donde se puede aterrizar en las llanuras, volar se convierte en algo de real y vital importancia en tu vida, te abre un mundo. Denys había traído su avión Moth; podía aterrizar en mi pradera de la granja sólo a unos cuantos minutos de la casa y volábamos casi todos los días. Cuando vuelas sobre las tierras altas africanas tienes unas vistas tremendas, sorprendentes combinaciones y cambios de luz y de color, el arco iris sobre la tierra verde iluminada por el sol, las gigantescas nubes verticales y las grandes y salvajes tormentas negras, que te rodeaban a toda velocidad corriendo y danzando. Las fuertes y contundentes lluvias blanquean el aire oblicuamente. El lenguaje se queda corto para expresar la experiencia de volar y tienes que terminar inventando nuevas palabras. Cuando has sobrevolado la Falla Grande y los volcanes de Suswa y Longonot, has viajado más allá, hasta las tierras que hayal otro lado de la luna. Otras veces puedes volar tan bajo que ves los animales en las praderas y te sientes como Dios cuando acababa de crearlos y antes de que le encargara a Adán que les pusiera nombre.

Pero no son las visiones, sino la actividad lo que te hace sentirte feliz, y la alegría y la gloria del aviador es el vuelo en sí. La gente que vive en las ciudades vive triste y esclavizada porque en todos los movimientos sólo conoce una dimensión; sigue una línea, como si fuera conducida por una correa. La transición desde la línea hasta el plano en dos dimensiones, cuando paseas por un campo o por un bosque, es espléndida, es una liberación de los esclavos, como la Revolución Francesa. Pero en el aire eres llevada a la completa libertad de las tres dimensiones; después de largas épocas de exilio y de sueños, el añorante corazón se lanza en los brazos del espacio. Las leyes la gravitación y tiempo.

«... en el verde bosquecillo de la vida,  
juegan como bestias domesticadas, ¡nadie creería  
lo amables que pueden ser!».

Cada vez que subo en aeroplano y miro hacia abajo me doy cuenta que me he librado del suelo, tengo conciencia de un descubrimiento grande y nuevo. Pienso: «Esa era la idea. Ahora lo comprendo todo».

Un día Denys y yo volamos hasta el lago Natron, noventa millas al sudeste

de la granja y más de cuatro mil pies más abajo, dos mil pies sobre el nivel del mar. El lago Natron es el lugar de donde se saca la soda. El fondo del lago y las orillas son como una especie de cemento negruzco, con un olor fuerte, ácido y salino.

El cielo estaba azul, pero al entrar volando desde las praderas sobre el país más bajo, pedregoso y desnudo, todos los colores estaban tan quemados que habían desaparecido. El paisaje entero debajo de nosotros parecía una concha de tortuga delicadamente dibujada. De repente, en medio de todo esto, apareció el lago. El fondo blanco, resplandeciendo a través del agua, le da, cuando lo ves desde el aire, un sorprendente, increíble color azulado, tan claro que por un momento tienes que cerrar los ojos; la extensión de agua yace entre la desolada y leonada tierra como una grande y brillante agua marina. Volábamos alto, luego volamos a menos altura; mientras bajábamos nuestra sombra azul oscura flotaba debajo de nosotros sobre el lago azul celeste. Aquí viven miles de flamencos, aunque no sé cómo pueden subsistir en ese agua salobre, seguramente no hay peces ahí. Al aproximarnos se desplegaban en largos círculos y abanicos, como los rayos del sol poniente, como un hábil dibujo chino en seda o porcelana, formándose y cambiando ante nuestra vista.

Aterrizamos en la blanca orilla, que estaba al rojo vivo como un horno, y almorzamos resguardándonos del sol bajo el ala del aeroplano. Si estirabas el brazo más allá de la sombra el sol era tan caliente que te hacía daño. Nuestras botellas de cerveza cuando aterrizaron con nosotros, venidas directamente del éter, estaban deliciosamente frías, pero antes de que las termináramos, en un cuarto de hora, estaban tan calientes como una taza de té.

Mientras estábamos almorzando apareció por el horizonte aproximándose con rapidez un grupo de guerreros masai. Debían de estar espiando el avión desde lejos cuando aterrizó y decidieron vedo de cerca, porque un largo paseo, hasta en un territorio como aquél, no era nada para un masai. Venían, en fila india, desnudos, altos, y delgados, con sus armas resplandecientes; oscuros como la turba sobre la arena gris y amarilla. Ante los pies de cada uno de ellos se proyectaba y marchaba una pequeña mancha de sombra, que eran, junto con las nuestras, las únicas sombras en todo lo que la mirada podía abarcar. Cuando llegaron cerca de nosotros se alinearon, eran cinco en total. Juntaron sus cabezas y empezaron a hablarse entre sí sobre el aeroplano y sobre nosotros. Hace una generación un encuentro semejante hubiera sido fatal. Después de un rato uno de ellos avanzó y nos habló. Como sólo hablaban masai y nosotros únicamente entendíamos un poco de su lengua, la conversación languideció en seguida; volvió con sus compañeros y, pocos minutos después, se alejaron en fila india, hacia el ancho, blanco y ardiente territorio salino.

—¿Te gustaría —dijo Denys— volar a Naivasha? Pero el terreno que hay

hasta allí es muy áspero, no podremos aterrizar en ningún sitio durante el viaje. Debemos volar alto y mantenernos a doce mil pies.

El vuelo desde el lago Natron hasta Naivasha era Das ding as sich. Fuimos como una flecha y nos mantuvimos a doce mil pies durante todo el viaje y, como estás tan arriba, no se puede ver nada abajo. En el lago Natron me había quitado el gorro forrado de piel de cordero, y ahora el aire apretaba mi frente, tan frío como el agua helada; mis cabellos volaban hacia atrás como si alguien quisiera arrancarme la cabeza. Era el mismo camino, sólo que en dirección opuesta, que el que cada tarde emprendía Roc cuando, con un elefante con sus hijos en cada garra, volaba desde Uganda hasta su hogar en Arabia.

Cuando vas sentada delante de tu piloto sin nada más que espacio frente a ti, te parece que te lleva en las palmas estiradas de sus manos, como el Djin llevaba al príncipe Alí por el aire, y que las alas son tuyas. Aterrizamos en casa de nuestros amigos de Naivasha; las casas, diminutas y asustadas, y los arbolillos que las rodeaban parecían arrojarse de espaldas cuando descendíamos. Cuando Denys y yo no teníamos tiempo para largos viajes salíamos hacer un corto vuelo sobre las colinas de Ngong, por lo general hacia el atardecer. Estas colinas, que se cuentan entre las más hermosas del mundo, son quizá más bonitas vistas desde el aire, cuando los lomos desnudos se van levantando hacia los cuatro picos y corren junto al aeroplano y súbitamente bajan y se allanan en un pequeño prado.

Allí en las colinas hay búfalos. En mis primeros tiempos, cuando no podía vivir si no mataba un ejemplar de cada tipo de caza africana, había matado a un búfalo. Más tarde, cuando preferí mirar a los animales salvajes que cazarlos, fui a visitarlos de nuevo. Acampé en las colinas, junto a un manantial a la mitad del camino hacia la cumbre, llevando conmigo a mis sirvientes, tiendas y provisiones, y Farah y yo gateábamos y nos arrastrábamos en las heladas mañanas, a través de la maleza y de las hierbas altas, con la esperanza de poder echar un vistazo a la manada; pero por dos veces tuve que volver a casa sin éxito. Porque la manada que allí vivía, de vecinos míos por el oeste, seguía siendo algo muy importante para la granja, pero sus miembros eran muy serios, autosuficientes, la vieja nobleza de las colinas, ahora un tanto disminuida; no recibían mucho.

Pero una tarde, cuando tomaba el té con unos amigos del interior, fuera de la casa, Denys llegó volando desde Nairobi y pasó sobre nuestras cabezas hacia el oeste; poco después volvió y aterrizó en la granja. Lady Delamere y yo fuimos en automóvil hasta el aeroplano para recogerle, pero él no salió.

—Los búfalos están paciendo en las colinas —dijo—. Venid y vamos a echarles un vistazo.

—No puedo —dije—. Tenemos una merienda en casa.

—Iremos, los veremos y estaremos de vuelta en un cuarto de hora —dijo él.

Me sonó como esas proposiciones que te hacen en los sueños. Lady Delamere no quería volar, así que fui yo con él. Volamos bajo el sol, pero las laderas de las colinas estaban envueltas en una transparente sombra marrón, en la que pronto nos metimos. No tardamos mucho en poder ver a los búfalos desde el aire. Sobre uno de los largos y redondeados lomos que corren como pliegues de una tela todos unidos en cada pico, hacia el lado de la montaña de Ngong, estaba paciendo un rebaño de veintisiete búfalos. Primero los vimos desde lejos, como ratones moviéndose graciosamente por el suelo, pero bajamos, dando vueltas y a lo largo de la ladera, ciento cincuenta pies por encima de ellos y al alcance de un arma; los contamos mientras estaban pacíficamente mezclados y separados. Había un macho negro y grande, muy viejo, en la manada, uno o dos más jóvenes y una cantidad de crías. La extensión de césped por donde andaban estaba limitada por la maleza; si se acercaba un extraño por el suelo podían olerlo u oírlo, pero no estaban preparados para que les llegara desde el aire. Tuvimos que seguir moviéndonos sobre ellos sin parar. Oyeron el ruido, de nuestro avión y dejaron de pastar, pero no parecían tener ganas de mirar hacia arriba. Finalmente comprobaron que había algo muy extraño; el viejo búfalo, primero se puso delante de la manada, levantando sus pesadísimos cuernos, enfrentándose al invisible enemigo, las cuatro patas plantadas en el suelo; de repente comenzó a trotar ladera abajo y, al cabo de un momento, a galopar. Le siguió el clan entero, la cabeza baja, en plena estampida, y al meterse en la maleza levantaron polvo y piedras sueltas. En la espesura se detuvieron y se quedaron muy juntos, parecía que un pequeño claro en las colinas hubiera sido pavimentado con piedras de color gris oscuro. Allí se creían a cubierto de las miradas y, en efecto, lo estaban de quien anduviera por la tierra, pero no podían ocultarse de los ojos de un pájaro. Recuperamos altura y nos alejamos. Fue como entrar en el corazón de las colinas de Ngong por un camino secreto y desconocido.

Cuando volví a mi té la tetera que había sobre la mesa de piedra seguía tan caliente que me quemé los dedos al tocarla. El Profeta tuvo la misma experiencia cuando tiró una jarra de agua y el Arcángel Gabriel le cogió, lo llevó volando a través de los siete cielos, y cuando volvió el agua todavía no había salido de la jarra.

En las colinas de Ngong vivían también un par de águilas. Denys, por la tarde, solía decir:

—Vamos a visitar a las águilas.

Una vez había visto a una de ellas posada en una roca cerca de la cumbre

de la montaña y luego levantar el vuelo, pero se pasaban la vida en el aire. Muchas veces habíamos perseguido a una de esas águilas, carenando y ladeándonos sobre un ala primero y luego sobre la otra, y me parece que el pájaro de aguda vista jugaba con nosotros. Una vez, cuando volábamos a su lado, Denys detuvo el motor y así pudo escuchar el graznido del águila.

A los nativos les gustaba el aeroplano y durante un tiempo estuvo de moda en la granja dibujado, de manera que encontraba hojas de papel en la cocina o en sus muros, cubiertos con dibujos que lo representaban, con las letras cuidadosamente copiadas. Pero no se tomaron ningún interés en él ni en nuestros vuelos.

A los nativos les disgusta la velocidad, como a nosotros nos disgusta el ruido, que es para ellos, en el mejor de los casos, difícil de aguantar. Viven también en buenas relaciones con el tiempo y el plan de engañado o matado no se les ocurriría nunca. De hecho, cuanto más tiempo les das, más felices se sienten y si le encargas a un kikuyu que te guarde el caballo mientras vas a hacer una visita, puedes ver en su expresión que espera que tardes lo más posible. No intenta pasar el tiempo, sino que se sienta y vive.

Los nativos tampoco sienten simpatía alguna por ninguna clase de maquinaria o mecánica. Algunos de la joven generación han sido arrastrados por el entusiasmo europeo hacia los automóviles, pero un anciano kikuyu me dijo que morirían jóvenes, y es posible que tuviera razón, porque los renegados proceden de la estirpe más débil de una nación. Entre las invenciones de la civilización que los nativos admiran y aprecian se cuentan las cerillas, las bicicletas y los rifles, pero de todas maneras nada de eso es comparable para ellos con una vaca.

Frank Greswolde-Williams, del valle Kedong, se llevó a un masai consigo a Inglaterra como sice y me dijo que una semana después de su llegada cabalgaba por Hyde Park como si hubiera nacido en Londres. Le pregunté a aquel hombre qué es lo que más le había gustado de Inglaterra. Reflexionó sobre mi pregunta con rostro serio y, después de un largo rato, me dijo que los hombres blancos tenían unos puentes muy buenos.

Nunca he visto a un anciano nativo que ante cosas que se mueven por sí mismas, sin aparente interferencia del hombre o de las fuerzas de la naturaleza, mostrara más que disgusto y un cierto sentimiento de vergüenza. La mente humana aparta su vista de la brujería como algo de mal gusto. Puedes tener que interesarte por sus efectos, pero eso no tiene nada que ver con lo que hay dentro, y nadie ha intentado sacarle a una bruja la composición exacta de sus brebajes.

Una vez, cuando Denys y yo habíamos estado volando y aterrizamos en la pradera de la granja, un kikuyu muy anciano se acercó y nos habló:

—Habéis estado muy alto hoy —dijo—, no podíamos verlos, sólo escuchar el aeroplano cantando como una abeja.

Le dije que, efectivamente, habíamos volado muy alto.

—¿Habéis visto a Dios? —preguntó.

—No, Ndwetti —dije—, no hemos visto a Dios.

—Ajá, luego no habéis subido lo bastante alto —dijo—. Pero ahora dime: ¿crees que podréis subir tanto que lleguéis a verlo?

—No lo sé, Ndwetti —dije.

—Y tú, Bedar —dijo volviéndose hacia Denys—, ¿qué piensas? ¿Llevarás tan alto tu aeroplano que verás a Dios?

—De verdad no lo sé —dijo Denys.

—Entonces —dijo Ndwetti—, no sé por qué vosotros dos voláis.

\*\*\*\*

## 4

### DE LA AGENDA DE UN INMIGRANTE

#### I

#### El salvaje viene en ayuda del salvaje

Durante la guerra mi administrador compraba bueyes para el Ejército. Me contó que había comprado en la reserva masai una cierta cantidad de bueyes jóvenes que eran resultado del cruce entre ganado masai y búfalos. Se ha discutido bastante si es posible cruzar animales domésticos con animales salvajes; muchos han intentado crear un tipo de caballito adecuado al país, mezclando cebras y caballos, aunque yo nunca he visto híbridos semejantes. Pero mi administrador me aseguró que aquellos bueyes eran de verdad medio búfalos. Los masai le habían dicho que crecían más lentamente que el ganado ordinario y, aunque se sentían muy orgullosos de ellos, por aquel entonces estaban deseosos de quitárselos de encima porque eran muy salvajes.

Era muy difícil adiestrar a esos bueyes para arrastrar carretas o para la labranza. Uno de esos jóvenes y vigorosos animales le dio a mi administrador y a los carreteros nativos infinidad de problemas. Atacaba a las personas, rompía el yugo, echaba espumarajos y bramaba; cuando lo ataban pateaba

levantando una polvareda negra y espesa, los ojos se le inyectaban de sangre y, según decían los hombres, le salía sangre por la nariz. Al final el hombre, como la bestia, quedaba rendido, corriéndole el sudor por el cuerpo dolorido.

—Para domar a ese buey —contaba mi administrador— lo llevé al cercado de los bueyes con las patas atadas y una rienda por bozal, pero aun así, tumbado y acallado, lanzaba chorros de espuma hirviente por la nariz y terribles resoplidos y quejidos por la garganta. Quería verle uncido al yugo durante muchos años. Me fui a acostar a mi tienda de campaña y soñé con el aquel buey negro. Me despertó una gran algarabía, los perros ladraban y los nativos chillaban y gritaban en el corral. Dos pastores irrumpieron en la tienda temblando y me dijeron que creían que había un león entre los bueyes. Fuimos corriendo hasta el recinto, con linternas y yo tomé mi rifle. Cuando nos acercábamos al corral el ruido comenzó a disminuir. A la luz de las linternas vi una cosa moteada que se escapaba. Un leopardo había atacado al buey atado y le había devorado la pata derecha. Ahora ya no lo vería nunca con el yugo. Luego —dijo el administrador— cogí el rifle y maté al buey.

### Las Luciérnagas

Aquí, en las tierras altas, cuando han pasado las grandes lluvias y en la primera semana de junio las noches comienzan a enfriar, aparecen las luciérnagas en los bosques.

Una tarde veías dos o tres, audaces estrellas solitarias que flotaban en el aire claro, subiendo y bajando como si montasen sobre una ola o como si hicieran reverencias. Siguiendo el ritmo de su vuelo sus diminutas lámparas se encendían o se apagaban. Podías coger un insecto y resplandecía en la palma de tu mano; producía una curiosa luz, un misterioso mensaje que convertía la carne verde pálido en un pequeño halo a su alrededor. A la noche siguiente había centenares y centenares en los bosques.

Por alguna razón se mantenían a una cierta altura, a cuatro o cinco pies sobre el suelo. Era imposible no imaginar que toda una pandilla de chiquillos de seis o siete años corría por el oscuro bosque con velas, varitas con un fuego mágico, mientras saltaban alegremente, hacían cabriolas, y giraban sus pequeñas y pálidas antorchas. Los bosques se llenaban de una vida salvaje y retozona y todo quedaba en un perfecto silencio.

### Los caminos de la vida

Cuando yo era niña me enseñaban unos dibujos, una especie de dibujos animados que se iban formando ante tus ojos y, mientras, el artista contaba su relato. Este relato se contaba siempre con las mismas palabras.

Había un hombre que vivía en una casita redonda, que tenía una ventana redonda y un jardín triangular delante.

No lejos de la casa había un estanque con muchos peces.

Una noche el hombre se despertó con gran ruido y se metió en la oscuridad para encontrar la causa. Tomó el camino hacia el camino hacia el estanque.

En este punto el narrador comenzaba a dibujar, como sobre un mapa de los movimientos de un ejército, un plano de los caminos que tomaba el hombre.

Primero corrió hacia el sur. Allí tropezó con una piedra grande que había en medio del camino y, un poco más allá, cayó en una zanja, se levantó; cayó en otra zanja, se levantó; cayó en una tercera zancada, y salió de ella.

Luego se dio cuenta que se había equivocado y corrió hacia el norte. Pero allí otra vez le pareció que el ruido venía del sur y de nuevo corrió hacia allá. Primero tropezó con una piedra grande que había en medio del camino, un poco más allá cayó en una zanja, se levantó; cayó en otra zanja, se levantó; cayó en una tercera zanja, y salió de ella.

Ahora escuchó claramente que el ruido procedía del fondo del estanque. Se precipitó hacia allí y vio que había hecho una brecha grande en el dique y que salía el agua junto con los peces. Se puso a la obra y cerró el agujero y sólo cuando hubo terminado se fue de vuelta a la cama.

Cuando a la mañana siguiente el hombre se puso a mirar a través de la ventanita redonda —el cuento terminaba de la manera más dramática posible—, ¿qué es lo que vio?

—¡Una cigüeña!

Me alegro mucho de que me contaran ese cuento. Lo recordé en momentos de necesidad. El hombre del cuento es cruelmente engañado y encuentra toda clase de obstáculos en su camino. Podía haber pensado: «¡Cuántas idas y venidas! ¡Vaya mala suerte!». Podía haberse preguntado cuál era la causa de todas sus tribulaciones, no podía saber que era una cigüeña. Pero con todo siguió teniendo un propósito, nada le hizo abandonar y volver a casa, terminó su trabajo, conservó su fe. Aquel hombre tuvo su recompensa. Por la mañana vio a la cigüeña. Cuánto debió de reírse.

El aprieto en que me encuentro, el pozo oscuro en que ahora estoy sumida, ¿de qué pájaro será el calcañar? Cuando el dibujo de mi vida esté completo, ¿veré yo, verá la gente, la cigüeña? Infandum, Regina, iubes renovare dolorem. Troya en llamas, siete años de exilio, trece buenos barcos perdidos. ¿Qué sale de allí? «Insuperada elegancia, majestuosa grandeza y suave ternura».

Nos quedamos perplejos al leer el segundo artículo de fe de la Iglesia cristiana: Que fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos y, al tercer día, resucitó de entre los muertos, ascendió a los cielos y desde ellos



volverá.

Cuántas idas y venidas, tan terribles como las del hombre del cuento. ¿Qué sale de todo eso?: El segundo artículo del Credo de medio mundo.

### Historia de Esa

Durante la guerra tenía un cocinero llamado Esa, un anciano de mucho sentido común y de carácter bondadoso. Un día en que estaba en la tienda de comestibles de Mackinnon en Nairobi, comprando té y especias, se me acercó una señora pequeña y de cara angulosa, y me dijo que sabía que Esa estaba a mi servicio; le dije que así era.

—Pero estuvo conmigo antes —dijo la señora— y quiero que vuelva.

Le dije que lo sentía, pero que no podía llevárselo.

—Oh, no lo creo —dijo—. Mi marido es funcionario del Gobierno. ¿Querría usted decirle a Esa, por favor, cuando llegue a casa que quiero que vuelva y que, si no lo hace, le reclutarán en el Cuerpo de Porteadores? Entiendo —añadió— que tiene usted suficientes sirvientes sin Esa.

No le dije nada a Esa de lo que había ocurrido hasta noche siguiente en que lo recordé y le conté que había encontrado a su antigua ama y lo que me dijo. Para mi sorpresa Esa se puso inmediatamente fuera de sí de miedo y de desesperación:

—¡Oh, por qué no me lo dijiste antes, Memsahib! —dijo—, esa señora hará lo que te dijo, debo irme esta misma noche.

—Es absurdo —dije—. No creo que puedan llevarte así como así.

—Que Dios me ayude —dijo Esa—. De lo que tengo miedo es de que ya sea demasiado tarde.

—¿Pero qué voy a hacer sin cocinero, Esa? —le pregunté.

—Bueno —dijo Esa—, no me tendrá usted de cocinero ni cuando esté en el Cuerpo de Porteadores, ni cuando esté muerto, como seguramente lo estaré muy pronto.

Tal era el miedo al Cuerpo de Porteadores en la gente en aquellos tiempos, que Esa no quiso escucharme. Me pidió que le prestara un farol y se fue en plena noche hacia Nairobi, con todas las propiedades que tenía en el mundo metidas en un hatillo.

Esa estuvo fuera de la granja durante más de un año. Durante todo ese tiempo lo vi un par de veces en Nairobi y una vez lo encontré en la carretera. Había envejecido y adelgazado durante aquel tiempo, su rostro se había afilado y su redonda y oscura cabeza se volvía gris. En la ciudad no se hubiera

parado para hablarme, pero cuando nos encontramos en la carretera y paré el automóvil, dejó en el la cesta de pollos que llevaba en la cabeza y se sentó para charlar.

Seguía teniendo como antes un carácter bondadoso, pero había cambiado y ahora era difícil comunicarse con él; durante toda nuestra conversación permaneció como ausente, como si estuviera lejos de allí. El destino lo había maltratado, había sufrido un miedo mortal y había tenido que encontrar recursos desconocidos para mí y, a través de esas experiencias, se purificó o clarificó. Era como hablar con un antiguo conocido que hubiera entrado en el noviciado de un monasterio.

Me preguntó cosas de la granja, convencido, como suelen estarlo los sirvientes nativos, de que sus compañeros, en su ausencia, se portan de la peor manera posible con sus amos blancos.

—¿Cuándo terminará la guerra? —me preguntó.

Le dije que me habían contado que no podría seguir durante mucho más tiempo.

—Si tarda diez años más —dijo— debe saber que habré olvidado los platos que usted me enseñó.

La mente del pequeño y viejo kikuyu, en la carretera que atravesaba la llanura, se parecía a la de Brillat Savarin, que dijo que si la Revolución hubiera durado cinco años más, se hubiera perdido el arte de preparar ragout de pollo.

Era evidente que los pesares de Esa eran por mí, así que para terminar con su conmisericordia le pregunté cómo estaba él. Pensó sobre mi pregunta durante un minuto, hay pensamientos que se deben recoger desde muy lejos antes de poder contestar. —¿Recuerdas, Memsahib —me dijo finalmente—, que me decías lo duro que debía ser para los bueyes de los contratistas indios de leña ser uncidos todos los días y no tener ni un día de descanso, como tenían los bueyes de la granja? Ahora, con la señora, estoy como el buey de unos contratistas indios de leña.

Esa miraba para otro lado mientras hablaba, como disculpándose, los nativos no se muestran sensibles con los animales; lo que yo había dicho sobre los bueyes de los indios probablemente le había llamado la atención como algo muy exagerado. Que volviera a esa historia era algo que ni él mismo entendía muy bien por qué. Durante la guerra me molestaba mucho que todas las cartas que escribía o que recibía vinieran abiertas por un pequeño y soñoliento censor sueco de Nairobi. No pudo encontrar nunca nada sospechoso en ellas, pero llegó, supongo, en su monótona vida a tomar interés por la gente de que trataban y leía mis cartas como se lee un serial en una revista. Yo solía añadir

en mis cartas unas cuantas amenazas contra el censor, diciendo lo que le pasaría al terminar la guerra, para que las leyera. No sé si sería porque recordó las amenazas; o por qué se arrepintió, el caso es que cuando terminó la guerra me envió a un mensajero a la granja con la noticia del armisticio. Estaba sola en casa cuando llegó el mensajero; salí a caminar por el bosque. Todo estaba allí silencioso y resultaba curioso pensar que también estarían silenciosos los frentes de Flandes y Francia. Todas las armas se habían callado. En aquel silencio Europa y África parecían más cercanas entre sí, como si pudieras llegar caminando por el sendero del bosque hasta la loma de Vimy. Cuando volví a casa vi a una persona que esperaba fuera. Era Esa con su hatillo. Me dijo que volvía y que traía un regalo.

El regalo de Esa consistía en un dibujo, enmarcado y con cristal, de un árbol realizado con mucho cuidado en tinta, cada una de sus cien hojas pintadas en verde claro. Sobre cada hoja, en diminutas letras arábigas, había una palabra escrita en tinta roja. Pensé que eran citas del Corán, pero Esa era incapaz de explicarme qué significaban, continuó limpiando el cristal con su manga y asegurándome que era un regalo muy bueno. Me dijo que se lo había encargado durante su año de tribulación al viejo sacerdote mahometano de Nairobi, que debía haber trabajado muchas horas en él.

Esa se quedó conmigo hasta que murió.

### Las iguanas

En la reserva, a veces me encontraba con iguanas, los grandes lagartos, mientras tomaban el sol sobre una piedra plana en el lecho de un río. No tienen nada de bonito en su forma, pero su colorido es extraordinariamente hermoso. Brillan como piedras preciosas o como las vidrieras de una vieja iglesia. Cuando, al acercarte, huyen rápidamente, hay un relámpago de azul, verde y púrpura sobre la piedra, los colores parecen permanecer tras ella en el aire, como la cola luminosa de un cometa.

Una vez maté a una iguana pensando que podría hacer algo bonito con su piel. Ocurrió algo extraño, de lo que no me podré olvidar nunca. Cuando fui hacia ella, que yacía muerta sobre una piedra, realmente mientras andaba unos pocos pasos, se fue apagando y volviéndose pálida. Todos los colores desaparecieron como en un largo suspiro y, cuando la toqué, estaba gris y opaca como un grumo de cemento. Era la viva e impetuosa pulsación de la sangre dentro del animal la que irradiaba hacia afuera aquel brillo y esplendor. Ahora que la llama se había apagado, que su alma se había ido, la iguana estaba tan muerta como un puñado de arena. Con frecuencia he matado iguanas y siempre recordaba la de la reserva. Una vez, en Meru, vi a una joven nativa con un brazalete, una banda de cuero de dos pulgadas de ancho y adornada con cuentas de color turquesa muy pequeñas que cambiaban de color

y se volvían verde, azul celeste y ultramar. Era algo extraordinariamente vivo; parecía que el brazo respiraba, así que me encapriché y mandé a Farah a comprarlo. Tan pronto como lo puse sobre mi brazo lo abandonó el espectro. Ahora no era nada, era una pieza de bisutería pequeña y barata. Había sido el juego de los colores, el duelo entre la turquesa y el negre —ese movedizo, dulce negro amarronado, como turba y cerámica negra de la piel nativa— lo que le había dado vida al brazalete.

En el museo Zoológico de Pietermaritzburg vi un pez de aguas profundas disecado en una vidriera, con la misma combinación de colores, que había sobrevivido a la muerte; me hizo preguntarme qué clase de vida habrá allí, en el fondo del mar, que encierra algo tan vivo y fresco. Allí, en Meru, miraba mi pálido brazo y el brazalete muerto, era como si se hubiera cometido una injusticia con algo noble, como si se hubiera eliminado la verdad. Me pareció tan triste que recordé la frase de un héroe en un libro que había leído de niña: «Los conquisté a todos, pero yazgo entre tumbas».

En un país extranjero y con especies de vida extrañas se debe de tener cuidado para ver qué cosas conservan su valor después de la muerte. A los colonos del África Oriental les doy un consejo: «Por el bien de vuestros ojos y de vuestro corazón, no matéis iguanas».

### Farah y el Mercader de Venecia

Una vez un amigo me escribió desde mi país y me describía una nueva escenificación de El Mercader de Venecia. Por la tarde leí la carta una y otra vez, la obra fue adquiriendo vida para mí y me parecía que llenaba la casa, así que llamé a Farah para hablar con él y explicarle el argumento de la comedia.

A Farah, como a todas las personas de sangre africana, le gustaba escuchar un cuento, pero sólo cuando estaba seguro de que él y yo estábamos solos en la casa consentía en escucharlo. Yo narraba y él escuchaba, cuando los sirvientes habían vuelto a sus cabañas y cualquiera que anduviera por la granja, mirando por las ventanas, hubiera creído que estábamos discutiendo asuntos domésticos, Farah inmóvil de pie, al otro lado de la mesa, con sus graves ojos en mi rostro.

Farah siguió atentamente los asuntos de Antonio, Bassanio y Shylock. Era un asunto grande y complicado, de algún modo al margen de la ley, algo muy real para un somalí. Me hizo una o dos preguntas sobre la cláusula de la libra de carne; estaba claro que le parecía un trato excéntrico, pero no imposible; los hombres podían dedicarse a ese tipo de cosas. Y aquí la historia comenzaba a oler a sangre, su interés creció. Cuando Portia apareció en escena aguzó los oídos; me imagino que la veía como a una mujer de su propia tribu, Fátima, con todas las velas desplegadas, hábil e insinuante, más lista que cualquier hombre. Las gentes de color no toman partido en un cuento, el interés para

ellos reside en lo ingenioso de la trama; y los somalíes, que en la vida real tienen un sólido sentido de los valores y un don de indignación moral, se olvidan de eso en las ficciones. Las simpatías de Farah estaban con Shylock, que prestaba el dinero; le repugnaba su derrota.

—¿Cómo? —dijo—. ¿Por qué renunció el judío a su exigencia? No debía haberlo hecho. Le debían la carne, era muy poca para tanto dinero.

—¿Pero qué otra cosa podía hacer —le pregunté— cuando no podía derramar ni una sola gota de sangre?

—Memsahib —dijo Farah—, podía haber usado un cuchillo al rojo vivo. Así no sale sangre.

—Pero —le dije— no le permitían tomar más que una libra, ni más ni menos.

—Y qué —dijo Farah—, ¿se asustaría por eso precisamente un judío? Podía haber ido cogiendo pedacitos cada vez, con una balanza pequeña en la mano para ir pesando, hasta que tuviera justamente una libra. ¿Es que el judío no tenía amigos que le aconsejaran?

Todos los somalíes tienen en su talante algo extraordinariamente dramático. Farah, con un ligero cambio en el aire y en la actitud, había tornado un aspecto peligroso, como si de verdad estuviera en el Tribunal de Venecia, dando ánimos a su amigo o socio Shylock frente a la muchedumbre de amigos de Antonio y al mismísimo Dux de Venecia. Sus ojos inquietos miraban de arriba abajo al Mercader que estaba delante de él, con su pecho desnudo ofreciéndose al cuchillo.

—Mira, Memsahib —dijo—, podía haber cogido pedazos pequeños, muy pequeños. Podía haberle hecho sufrir mucho bastante antes de coger la libra de su carne.

Dije:

—Sí, pero en el cuento el judío renuncia.

—Sí, pero fue una gran lástima —dijo Farah.

La élite de Bournemouth

Tenía como vecino a un colono que había sido médico en su patria. Una vez cuando la esposa de uno de mis sirvientes estaba a punto de morir en un parto y yo no podía llevarla hasta Nairobi porque las grandes lluvias habían destrozado los caminos, le escribí a mi vecino y le pedí que por favor viniera y me ayudara. Muy amablemente vino en medio de una terrible tormenta y de torrentes de lluvia tropical y, en el último momento, gracias a su pericia, salvó la vida de la mujer y el niño.

Después me escribió una carta para decirme que, aunque había una vez, a petición mía, tratado a una nativa, debía de entender que ese tipo de cosas no podían ocurrir más. Estaba convencido de que yo me daría plenamente cuenta de ello cuando supiera que él antes había ejercido con la élite de Bournemouth.

### Sobre el orgullo

La vecindad del Cazadero y la presencia, al otro lado de la frontera de la caza mayor, daba un carácter particular a la granja, como si fuéramos vecinos de un gran rey. Nos rodeaban cosas llenas de orgullo y hacían sentir su presencia.

El bárbaro ama su propio orgullo y odia o desprecia el ajeno. Yo quiero convertirme en un ser civilizado, amar el orgullo de mis adversarios, de mis criados y de mi amante; y mi casa será, con toda su humildad, un lugar civilizado en media de la selva.

El orgullo es la fe en la idea que Dios tuvo cuando nos creó. Un hombre orgulloso es consecuente de esa idea y aspira a realizada. No lucha por la felicidad o por la comodidad, que quizá sean irrelevantes con respecto a la idea que Dios tiene de él. Su realización es la idea de Dios, plenamente lograda, y está enamorado de su destino. Al igual que el buen ciudadano encuentra su felicidad en el cumplimiento de su deber hacia la comunidad, así el hombre orgulloso encuentra su felicidad en el cumplimiento de su destino.

La gente que no tiene orgullo no es consciente de que Dios haya tenido una idea al crearla, y a veces te hacen dudar de que haya existido una idea, o de que si ha existido se perdió, ¿y quién la encontrará de nuevo? Acepta como realización lo que otros ordenan que lo sea, y toman su felicidad, e incluso su propio ser, de la moda del día. Tiemblan, y con razón, ante su destino.

Ama el orgullo de Dios por encima de todas las cosas y el orgullo de tus vecinos como algo propio. El orgullo de los leones: no los encerréis en los zoológicos. El orgullo de vuestros perros: no les dejéis engordar. Ama el orgullo de tus compañeros y no les permitas la autocompasión.

Ama el orgullo de las naciones conquistadas y déjales honrar a sus padres y a sus madres.

### Los bueyes

El sábado por la tarde era un tiempo sagrado. Lo primero de todo es que no había correo hasta el lunes por la tarde, así que no te podían hacer perder el tiempo las angustiosas cartas de negocios hasta entonces, y eso parecía encerrar al lugar como una ciudadela. Lo segundo era que todo el mundo pensaba en el día siguiente, el domingo, cuando podían descansar o jugar

durante todo tiempo, y los aparceros trabajar su tierra. Más que cualquier otra cosa me gustaba pensar en el sábado de los bueyes. Solía ir a visitar su redil a las seis de la tarde, cuando volvían después del trabajo de la jornada y de unas cuantas horas de pasto. «Mañana», pensaba, «no tendrán nada que hacer, sino pastar durante todo el día».

Teníamos ciento treinta y dos bueyes en la granja, lo que significaba ocho yuntas y unos cuantos bueyes más de reserva. Ahora, en el polvo dorado del atardecer, venían paseando hasta casa a través de la pradera, en una larga hilera, caminando sosegadamente, como lo hacían todo; mientras yo estaba sosegadamente sentada sobre el cercado del redil, fumaba un cigarrillo de paz y les miraba. Allí llegaban «Nyose», «Ngufu» y «Faru» con «Msungu» —que significa hombre blanco—. Los carreteros, con frecuencia, ponían a sus yuntas el nombre de algún hombre blanco, y Delamere era un nombre corriente para los bueyes. Allí venía el viejo «Malinda», el gran buey amarillo, mi preferido; su piel estaba curiosamente marcada con imprecisas figuras, parecidas a estrellas de mar, de cuya semejanza quizá le viniera su nombre, porque «Malinda» significa falda.

Como en los países civilizados todo el mundo sufre de una crónica mala conciencia con respecto a los barrios miserables y se siente incómodo cuando piensa en ellos, así en África tienes mala conciencia y sientes una punzada cuando piensas en los bueyes. Pero con respecto a los bueyes de la granja me sentía, supongo, como un rey con respecto a sus barrios miserables: «Vosotros sois yo y yo soy vosotros».

Los bueyes en África han llevado encima la pesada carga del avance de la civilización europea. Donde quiera que se haya roturado nueva tierra han sido ellos quienes lo han hecho, arrastrando fatigosamente el arado, metidos hasta las corvas en la tierra, y los látigos silbando sobre sus cabezas. Donde se ha hecho un camino ellos lo han hecho; y han arrastrado penosamente el hierro y las herramientas a través de la tierra, bajo los gritos de los carreteros, por senderos en el polvo y las largas hierbas de las praderas, antes de que hubiera ningún camino. Se les unce antes del alba y sudan al subir y bajar las largas colinas y a través de dunas y lechos de río, durante las horas más ardientes del día. Los látigos han marcado sus flancos y con frecuencia se ven bueyes con uno o con los dos ojos arrancados de un latigazo. Los bueyes que arrastran carros de muchos contratistas indios y blancos trabajan todos los días, durante toda su vida, y no saben lo que es un sábado.

Es extraño lo que les hemos hecho a los bueyes. Los toros están en un constante estado de furia: giran sus ojos, escarban la tierra con las patas, excitados por cualquiera que entre dentro de su campo de visión, pero tienen una vida propia, echan fuego por sus belfos y una nueva vida crece de sus ijares; llenan sus días con sus deseos y satisfacciones vitales. Todo eso se lo

hemos quitado a los bueyes y como recompensa les hemos reclamado su existencia. Los bueyes pasan a lo largo de nuestra vida cotidiana, arrastrando con fuerza todo el tiempo, criaturas sin vida, cosas hechas para nuestro uso. Tienen ojos húmedos, límpidos, violetas, hocicos suaves, orejas sedosas, son pacientes y torpes en sus movimientos; a veces parecen pensar. En mi tiempo había una ley que obligaba a que los carros y las carretas llevaran freno y los carreteros se suponía que debían echar el freno al bajar las largas colinas del país. Pero nadie respetaba la ley; la mitad de los carros y carretas en uso no llevaban frenos y en los otros se echaba muy pocas veces. Esto hacía que el descenso de las colinas fuera terriblemente duro para los bueyes. Tenían que soportar las carretas cargadas, echaban hacia atrás sus cabezas con el esfuerzo, de manera que sus cuernos tocaban las jorobas de sus lomos; sus costados se convertían en un par de fuelles. Muchas veces he visto los carros de los mercaderes de leña que pasaban por el camino de Ngong hacia Nairobi, yendo uno tras otro, como una larga oruga, tomando velocidad al bajar por la colina en la reserva forestal, mientras los bueyes zigzagueaban violentamente delante de ellos. También he visto a los bueyes tropezar y caer bajo el peso del carro, al fondo de la colina.

Los bueyes piensan: «Así es la vida y las condiciones del mundo. Son duras, muy duras. Todo es por haber nacido —no hay nada que hacer—. Es algo terriblemente difícil llevar los carros colina abajo, es una cuestión de vida o muerte. No hay remedio».

Si los gordos comerciantes indios de Nairobi, dueños de los carros, se hubieran gastado dos rupias y pusieran los frenos en orden, o si los lentos y jóvenes carreteros nativos sobre los carros cargados, le hubieran echado valor bajando y poniendo los frenos, si los había, si hubiera sido así, habría remedio y los bueyes marcharían tranquilamente colina abajo. Pero los bueyes no saben y siguen, día tras día, en su lucha heroica y desesperada contra las condiciones de la vida.

#### De las dos razas

La relación entre las razas blanca y negra en África recuerda de muchas maneras a la relación entre dos sexos.

Si a uno de los dos sexos se le dijera que juega un papel menos importante en la vida del Otro sexo, que ese otro sexo desempeña dentro de su propia existencia, se sentiría escandalizado y herido. Si al amante o al marido le dijeran que desempeña un papel menos importante en la vida de su esposa o de su amante, del que ella desempeña en su propia existencia, se sentiría confundido e indignado. Si a una esposa o a una amante se le dijera que desempeña un papel menos importante en la vida de su marido o de su amante, que el que ellas desempeñan en su vida, se sentiría exasperada.



Las verdaderas historias para hombres que nunca se confían en el oído de las mujeres, prueban esta teoría; y la conversación de las mujeres cuando están con otras mujeres y ningún hombre puede oídas, también.

Los cuentos que los blancos cuentan de sus sirvientes nativos están concebidos en el mismo espíritu. Si se les dijera que no desempeñan un papel más importante en la vida de los nativos que éstos en sus propias vidas, se sentirían muy indignados e incómodos.

Si les dijeras a los nativos que desempeñan un papel no más grande en la vida de los blancos que éstos en sus vidas, nunca os creerían, sino que se reirían de vosotros. Probablemente en los círculos nativos se cuentan historias y se repiten, que prueban el absorbente interés de los blancos por los kikuyus o los kavirondos y su completa dependencia con respecto a ellos.

### Un safari en tiempo de guerra

Cuando estalló la guerra, mi marido y dos ayudantes suecos de la granja se presentaron voluntarios y fueron a la frontera alemana, donde Lord Delamere estaba organizando un servicio de información provisional. Me quedé, pues, sola en la granja. Pero poco después se comenzó a hablar de un campo de concentración para las mujeres blancas del país; se pensaba que estaban expuestas a peligros por parte de los nativos. Yo estaba aterrorizada, pensaba: «Si voy a un campo de concentración para señoras en este país durante unos meses», ¿y quién sabe cuánto va a durar la guerra?, «me moriré». Unos pocos días después tuve la suerte de ir con un joven granjero sueco, vecino nuestro, a Kijabe, una estación más allá en la línea ferroviaria y allí me hice cargo de un campamento al cual los mensajeros de la frontera traían las noticias, que luego debían ser telegrafadas al cuartel general en Nairobi.

En Kijabe yo tenía mi tienda de campaña cerca de la estación entre los montones de leña para las máquinas de ferrocarril. Como llegaban mensajeros a todas las horas del día y de la noche, tuve que trabajar muy cerca del jefe de estación goano. Era un hombre pequeño y apacible, con una ardiente sed de conocimientos, al que no afectaba la guerra en absoluto. Me preguntaba muchas cosas de mi país y me hizo que le enseñara un poco de danés, porque pensaba que dentro de un tiempo le podría ser muy útil. Tenía un hijo de diez años llamado Víctor; un día, cuando iba paseando por la estación, a través del varaseto de la veranda, le oí explicándole a Víctor su gramática:

—Víctor, ¿qué es un pronombre? ¿Qué es un pronombre, Víctor? ¿No lo sabes? ¡Te lo he dicho quinientas veces!

Los que estaban en la frontera nos pedían constantemente provisiones y municiones; mi marido me escribió dándome instrucciones para que cargara cuatro carretas de bueyes y las enviara allá tan pronto como me fuera posible.

Pero de ninguna manera debía mandadas sin que estuvieran a cargo de un hombre blanco, porque nadie sabía dónde estaban los alemanes y los masai estaban muy excitados por la idea de guerra y por los movimientos que había en toda la reserva. Por aquellos días se creía que los alemanes estaban por todos los lados y teníamos puestos centinelas en el gran viaducto de Kijabe para impedir que lo volaran.

Contraté a un joven sudafricano, llamado Klapprott, para que fuera con las carretas, pero cuando ya estaban cargadas la noche antes de que empezara la expedición fue arrestado por alemán. No era alemán y pudo demostrarlo, así que poco después fue puesto en libertad y cambió de nombre. Pero en aquel momento vi en su detención el dedo de Dios, porque ahora yo era la única persona que podía hacerse cargo de las carretas para atravesar el país. Y a primera hora de la mañana, cuando las viejas constelaciones de estrellas seguían en el cielo, comenzamos a bajar por la larga e inacabable colina de Kijabe, las grandes praderas de la reserva masai —gris hierro en la débil luz del amanecer— extendiéndose a nuestros pies, con lámparas atadas bajo los vagones, oscilando, y con mucho griterío y chasquido de látigos. Tenía cuatro carretas, con una yunta completa de dieciséis bueyes cada una y cinco bueyes de reserva, y conmigo iban veintiún kikuyus y tres somalíes: Farah, Ismail, el porteador, y un viejo cocinero también llamado Ismail, un anciano muy noble. Mi perro «Dusk» caminaba a mi lado.

Fue una pena que cuando la Policía detuvo a Klapprott detuviera también a su mula. No pude recuperada en absoluto en Kijabe, así que los primeros días tuve que caminar entre el polvo al lado de las carretas. Pero posteriormente le compré una mula y una montura a un hombre que encontré en la reserva y poco después compré otra para Farah.

Estuve fuera durante tres meses. Cuando llegamos a nuestro punto de destino nos enviaron a recoger las provisiones de un gran safari norteamericano que había montado sus tiendas cerca de la frontera y que se había levantado en un santiamén al llegar las noticias de la guerra. Desde allí las carretas tenían que ir a nuevos lugares. Aprendí a conocer los vados y los pozos de la reserva masai y a hablar un poco su lengua. Los caminos eran increíblemente malos, llenos de polvo y de bloques de piedra más altos que las carretas; después viajamos más a través de las praderas. El aire de las tierras altas africanas se me subió a la cabeza como el vino, estaba siempre como un poco borracha y la alegría de aquellos meses fue algo indescriptible. Había participado en safaris de caza, pero nunca como ahora había estado sola entre los africanos.

Los somalíes y yo, que nos sentíamos responsables de las propiedades del Gobierno, vivíamos con el miedo constante de perder los bueyes por culpa de los leones. Los leones estaban por los caminos, siguiendo los grandes

transportes de abastecimientos y de ovejas que viajaban continuamente a lo largo de la frontera. Por las mañanas temprano, cuando avanzábamos, podíamos ver las huellas frescas de los leones en el polvo sobre las rodadas de las carretas. Por la noche, cuando los bueyes estaban desuncidos había siempre el riesgo de que los leones rondaran el campamento, asustándoles y produciendo una estampida, que los dispersaría por todo el territorio, donde no los volveríamos a encontrar. Así que construíamos cercados circulares de espino en torno a los lugares donde estaban los animales desuncidos y las tiendas, y nos sentábamos con rifles junto a las hogueras.

Allí Farah e Ismail, y el propio Ismail el viejo, se sentían tan lejos de la civilización que sus lenguas se soltaban y contaban extraños sucesos de Somalia, o cuentos extraídos del Corán y de Las Mil y Una Noches. Tanto Farah como Ismail habían estado en el mar, porque los somalíes habían sido una nación marinera y fueron, me parece, en la antigüedad, grandes piratas en el mar Rojo. Me explicaron cómo cada criatura viviente sobre la tierra tenía su réplica bajo el mar: los caballos, los leones, las mujeres y las jirafas allí vivían y de cuando en cuando los marinos podían verlas. También me contaban cuentos de caballos que vivían en el fondo de los ríos de Somalia y que en las noches de luna llena salían a los prados para copular con las yeguas somalíes que allí pastaban, produciendo potros de extraordinaria belleza y rapidez. La bóveda del cielo nocturno oscilaba sobre nuestras cabezas, nuevas constelaciones estelares se levantaban desde Oriente. En el aire frío el humo estaba cargado de chispas, la leña fresca tenía un olor agrio. De vez en cuando los bueyes repentinamente se removían, pataleaban y se ponían muy juntos husmeando el aire, así que el viejo Ismail se subía a lo alto de la carreta cargada y movía su farol para mirar y espantar a quien anduviera rondando la cerca.

Tuvimos grandes aventuras con los leones:

—Cuidado con Siawa —dijo el jefe nativo de un transporte que encontramos en el camino—. No acampéis allí. Hay doscientos leones en Siawa.

Intentamos pasar Siawa antes de que cayera la noche; nos dimos prisa, pero el exceso de ésta es siempre malo, sobre todo en un safari, y hacia el atardecer la última carreta chocó con una piedra grande y no pudimos seguir. Mientras sostenía el farol sobre la gente que intentaba levantarla, un león cogió uno de nuestros bueyes de reserva a menos de tres yardas de mí. Gritando y haciendo restallar los látigos porque mis rifles estaban con el safari, pudimos asustar al león y el buey, que se había escapado con el león sobre sus espaldas, volvió junto a nosotros, pero estaba tan gravemente herido que murió dos días después.

Nos ocurrieron muchas otras cosas extrañas. Una vez un buey se bebió toda nuestra provisión de parafina, se murió y nos dejó sin luz de ninguna clase hasta que encontramos una dhuka india en la reserva, abandonada por su dueño, en la que curiosamente algunos de los artículos estaban sin tocar.

Durante una semana acampamos cerca de un gran campamento de morani-masai y los jóvenes guerreros, pintados para la lucha, armados de lanzas y de largos escudos, con pieles de león en la cabeza, rondaban mi tienda de campaña de día y de noche para que les diera noticias de la guerra y de los alemanes. A mi propia gente del safari le gustaba ese campamento, porque podían comprar leche del rebaño que viajaba con los morani y que pastoreaban los chiquillos masai, los laioni, demasiado jóvenes aún para ser guerreros. Las jóvenes guerreras masai, muy vivaces y bonitas, venían a mi tienda a visitarme. Siempre me pedían que les prestara mi espejo y, cuando se lo pasaban de una a otra, descubrían su doble fila de dientes resplandecientes en él, como jóvenes e irritadas carnívoras.

Todas las noticias de movimientos del enemigo tenían que pasar a través del campamento de Lord Delamere. Pero Lord Delamere se desplazaba por la reserva en marchas tan increíblemente rápidas que nadie sabía dónde se podía encontrar su campamento. Yo no tenía nada que ver con el servicio de información, pero quería saber cómo funcionaba el sistema para la gente que estaba en él. Una vez mi ruta pasó a dos millas del campamento de Lord Delamere, cabalgué con Farah hacia allí y tomé té con él. El lugar, aunque Lord Delamere iba a levantar un campamento al día siguiente, era como una ciudad rebosante de masais. Porque siempre fue muy amigo de ellos y en su campamento se les atendía tan bien que se convirtió en algo parecido a la madriguera del león de la fábula: todas las huellas llevaban dentro y ninguna fuera. Si enviabas a un mensajero masai con una carta al campamento de Lord Delamere, posiblemente no lo volvías a ver más con su respuesta. En el centro de toda aquella agitación estaba Lord Delamere, bajo de estatura, tan elegante y cortés como siempre sus blancos cabellos cayéndole sobre los hombros; parecía estar completamente a gusto, me contó cosas de la guerra y me ofreció un té con leche ahumado al estilo masai.

Mi gente demostró una enorme paciencia hacia mi ignorancia de los bueyes, arreos y costumbres de los safaris; estaban tan dispuestos a disimularla como yo misma. Trabajaron muy bien para mí a lo largo del safari y nunca rezongaron, a pesar de que por mi inexperiencia exigía demasiado de todos, tanto de los bueyes como de las personas. Llevaban agua de baño para mí sobre la cabeza durante un largo trecho por la pradera, y cuando desuncíamos a mediodía me montaban un baldaquino para preservarme del sol, con lanzas y sábanas donde descansaba. Temían un poco a los salvajes masai y les preocupaban mucho los alemanes, sobre los cuales circulaban extraños

rumores. En aquellas circunstancias yo era en la expedición, me parece, como una especie de ángel guardián o de mascota.

Seis meses antes del comienzo de la guerra vine por primera vez en el barco a África con el general Von Lettow Vorbeck, que ahora tenía el más alto mando de las fuerzas alemanas en África oriental. No tenía idea de que iba a convertirse en un héroe y nos hicimos amigos durante el viaje. Cuando cenamos juntos en Mombasa, antes de que él se fuera para Tanganyka y yo hacia el interior, me dio una fotografía suya en uniforme y a caballo, y escribió en ella:

Das Paradies auf Erde  
Ist auf dem Rücken der Pferde,  
Und die Gesundheit des Leibes  
Am Busen des Weibes.

Farah, que había venido a buscarme a Adén y que había visto al general y sabía que éramos amigos, había traído la fotografía con nosotros en el safari y la guardaba junto con el dinero y las llaves de la expedición para mostrarla a los soldados alemanes si nos hadan prisioneros, dándole un gran valor.

Qué hermosas eran las noches en la reserva masai cuando llegábamos después del crepúsculo al río o al pozo de agua donde desuncíamos, marchando en una larga fila. Las llanuras, con sus acacias, ya estaban casi a oscuras, pero el aire estaba lleno de claridad, y sobre nuestras cabezas, hacia el oeste, una sola estrella, que se haría mayor y más radiante en el curso de la noche, era apenas visible aún, como un punto plateado en el cielo de topacio cetrino. El aire penetraba fresco por los pulmones, las largas hierbas chorreaban humedad y exhalaban su aroma austeramente sazonado. Dentro de un momento por todas partes comenzaría a sonar el canto de las cigarras. Yo era la hierba y el aire, yo era las lejanas e invisibles montañas, yo era los agotados bueyes. Respiraba con el suave viento de la noche en las acacias.

Al cabo de tres meses recibí de repente la orden de volver a casa. Como las cosas empezaban a ser sistemáticamente organizadas y tropas regulares venían desde Europa, se pensó, creo, que mis expediciones tenían algo de irregular. Volvimos, pasando por nuestros antiguos lugares de acampada, con tristeza.

Aquel safari vivió durante mucho tiempo en la memoria de la granja. Posteriormente yo hice muchos safaris, pero por alguna razón, ya fuera porque en aquel momento estábamos al servicio del Gobierno, y éramos una especie de funcionarios o fuera por el ambiente casi de guerra, aquella expedición en concreto fue particularmente querida por quienes estuvieron en ella. Los que habían estado conmigo llegaron a considerarse una especie de aristocracia del

safari.

Muchos años después venían a casa y hablaban del safari para refrescar los recuerdos y volver sobre una u otra de nuestras aventuras.

### El sistema numeral Swaheli

Cuando yo acababa de llegar a África un tímido joven lechero sueco me enseñó los números en swaheli. Como la palabra swaheli para nueve tiene, a oídos suecos, un sonido dudoso, no le gustaba decírmela y cuando contábamos «siete, ocho», se detenía, miraba para otra parte, y decía:

—No existe el número nueve en swaheli.

—¿Quiere decir —le pregunté yo— que sólo pueden contar hasta ocho?

—Oh, no —dijo con rapidez—. Ellos tienen diez, once, doce y todo lo demás. Pero carecen del nueve. Tampoco tienen el diecinueve —dijo enrojeciendo, pero muy firme— ni noventa, ni novecientos —porque esas palabras, en swaheli, están construidas sobre el número nueve—. Pero aparte de eso tienen todos los números.

La idea de ese sistema me hizo pensar mucho y por alguna razón me proporcionaba un gran placer. He aquí, pensé, un pueblo con un espíritu original y con coraje para romper con la pedantería de las series numerales.

Uno, dos y tres son los únicos números primos secuenciales, pensé, así que ocho y diez son los únicos números pares secuenciales. La gente puede intentar probar la existencia del número nueve sosteniendo que es posible multiplicar el número tres por sí mismo. Pero ¿por qué hacerla? Si el número dos no tiene raíz cuadrada, el número tres puede también carecer de cuadrado. Si se descompone la suma de dígitos de un número hasta reducirlo a una sola cifra, no cambia el resultado si está el número nueve o cualquier múltiplo de nueve, desde el principio, así que se puede decir que el nueve es realmente un no existente, lo cual, pensaba, habla en favor del sistema swaheli.

Sucedió que tuve un sirviente en casa llamado Zacharia que había perdido el cuarto dedo de la mano izquierda. Quizá, pensé, eso sea corriente entre los nativos y se hace para facilitarles la aritmética cuando tienen que contar con los dedos.

Cuando empecé a desarrollar mis ideas ante otra gente me pararon y me explicaron. Pero seguí pensando que existía un sistema nativo de caracteres numerales sin el número nueve, que les sirve y con el cual puedes descubrir muchas cosas.

En relación con esto me acuerdo de un viejo clérigo danés que no creía que Dios hubiera creado el siglo XVIII.

«No te dejaré marchar si no me das tu bendición»

Cuando en África, en marzo, las grandes lluvias comienzan después de cuatro meses de tiempo cálido y seco, la riqueza de lo que florece y la frescura y la fragancia por todas partes son abrumadoras.

Pero el granjero refrena su corazón y no se atreve a creer en la generosidad de la naturaleza, temiendo escuchar un decrecimiento del ruido de la lluvia que cae. El agua que bebe la tierra debe nutrir a la granja y a toda la vida humana, animal y vegetal que hay en ella durante los cuatro meses sin lluvia que se avecinan.

Es una maravillosa visión la de los caminos de la granja convertidos en corrientes de agua que ruge y el granjero vadea el barro con un corazón alegre, hacia los cafetales florecidos y empapados. Pero sucede en medio de la estación de las lluvias que en la noche las estrellas aparecen entre las tenues nubes; entonces el granjero sale de la casa y mira a lo alto, como si fuera a colgarse del cielo ya ordeñarle más lluvia. Le grita al cielo: «Dame más, aún más. Mi corazón está desnudo ante ti ahora y no te dejaré marchar si no me das tu bendición. Ahógame si quieres, pero no me mates con tus caprichos. Nada de coitus interruptus, ¡cielo, cielo!».

A veces, un día frío e incoloro, en los meses después de la temporada de las lluvias, me recordaba el tiempo de los marka mbaya, el año malo, el tiempo de la sequía. En esos días los kikuyu solían traer a pacer sus vacas en torno a mi casa y un chiquillo que tenía una flauta tocaba una corta tonada. Cuando he escuchado esa tonada otra vez me ha traído a la memoria, de golpe, todas nuestras angustia y desesperación del pasado; Tiene el sabor salado de las lágrimas. Pero al mismo tiempo encontré en la tonada, inesperada y sorprendentemente, un vigor, una curiosa dulzura, una canción. ¿Había todo eso realmente en los malos tiempos? Había en nosotros juventud entonces, una salvaje esperanza. Durante aquellos largos días todos formábamos una unidad, así que en otro planeta nos hubiéramos reconocido unos a otros, y las cosas se hablaban entre sí, el reloj de cuco y mis libros con las flacas vacas en el prado y los doloridos ancianos kikuyu: «También vosotros estabais aquí. Vosotros también erais parte de la granja de Ngong». Que los malos tiempos nos bendigan y se vayan. Los amigos de la granja venían a la casa y se iban de nuevo. No eran de esa clase de gente que se queda mucho tiempo en el mismo sitio. Ni siquiera eran de los que envejecen, se mueren y nunca más vuelven. Pero habían sido felices junto al fuego y cuando la casa se cerraba en torno a ellos diciéndoles «No os dejaré marchar si no me bendecís», se reían, la bendecían y se iban.

Una vieja dama en una fiesta hablaba de su vida. Decía que la viviría de nuevo y con esto quería probar que había vivido sabiamente. Pensé: Sí, su vida

ha sido de esa clase que hay que repetirla para decir que se ha vivido. Puedes hacer un da capo con una pero no con una pieza musical entera, con una sinfonía, ni con una tragedia en cinco actos. Y si se repite es que no ha ido como debía haber ido.

Mi vida, no te dejaré marchar hasta que no me hayas bendecido, entonces te dejaré.

### El eclipse de Luna

Un año tuvimos un eclipse de luna. Un poco antes de que se produjera recibí la siguiente carta del joven jefe de estación india de la reserva kikuyu:

«HONORABLE SEÑORA: He sido amablemente instruido sobre que la luz del sol se retirará durante siete días. Dejando aparte los trenes, le ruego que tenga la amabilidad de informarme, porque no creo que nadie más que usted, pueda tener la amabilidad de informarme, ¿debo, durante ese período de tiempo, dejar que mis vacas pasten por los alrededores o debo recogerlas en el establo? Tengo el honor de ser, señora, su obediente servidor».

PATEL

### Los nativos y el verso

Los nativos, que tienen un poderoso sentido del ritmo, no saben nada del verso, o al menos no saben nada hasta que no van a las escuelas, donde les enseñan himnos. Una tarde en el campo de maíz, donde habían estado recolectando, arrancando las mazorcas y echándolas en los carros de bueyes, para divertirme me puse a hablar en verso swaheli a los trabajadores, que en su mayor parte eran muy jóvenes. Los versos no tenían sentido, los hacía simplemente siguiendo la rima: Ngumbe na penda chumbe, Malaya-mbaya, Wakamba na-kula mamba («Al buey le gusta la sal / las putas son malas, / el Wakamba come serpientes»), conseguí captar el interés de los chicos, que formaron un corro en torno mío. Captaron rápidamente que el significado en poesía no es lo importante y no se planteaban la tesis del verso, sino que esperaban ansiosamente la rima y se reían cuando llegaba. Intenté que ellos mismos encontraran la rima y terminaran el poema que yo había empezado, pero no podían o no querían hacerla, y miraban para otro lado. Cuando se hubieron acostumbrado a la idea de la poesía, me pedían: «Habla otra vez. Habla como lluvia». Por qué sentían que el verso era como la lluvia es algo que no sé. Quizá sea una expresión de aplauso, porque en África la lluvia siempre es deseada y bienvenida.

### Del milenio

En el tiempo en que el próximo regreso de Cristo a la tierra se había convertido en una certeza, se formó un comité para decidir cómo se prepararía



su recibimiento. Después de unas cuantas discusiones se envió una circular en la que se prohibía agitar o lanzar palmas al igual que gritar «Hosanna».

Cuando ya estábamos en pleno milenio y la alegría era universal, una noche Cristo le dijo a Pedro que quería, cuando todo estuviera tranquilo, hacer un corto paseo a solas con él.

—¿A dónde queréis ir, Señor? —preguntó Pedro.

—Me gustaría —respondió el Señor— simplemente dar un paseo desde el Pretorio por aquel largo camino hasta la Colina del Calvario.

### La historia de Kitosch

La historia de Kitosch ha aparecido en los periódicos. Hubo un proceso y se formó un jurado para ir desde el principio hasta el fin en busca de un esclarecimiento, que en parte se puede encontrar aún en los viejos documentos.

Kitosch era un joven nativo al servicio de un joven colono blanco de Malo. Un miércoles del mes de junio, el colono prestó su yegua marrón a un amigo para que fuera hasta la estación. Envió a Kitosch para que trajera de vuelta la yegua y le dijo que no la montara, sino que la condujera de las riendas. Pero Kitosch se montó en la yegua y volvió cabalgando, y el sábado el colono, su amo, supo la falta porque se la contó un hombre que había visto a Kitosch. Como castigo el colono, el domingo por la tarde, azotó a Kitosch y luego lo ató en el almacén, y ese mismo día por la noche el sirviente murió.

El alto tribunal se reunió por este motivo en Nakuru en el Instituto Ferroviario, el día 1 de agosto.

Los nativos se reunieron y se sentaron en torno al Instituto Ferroviario preguntándose a qué venía todo aquello. Para ellos el caso estaba muy claro; Kitosch había muerto, de eso no había duda; entonces lo que había que hacer, según las ideas de los nativos, era compensar por su muerte a su gente.

Pero la idea de justicia europea es diferente de la de los africanos y al jurado, formado por hombres blancos, se le presentó en seguida el problema de culpa e inocencia. El veredicto en el caso tenía que ser de asesinato, de homicidio impremeditado o de heridas graves. El tribunal le recordó al jurado que el grado de un delito depende de las intenciones de las personas implicadas y no de los resultados. ¿Cuáles eran, pues, las intenciones y la actitud mental de las personas implicadas en el caso Kitosch?

Para decidir cuáles habían sido las intenciones y la actitud mental del colono lo interrogaron a lo largo de un día. Intentaron trazar un cuadro de lo que había ocurrido y poner en él todos los detalles a los que tuvieron acceso. Así, escribieron que cuando el colono llamó a Kitosch, éste acudió y

permaneció a tres yardas de él. Este insignificante detalle en el informe fue de gran efecto. Aquí se iniciaba el drama, el hombre blanco y el negro a tres yardas de distancia.

Pero desde ese momento, cuando la historia avanza, el equilibrio del cuadro se rompe, y la figura del colono se hace más borrosa y pequeña. No hay más remedio. Se convierte sólo en una figura accesoría en un paisaje grande, un rostro pálido e insignificante, pierde su peso, parece como un recortable de papel y es empujado, como por una corriente de aire, por la desconocida libertad de hacer lo que le da la gana.

El colono declaró que había comenzado preguntando a Kitosch quién le había dado permiso para montar su yegua marrón y que había repetido la pregunta unas cuarenta o cincuenta veces; al mismo tiempo admitió que nadie podía haberle dado a Kitosch semejante permiso. Aquí comenzó su perdición. En Inglaterra no hubiera podido hacer una pregunta cincuenta veces, se habría detenido, de una forma u otra; mucho antes de llegar a la cuarenta.

Aquí en África a la gente le podía chillar la misma pregunta cincuenta veces. Finalmente Kitosch respondió que él no era un ladrón y el colono declaró que fue la insolencia de esa respuesta la que le hizo azotar al muchacho.

En este punto, en el informe, hay un segundo detalle, irrelevante pero significativo. Dice que durante la flagelación dos europeos, considerados amigos del colono, vinieron a verle. Estuvieron mirando durante diez minutos o un cuarto de hora y luego se fueron.

Después de la flagelación el colono no podía dejar que Kitosch se fuera. A última hora de la tarde ató a Kitosch con unas correas y lo encerró en el almacén. Cuando el jurado le preguntó por qué lo hizo dijo que el chico era tonto, que quería impedir que un muchacho semejante anduviera por la granja. Después de la cena volvió al almacén y se encontró con que Kitosch yacía inconsciente, un poco apartado de donde él lo había atado, con las correas aflojadas. Llamó a su cocinero Baganda y con su ayuda ató al muchacho más fuertemente que antes; sujetó sus manos a un poste que tenía detrás y la pierna izquierda a otro que estaba enfrente. Se fue del almacén, cerrando la puerta, pero media hora más tarde volvió con su cocinero y su toto de cocina y los dejó allí. Luego se fue a la cama y la siguiente cosa que recordaba es que el toto vino del almacén diciéndole que Kitosch había muerto.

El jurado recordaba las palabras de que el grado de un delito reside en la intención y buscó esa intención. Hicieron una cantidad de detalladas preguntas sobre la flagelación de Kitosch y sobre lo que había ocurrido después, y cuando lees los papeles les ves moviendo las cabezas.

¿Pero cuál había sido la intención y la actitud mental de Kitosch? Esto, cuando comenzaron a hurgar, resultó algo diferente. Kitosch tenía una intención y al final pesó en la balanza del caso. Se puede decir que su intención y su actitud mental, la del africano, salvaron al europeo.

Kitosch no tuvo mucha oportunidad de expresar su intención. Lo encerraron en el almacén; su mensaje, además, llegó de forma muy simple y en un único gesto. El vigilante nocturno declaró que se pasó la noche gritando. Pero no fue así, porque alrededor de la una habló con el toto, que estaba en el almacén con él. Le dijo al niño que le gritara porque los azotes le habían dejado sordo. Pero a la una le pidió al toto que le aflojara los pies y le explicó que de ninguna manera podía escapar. Cuando el toto hubo hecho lo que le pidió, Kitosch le dijo que quería morir. El niño declaró que a las cuatro volvió a decir que quería morir. Un poco después se estremeció todo su cuerpo, gritó «¡Me muero!», y se murió.

Tres médicos declararon en el proceso.

El cirujano del Distrito, que había realizado el examen postmortem, manifestó que la muerte se había producido por los golpes y heridas que encontró en el cuerpo. Creía que ninguna atención médica inmediata podría haber salvado la vida de Kitosch.

Los dos médicos de Nairobi, llamados por la defensa, eran, sin embargo, de diferente opinión.

Los azotes por sí solos, sostuvieron, no fueron suficientes para provocarle la muerte. Un factor importante se encuentra en el hecho, que no puede ser ignorado, de la voluntad de morir. En este punto el primero de los médicos declaró que podía hablar con autoridad porque llevaba veinticinco años en el país y conocía la mentalidad de los nativos. Muchos médicos estarían de acuerdo con él en que cuando un nativo quiere morir realmente se muere. En un caso como el presente estaba bien claro, porque Kitosch había dicho que quería morir. El segundo médico le apoyó en este punto.

Es muy probable, prosiguió el médico, que si Kitosch no hubiera tomado esa actitud, no se hubiera muerto. Si, por ejemplo, hubiera comido alguna cosa no hubiera perdido su valor, porque ya se sabe que el hambre reduce el coraje. Añadió que la herida que había en el labio seguramente no se debía a una patada, sino que se la había infligido el propio muchacho, al morderse por el dolor.

El médico, además, no creía que Kitosch se hubiera hecho a la idea de morir hasta después de las nueve, porque hacia esa hora parece que intentó escaparse. No se había muerto hasta después de las nueve. Cuando fue sorprendido en el intento de escapar y le ataron de nuevo, el hecho de ser un

prisionero, dijo el médico, seguramente pesó en su mente.

Los dos médicos de Nairobi resumieron su opinión sobre el caso. La muerte de Kitosch, sostuvieron, se debió a los azotes, al hambre y al deseo de morir, siendo ésta la causa principal. El deseo de morir, admitieron, pudo ser provocado por los efectos de la flagelación.

Después de las declaraciones de los médicos el asunto giró sobre lo que en el tribunal fue llamada «Teoría del deseo de morir». El cirujano del Distrito, que era el único que había visto el cadáver de Kitosch, rechazó la teoría, y puso ejemplos de pacientes de cáncer que había tratado que deseaban morir, pero que no se morían. Sin embargo, se descubrió que se trataba de europeos.

El jurado, finalmente, dio su veredicto: culpable de heridas graves. El mismo veredicto se aplicó a los nativos acusados, pero se consideró que habían actuado bajo las órdenes de su amo, un europeo, por lo que sería injusto meterles en prisión. El juez impuso una sentencia de dos años al colono y de un día a cada uno de los nativos.

Cuando lees el caso te resulta un hecho extraño, humillante, que un europeo en África no tenga poder para quitar la vida a un africano. El país es la tierra de los nativos, y hagas lo que hagas con ellos, cuando quieren se marchan por su propia voluntad y porque no quieren quedarse. ¿Quién tiene la responsabilidad de lo que ocurre en una casa? El hombre que es su dueño, el que la ha heredado.

Por su vigoroso sentido de lo que es justo y decoroso, la figura de Kitosch, con su firme voluntad de morir, aunque alejada de nosotros por los muchos años pasados, destaca con una belleza propia. En ella se encuentra la fugacidad de las cosas salvajes que son, en la hora de la necesidad, conscientes de un refugio en algún lugar de la existencia; que se van cuando quieren; a los cuales nunca podemos retener.

#### Algunos pájaros africanos

Al principio de las grandes lluvias, en la última semana de marzo o en la primera de abril, he escuchado al ruiseñor de los bosques de África. No la canción entera, sólo unas cuantas notas: los primeros compases de un concierto, un ensayo, repentinamente suspendido y vuelto a comenzar. Era como si en la soledad de los bosques empapados de lluvia alguien en un árbol estuviera tocando un pequeño cello. Era, sin embargo, la misma melodía y con la misma abundancia y suavidad que pronto llenaría los bosques de Europa, desde Sicilia a Elsinore.

Teníamos las cigüeñas blancas y negras en África, los pájaros que hacen sus nidos sobre los tejados de bálago de las aldeas del norte de Europa. En África tienen un aspecto menos imponente que allá, porque hay pájaros tan

altos y voluminosos como el marabú y el serpentaria que se le pueden comparar. Las cigüeñas tienen unos hábitos distintos en África que en Europa, donde viven como si fueran parejas casadas y son el símbolo de la felicidad doméstica. Aquí se las ve en grandes bandadas, como en clubs. Les llaman los pájaros-langosta en África y siguen a las langostas cuando éstas caen sobre la tierra, viviendo por todo lo alto gracias a eso. Sobrevuelan las praderas también cuando arde la hierba, enfrente de la línea de avance de pequeñas llamas saltarinas, por encima del centelleante aire del color del arco iris y el humo gris, en busca de las ratas y las serpientes que escapan del fuego. Las cigüeñas se lo pasan muy bien en África. Pero su verdadera vida no está aquí y cuando los vientos primaverales les traen pensamientos de apareamiento y de anidar, sus corazones se vuelven hacia el norte, y recuerdan los viejos tiempos y lugares y vuelan hacia allá, de dos en dos y poco después se las encuentra vadeando las frías marismas de sus lugares de origen.

En las praderas, en el principio de las lluvias, donde los vastos tallos de hierba quemada empiezan a mostrar brotes verdes, hay muchos centenares de chorlitos. Las praderas siempre tienen algo de marino, los horizontes abiertos recuerdan el mar y las largas playas marinas, el viento vagabundo es el mismo, la hierba chamuscada tiene un olor marino y cuando crece, corre en oleadas sobre la tierra. Cuando los claveles blancos florecen en las praderas te recuerda las altas olas crestadas de blanco al navegar por el Sund. Sobre las praderas los chorlitos toman el aspecto de aves marinas y se comportan como tales en una playa, correteando sobre la hierba espesa, tan rápidos como pueden durante un corto tiempo, y luego levantan el vuelo ante tu caballo con agudos chillidos, así que el cielo claro se llena de vida con alas y voces de pájaros.

Las grullas coronadas, que acuden a los maizales recién apisonados y plantados a robar el maíz, compensan su robo por ser pájaros de buenos augurios, que anuncian la lluvia, y también porque bailan para nosotros. Es un hermoso espectáculo cuando los altos pájaros están juntos, verlos desplegar sus alas y bailar. Es una danza con mucho estilo y con un poco de afectación porque, ¿si pueden volar, por qué saltan una y otra vez como si estuvieran atados a la tierra por magnetismo? Todo su baile tiene un aire sagrado, como ciertas danzas rituales; tal vez las grullas intenten juntar cielo y tierra como los ángeles con alas que subían y bajaban por la escalera de Jacob. Con su colorido gris pálido, el pequeño casquete negro de terciopelo y la cresta en forma de abanico, las grullas tienen todo el aire de frescos claros y llenos de vida. Cuando después de la danza levantan el vuelo y se van, para mantener el tono sagrado del espectáculo que han dado, sueltan una clara nota tañida con las alas o con la voz, como si un grupo de campanas de iglesia se hubiera alzado y volara. Las puedes escuchar durante un largo rato, hasta cuando los propios pájaros han desaparecido en el cielo: campanadas que vienen de las

nubes.

El cálao rinoceronte era otro visitante de la granja y venía a comer las castañas del castaño de El Cabo. Eran pájaros muy extraños. Es una aventura o una experiencia encontrártelos, aunque no agradable del todo porque parecen muy listos. Una mañana antes del amanecer fui despertada por un ruidoso guirigay fuera de la casa, y cuando salí a la terraza vi a cuarenta y un cálaos posadas en los árboles del prado. Parecían, más que pájaros, fantásticos artículos de lujo puestos en los árboles, aquí y allá, por un niño. Negros como eran, con el suave y noble negro africano, profunda oscuridad absorbida a través de una época, como hollín viejo, te hacían pensar que por su elegancia, vigor y vivacidad ningún color puede rivalidad con el negro. Todos aquellos cálaos hablaban entre sí alegremente, pero con porte distinguido, como un grupo de herederos después de un funeral. El aire de la mañana era claro como el cristal, el grupo sombrío se bañaba en frescura y pureza, el sol salía como una opaca pelota de color rojizo. Te preguntabas qué clase de día te esperaba después de un amanecer semejante.

Los flamencos son los pájaros africanos de colores más delicados, rosados y rojos como la ramita voladora de un arbusto de adelfas. Tienen patas increíblemente largas y en sus cuerpos y sus cuellos curvas de lo más extraño y rebuscado, como si debido a una exquisita y tradicional mojigatería hicieran las posturas y los movimientos vitales lo más difíciles posible.

Una vez, viajé desde Port Said hasta Marsella, en un barco francés que llevaba a bordo una carga de ciento cincuenta flamencos para el Jardin d'Acclimatation de Marsella. Los tenían encerrados en grandes y sucias jaulas con costados de lona, diez en cada una y muy apretados unos contra otros. El guardián que los llevaba me dijo que esperaba perder un veinte por ciento de ellos en el viaje. No estaban hechos para aquella clase de vida, cuando hacía mal tiempo perdían su equilibrio, se rompían las patas y los otros pájaros de la jaula les pisoteaban. Por la noche, cuando soplaban fuerte el viento en el Mediterráneo y las olas golpeaban el barco, a cada golpe de mar oía en la oscuridad a los flamencos chillar. Todas las mañanas veía al guardián con uno o dos pájaros muertos y echarlos por encima de la borda. La noble ave zancuda del Nilo, hermana del loto, que flota sobre el paisaje como una nube vagabunda en el ocaso, se había convertido en un inerte montón de plumas rosadas y rojas con un par de largos y delgados palos pegados. Los pájaros muertos flotaban en el agua durante un poco de tiempo, balanceándose en la estela del barco antes de hundirse.

«Pania»

Los galgos, que han vivido innumerables generaciones con los hombres, han adquirido un sentido del humor humano y pueden reír. Su idea de una

broma es como la de los nativos, que se divierten cuando las cosas van mal. Quizá no puedas superar esa clase de humor hasta que no tienes un arte y una iglesia establecida. «Pania» era hijo de «Dusk». Un día paseaba con él cerca del estanque donde había un grupo de altos y espesos árboles gomíferos cuando se apartó de mí para subir a uno de los árboles y volver de nuevo a medio camino para hacerme ir con él. Fui hasta el árbol y vi a un serval sentado en lo alto. Los servales se dedicaban a comer nuestras gallinas, así que grité a un toto que viniera y le envié a la casa a buscar mi escopeta; cuando la traje, maté al serval. Cayó desde la altura con un golpetazo y «Pania» se puso a su lado en un segundo, moviéndolo y arrastrándolo, muy contento con la exhibición.

Algún tiempo después iba por el mismo camino, pasado el estanque; había ido a cazar perdices, pero no encontré ninguna y «Pania» y yo estábamos desanimados. De pronto, «Pania» salió a todo correr hacia el más lejano de los árboles del bosquecillo, ladrando con gran excitación, luego vino como una flecha hacia mí y después volvió al árbol. Contenta de tener la escopeta conmigo y de que me fuera a encontrar un segundo serval, porque tienen una piel moteada muy bonita, me acerqué al árbol. Pero cuando miré hacia arriba había un gato doméstico negro sentado lo más alto posible y muy enfurecido, en la oscilante copa del árbol. Bajé la escopeta.

—«Pania» —le dije—, ¡tú eres tonto! Es un gato.

Mientras me volvía hacia «Pania» éste permanecía a cierta distancia, mirándome y desternillándose de risa. Cuando sus ojos se encontraron con los míos se lanzó sobre mí, danzó, movió su rabo, gimoteó, puso sus patas sobre mis hombros y su nariz en mi rostro, luego saltó hacia atrás otra vez para dar rienda suelta a su risa.

Se expresaba mediante una pantomima: «Ya sé. Ya sé. Era un gato doméstico. Lo supe siempre. Por supuesto tienes que perdonarme. ¡Pero si supieras qué pinta tenías lanzándote contra el gato con una escopeta!».

Durante todo aquel día, de vez en cuando, «Pania» tuvo la misma excitación y el mismo comportamiento; expresaba los sentimientos más abrumadoramente amistosos hacia mí, y luego se separaba un poco para reírse a sus anchas.

Había una nota insinuante en su amistad. «Sabes», decía, «que en esta casa sólo me río de ti y de Farah».

Hasta de noche, cuando estaba dormido frente al fuego, le oí que en sueños gruñía y gimoteaba de risa. Yo creo que recordaba el hecho mucho tiempo después, cuando pasábamos el estanque y los árboles.

Esa, al que se llevaron de junto a mí durante la guerra, volvió, después del armisticio y vivió pacíficamente en la granja. Tenía una esposa llamada Mariammo, una mujer delgada, negra y muy trabajadora, que traía leña a la casa. Esa era el sirviente más educado que tuve y nunca reñía con nadie.

Pero algo le había ocurrido a Esa en su exilio y había vuelto cambiado. A veces tenía miedo de que fuera a morir poco a poco, como una planta a la que se le han cortado las raíces.

Esa era mi cocinero, pero no le gustaba cocinar, quería ser jardinero. Las plantas eran las únicas cosas hacia las que había conservado auténtico interés. Pero mientras que tenía otro jardinero, no tenía cocinero, e hice que Esa volviera a la cocina. Le había prometido que volvería a su trabajo en el jardín, pero lo iba retrasando de un mes a otro. Esa, por su cuenta, había desecado un trocito de terreno junto al río, rodeándolo de un murete y plantándolo para darme una sorpresa. Pero lo había hecho solo y ya no era un hombre fuerte. El murete resultó no ser lo bastante sólido y las grandes lluvias lo echaron abajo. La primera perturbación de su tranquila no-existencia le llegó a Esa cuando murió su hermano en la reserva kikuyu y le dejó una vaca negra. Entonces se hizo evidente todo lo que la vida había gastado a Esa, ya no podía soportar sus emociones más fuertes. Creo, sobre todo, que no aguantaba la felicidad. Pero pidió un permiso de tres días para ir a traer a la vaca, y cuando volvió me di cuenta que estaba intranquilo y agitado, con las manos y los pies de quien ha estado entumecido por el frío y lo llevan a una habitación caliente.

Todos los nativos son jugadores y bajo la ilusión de que la fortuna le sonreía, creada por la vaca negra, Esa comenzó a tener una terrible confianza en las cosas, a tener grandes sueños. Le pareció que la vida todavía le podía dar algo; decidió tomar una nueva esposa. Cuando me contó su plan ya estaba negociando con su futuro suegro, que vivía en la carretera de Nairobi y tenía una mujer swaheli. Intenté convencerle para que cambiara de idea.

—Tienes una esposa muy buena —le dije— y tu cabeza es ya gris, no puedes necesitar otra. Quédate con nosotros y vive en paz.

A Esa no le ofendieron mis palabras, el pequeño y cortés kikuyu permaneció ante mí muy erguido y, a su manera, mantuvo su decisión. Poco después trajo a su nueva esposa, Fatoma, a la granja.

Que Esa creyera que podía venirle algo bueno de su nuevo matrimonio demostraba que había perdido el juicio. La novia era muy joven, dura, malhumorada, vestida a la manera swaheli, con la lascivia de la nación de su madre, pero sin el menor asomo de gracia o de alegría. Pero el rostro de Esa estaba radiante de triunfo y de grandes planes; en su inocencia se comportaba como un hombre atacado por la parálisis. Mariammo, la paciente esclava, se mantuvo en segundo término, aparentemente despreocupada.



Es posible que Esa tuviera un corto período de grandeza y goce, pero no duró y su pacífica existencia en la granja se hizo pedazos con su nueva esposa. Ésta, un mes después de la boda, se escapó, y se fue a vivir a los cuarteles de los soldados nativos de Nairobi. Durante mucho tiempo Esa solía pedir un día de permiso para ir a la ciudad y traerla consigo, volviendo por la noche con su oscura y maldispuesta esposa. La primera vez se fue confiado y completamente decidido a traerla —¿no era acaso su esposa legal?—. Luego se ponía en camino en una azorada y triste búsqueda de sus sueños y de la sonrisa de la fortuna.

—¿Para qué quieres que vuelva, Esa? —le decía yo—. Déjala. Ella no quiere volver contigo y nada bueno va a salir de eso.

Pero Esa no quería dejarla. Hacia el final ya había renunciado a sus expectativas de vida y era tan sólo el valor monetario de su mujer lo que quería conservar. Los otros criados se reían de él cuando se iba penosamente en su busca y me decían que los soldados también se reían. Pero Esa nunca había prestado mucha atención a lo que la otra gente pensaba de él y en cualquier caso ahora no le importaba. Iba obstinada y fielmente a recuperar su propiedad perdida, como un hombre que busca a una vaca fugitiva.

Una mañana, Fatoma vino a decir a mis criados que Esa, estaba enfermo y que no podía cocinar ese día, pero que se levantaría al día siguiente. Ya entrada la tarde los criados vinieron a decirme que Fatoma había desaparecido y que Esa, había sido envenenado y se moría. Cuando salí habían sacado a Esa en su lecho, poniéndole en la plazoleta entre las cabañas de los criados. Estaba claro que no tardaría en morir. Le habían dado cierto tipo de veneno nativo, parecido a la estricnina, y debió de sufrir mucho en su cabaña bajo los ojos de su joven esposa y asesina, hasta que ésta supo con seguridad que había acabado con él y se marchó. Seguía teniendo unos espasmos que contraían su cuerpo, pero estaba rígido y frío, como un muerto. Su rostro había cambiado mucho y por las comisuras de su boca azulina salía sangre mezclada con espumarajos. Farah se había ido a Nairobi con el automóvil, de modo que no podía llevar a Esa al hospital, pero no creo que en cualquier caso hubieran podido hacer nada por él; nadie podía ayudarle.

Antes de morir Esa me lanzó una larga mirada, pero no sé si me reconoció. Con la conciencia en sus oscuros y animales ojos se iba el recuerdo del país tal y como yo siempre había deseado conocerlo, cuando era corno en el Arca de Noé, con la caza mayor paseando al lado de los pastorcillos nativos que apacentaban las cabras de sus padres en la pradera. Torné su mano, una mano humana, una ingeniosa herramienta que había sostenido armas, plantado legumbres y flores, acariciado; a la que yo había enseñado a hacer tortillas. ¿Qué pensaría Esa, que su vida había sido un éxito o un fracaso? Sería difícil decirlo. Había caminado a lo largo de sus propios, lentos, revueltos senderos,

pasando, entre muchas cosas, siempre como un hombre apacible.

Cuando Farah volvió a casa se preocupó mucho de que Esa fuera enterrado de acuerdo con el ceremonial ortodoxo completo, porque había sido un piadoso mahometano. El sacerdote, que avisamos en Nairobi, no podía venir hasta la tarde siguiente, así que el funeral de Esa se celebró por la noche, cuando la Vía Láctea estaba en el cielo y la procesión fúnebre estuvo llena de faroles. Su tumba fue tapiada, al modo musulmán, bajo un gran árbol en el bosque. Mariammo se puso delante y ocupó su lugar entre las plañideras y lloró a Esa en voz alta en el aire de la noche.

Farah y yo tuvimos una reunión para discutir qué hacer con Fatoma y finalmente decidimos no hacer nada. Hubiera ido contra la voluntad de Farah hacer que una mujer fuera castigada por la ley. Farah me explicó por él que la ley mahometana no tomaba a la mujer en cuenta. Su marido es el responsable de lo que ella hace y debe pagar la multa por las desgracias que por su culpa acaezcan, como debe hacerlo si el causante es su caballo. ¿Pero qué pasa si el caballo tira al dueño y lo mata? Bien, dijo Farah, es un lamentable accidente. Después de todo Fatoma tenía razón en quejarse de su destino, ahora podía cumplido como había elegido, en los cuarteles de Nairobi.

### Sobre los nativos y la historia

La gente que espera que los nativos salten alegremente desde la edad de piedra hasta la época de los automóviles, olvidan las fatigas y trabajos que pasaron nuestros padres para traernos a través de la historia hasta donde estamos.

Podemos fabricar automóviles y aeroplanos y enseñar a los nativos a usarlos. Pero el verdadero arriar a los automóviles no se puede conseguir en los corazones humanos en un momento. Lleva siglos producido y en el proceso han sido necesarios Sócrates, las Cruzadas y la Revolución Francesa. Actualmente nosotros, que amamos a nuestras máquinas no podemos imaginarnos cómo la gente en los tiempos antiguos podía vivir sin ellas. Pero no podemos hacer el Credo Atanasiano, la técnica de la misa, una tragedia en cinco actos y, quizá, ni siquiera un soneto. Y si no las hubiésemos encontrado, nos hubiésemos tenido que arreglar sin ellas. Sin embargo, podemos imaginar, porque están hechas, que hubo un tiempo en que los corazones de la humanidad ansiaban esas cosas, y cuando se hicieron satisficieron un deseo profundamente sentido.

Un día, el padre Bernardo con su rostro barbado resplandeciente de bendiciones y triunfo, llegó en ciclomotor para almorzar conmigo y comunicarme su gran alegría. Me contó que el día anterior nueve jóvenes kikuyus de la iglesia de la Misión escocesa se presentaron y le pidieron ser recibidos en la Iglesia Católica Romana porque después de meditaciones y

discusiones habían aceptado la doctrina de la Transubstanciación de esa iglesia.

Todo el mundo, cuando les conté este hecho, se rio del padre Bernardo y me explicaron que los jóvenes kikuyus habían considerado la posibilidad de salarios más altos, menos trabajo o conseguir una bicicleta en la Misión francesa, y que así se inventaron su conversión en lo referente a la Transubstanciación. Porque si nosotros, decían, no podemos entenderla y si ni siquiera podemos pensar en ella, para los kikuyus debe de ser algo inadmisibles por completo. Pero no era absolutamente seguro que fuera así; el padre Bernardo conocía bien a los kikuyus. Las mentes de los jóvenes kikuyus debían de estar ahora caminando por los sombríos senderos de nuestros antepasados, de los que no debíamos de renegar ante ellos, para los que la Transubstanciación era algo muy importante. A esa gente de hace cinco siglos les ofrecieron en su tiempo salarios más altos y promoción, mejores condiciones de vida, a veces amenazándoles de muerte, y a todo eso prefirieron sus convicciones sobre la Transubstanciación. No les ofrecieron una bicicleta, pero el padre Bernardo, que tenía una bicicleta de motor le daba menos valor que a la conversión de nueve kikuyus.

Los blancos modernos en África creen en la evolución y no en un repentino acto creador. Podrían traer a los nativos, mediante una corta y práctica lección de historia, adonde estamos nosotros ahora. Conquistamos estas naciones no hace todavía cuarenta años; si comparamos ese momento con el nacimiento del Señor y les damos, para ponerse a nuestra altura, tres años por cada ciento, es tiempo ya de envidiar hasta San Francisco de Asís y dentro de unos años a Rabelais. Amarán y apreciarán mejor a ambos que nosotros en nuestro siglo. Les gustaba Aristófanes cuando hace unos años les traduje el diálogo entre el granjero y su hijo de Las nubes. En veinte años podrían estar listos para los enciclopedistas y podrían llegar, en otros diez, hasta Kipling. Debemos dejar que tengan sus soñadores, filósofos y poetas para que preparen el terreno al señor Ford.

¿Dónde nos encontrarán entonces? ¿Les habremos cogido entre tanto por el rabo, sujetándolo sin soltado, en nuestra búsqueda de alguna penumbra, de alguna sombra, mientras tocan el tam tam? ¿Podrían entonces adquirir nuestros automóviles al precio de coste como pueden hacer ahora con la doctrina de la Transubstanciación?

### El terremoto

Un año, cerca de Navidad, tuvimos un terremoto; fue lo suficientemente fuerte como para que se vinieran abajo un cierto número de cabañas nativas; es probable que tuviera la fuerza de un elefante irritado. Llegó en tres temblores, cada uno de los cuales duró unos cuantos segundos y hubo una

pausa de otros segundos entre ellos. Esos intervalos le dieron tiempo a la gente para formarse una idea de lo que había sucedido.

Denys Finch-Hatton, que estaba en ese momento acampado en la reserva masai y que dormía en su camión me contó, cuando estuvo de vuelta, que cuando le despertó el temblor pensó «Hay un rinoceronte debajo del camión». Yo estaba en mi dormitorio disponiéndome a meterme en cama cuando se produjo el terremoto. A la primera sacudida pensé: «Hay un leopardo sobre el tejado». Cuando se produjo el segundo temblor pensé: «Me voy a morir, así es como se siente una cuando se va a morir». Pero en la corta calma entre el segundo y el tercer temblor, me di cuenta de que era un terremoto y que nunca había creído que pudiera verlo. Durante un momento creí que el terremoto había pasado. Pero cuando llegó el tercer y último temblor, tuve un sentimiento de alegría tan grande que no recuerdo que nunca en mi vida me hubiera sentido tan repentina y completamente arrebatada.

Los cuerpos celestiales, en su curso, tienen el poder de llevar a las mentes humanas hasta desconocidas cumbres de delicia. En general no somos conscientes de ello; pero cuando bruscamente recordamos su idea y es actualizada para nosotros, abre unas tremendas perspectivas. Kepler escribió contando lo que sintió cuando, después de muchos años de trabajo, encontró al fin las leyes de los movimientos de los planetas: «Me abandoné a mi éxtasis. Los dados estaban echados. Nunca había sentido nada como aquello. Temblaba, mi sangre saltaba. Dios había esperado seis mil años por un observador de su obra. Su sabiduría es infinita, tanto lo que ignoramos como lo poco que sabemos vive en ella». Era exactamente la misma clase de arrebató que se apoderó de mí y me conmovió en el momento del terremoto.

El sentimiento de ese colosal placer reside principalmente en la consciencia de que algo que admitías como inmóvil se mueve por sí mismo. Esa es quizá una de las más fuertes sensaciones de alegría y de esperanza en el mundo. El globo opaco, la masa muerta, la propia Tierra se alza y se despliega debajo de mí. Me envía un mensaje, un ligero toque, pero de inabarcable significación. Se rio echando abajo las cabañas de los nativos y gritó: Eppur si muove.

A la mañana siguiente, Juma me trajo el té y me dijo:

—El rey de Inglaterra ha muerto.

Le pregunté cómo lo sabía.

—¿No sentiste a la Tierra, Memsahib —dijo—, cómo se agitaba y sacudía la última noche? Eso significa que el rey de Inglaterra ha muerto.

Pero afortunadamente el rey de Inglaterra vivió durante muchos años después del terremoto.

## George

En un buque de carga en el que viajaba a África me hice amiga de un chiquillo llamado George, que viajaba con su madre y con su joven tía. Un día, en la cubierta, se separó de las mujeres y, seguido por sus miradas, se acercó a mí. Me anunció que al día siguiente era su cumpleaños y que su madre iba a invitar a los pasajeros ingleses a un té, ¿podría yo asistir?

—Pero es que yo no soy inglesa, George —le dije.

—¿Qué eres? —me preguntó muy sorprendido.

—Soy hotentote —dije.

Se quedó frente a mí y me miró gravemente.

—No te preocupes —dijo—, quiero que vengas.

Se fue hacia su madre y su tía y les anunció despreocupadamente, pero con una firmeza que no admitía ninguna objeción:

—Es una hotentote. Pero quiero que venga.

## Kejiko

Una vez tuve una mula muy gorda a la que llamábamos «Molly». El sice de las mulas le dio otro nombre, le puso «Kejiko», que significa «la cuchara», y cuando le pregunté por qué la llamaba así, me respondió:

—Porque parece una cuchara.

Le di la vuelta para encontrar lo que él tenía en la cabeza, pero no se parecía, por ningún lado, a una cuchara.

Algún tiempo después sucedió que yo conducía a «Kejiko» con otras tres mulas en un carro. Cuando me subí al asiento del conductor tuve una vista de pájaro de las mulas. Me di cuenta que el sice tenía razón. «Kejiko» tenía el lomo extremadamente estrecho y los cuartos traseros anchos; se parecía mucho a una cuchara dada la vuelta.

Si Kamay, el sice, y yo hubiéramos pintado un retrato de «Kejiko», los dibujos hubieran sido completamente diferentes. Pero Dios y los ángeles la hubieran visto como la veía Kamau. El que viene de lo alto prevalece sobre todo, y lo que ha visto lo testifica.

## Las jirafas van a Hamburgo

Me encontraba en Mombasa, en casa de Sheik Alí bin Salim, el lewali de la costa, un anciano caballero árabe, hospitalario y caballeroso.

Mombasa parecía el paraíso pintado por un niño pequeño. El profundo brazo de mar que rodea la isla forma un puerto ideal; la tierra está formada por

blancos acantilados coralinos con grandes mangos verdes y fantásticos baobab grises y pelados. El mar en Mombasa es azul como un aciano y, fuera del abra del puerto, los largos rompientes del océano Índico forman una delgada y torcida línea blanca y emiten un sordo bramido hasta en el más calmo de los tiempos. La ciudad de Mombasa, llena de callejuelas, está construida sobre una roca de coral, en bonitos matices de amarillo, rosa y ocre, y sobre la ciudad se levanta la maciza y antigua fortaleza, con murallas y aspilleras, donde trescientos años antes los portugueses y los árabes se resistían mutuamente; tiene unos colores más fuertes que la ciudad, como si en el transcurso de los años, en su altura, hubiera absorbido más de un tormentoso crepúsculo.

Las resplandecientes flores rojas de acacia de los jardines de Mombasa son increíblemente intensas de color y sus hojas son muy delicadas. El sol quema y tuesta Mombasa; el aire es salado, la brisa trae todos los días, nuevo salobre del Oriente, y el suelo está tan salado que apenas crece hierba y la tierra está desnuda como una pista de baile. Pero los viejos mangos tienen un denso follaje de color verde oscuro y dan una benigna sombra; bajo ellos se crea un pozo circular de negra frescura. Más que cualquier otro árbol que conozco los mangos sugieren un lugar de encuentro, un centro donde se produce la relación humana; son sociables como fuentes de pueblo. Bajo los mangos se celebran grandes ferias y el terreno que los rodea se cubre de jaulas para gallinas y en él se apilan los melones de agua.

Alí bin Salim tenía una bonita casa blanca en la curva del brazo de mar, con una larga escalinata de piedra que descendía hasta el mar. Junto a ella había casas para los invitados y en la habitación mayor del edificio principal, detrás de veranda, una colección de hermosas cosas árabes e inglesas; viejo marfil y cobre, porcelana de Lamu, butacas de terciopelo, fotografías y un gramófono grande. Entre ellos, dentro de un estuche forrado de satén, quedaban los restos de un juego de té en exquisita porcelana inglesa de los años cuarenta, que había sido el regalo de boda de la joven reina de Inglaterra y su marido cuando el hijo del sultán de Zanzíbar se casó con una hija del Sha de Persia. La reina y el príncipe desearon a la pareja recién casada la misma felicidad que ellos disfrutaban.

—¿Y fueron felices? —le pregunté al jeque Alí cuando cogió las tazas, una por una, y las colocó sobre la mesa para enseñármelas.

—Ay, no —dijo—, la novia no quiso dejar de montar a caballo. Trajo sus caballos consigo, en el mismo dhow en que venía su ajuar. Pero al pueblo de Zanzíbar no le gustaba que las mujeres cabalgaran. Hubo muchos problemas por eso y como la princesa prefería renunciar a su marido que a los caballos, al final el matrimonio se disolvió y la hija del Sha se volvió a Persia.

En el puerto de Mombasa estaba anclado un herrumbroso carguero alemán que volvía a casa. Pasé a su lado al ir y al venir de la isla en la barca de Alí bin Salim con remeros swaheli. Sobre la cubierta había una caja grande de madera y, sobre ella, asomaban las cabezas de dos jirafas. Farah, que había estado a bordo, me dijo que procedían del África Oriental portuguesa e iban hacia Hamburgo, para un zoológico ambulante.

Las jirafas volvían sus delicadas cabezas de un lado a otro, como si estuvieran sorprendidas, lo cual debía de ser verdad. Nunca habían visto antes el mar. Disponían sólo de espacio para estar de pie en la estrecha jaula. El mundo se había contraído, cambiado y cerrado en torno suyo. No podían saber o imaginar la degradación hacia la cual navegaban. Porque eran criaturas orgullosas e inocentes, delicadas ambladoras de las grandes praderas; no tenían ni el más mínimo conocimiento de la cautividad, el frío, el hedor, el humo y la sarna, ni del terrible aburrimiento de un mundo donde nunca ocurría nada.

Vendrían muchedumbres vestidas con apestosos vestidos oscuros, de calles llenas de vientos y de cellisca para ver a las jirafas y comprobar la superioridad del hombre sobre el mundo mudo. Les señalarían con el dedo y se reirían de los cuellos largos y esbeltos cuando las cabezas graciosas, pacientes, de ojos humosos, aparecieran sobre la baranda del zoológico; parecerían demasiado largos. Los niños se asustarían ante la visión y llorarían o se enamorarían de las jirafas, y les ofrecerían pan en la mano. Luego los padres pensarían que las jirafas son animales amables y creerían que las tratan bien.

En los largos años que les quedan, ¿soñarán alguna vez las jirafas en su país perdido? ¿Dónde están, adónde se han ido la hierba y las acacias, los ríos y los pozos y las montañas azules? El alto y dulce aire de las praderas se ha levantado y se ha ido. ¿Adónde se han ido las otras jirafas, las que iban junto a ellas y galopaban por la tierra ondulada? Las han dejado, se han ido y parece que nunca más volverán.

En la noche, ¿dónde está la luna llena?

Las jirafas se agitan y se despiertan en la caravana del zoológico en una caja estrecha, que huele a paja podrida y a cerveza.

Adiós, adiós, os deseo que muráis en el viaje, las dos, de manera que ninguna de esas nobles cabecitas que ahora se levantan, sorprendidas sobre la jaula, recortándose contra el cielo azul de Mombasa, sea llevada de un lado para otro, sola, en Hamburgo, donde nadie sabe nada de África.

En cuanto a nosotros, nos tienen que hacer un daño muy grande antes de que podamos decentemente pedir a las jirafas que nos perdonen el daño que

les hacemos.

### En el zoológico ambulante

Hace unos cien años un viajero danés en Hamburgo, el conde Schimmelmann, se encontró con un pequeño zoológico ambulante y le gustó extraordinariamente. Mientras estuvo en Hamburgo todos los días lo visitaba, aunque le hubiera resultado difícil explicar cuál era el atractivo real de las caravanas sucias y desvencijadas. La verdad era que el zoológico respondía a algo que estaba dentro de su mente. Afuera era invierno y hacía mucho frío. En el cobertizo el guardián había encendido la vieja estufa hasta que hubo un rosado esplendor en la sombra amarro nada del corredor, junto a las jaulas de los animales, pero las corrientes continuaban y el aire me cortante penetraba hasta los huesos.

El conde Schimmelmann estaba absorto en la contemplación de la hiena cuando el propietario del zoológico ambulante llegó y le habló. El propietario era un pálido hombrecillo de nariz aplastada, que en el pasado había sido estudiante de Teología hasta que tuvo que dejar la Facultad por un escándalo y había ido cayendo, paso a paso, cada vez más bajo.

—Su excelencia hace muy bien en mirar a las hienas —dijo—. Ha sido una gran cosa traer una hiena hasta Hamburgo, donde nunca había habido antes. Todas las hienas son hermafroditas y en África, de donde proceden, en las noches de luna llena se reúnen, se juntan en un círculo y copulan; cada animal toma el doble papel de macho y de hembra. ¿Lo sabía usted?

—No —dijo el conde Schimmelmann con un ligero movimiento de disgusto.

—¿No cree su excelencia —dijo el empresario— que, a la vista de este hecho, debe ser más duro para la hiena que para otros animales estar encerrada en una jaula? ¿Sentirá un doble deseo o estará, porque se reúnen en ella las complementarias cualidades de la creación, satisfecha y en armonía? En otras palabras, ya que somos todos prisioneros en la vida, ¿somos más felices o más desgraciados cuanto más talento poseemos?

—Es curioso —dijo el conde Schimmelmann, que estaba absorto en sus propios pensamientos y no prestaba atención al empresario— comprobar que tantos cientos, hasta miles de hienas han vivido y han muerto para que podamos, finalmente, traer aquí a este espécimen, para que el pueblo de Hamburgo pueda saber lo que es una hiena y que los naturalistas puedan estudiada.

Avanzaron para mirar las jirafas de la jaula vecina.

—Los animales salvajes —continuó el conde— que corren por tierras



salvajes no existen realmente. Éste existe, le hemos dado un nombre, sabemos cómo es. Los otros pueden no haber existido; sin embargo, son la inmensa mayoría. La naturaleza es extravagante.

El empresario se echó hacia atrás el gorro forrado de piel, debajo del cual no había ya ni un cabello.

—Se ven mutuamente —dijo.

—Hasta eso se puede discutir —dijo el conde Schimmelmänn después de una corta pausa—. Estas jirafas, por ejemplo, tienen manchas cuadradas en la piel. Las jirafas, mirándose entre sí, no saben lo que es un cuadrado y, en consecuencia, no lo ven. ¿Se puede decir de ellas que se ven unas a o tras?

El empresario miró un momento a la jirafa, y luego dijo:

—Dios las ve.

El conde Schimmelmänn sonrió.

—¿A las jirafas? —preguntó.

—Oh, sí, excelencia —dijo el empresario—. Dios ve a las jirafas. Mientras corren y se entretienen en África, Dios las ve y le gusta lo que hacen. Las ha hecho para complacerse. Está en la Biblia, excelencia —dijo el empresario—. Dios ama a las jirafas que ha creado. Dios ha inventado el cuadrado al igual que el círculo; seguramente su excelencia no podrá negar esto. Él ha visto los cuadrados de su piel y todo lo demás que les concierne. Los animales salvajes, excelencia son quizá una prueba de la existencia de Dios. Pero cuando vienen a Hamburgo —concluyó poniéndose el gorro— el argumento se convierte en más problemático.

El conde Schimmelmänn, que había ordenado su vida según las ideas de otras personas, caminó en silencio para mirar a las serpientes, que estaban junto a la estufa. El empresario, para divertirle, abrió la jaula donde estaban encerradas e intentó despertar a la serpiente que había dentro; por fin el reptil, lenta y soñolientamente, se enroscó en su brazo. El conde Schimmelmänn miró al grupo.

—Desde luego, mi buen Kannegieter —dijo con una risita desabrida—, si estuviera usted a mi servicio, o si yo fuera rey y usted ministro mío, lo cesaría en el acto.

El empresario le miró nervioso.

—¿Por qué, señor? —dijo y deslizó la serpiente en la jaula—. ¿Por qué, señor? Si es que puedo preguntarlo —añadió al cabo de un momento.

—Ah, Kannegieter, no es usted un hombre tan sencillo como pretende —dijo el conde—. ¿Por qué? Porque, amigo mío, la aversión hacia las serpientes

es un profundo instinto humano, la gente que lo tiene se ha conservado viva. La serpiente es la más peligrosa entre los enemigos del hombre, ¿pero quién, salvo nuestro propio instinto de lo bueno y lo malo puede decírnoslo? Las garras de los leones, el tamaño y los colmillos de los elefantes, los cuernos de los búfalos saltan a la vista. Pero las serpientes son hermosos animales. Las serpientes son redondas y lisas, como las cosas que nos gustan en la vida, de exquisitos colores suaves, graciosas en sus movimientos. Sólo para el hombre bueno esa belleza y esa gracia resultan repugnantes, huelen a perdición y le recuerdan la caída del hombre. Algo en su interior le hace apartarse de la serpiente como del diablo, y a eso se le llama la voz de la conciencia. El hombre que acaricia a una serpiente lo puede hacer todo —el conde Schimmelmänn se rio un poco de sus propios pensamientos, se abotonó su rico gabán y se volvió para salir del cobertizo.

El empresario se quedó un momento sumido en profundos pensamientos.

—Su excelencia —dijo finalmente—, necesitáis amar a las serpientes. No hay vueltas que darle. Según mi experiencia en la vida os lo puedo decir y, por supuesto, es el mejor consejo que puedo daros: Amad a las serpientes. Tenedlo en cuenta, excelencia; tenedlo en cuenta, que casi cada vez que le pedimos al Señor un pescado nos da una serpiente.

Compañeros de viaje

En la mesa del barco a África me sentaba entre un belga que iba al Congo y un inglés que había estado once veces en México para cazar una especie particular de cabra montés y que ahora iba a cazar al bongo. Conversando con ambos mezclaba los idiomas y cuando quise preguntarle al belga si había viajado mucho en su vida, le dije:

—Avez-vous beaucoup travaillé dans votre vie?

No se sintió ofendido; sacándose un palillo de la boca, respondió gravemente:

—Enormément, Madame.

Desde ese momento me propuso contarme los trabajos de su vida. Fuera lo que fuera de lo que estaba hablando siempre volvía a una determinada expresión: Notre mission. Notre grande mission dans le Congo.

Una noche, cuando íbamos a jugar a las cartas, el viajero inglés nos habló de México y de cómo una anciana dama española, que vivía en una granja aislada entre las montañas, cuando supo de la llegada de un extranjero lo mandó buscar y le ordenó que le diera las noticias del mundo.

—Bueno, ahora los hombres vuelan —le dijo.

—Sí, ya me lo han dicho —comentó ella—, y he discutido muchas veces

con mi confesor sobre ello. Usted puede informarme, señor. ¿Vuelan los hombres con las piernas encogidas bajo el cuerpo, como los gorriones, o estiradas hacia atrás, como las cigüeñas?

También, durante nuestra charla, habló de la ignorancia de los nativos de México y de las escuelas de allí. El belga, que repartía en ese momento, se detuvo con la última carta en la mano, lanzó una mirada penetrante al inglés, y dijo:

—Il faut enseigner aux négres a etre honnetes et a travailler. Rien de plus —dejando caer la carta con un golpe sobre la mesa repitió con gran decisión—. Rien de plus. Rien. Rien. Rien.

### El naturalista y los monos

Un profesor sueco de Historia Natural vino a la granja para pedirme que intercediera por él ante el Departamento de Caza. Había venido a África, me dijo, para averiguar en qué fase del estado embrionario los pies de los monos, que tienen un pulgar, comenzaron a diferenciarse de los pies humanos. Con este fin intentaba ir a cazar monos colobos en el monte Elgon.

—No va a encontrar nunca monos colobos —le dije—, viven en la parte más elevada de los cedros, y son tímidos y difíciles de cazar. Tendría una gran suerte si consiguiera el embrión que busca.

El profesor estaba lleno de esperanzas, conseguiría aquel pie aunque tuviera que estar allí durante años. Se había dirigido al Departamento de Caza solicitando el permiso para cazar los monos que quería. Estaba seguro de conseguirlo, dado el alto interés científico de su expedición, pero hasta entonces no había logrado una respuesta.

—¿Cuántos monos quiere usted que le permitan cazar? —le pregunté.

Me dijo que, para empezar, había pedido un permiso para cazar mil quinientos.

Como yo conocía a la gente del Departamento de Caza le ayudé a mandar una segunda carta pidiendo una respuesta a vuelta de correo, y en la que decía que el profesor estaba ansioso por iniciar su investigación. Por una vez la respuesta del Departamento de Caza vino a vuelta de correo. Le escribían para comunicarle que el Departamento se sentía muy complacido de informar al profesor Landgreen que, a la vista del objetivo científico de su expedición, habían decidido hacer una excepción con sus reglas y elevar el número de monos autorizados de cuatro a seis.

Tuve que leerle la carta dos veces al profesor. Cuando entendió su contenido se quedó tan deprimido, tan abatido que no era capaz de articular ni una palabra. No contestó a mis expresiones de condolencia, sino que salió de

casa, se meció en su automóvil y se marchó entristecido.

Cuando las cosas no le iban tan mal, el profesor era un hombre ameno y con sentido del humor. Durante nuestras conversaciones sobre los monos me ilustró sobre varios hechos y desarrolló para mí algunas de sus ideas. Un día me dijo:

—Le voy a contar una experiencia mía muy interesante.

En lo alto del monte Elgon me fue posible, por un momento, creer en la existencia de Dios, ¿qué le parece?

Le dije que era interesante, pero pensé para mis adentros: «Hay otra interesante cuestión: ¿Le sería posible a Dios, en el monte Elgon, creer por un momento en la existencia del profesor Landgreen?».

### Karomenya

Había en la granja un chiquillo de nueve años llamado Karomenya que era sordomudo. Podía emitir un sonido, una especie de corto y áspero rugido, pero lo hacía muy raras veces y no le gustaba ni a él mismo, así que se paraba, jadeando unos momentos. Los otros niños le tenían miedo y se quejaban de que les pegaba. Cuando conocí a Karomenya sus compañeros de juegos le habían golpeado con la rama de un árbol, así que su mejilla derecha estaba hinchada e infectada por las astillas que hubo que sacar con una aguja. Esto no significaba para Karomenya el martirio que una podía pensar; si le dolía también le permitía establecer contacto con la gente. Karomenya tenía la piel muy oscura, con bonitos y húmedos ojos negros y espesas cejas; su expresión era grave y apenas se le veía sonreír; parecía un ternero negro nativo. Era una criatura activa y segura de sí misma, y como estaba incomunicado del mundo por la palabra, la lucha se había convertido en la manifestación de su ser. Era muy bueno tirando piedras y podía dar con ellas donde quería con gran exactitud. Durante un tiempo Karomenya tuvo un arco y flechas, pero no se las arreglaba bien con eso, porque escuchar el sonido de la cuerda del arco es parte imprescindible de la habilidad del arquero. Karomenya era de cuerpo vigoroso y muy fuerte para su edad. Probablemente no hubiera intercambiado esas ventajas con otros chicos por la facultad de hablar y oír por las que no sentía, me parece, particular admiración.

A pesar de su espíritu combativo Karomenya era una persona bastante amistosa. Si se daba cuenta que te dirigías a él, su rostro se iluminaba no precisamente con una sonrisa, sino con una expresión de ansiosa y resuelta disposición. Karomenya era un ladrón y cogía azúcar y cigarrillos cuando tenía una oportunidad, pero en seguida daba los objetos robados a otros niños. Una vez lo encontré cuando estaba dando azúcar a un grupo de chiquillos; como estaba en medio de ellos, no me vio y casi fue la única vez en que le vi

casi reír.

Durante un tiempo intenté darle a Karomenya un trabajo en la cocina o en la casa, pero fracasó, al cabo de un rato se aburría con su trabajo. Lo que le gustaba era trasladar cosas pesadas y arrastrarlas de un lugar a otro. Había una fila de piedras encaladas en el sendero de mi casa y, con su ayuda, un día trasladé una y la llevamos rodando hasta la casa, para que el sendero estuviera simétrico. Al día siguiente, mientras yo estaba fuera, Karomenya cogió todas las piedras y las llevó hasta la casa haciendo un gran montón; parecía imposible que una persona de su tamaño fuera capaz de hacerla. Era como si Karomenya conociera su lugar en el mundo ya él se aferrara. Era sordomudo, pero también muy fuerte. Karomenya quería sobre todas las cosas en el mundo un cuchillo, pero yo no me atrevía a dárselo porque me parecía que podía fácilmente, en sus esfuerzos por entrar en contacto con otra gente, matar a uno o más chiquillos de la granja. Su deseo era tan vehemente que quizá haya conseguido uno después y Dios sabe qué uso habrá hecho de él.

Lo que más impresión le hizo a Karomenya fue cuando le di un silbato. Yo lo había usado durante un cierto tiempo antes para llamar a los perros. Cuando se lo mostré no hizo mucho caso; luego cuando, siguiendo mis instrucciones, se lo puso en la boca, sopló y los perros aparecieron por todas partes y se le acercaron corriendo, tuvo una gran impresión, su rostro se oscureció de sorpresa. Lo intentó una vez más, se dio cuenta de que el efecto era el mismo y me miró. Una mirada severa y resplandeciente. Cuando se acostumbró al silbato quiso saber cómo funcionaba. No miraba el silbato, pero cuando silbaba para llamar a los perros y éstos acudían, los observaba de cerca, con el ceño fruncido, como buscando dónde les había herido. Después Karomenya le tomó un gran cariño a los perros y a menudo, por así decirlo, me los pedía prestados, para llevados a dar un paseo. Yo solía, cuando se iba con ellos sujetos por una correa, señalarle un punto en el cielo occidental donde debía estar el sol cuando él estuviera de vuelta, él señalaba hacia el mismo punto y siempre llegaba con toda puntualidad.

Un día, cuando yo estaba cabalgando, vi a Karomenya y a los perros muy lejos de la casa, en la reserva masai. No me veía, sino que pensaba que estaba a solas y sin que nadie le observara. Allí dejó correr a los perros y luego les llamó con el silbato, repitiéndolo tres o cuatro veces mientras yo miraba desde el caballo. En la pradera, donde pensaba que nadie lo veía, se entregaba a una nueva idea y forma de vida.

Llevaba el silbato en una cuerda atada al cuello, pero un día apareció sin él. Le pregunté por gestos qué había pasado, y me respondió por el mismo sistema que se había ido (desaparecido). Nunca más me pidió otro nuevo. Quizá pensó que no debía haber un segundo silbato o que lo mejor era apartarse de algo que no era realmente asunto suyo en la vida. No estoy segura

de que no haya sido él mismo quien se deshizo del silbato, incapaz de reconciliado con sus otras ideas de la existencia.

En cinco o seis años Karomenya sufriría mucho o subiría de repente al cielo.

### Pooran Singh

La pequeña forja de Pooran Singh, cerca del molino, era el infierno en miniatura de la granja, con todos los atributos ortodoxos de ese lugar. Estaba construida con chapa ondulada y cuando el sol le pegaba en el tejado y las llamas del horno se levantaban dentro, el propio aire en torno a la cabaña se ponía al rojo vivo. Durante todo el día el lugar resonaba con el ruido ensordecedor de la forja —hierro sobre hierro, sobre hierro una vez más— y la cabaña estaba llena de ejes y ruedas rotas, que le daban el aspecto de un horripilante cuadro antiguo de un lugar de ejecución.

A la vez, la forja poseía un gran poder de atracción y cuando bajaba a ver a Pooran Singh trabajando siempre encontraba gente por allí. Pooran Singh trabajaba con un ritmo sobrehumano, como si su vida dependiera de acabar determinado trabajo en cinco minutos: saltaba sobre la forja, aullando sus órdenes a sus dos jóvenes asistentes kikuyus con una aguda voz de pájaro, y se comportaba como un hombre que iba a ser quemado en la hoguera o como un enfurecido diablo principal. Pero Pooran Singh no era un diablo, sino una persona del carácter más humilde; fuera de las horas de trabajo sus ademanes eran un poco afectados, casi femeninos. Era nuestro fundee en la granja, que significa nuestro artesano para todo: carpintero, talabartero y ebanista, y también herrero; construyó más de un carro para la granja él solo. Pero le gustaba más trabajar en la forja y era una visión hermosa y gloriosa observarlo mientras ponía una llanta a una rueda.

La apariencia de Pooran Singh tenía algo de engañosa. Cuando estaba adecuadamente vestido, con gabán y su blanco turbante de largos pliegues, y su gran barba negra, parecía un hombre corpulento, voluminoso. Pero en la forja, desnudo hasta la cintura, era increíblemente ágil y delgado, con el torso indio en forma de clepsidra.

Me gustaba la forja de Pooran Singh, y ésta era popular entre los kikuyus por dos razones.

Primero, debido al propio hierro, que es la más fascinante de las materias primas, que echa a volar la imaginación de la gente. El arado, la espada, el cañón y la rueda —la civilización humana—, en pocas palabras, la conquista de la naturaleza por el hombre, lo suficientemente sencilla para ser entendida o adivinada por los pueblos primitivos, y Pooran Singh batía el hierro.

En segundo lugar, los nativos eran atraídos a la forja por su canción. El

vivo, monótono, agudo y sorprendente ritmo de la herrería tiene una fuerza mítica. Es tan viril que asombra y entenece los corazones de las mujeres, es directo y nada afectado y dice la verdad, nada más que la verdad. A veces es muy franco. A la vez tiene un exceso de fuerza y es alegre, te mimaba y te cuida, te proporciona placer, como en un juego. Los nativos, que aman el ritmo, se reunían en la cabaña de Pooran Singh y se sentían cómodos. Según una antigua ley nórdica el hombre no es responsable de lo que dice en una forja. También en África se soltaban las lenguas en la herrería y la charla fluía libremente; la canción del martillo inspiraba audaces fantasías.

Pooran Singh estuvo conmigo durante muchos años y era un empleado de la granja muy bien pagado. No había proporción entre su salario y sus necesidades, porque era todo un asceta. Ni comía, ni bebía, ni fumaba, ni jugaba. Sus viejas ropas las vestía hasta que se deshilachaban. Enviaba el dinero a la India para la educación de sus hijos.

Uno de sus hijos, el pequeño y silencioso Delip Singh, vino una vez desde Bombay para visitar a su padre. Había perdido cualquier contacto con el hierro: el único metal con que le vi fue una pluma estilográfica en su bolsillo. Las cualidades míticas no habían llegado a la segunda generación.

Pero Pooran Singh, rugiendo sobre la forja, conservó su halo durante todo el tiempo que estuvo en la granja y espero que durante toda su vida. Era el servidor de los dioses, encendido, al rojo vivo, un espíritu elemental. En la herrería de Pooran Singh el martillo cantaba lo que tú querías escuchar, como si le diera voz a tu propio corazón. Para mí el martillo cantaba unos viejos versos griegos que me tradujo un amigo:

Eras golpea como un herrero con su martillo,  
así que chispas vuelan de mi desafío.

Enfría mi corazón con lágrimas y lamentos,  
como el hierro al rojo en el agua.

Un extraño acontecimiento

Un día en que estaba en la reserva masai haciendo un transporte para el Gobierno vi una cosa extraña, como nunca jamás había visto anteriormente. Sucedió a mediodía, mientras íbamos por la pradera.

El aire en África tiene más significado en el paisaje que en Europa, está lleno de vislumbres y espejismos y, en cierto modo, es el escenario real de las actividades. En el calor del mediodía el aire oscila y vibra como la cuerda de un violín, levanta capas de herbazal con acacias y colinas encima y crea la ilusión de vastas extensiones de agua plateada en la hierba seca.

Caminábamos entre aquel aire vivo y abrasador y, contra mi costumbre, yo

iba muy adelantada a los carros, con Farah, mi perro «Dusk» y el toto que lo cuidaba. Íbamos en silencio porque hacía demasiado calor. De pronto, la pradera en el horizonte comenzó a moverse y a galopar, una gran manada venía hacia nosotros por la derecha, diagonalmente a través del escenario.

Le dije a Farah:

—Mira cuántos ñúes.

Pero a poco dejé de estar segura de que lo fueran; tomé mis prismáticos y me puse a mirarlos, pero era muy difícil a mediodía: —¿Crees que son ñúes, Farah? —le pregunté.

Me di cuenta que «Dusk» había fijado toda su atención en aquellos animales, tenía las orejas levantadas, sus ojos seguían desde lejos su avance. A menudo le dejaba echar una carrera detrás de las gacelas y antílopes de las praderas, pero aquel día hacía demasiado calor y le dije al toto que no le soltara la correa. En aquel momento, «Dusk» dio un corto y furioso empellón y saltó hacia adelante, por lo que el toto se cayó al suelo y tuve que sujetar yo misma la correa con todas mis fuerzas. Miré a la manada.

—¿Qué son? —le pregunté a Farah.

En las praderas es muy difícil calibrar las distancias. El aire vibrante y la monotonía del escenario son los causantes, pero también la naturaleza de las diseminadas acacias, que tienen exactamente la misma forma que los grandes y viejos árboles del bosque, pero que en realidad son de doce pies de altura, de manera que las jirafas asoman por encima de ellas sus cabezas y sus cuellos. Continuamente te equivocas en cuanto al tamaño de la caza que ves en la distancia y a mediodía puedes confundir un chacal con un antílope y un avestruz con un búfalo. Un minuto después Farah dijo:

—Memsahib, son perros salvajes.

Los perros salvajes suelen presentarse tres o cuatro al mismo tiempo, pero a veces ocurre que puedes encontrarte una docena de ellos junta. Los nativos les tienen mucho miedo y te dirán que son muy feroces. Una vez estaba cabalgando por la reserva, cerca de la granja, cuando me encontré a cuatro perros salvajes que me siguieron a una distancia de quince yardas. Los dos pequeños terriers que llevaba conmigo se vinieron a mi lado, realmente bajo la panza del poni hasta que cruzamos el río y estuvimos en la granja. Los perros salvajes no son tan grandes como las hienas. Son más o menos del tamaño de un perro alsaciano grande. Son negros, con un mechón blanco en la punta del rabo y las orejas puntiagudas. Su piel no es buena, tienen un pelo áspero e irregular, que huele muy mal.

Allí debía de haber unos quinientos perros salvajes. Venían a galope lento



de una manera extraña, sin mirar ni a derecha ni a izquierda, como si estuvieran asustados por algo, o como si viajaran rápidamente siguiendo un rastro. Giraron un poco cuando llegaron cerca de nosotros; al mismo tiempo no parecían vemos y seguían al mismo paso. Cuando estuvieron más cerca de nosotros fue a cincuenta yardas. Corrían en una larga fila, de dos, tres o cuatro en fondo, la procesión tardó en pasar un rato. En medio de ella, Farah dijo:

—Esos perros están muy cansados, llevan mucho tiempo viajando. Cuando hubieron pasado y desaparecido, de nuevo miré en busca del safari. Seguía allí, a cierta distancia detrás de nosotros, y cansados por la conmoción nos sentamos en la hierba hasta que llegó. «Dusk» estaba terriblemente agitado, tiraba de su correa para correr detrás de los perros salvajes. Lo cogí por el cuello, si no le hubiera atado a tiempo posiblemente estaría comido.

Los carreteros se adelantaron al safari y vinieron a todo correr hacia nosotros, para preguntarnos qué había pasado. No pude explicarles a ellos, ni a mí misma, qué había provocado que los perros salvajes vinieran de tan lejos, en tan gran número y de aquella manera. Los nativos lo tomaron como un presagio muy malo, un presagio de guerra, porque los perros salvajes son comedores de carroña. No se dedicaron a discutir entre ellos lo sucedido como solían hacer con otros acontecimientos del safari.

He contado este hecho a mucha gente y algunos no me han creído. Pero es verdad y mis criados pueden testificarlo.

### El loro

Un viejo armador danés recordaba los días de su juventud y cómo una vez, cuando tenía dieciséis años, se pasó una noche en un burdel de Singapur. Había ido con los marineros del barco de su padre y se sentó a charlar con una anciana china. Cuando ella oyó decir que era nativo de un país muy lejano trajo un viejo loro, que era suyo. Contó que hacía mucho, mucho tiempo, se lo había regalado un noble inglés que había sido su amante en su juventud. El muchacho pensó que el loro podía tener hasta cien años. Podía decir frases en todos los idiomas del mundo, aprendidas en la atmósfera cosmopolita de la casa. Pero el amante de la mujer china le había enseñado una frase antes de regalárselo, que ella no entendía, ni ningún visitante le había podido decir qué significaba. Así que llevaba muchos años preguntándolo. Pero como el muchacho era de tan lejos quizá fuera en su idioma y pudiera traducirle la frase.

El muchacho quedó profunda, extrañamente conmovido por la sugerencia. Cuando miró al loro y pensó que podía oír danés de aquel terrible pico estuvo a punto de marcharse corriendo de la casa. Sólo se quedó por ayudar a la anciana china. Pero cuando ella hizo que el loro dijera su frase, resultó ser en griego clásico. El pájaro dijo sus palabras muy lentamente y el muchacho

sabía el griego suficiente como para reconocerlas; eran unos versos de Safo:

La luna y las Pléyades se han puesto,  
y medianoche es pasada,  
y las horas huyen, huyen,  
y yo estoy echada, sola.

La anciana, cuando él le tradujo los versos, chascó los labios e hizo girar sus ojos rasgados. Le pidió que se los dijera otra vez y movió la cabeza.

\*\*\*\*

## 5

### **ADIÓS A LA GRANJA**

**«Dioses y hombres, todos somos así engañados»**

#### **I**

#### **Tiempos difíciles**

Mi granja estaba un poco alta para el cultivo del café. A veces, en los meses fríos podíamos tener heladas en las tierras más bajas, y por la mañana, los brotes de la planta de café y sus frutos aparecían parduscos y marchitos. El viento soplaba desde las praderas y aun en los años buenos nunca teníamos la misma cantidad de café por acre que la gente que vivía en los distritos más bajos de Thika y Kiambu, a cuatro mil pies.

Andábamos escasos de lluvia también en la comarca de Ngong y por tres veces tuvimos un año de verdadera sequía, que nos dejó muy desanimados. En un año en que teníamos cincuenta pulgadas de lluvia recogíamos ochenta toneladas de café y en un año de cincuenta y cinco pulgadas, cerca de noventa; pero hubo dos años malos en los que sólo tuvimos veinticinco y veinte pulgadas de agua, respectivamente, y tan sólo recogimos dieciséis y quince toneladas de café, un desastre para la granja.

Al mismo tiempo los precios del café se vinieron abajo: de conseguir cien libras por una tonelada pasamos a sesenta o setenta. Llegaron los malos tiempos a la granja. No podíamos pagar nuestras deudas y no teníamos dinero para el mantenimiento de la plantación. Mis parientes en mi país, que tenían una participación en la granja, me escribieron y me dijeron que debía vender.

Hice muchos planes para salvada. Un año intenté plantar lino en nuestra tierra en barbecho. El cultivo de lino es un trabajo muy bonito, pero requiere mucha habilidad y experiencia. Tenía un refugiado belga que me daba consejos sobre ello y cuando me preguntó cuánta tierra pensaba plantar, y le respondí que trescientos acres, exclamó inmediatamente:

—Ça madame, c'est imposible.

Podía cultivar cinco acres e incluso diez con éxito, pero no más. Pero diez acres no nos llevaban a nada y planté ciento cincuenta. Un campo cubierto de flores de lino de color azul celeste es una visión maravillosa: es como un trozo de cielo en la tierra y no existe nada cuyo proceso sea tan gratificante como el de la fibra de lino, fuerte y brillante, y ligeramente grasienta al tacto. La vas siguiendo con el pensamiento mientras la envías fuera y la imaginas convertida en sábanas y camisones. Pero los kikuyus no podían, de la noche a la mañana y sin una constante supervisión, aprender a estirar, enriar y espadar el lino; y por eso mi cultivo no tuvo éxito.

La mayor parte de los granjeros del país se dedicaron, en esos años, a intentar cosas por el estilo y a unos cuantos de ellos al final les llegó la inspiración. Le salieron bien a Ingrid Lindstrom de Njoro; cuando yo abandoné el país, ella, después de estar esclavizada durante doce años por sus hortalizas, cerdos, pavos, plantas para el aceite de ricino, saja, fracasando en todo y desesperada, salvó la granja para su familia y para ella misma plantando piretro, que exportaba a Francia y se usaba en perfumería. Pero yo no tuve suerte con mis experimentos y cuando venía el tiempo seco y el viento soplaba desde las llanuras de Athi las plantas de café languidecían y las hojas se volvían amarillas; en algunas partes de la granja tuvimos malas enfermedades del café, como trips y antestia.

Para cuidar el café intentamos abonar los campos. Educada en las ideas europeas sobre cultivos, siempre había estado contra las plantaciones sin abono. Cuando los aparceros de la granja se enteraron del proyecto se adelantaron a ayudarme y me trajeron de las bombas de su ganado y de sus cabras, el abono de decenios. Era un delicado material, de aspecto turboso, fácil de manejar. Abrimos un surco entre las filas de plantas de café, con arados pequeños tirados por un solo buey que acababa de comprar en Nairobi, y como no podíamos meter un carro en los campos, las mujeres de la granja llevaban el abono en sacos a su espalda y lo echaban en el surco, un saco por cada planta, de manera que podíamos hacer que retrocedieran los arados y los bueyes para cubrirlo. Era un trabajo muy bonito de mirar y yo esperaba grandes cosas de él, pero tal y como ocurrieron las cosas nadie vio los efectos del abonado. Nuestro verdadero problema era que andábamos escasos de capital, porque se había gastado en el pasado, antes de que yo me hiciera cargo de la granja. No podíamos llevar a cabo ninguna mejora radical, sino ir

viviendo al día, y eso, en los últimos años, se convirtió en nuestro modo de vida normal en la granja.

Si yo hubiera tenido capital hubiera dejado el café, talado las plantas y plantado un bosque. En África los árboles crecen con rapidez, en diez años te paseas cómodamente bajo los altos árboles de la goma azules y acacias que tú misma has traído, bajo la lluvia, en cajas desde el vivero, con doce árboles en cada una de ellas. Hubiera podido tener, creo, un buen mercado para la madera y la leña en Nairobi. Es una noble ocupación plantar árboles, piensas en ello muchos años después con alegría. Antes, en la granja, había habido grandes extensiones de bosque nativo, pero las habían vendido a los indios para que los talaran antes de que me hiciera cargo de ella; era muy triste. Yo misma, en los años difíciles, tuve que talar el bosque que había junto a la factoría para la máquina de vapor y nada me duele más en mi vida que haber cortado ese bosque, cuyos altos troncos y sombras verdes y vivientes me obsesionaron. De vez en cuando, cuando podía permitírmelo, plantaba en pequeños trozos de terreno eucaliptos, pero no era gran cosa. Haciéndolo de esa manera hubiera tenido que pasar cincuenta años antes de tener cien acres plantados y que la granja se hubiera convertido en un bosque rumoroso, científicamente llevado, con un aserradero junto al río. Los aparceros de la granja, cuyas ideas acerca del tiempo eran muy diferentes que las de los blancos, esperaban el tiempo en que habría abundancia de leña del bosque que estaba yo empezando a plantar, como en el pasado.

También tenía mis planes de crear una ganadería y de poner una lechería en la granja. Estábamos en una zona afectada, lo que significa que en esa parte del país teníamos las fiebres de la costa oriental y que si criábamos ganado cruzado habría que desinfectarlo. Sería difícil competir con los ganaderos de las zonas sanas del interior, pero yo tenía Nairobi tan cerca que podía enviar la leche en automóvil por la mañana. Una vez tuvimos un rebaño de vacas cruzadas y construimos un bonito lavadero para la desinfección del ganado en la pradera. Pero tuvimos que venderlas y el lavadero, invadido por las hierbas, tomó el aspecto de las ruinas de un castillo hundido e invertido en el aire. Después, cuando por la tarde, a la hora del ordeño, paseaba hasta las boma de Mauge o Kaninu, y sentía el dulce aroma de las vacas, añoraba los establos y una lechería propia. Cuando iba por la pradera me la imaginaba moteada de vacas de piel leonada, como si fueran flores. Pero estos planes se fueron haciendo cada vez más distantes a medida que pasaban los años y al final apenas pensaba en ellos. Lo único que me preocupaba era que el café rindiera y que la granja siguiera marchando.

Es una pesada carga dirigir una granja. Mis nativos, e incluso mi gente blanca, echaban sobre mí todo el temor y las preocupaciones, y a veces me parecía que los bueyes de la granja y las plantas de café hacían lo mismo.

Parecía haber un acuerdo entre las criaturas parlantes y las mudas por el que yo era la culpable de que las lluvias tardaran y que las noches fueran tan frías. Y por la noche parecía que no era adecuado que me sentara a leer tranquilamente; me echaba de mi casa el temor a perderla. Farah conocía todos mis pesares y no le gustaban mis paseos nocturnos. Hablaba de los leopardos que se habían visto cerca de la casa cuando se estaba poniendo el sol; y solía permanecer de pie en la veranda, una figura vestida de blanco, sólo visible en la oscuridad, hasta que yo estaba de vuelta. Pero yo me sentía demasiado triste para acordarme de los leopardos, sabía que era peligroso andar por los caminos de la granja de noche y seguí haciéndolo, igual que un fantasma, sin saber por qué ni hacia dónde.

Dos años antes de irme de África fui a Europa. Volví en la estación de la recolección del café, así que no pude tener noticias de la cosecha antes de llegar a Mombasa. Durante todo el tiempo pasado en el barco sopesaba el problema en mi mente: cuando me sentía bien y la vida me parecía propicia, suponía que íbamos a recoger setenta y cinco toneladas, pero cuando me sentía mal o nerviosa pensaba: por lo menos conseguiremos sesenta.

Farah vino a buscarme a Mombasa y yo no me atreví a preguntarle por la cosecha de café directamente; al principio nos limitamos a hablar de otras noticias de la granja. Pero por la noche, cuando me iba a la cama, no pude retrasado más y le pregunté cuántas toneladas de café se habían recolectado en total en la granja. Por lo general, a los somalíes les gusta anunciar desastres. Pero en este caso Farah no se sentía nada alegre, se quedó muy serio, de pie en la puerta, entrecerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás, tragándose su dolor, y dijo:

—Cuarenta toneladas, Memsahib.

Entonces supe que no podíamos seguir adelante. Todo el color y la vida del mundo que me rodeaba se desvanecieron la sombría y sofocante habitación de hotel en Mombasa, con su suelo de cemento, con la vieja cama de cabecera de hierro y el desgastado mosquitero, adquirieron una tremenda significación como símbolos, la vida humana al desnudo y sin ninguna belleza. No fui capaz de decidir nada más a Farah y él no pudo hablar más tampoco, sino que se fue, el último ser amigo en el mundo.

Pero el espíritu humano tiene grandes poderes de recuperación y en la mitad de la noche pensé, como el viejo Knudsen, que cuarenta toneladas eran algo, pero que el pesimismo era un vicio fatal. Y en cualquier caso estaba de vuelta a casa, subiría el camino una vez más. Mi gente estaba allí y mis amigos vendrían a visitarme. Dentro de diez horas en el tren iba a ver, hacia al suroeste, la silueta azul recortándose contra el cielo de las colinas de Ngong.

En aquel mismo año las langostas cayeron sobre la tierra. Se decía que

venían de Abisinia; después de dos años de sequía viajaban hacia el sur y se comían toda la vegetación que encontraban a su paso. Antes de que las viéramos nos empezaron a llegar extraños relatos del país que dejaban devastado. Por el norte las granjas de maizales, trigo y frutas se habían convertido en un vasto desierto por donde ellas pasaron. Los colonos enviaban mensajeros a sus vecinos del sur para anunciarles la llegada de las langostas. Pero no podías hacer gran cosa, aunque estuvieras prevenida. Los granjeros preparaban grandes pilas de leña y de tallos de maíz y les prendían fuego cuando llegaban las langostas, los trabajadores de las granjas eran enviados con latas y se les decía que gritaran y chillaran, al tiempo que las batían para asustarlas. Pero eso suponía un corto respiro, porque por mucho que los granjeros pudieran asustar a las langostas éstas no se podían mantener indefinidamente en el aire, así que lo único que podías esperar era mandarlas hacia la granja más próxima en el sur, ya medida que las iban echando de un lado y de otro, más hambrientas y más desesperadas estaban cuando por fin se posaban. Hacia el sur yo tenía las grandes praderas de la reserva masai y todo lo que podía desear era mantenerlas volando y enviarlas al otro lado del río, hacia donde estaban los masai.

Me habían llegado tres o cuatro mensajeros anunciándome la llegada de las langostas, enviados por los granjeros vecinos del distrito, pero no acababan de aparecer y empecé a pensar si no sería una falsa alarma. Una tarde iba a nuestra dhuka, al almacén general de la granja que usaban los trabajadores y los aparceros y que llevaba Abdullai, el hermano pequeño de Farah. Estaba en la carretera cuando un indio que iba en un carrito tirado por una mula me llamó y me hizo señas para que me acercara, porque no podía alcanzarme en la llanura.

—Las langostas están llegando a tu tierra, señora —me dijo cuando cabalgué hacia él.

—Me lo han dicho muchas veces —dije—, pero no he visto ninguna. A lo mejor no es tan grave como dicen.

—Por favor, señora, date la vuelta —dijo el indio.

Me di la vuelta y miré: a lo largo del horizonte septentrional había una sombra en el cielo, como la ancha banda de humo de una ciudad, «una ciudad con un millón de habitantes vomitando humo en el aire resplandeciente», pensé, o como una delgada nube subiendo.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Langostas —dijo el indio.

Al regresar vi a unas cuantas langostas, tal vez veinte en total, en el sendero que atravesaba la llanura. Pasé por la casa de mi administrador y le di

instrucciones para que todo estuviera preparado para recibir a las langostas. Cuando miramos hacia el norte la negra humareda en el cielo se había hecho un poco mayor. De vez en cuando, mientras mirábamos, una langosta pasaba silbando por el aire o caía en tierra y salía gateando.

A la mañana siguiente, cuando abrí mi puerta y miré hacia afuera todo el paisaje era del color mate pálido de una terracota. Los árboles, el prado, el camino, todo estaba cubierto por la tintura, como si por la noche hubiera caído una espesa capa de nieve de color terracota sobre la tierra. Allí estaban las langostas. Mientras permanecía de pie, mirando, el escenario comenzó a agitarse, las langostas se movían y se levantaban, al cabo de unos momentos la atmósfera vibró con las alas: se estaban marchando.

Aquella vez no habían hecho mucho daño en la granja, porque permanecieron sólo durante una noche. Vimos que eran de alrededor de una pulgada y media, de un gris amarronado y rosado, pegajosas al tacto. Rompieron dos grandes árboles que había en mi camino simplemente posándose encima; cuando mirabas los árboles y recordabas que cada una de las langostas sólo pesaría la décima parte de una onza, empezabas a concebir cuál sería su número.

Las langostas volvieron; durante dos o tres meses tuvimos continuos ataques de ellas en la granja. Pronto renunciarnos a asustarlas, porque era una tarea desesperada y tragicómica. A veces venía una pequeña nube, una avanzadilla separada de la fuerza principal, que pasaba de súbito. Pero otras veces las langostas llegaban en grandes bandadas que tardaban días en pasar sobre la granja, doce horas de incesante avance por el aire. Cuando la bandada estaba en su momento culminante era como una ventisca en mi país, silbando y aullando como un viento muy fuerte, alitas duras y furiosas por todas partes, te rodeaban, resplandecientes como finas hojas de acero al sol, pero a la vez lo oscurecían todo. Las langostas formaban un cinturón, desde el suelo hasta la copa de los árboles, más allá el aire era claro. Chocaban contra tu cara, se metían en tu cuello, en tus mangas, en tus zapatos. Su acometida te mareaba y te llenaba de una rabia y desesperación enfermizas, el horror a la masa. Lo individual no cuenta; mátalas y no importa. Después de que hayan pasado las langostas y se hayan ido hacia el horizonte como una fina mancha de humo, el sentimiento de disgusto en tu rostro y en tus manos, que ellas han recorrido, permanece contigo durante mucho tiempo.

Una gran bandada de pájaros seguía al avance de las langostas, volaban en círculos sobre ellas, posándose y paseando por los campos donde se quedaban, alimentándose magníficamente de la horda: cigüeñas y grullas, pomposas acaparadoras.

De vez en cuando las langostas se instalaban en la granja. No hacían

mucho daño en la plantación de café porque las hojas de las plantas, semejantes al laurel, eran demasiado duras como para que pudieran mascarlas. Lo único que podían hacer era romper un árbol aquí y allá en el campo.

Pero ver los maizales después de que hubieran pasado por ellos era muy triste, no quedaban más que unas cuantas hojas secas que colgaban de los tallos quebrados. Mi jardín al lado del río, que se regaba y estaba verde, se convirtió en un montón de flores, verduras y hierbas trituradas, todo había desaparecido. Las shambas de los aparceros eran como extensiones de tierra saqueada y quemada, aplastado por los arrastrados insectos, con las langostas muertas en el polvo como si fueran el único fruto que daba el suelo. Los aparceros se las quedaban mirando. Las viejas que habían cavado y plantado las shambas encorvadas, confundidas, agitaban sus puños contra la última y débil sombra negra que desaparecía en el cielo.

Detrás del ejército, en todas partes, quedaba una gran cantidad de langostas muertas. En la carretera, donde se habían posado y donde carros y carretas habían pasado sobre ellas, las rodadas estaban marcadas, hasta donde alcanzaba la vista, como la vía del ferrocarril, por los pequeños cuerpos de las langostas muertas.

Las langostas dejaban sus huevos en el suelo. Al año siguiente, después de las grandes lluvias, aparecerían los pequeños insectos de color marrón oscuro, saltamontes en el primer estadio de su vida, que no podían volar pero que se arrastraban y comían todo lo que encontraban en su camino.

Cuando se me acabó el dinero y las cosas ya no eran rentables, tuve que vender la granja. La compró una gran compañía de Nairobi. Pensaron que el lugar estaba demasiado alto como para cultivar café y no querían tampoco otro tipo de cultivos. Lo que querían era arrancar las plantas, dividir la tierra y abrir caminos para con el tiempo, cuando Nairobi se extendiera hacia el oeste, vender la tierra y construir en ella bloques de construcciones. Eso era hacia el final del año.

Incluso como estaban las cosas yo no creo que hubiera encontrado fuerzas para renunciar a la granja si no hubiera sido por una cosa.

La cosecha de café, que aún no estaba maduro, pertenecía a los antiguos propietarios de la granja o al banco que había realizado la primera hipoteca. Aquel café no sería recogido, manipulado en la granja y exportado hasta mayo o después. Durante ese período yo seguiría dirigiendo la granja y las cosas continuarían aparentemente como siempre. Y durante ese tiempo, pensaba, podría ocurrir algo que lo cambiara todo porque, al fin y al cabo, el mundo no era un lugar regular o previsible.

De esta manera comenzó una extraña época de mi existencia en la granja.



La verdad, que subyacía en todo, era que ya no me pertenecía, pero que tal y como iban las cosas, esa verdad podía ser ignorada por la gente que no lo sabía, y no cambiaba el curso diario de las cosas. Fue, de hora en hora, una lección del arte de vivir el momento o, por así decirlo, la eternidad, porque lo que estaba pasando no importaba nada.

Era algo muy curioso que yo, durante aquel período, nunca me creyera que tenía que ceder la granja o dejar África. Quienes me rodeaban, todas personas razonables, me decían que debía hacerlo; recibía cartas de mi país en cada correo que lo probaban y los hechos de mi vida cotidiana apuntaban en esa dirección. Al mismo tiempo nada podía estar más lejos de mi pensamiento y seguía creyendo que dejaría mis huesos en África. Aquella firme fe no tenía otro fundamento ni otra razón que mi compleja incapacidad de imaginarme otra cosa.

Durante aquellos meses formé en mi mente un programa, o un sistema de estrategia, contra el destino y contra la gente que me rodeaba, que eran sus aliados. Cederé, pensé, de ahora en adelante en todos los asuntos menores para evitarme problemas innecesarios. Dejaré que mis adversarios hagan lo que quieran en los asuntos cotidianos, hablando y por escrito. Porque al final saldré triunfante y conservaré mi granja y la gente que hay en ella. Pensaba que no podía perderlos; si no podía imaginarlo, ¿cómo podía suceder?

De este modo yo era la última persona que me daba cuenta que tenía que marcharme. Cuando recuerdo mis últimos meses en África me parece que las cosas inanimadas eran conscientes de mi marcha mucho antes de que lo fuera yo misma. Las colinas, los bosques, el viento, las praderas y los ríos sabían que nos íbamos a separar. Cuando por primera vez llegué a un acuerdo con el destino y se iniciaron las negociaciones sobre la venta de la granja, la actitud del paisaje hacia mí cambió. Hasta entonces yo había formado parte de él y la sequía era para mí como una fiebre y el florecer de la pradera como un vestido nuevo. Ahora el país se separaba de mí y daba un paso hacia atrás para que pudiera verlo claramente y como un todo.

Las colinas hacían lo mismo que la semana antes de que empezaran las lluvias. Una tarde, al mirarlas, de repente hicieron un gran movimiento y se descubrieron, se convirtieron en algo patente, concreto intenso en forma y en color, como si quisieran entregarse con todo lo que contenían, como si desde donde estabas pudieras dar un paso y llegar a las verdes laderas. Piensas: si un gamo se paseara por un claro en este momento, podrías ver sus ojos cuando gira la cabeza, sus orejas moviéndose; si un pajarito se posara en la rama de un arbusto le oirías cantar. En las colinas, en el mes de marzo, este gesto de abandono significa que las lluvias se aproximan, pero aquí, para mí, significa que me marchaba.

Había visto otros países de la misma manera, que se te entregan cuando vas a dejados, pero había olvidado lo que significaba. Lo único que pensaba es que nunca había visto al país tan hermoso, como si su contemplación fuera suficiente para hacerte feliz durante toda tu vida. La luz y la sombra compartían el paisaje; había arco iris en el cielo.

Cuando estaba con otros blancos, abogados y hombres de negocios, en Nairobi, o con mis amigos que me daban consejos sobre el viaje, mi aislamiento me hacía sentir muy extraña, y a veces era algo físico, como si me sofocara. Me consideraba como la única persona responsable entre ellos; pero una o dos veces se me ocurrió que si estuviera loca entre personas cuerdas me sentiría igual.

Los nativos de la granja, con el desolado realismo de sus almas, eran conscientes de la situación y de mi estado de ánimo, como si se lo estuviera diciendo en una conferencia o lo hubiera escrito en un libro para ellos. Al mismo tiempo venían a mí en busca de ayuda y socorro, y en ningún caso intentaron resolver su futuro por sí mismos. Intentaban lo mejor que sabían que me quedara y con este propósito inventaban toda clase de planes, que venían a confiarme. Cuando se hizo la venta de la granja vinieron y se sentaron en torno a mi casa, no tanto para hablar conmigo como para seguir cada uno de mis movimientos. Hay un momento paradójico en la relación entre un dirigente y sus seguidores: éstos pueden ver cada debilidad y defecto que tiene, juzgarle con agudeza y sin prejuicios, pero siguen necesiéndolo, como si en la vida no hubiera, físicamente, posibilidad de abandonarle. Un rebaño de ovejas siente lo mismo hacia su pastorcillo, conocen mucho mejor que él el país y el tiempo, pero continúan siguiéndole, si es necesario, hasta el abismo. Los kikuyus comprendían la situación mejor que yo, teniendo en cuenta su superior conocimiento del bien y el mal, pero se sentaban en torno a la casa y esperaban mis órdenes; quizá hablaban libremente durante todo el tiempo entre ellos acerca de mi ignorancia y mi completa incapacidad.

Se podría pensar que su constante presencia alrededor de mi casa, cuando yo sabía que no podía ayudarles y que su destino pesaba sobre mí, sería muy difícil de soportar. Pero no era así. Sentimos, creo, hasta el último momento, un curioso consuelo y alivio en la compañía de otros. La comprensión entre nosotros era más profunda que cualquier razón. En esos meses pensaba mucho en Napoleón durante la retirada de Moscú. Generalmente se piensa en su agonía al ver a su gran ejército sufriendo y muriendo a su alrededor, pero también es posible que se hubiera muerto allí mismo si no lo tuviera a la vista. Por la noche contaba las horas hasta el momento en que los kikuyus volverían a la casa.

## II

### La muerte de Kinanjui

En el mismo año el jefe Kinanjui murió. Uno de sus hijos vino a mi casa a última hora de la tarde y me pidió que fuera con él a la aldea de su padre porque se estaba muriendo: Na taka kufa —quiere morir—, como dicen los nativos.

Kinanjui era ahora un anciano. Se había producido recientemente un gran acontecimiento en su vida: se habían levantado las regulaciones de cuarentena de la reserva masai. Tan pronto como se enteró el viejo jefe kikuyu se fue en persona, con unos cuantos de sus seguidores, hasta muy al sur de la reserva, para resolver de una vez sus múltiples cuentas con los masai, y traer consigo las vacas que le pertenecían junto con los terneros que hubieran tenido en su exilio. Mientras estaba allá se había puesto enfermo; por lo que pude entender había sido corneado en un muslo por una vaca y la herida se le gangrenó. Fue una muerte digna de un jefe kikuyu. Cuando decidió volver a casa, Kinanjui llevaba demasiado tiempo con los masai o ya se sentía demasiado enfermo para emprender el largo viaje. Probablemente estaba tan empeñado en traer su ganado que no quiso moverse hasta que estuvo todo reunido y es también posible que se hubiera dejado cuidar por una de sus hijas casadas hasta que sintió una ligera sospecha de que no tenía muchas ganas de que se curara. Por fin se fue y parece que sus seguidores hicieron todo lo que pudieron por él y les supuso un gran trabajo traer hasta su casa al anciano agonizante en una camilla y a lo largo de una gran distancia. Ahora se estaba muriendo en su cabaña y había enviado a buscarme.

El hijo de Kinanjui había venido a casa después de la cena y ya era de noche cuando Farah, él y yo condujimos hasta la aldea, pero la luna había salido y estaba en su cuarto creciente. Por el camino, Farah planteó la cuestión de quién iba a suceder a Kinanjui como jefe de los kikuyus. El anciano jefe tenía muchos hijos, parecía que había diversas influencias en juego en el mundo de los kikuyus. Fatah me dijo que dos de sus hijos eran cristianos, pero uno era católico romano y el otro un converso a la Iglesia de Escocia, y las dos misiones era seguro que harían todo lo posible para que su pretendiente fuera proclamado. Los kikuyus parecían preferir a un tercer hijo, más joven y pagano.

En la última milla el camino no era más que una senda para el ganado entre el césped. La hierba estaba gris por el rocío. Antes de llegar a la aldea había que cruzar el lecho de un río con una pequeña y serpenteante corriente plateada en medio; por allí pasamos a través de una blanca neblina. La gran manyatta de Kinanjui, cuando llegamos; estaba tranquila a la luz de la luna, un

amplio recinto de cabañas, cabañas pequeñas con techo puntiagudo que servían de almacén y bomas para el ganado. Cuando entrábamos, a la luz de nuestros faros vi, bajo una techumbre de bálago, el automóvil que Kinanjui le compró al cónsul norteamericano por el tiempo en que vino a la granja a dar su juicio en el caso de Wanyangerri. Parecía completamente abandonado, todo oxidado y estropeado, y ahora Kinanjui no le dedicaría ni un pensamiento, sino que habría vuelto hacia la manera de vivir de sus padres y pediría ver a las vacas y a las mujeres rodeándole.

La aldea que parecía tan oscura no estaba dormida, la gente estaba levantada y nos rodeó cuando oyó el automóvil. Pero no estaba igual que siempre. La manyatta de Kinanjui era siempre un lugar ruidoso y lleno de vida, como un manantial que brota del suelo y el agua sale por todos los lados; se entrecruzaban planes y proyectos en todas las direcciones, bajo la mirada de la pomposa, benevolente y central figura de Kinanjui. Ahora el ala de la muerte se cernía sobre la manyatta y como un poderoso imán alteraba los modos de vida, formando nuevos grupos y constelaciones. Estaba en juego el bienestar de cada miembro de la familia y de la tribu, y esas escenas e intrigas que siempre se desarrollan en torno a un lecho de muerte real, las sentías bullir, entre el olor de las vacas y bajo la mortecina luz de la luna. Cuando salimos del automóvil llegó un chiquillo con un farol y nos llevó hasta la cabaña de Kinanjui, un grupo numeroso vino con nosotros y se quedó afuera.

Nunca había estado antes dentro de la casa de Kinanjui. Esta mansión real era notablemente mayor que la cabaña kikuyu normal, pero su moblaje no tenía nada de lujoso. Había la armadura de una cama hecha de palos y correas y unas cuantas banquetas de madera, así como dos o tres hogueras sobre el suelo de arcilla pisoteada. El calor en la cabaña era sofocante y el humo tan denso que al principio no pude ver quién estaba allí, aunque había un farol en la tierra. Cuando me acostumbré un poco a aquella atmósfera vi a tres ancianos calvos en la habitación, consejeros o parientes de Kinanjui, una mujer muy vieja que llevaba un bastón y estaba junto a la cama, una muchacha muy, bonita y un chico de trece años: ¿qué nueva constelación era ésta, atraída por el imán, en la cámara mortuoria del jefe?

Kinanjui estaba completamente tumbado en la cama. Se moría, estaba a mitad del camino entre la muerte y la descomposición y el hedor que despedía era tan sofocante que al principio no me atreví a abrir la boca para hablar por miedo a ponerme enferma. El anciano estaba completamente desnudo, echado sobre una alfombra de tela escocesa que yo le había regalado, pero probablemente no podía soportar el más mínimo peso sobre su pierna infectada. La pierna tenía un aspecto terrible, estaba tan hinchada que no podías distinguir dónde estaban las rodillas y, a la luz de la lámpara, pude ver que la tenía cubierta desde la cadera hasta los pies con manchas negras y

amarillas. Bajo la pierna, la tela estaba oscura y húmeda como si saliera agua de ella continuamente.

El hijo de Kinanjui, que había venido a la granja a buscarme, me trajo una vieja silla europea con una pata más corta que las otras y la colocó muy cerca de la cama, para que me sentara.

La cabeza y el tronco de Kinanjui habían enflaquecido tanto que por todas partes sobresalía la estructura de su gran esqueleto, parecía una enorme escultura de madera negra, rudimentariamente trabajada con un cuchillo. Sus dientes y su lengua aparecían entre sus labios. Sus ojos estaban medio nublados, lechosos en la oscuridad de su rostro. Pero podía ver y cuando me acerqué a la cama, volvió sus ojos y estuvo mirándome durante todo el tiempo que permanecí en la cabaña. Lenta, muy lentamente, arrastró su mano derecha a lo largo de su cuerpo para tocar mi mano.

Tenía unos dolores terribles, pero seguía siendo él mismo, con todo su peso, desnudo en la cama. Por su aspecto pensé que había vuelto triunfante de su viaje, trayendo su ganado consigo, a pesar de sus yernos masai. Recordaba allí sentada y mientras le miraba que tenía una debilidad: sentía terror del trueno y cuando estallaba una tormenta, si estaba en mi casa, parecía un ratón y no hacía más que mirar en torno buscando una madriguera. Pero ahora ya no temía los rayos, ni las amenazadoras descargas: sencillamente, pienso, había cumplido su tarea en el mundo, de regreso a casa y recibía su salario en todos los sentidos. Si su mente estaba aún clara para recordar su vida, encontraría pocos momentos en los que no hubiera extraído lo mejor de ella. Una gran vitalidad y capacidad de goce se terminaban allí, en el lecho donde reposaba Kinanjui. «Muere tranquilo, Kinanjui», pensé.

Los ancianos en la cabaña seguían en silencio, como si hubieran perdido la facultad de hablar. Fue el chiquillo, que estaba allí cuando llegué y al que tomé por el hijo más joven de Kinanjui, quien se acercó al lecho de su padre y me dijo, supongo, lo que se había acordado antes de mi llegada.

Me explicó que el médico de la Misión se había enterado de la enfermedad y había venido a vede. Le dijo a los kikuyus que volvería de nuevo para llevarse al jefe agonizante al hospital de la Misión, y estaban esperando un camión que vendría esa misma noche. Pero Kinanjui no quería ir al hospital. Por eso había dicho que me fueran a buscar. Quería que yo le llevara a mi casa pero antes de que volviera la gente de la Misión. Mientras hablaba el chiquillo, Kinanjui me miraba.

Le escuché con tristeza.

Si Kinanjui hubiera enfermado de muerte en cualquier momento del pasado, un año o tres meses antes, le hubiera llevado conmigo, si me lo

hubiera pedido. Pero en aquel momento las cosas habían cambiado. Las cosas me iban muy mal últimamente y temía que fueran todavía peor. Me había pasado días enteros en oficinas de Nairobi escuchando a hombres de negocios y abogados, y reuniéndome con los acreedores de la granja. La casa a la que Kinanjui quería que lo llevara ya no era mi casa.

Kinanjui, pensé allí sentada y mirándole, se estaba muriendo y nadie podía salvarle. Se moriría en mi automóvil durante el viaje o al llegar a la casa. La gente de la Misión vendría y me criticarían por esa muerte; cualquiera les daría la razón.

Todo eso, allí en mi silla rota en la cabaña, me parecía una carga demasiado pesada para asumida. Ya no me quedaban fuerzas para enfrentarme contra las autoridades del mundo. Ya no me quedaban ánimos para desafiarlas a todas.

Intenté dos o tres veces decidirme y llevarme a Kinanjui, pero me falló el coraje. Pensé que debía dejarlo donde estaba.

Farah estaba en la puerta y escuchó las palabras del chiquillo. Cuando me vio sentada en silencio se acercó y, en voz baja y ansiosa, comenzó a explicarme la mejor manera de levantar a Kinanjui para meterle en el automóvil. Me levanté y fui con él a la parte de atrás de la cabaña, un poco apartados de la vista y del hedor del anciano que estaba en la cama. Le dije a Farah que no iba a llevar a Kinanjui conmigo. Farah no se esperaba ese giro en las cosas, sus ojos y su rostro se ensombrecieron con la sorpresa.

Me hubiera gustado permanecer un poco más con Kinanjui pero no quería ver a la gente de la Misión llegar y llevárselo.

Me acerqué hasta el lecho de Kinanjui y le dije que no podía llevármelo conmigo a casa. No había necesidad de dar razones, así que lo dejamos tal cual. Los ancianos de la cabaña, cuando comprendieron mi negativa, me rodearon muy nerviosos, el chiquillo se echó hacia atrás y se quedó inmóvil, no tenía más que hacer. Kinanjui ni se movió ni removi, siguió mirándome a los ojos como hizo durante todo el tiempo. Parecía como si algo así le hubiera ocurrido antes, lo cual era muy posible.

—Kwaheri, Kinanjui —le dije—. Adiós.

Sus dedos ardiendo se movieron un poco en mi palma.

Cuando me volví y miré hacia atrás al llegar a la puerta de la cabaña, la opacidad y el humo de la habitación ocultaban la larga figura de mi jefe kikuyu. Al salir de nuevo de la cabaña hacía mucho frío. La luna había bajado en el horizonte, debía de ser pasada la medianoche. En ese momento, en la manyatta, uno de los gallos de Kinanjui cantó dos veces.

Kinanjui murió aquella misma noche en el hospital de la Misión. Dos de sus hijos vinieron a mi casa a la tarde siguiente para decírmelo. Al mismo tiempo me invitaron al funeral, que se celebraría al día siguiente cerca de su aldea, en Dagoretti.

Cuando pueden, los kikuyus no entierran a sus muertos, sino que los dejan en el suelo para que se encarguen de ellos las hienas y los buitres. Aquella costumbre siempre me había gustado, pienso que sería agradable yacer bajo el sol y las estrellas, y ser rápida, ordenada y abiertamente mondada y limpiada; para fundirse con la naturaleza y ser un componente más de un paisaje. Cuando hubo gripe española en la granja, escuchaba a las hienas rondando las shambas durante toda la noche y con frecuencia, después de aquellos días, me encontraba una calavera limpia y parda entre las altas hierbas del bosque, como una nuez caída de un árbol, o en la pradera. Pero la práctica no se conllevaba con las condiciones de la vida civilizada. El Gobierno se tomó un gran trabajo para lograr que los kikuyus cambiaran sus costumbres y enseñarles a enterrar a sus muertos, pero a ellos seguía sin gustarles la idea en absoluto.

Me dijeron que Kinanjui sería enterrado y pensé que los kikuyus se habrían mostrado dispuestos a hacer una excepción por tratarse de un jefe. Quizá querían montar un gran espectáculo y reunión de nativos. Fui en automóvil a Dagoretti la tarde siguiente pensando encontrar a todos los viejos jefes menores del país y ver un gran festival kikuyu.

Pero el funeral de Kinanjui fue un asunto europeo y clerical. Había unos pocos representantes del Gobierno, el Comisionado del Distrito y dos funcionarios de Nairobi. Pero el clero se había apoderado del día y del lugar; y habían cubierto de negro la pradera bajo el sol de la tarde. Tanto la Misión francesa, como las iglesias de Inglaterra y Escocia, estaban profusamente representadas. Si lo que querían era impresionar a los kikuyus con el sentimiento de que habían puesto su mano sobre el jefe muerto y que ahora les pertenecía, lo consiguieron. Era tan obvio que tenían el poder que estaba fuera de lugar pensar en quitarles a Kinanjui. Es una vieja trampa de las Iglesias. Allí vi por primera vez, en cantidad apreciable, a los chicos de las misiones, los nativos conversos, con atuendo medio sacerdotal, fuera cual fuere su función, jóvenes kikuyus gorditos, con lentes y con las manos cruzadas, con aspecto de antipáticos eunucos. Probablemente los dos hijos cristianos de Kinanjui estaban allí, suspendidas por un día sus diferencias religiosas, pero no les conocía. Algunos de los viejos jefes asistieron al funeral, allí estaba Keoy y hablé con él un rato sobre Kinanjui. Pero se mantuvieron en un segundo plano durante el espectáculo.

Habían cavado la tumba de Kinanjui bajo una pareja de altos eucaliptos, en la pradera, y una cuerda la rodeaba. Llegué temprano y me quedé junto a la

cuerda, cerca de la tumba, desde donde podía ver llegar a la gente, que acudía como moscas.

Trajeron a Kinanjui desde la Misión en un camión y lo dejaron cerca de la tumba. Creo que nunca en mi vida he quedado más sorprendida y espantada. Había sido un hombre grande y le recordó como le había visto cuando venía hasta la granja entre sus senadores, incluso como se le veía hacía dos noches, en su cama. Pero el ataúd en que lo había metido era una caja casi cuadrada, que no tenía más de cinco pies de largo. Cuando la miré no pensé que fuera un ataúd; pensé que sería una caja de aparatos para el funeral. Pero era el ataúd de Kinanjui. Nunca supe cómo lo habían escogido, quizá porque era algo que ya tenían en la Misión escocesa. Pero ¿cómo habían podido meter a Kinanjui allí, y cómo estaba dispuesto dentro? Colocaron el ataúd en el suelo, cerca de donde yo me encontraba.

El ataúd tenía una chapa grande plateada con una inscripción que ponía, según me dijeron posteriormente, que le había sido donada por la Misión al jefe Kinanjui, y con una cita de las Escrituras.

Fue un largo servicio funerario. Uno tras otro los misioneros se adelantaron y hablaron, me imagino que haciendo profesiones de fe y lanzando admoniciones. Pero no les escuché, estaba agarrada a la cuerda que rodeaba la tumba de Kinanjui. Algunos de los nativos cristianos les siguieron y se dedicaron a rebuznar por la verde llanura.

Finalmente Kinanjui fue bajado a la tumba y cubierto con la tierra de su país.

Llevé conmigo a mis sirvientes a Dagoretti para que vieran el funeral, y se quedaron hablando con sus amigos y parientes y volvieron a pie, de manera que Farah y yo volvimos en automóvil. Farah iba tan silencioso como la tumba que dejamos atrás. Le había costado mucho tragarse el hecho de que yo no hubiera traído a Kinanjui a casa, durante dos días había estado como un alma en pena, sumido en grandes dudas y depresiones.

Ahora, cuando llegamos ante la puerta de casa, me dijo:

—No te preocupes, Memsahib.

### III

#### La tumba en las colinas

Denys Finch-Hatton había venido de uno de sus safaris y se había quedado una pequeña temporada en la granja, pero cuando comencé a deshacer la casa



y a preparar las cosas y no pudo quedarse allí, se fue a vivir a la casa de Hugh Martin en Nairobi. Desde allí venía todos los días en automóvil hasta la granja y cenaba conmigo, sentándose —hacia el final, cuando yo había vendido mis muebles— en un cajón y con la comida sobre otro. Nos quedábamos allí hasta muy avanzada la noche.

Unas cuantas veces Denys y yo hablamos como si de verdad fuera a dejar el país. Él consideraba a África su hogar y me entendía muy bien, compartiendo mi pena conmigo, aunque se riera de mi angustia por dejar a mi gente.

—¿Crees —decía— que no puedes vivir sin Sirunga?

—Sí —respondí.

Pero la mayor parte de las veces, cuando estábamos juntos, hablábamos y actuábamos como si el futuro no existiera; nunca se había preocupado mucho por él, como si supiera que podía aprovechar fuerzas desconocidas para nosotros, si quería. Naturalmente estaba de acuerdo con mi plan de dejar que las cosas marcharan y que la gente pensara lo que quisiera. Cuando él estaba allí parecía algo completamente normal y a nuestro gusto estar sentados sobre unas cajas de embalaje en una casa vacía. Me citaba un poema:

Debes dejar tu triste cantinela

por otra más alegre.

Nunca vendré por piedad,

siempre vendré por placer.

Durante aquellas semanas solíamos hacer cortos vuelos sobre las colinas de Ngong o sobre la Reserva. Una mañana Denys vino a buscarme muy temprano, cuando estaba saliendo el sol y luego vimos a un león en la llanura, al sur de las colinas.

Habló de empaquetar sus libros, que llevaban muchos años en mi casa, pero nunca lo hizo.

—Tenlos tú —me dijo—, yo no tengo dónde meterlos. No se podía decidir adónde iría cuando se cerrara mi casa. Una vez, siguiendo los insistentes consejos de un amigo, llegó a ir en automóvil hasta Nairobi para echar un vistazo a los bungalows que había para alquilar, pero volvió tan disgustado por lo que había visto que ni siquiera quería hablar de ello y durante la cena, cuando empezó a hacerme una descripción de las casas y de sus muebles, se calló y se quedó sentado en silencio, con una repulsión y una tristeza en su rostro que eran muy raras en él. Había estado en contacto con un tipo de existencia que le resultaba insoportable.

Era, sin embargo, una desaprobación completamente objetiva e impersonal, se había olvidado que fuera partidario de esa existencia y cuando lo recordé me interrumpió.

—Oh, en cuanto a mí —dijo—, seré totalmente feliz en una tienda de campaña en la reserva masai o tomaré una casa en la aldea somalí.

Pero en esa ocasión, por una vez, habló de mi futuro en Europa. Quizá fuera más feliz allí que en la granja, pensaba, lejos de esa clase de civilización que estaba invadiendo África.

—Sabes —prosiguió—, este continente posee un sentido del sarcasmo tremendo.

Denys tenía un trozo de tierra allá abajo en la costa, treinta millas al norte de Mombasa, en la ensenada de Takaunga. Allí quedaban las ruinas de un antiguo asentamiento árabe, con un pequeño minarete y un poro —una protuberancia gastada por los años, de piedra gris en el suelo salitroso y en medio de unos pocos mangos—. Había construido una casita en aquella tierra y yo estuve allí. El escenario era de una grandeza marina divina, limpia, desolada, con el azul océano Índico ante ti, la profunda ensenada de Takaunga al sur y la larga, escarpada e ininterrumpida línea costera de color gris pálido y rocas de coral amarillentas, donde la vista se perdía.

Cuando la marea estaba baja podías ir andando durante millas mar adentro desde la casa, como por una tremenda y en ocasiones irregularmente pavimentada piazza, recogiendo curiosas conchas, grandes y picudas, y estrellas de mar. Los pescadores swaheli vagaban por allí vestidos con un taparrabos y tocados por turbantes azules o rojos, como si Simbad el Marino hubiera resucitado, para vender peces con púas y multicolores, algunos de los cuales eran de excelente sabor. La costa bajo la casa estaba horadada por una fila de profundas cuevas y grutas, donde te sentabas y mirabas la distante y resplandeciente agua azul. Cuando subía la marea llenaba las cuevas hasta el nivel de la tierra sobre la que estaba construida la casa, y en la porosa roca coralina el mar cantaba y suspiraba de la manera más extraña, como si el suelo debajo de ti estuviera vivo; las largas olas venían corriendo por la ensenada de Takaunga como si fueran un ejército lanzándose al asalto.

Había luna llena cuando estuve en Takaunga y la belleza de las noches radiantes y silenciosas era tan perfecta que el corazón se sentía conmovido. Se dormía con las puertas abiertas al mar plateado; la brisa tibia y juguetona hacía entrar la arena suelta susurrando hasta el suelo de piedra. Una noche pasó un grupo de dhows árabes, muy cerca de la costa, corriendo sin ruido bajo el monzón; era una fila de sombrías velas marrón oscuro bajo la luna. A veces Denys hablaba de hacer de Takaunga su hogar en África y empezar desde allí sus safaris. Cuando comencé a hablar de dejar la granja me ofreció su casa,

como yo le había ofrecido la mía en las tierras altas. Pero los blancos no pueden vivir en la costa al menos que puedan disponer de muchas comodidades y Takaunga estaba demasiado baja y era demasiado cálida para mí.

En el mes de mayo del año en que yo me fui de África, Denys fue a pasar a Takaunga una semana. Proyectaba hacer una casa mayor y plantar mangos en el terreno. Se fue en su aeroplano y quería volver sobrevolando Voi para ver si había elefantes para sus safaris. Los nativos le habían hablado mucho de una manada de elefantes que había llegado hasta Voi desde el oeste, y en particular de un macho grande, el doble de cualquier otro elefante, que andaba vagabundeando solo por la maleza.

Denys, que era una persona excepcionalmente racional, a veces estaba sujeto a humores y presentimientos, bajo cuya influencia se quedaba callado durante días enteros o hasta durante una semana, aunque no se daba cuenta y se quedaba muy sorprendido cuando le preguntabas qué le pasaba. Los últimos días antes de ese viaje hasta la costa estaba de ese humor ausente, como si estuviera ensimismado, pero cuando se lo dije se echó a reír.

Le pedí que me dejara ir con él, porque me parecía que sería muy bonito ver el mar. Primero me dijo que sí, pero luego cambió de opinión y me dijo que no. No podía llevarme; pensaba que el viaje hacia Voi iba a ser muy duro, quizá tuviera que aterrizar y dormir en la maleza, de manera que le sería necesario llevar consigo a un criado nativo. Le recordé que me había dicho que me llevaría a volar sobre África en su avión. «Sí, me acuerdo», dijo; y si había elefantes en Voi me llevaría para verlos desde el aire, cuando hubiera localizado los lugares para aterrizar y para acampar. Fue la única vez en que le pedí a Denys que me llevara consigo en su aeroplano y me dijo que no.

Se fue el día 8, un viernes:

—Espérame el jueves —me dijo al irse—, volveré para almorzar contigo.

Cuando ya se había ido hacia el aeródromo de Nairobi en automóvil, volvió hacia atrás para buscar un volumen de poemas que me había regalado y que quería llevar consigo en el viaje. Con un pie en el estribo del automóvil y un dedo en el libro me leyó un poema que habíamos estado comentando.

—Aquí están tus gansos grises —dijo.

Vi gansos grises sobrevolando los llanos

patos salvajes en el aire alto

inmutables de horizonte a horizonte

con sus almas endurecidas en sus gargantas

y su gris blancura ondulando en los enormes cielos  
y los rayos de sol sobre las colinas arrugadas.

Luego se fue para siempre, despidiéndose con la mano. Al aterrizar en Mombasa el avión de Denys se rompió una hélice. Telegrafió a Nairobi para que le mandaran las piezas de recambio que quería y la East África Airway Company le envió a un muchacho a Mombasa con ellas. Cuando el aeroplano estuvo reparado y Denys listo para volver a volar, le dijo al empleado de Airways que fuera con él. Pero el muchacho no quiso. Aquel muchacho estaba acostumbrado a volar, lo había hecho con muchas personas, entre ellas el propio Denys, que era un buen piloto y además gozaba de mucha fama entre los nativos, por eso y por otras cosas. Pero esa vez el muchacho no quiso volar.

Mucho tiempo después, cuando una vez se encontró a Farah en Nairobi y estuvieron hablando de aquello, le dijo:

—Ni por cien rupias hubiera volado con Bwana Bedar.

La sombra del destino, que el propio Denys había sentido durante los últimos días en Ngong, fue sentida con más fuerza todavía por el nativo.

De manera que Denys llevó a su propio criado, Kamau, consigo a Voi. ¡Pobre Kamau, qué terror tenía a volar! Me había dicho en la granja que cuando alzaba el vuelo el avión clavaba los ojos en sus pies y los mantenía allí hasta que tomaba tierra otra vez, tanto miedo tenía de mirar el paisaje desde una gran altura.

Esperé a Denys el jueves y calculé que volaría desde Voi al amanecer, y que en dos horas llegaría a Ngong. Pero como no llegaba y yo tenía cosas que hacer en Nairobi, me fui a la ciudad. Cuando estaba enferma o llena de preocupaciones en África sufría como una especie de idea obsesiva. Me parecía que el ambiente que me rodeaba estaba lleno de peligros o de angustia, que en medio de aquel desastre estaba donde no debía estar, y además todos me miraban con desconfianza y con miedo.

Aquella pesadilla era en realidad una reminiscencia de los tiempos de la guerra. Porque durante un par de años la gente en la colonia me había creído germanófila en el fondo de mi corazón y me miraban con desconfianza. Sus sospechas las desencadenó el hecho de que, con toda inocencia, yo hubiera comprado, un poco antes de estallar la guerra, en Naivasha caballos para el general Van Lettow, del África Oriental alemana. Me había pedido, seis meses antes cuando viajábamos hacia África juntos, que le comprara diez yeguas abisinias, pero cuando llegué al país tenía otras cosas en las que pensar y lo olvidé, así que sólo después de escribir hablándome de las yeguas, fui a Naivasha a comprárselas. Poco después estalló la guerra, así que las yeguas no

llegaron a salir del país. Lo cual no borraba que; al estallar la guerra, yo estuviera comprando caballos para el Ejército alemán. Pero las sospechas contra mí no duraron toda la guerra, se olvidaron cuando mi hermano, que estaba como voluntario entre las tropas inglesas, ganó la Cruz Victoria en el asalto de Amiens, al norte de Roye. El East African anunció el acontecimiento con unos titulares que decían: «Una V. C. del África Oriental».

Por entonces, el aislamiento no me preocupó porque no tenía nada de germanófila y pensaba que podía aclarar las cosas si fuera preciso. Pero aquello había calado más hondo de lo que yo creyera, porque muchos años después, cuando estaba muy cansada o tenía fiebre, aquel sentimiento volvía. Durante mis últimos tiempos en África, cuando todo me iba mal, a veces sucedía que se me venía encima de repente, como una sombra, y en cierto modo me asustaba, como si estuviera trastornada.

Aquel jueves en Nairobi la pesadilla inesperadamente se apoderó de mí y con tanta fuerza que me preguntaba si no estaría volviéndome loca. Una profunda tristeza parecía envolver la ciudad y la gente que me encontraba se alejaba de mí. Nadie quería detenerse y hablarme, mis amigos en cuanto me veían subían a sus automóviles y se iban. Hasta el viejo señor Duncan, el abacero escocés, al que compraba desde hacía muchos años y con el cual había bailado en el gran baile del palacio del Gobierno, me miró con una especie de horror y se fue de la tienda. Empecé a sentirme tan sola en Nairobi como en una isla desierta.

Había dejado a Farah en la granja para que recibiera a Denys, de modo que no tenía a nadie con quien hablar. Los kikuyus, en estos casos, no sirven porque sus ideas sobre la realidad y la realidad misma son diferentes a las nuestras. Pero tenía que ir a almorzar con Lady McMillan en Chiromo y pensé que allí encontraría blancos con los que podría hablar y recuperaría el equilibrio de mi mente.

Fui en el coche hasta la vieja y preciosa casa de Chiromo, al final de una larga avenida de bambúes, y me encontré con una fiesta. Pero en Chiromo era igual que en las calles de Nairobi. Todo el mundo parecía mortalmente triste y en cuanto les empezaba a hablar se callaban. Me senté al lado de mi viejo amigo el señor Bulpett y se puso a mirar para el suelo y dijo unas cuantas palabras tan sólo. Intenté quitarme de encima la sombra que me abrumaba y comencé a hablarle de sus escaladas a las montañas de México, pero parecía haber olvidado todo.

Pensé: Esta gente no me va, me volveré a la granja. Denys ya estará allí. Charlaremos y nos comportaremos como dos personas sensatas, recuperaré la cordura y sabré y entenderé todo.

Pero cuando el almuerzo se terminó, Lady McMillan me pidió que fuera

con ella hasta su pequeña sala de estar y me dijo que había habido un accidente en Voi. El avión de Denys había capotado y él se había matado en la caída.

Así que fue como había pensado: al sonido del nombre de Denys se me reveló la verdad y lo supe y lo entendí todo.

Posteriormente el Comisionado del Distrito de Voi me escribió y me contó los detalles del accidente. Denys y él habían pasado la noche juntos y salió del aeropuerto por la mañana, con el criado que le acompañaba hacia mi granja. Después de despegar giró y volvió rápidamente, volando bajo, a doscientos pies. De repente el aeroplano se inclinó, dio la vuelta y cayó a tierra como un pájaro que vuela en picado. Al chocar contra el suelo comenzó a arder, la gente que acudió se vio rechazada por el calor. Cuando trajeron ramas y tierra y las arrojaron al fuego, se encontraron con que el aeroplano estaba aplastado y que las dos personas que había dentro se habían matado en la caída.

Muchos años después de aquel día, la colonia siguió sintiendo que la muerte de Denys era una pérdida de la que no podía recuperarse. Algo muy hermoso se produjo en la actitud del colono medio hacia él, una reverencia hacia valores que estaban fuera de su comprensión. Cuando hablaban de él la mayoría de las veces era como de un atleta; hablaban de sus hazañas como jugador de cricket y de golf, de cosas que jamás había oído, así que me enteré entonces de su gran fama como deportista. Después de hablar de él como deportista añadían que era muy brillante. Por lo que ellos le recordaban era por una absoluta carencia de vanidad, o de egoísmo, una sinceridad incondicional que aparte de él sólo he encontrado en los tontos. En una colonia generalmente esas cualidades no son consideradas dignas de imitación, pero después de la muerte de un hombre son, quizá, admiradas con más sinceridad que en otros lugares.

Los nativos conocían a Denys mejor que los blancos; para ellos su muerte era acongojante.

Cuando en Nairobi me comunicaron la muerte de Denys intenté ir hasta Voi. La Airway Company iba a enviar a Tom Black para que hiciera un informe sobre el accidente y fui en automóvil hasta el aeródromo para que me llevara consigo, pero cuando llegué su aeroplano ya había despegado hacia Voi.

Es posible ir en automóvil, pero ya habían empezado las grandes lluvias y no sabía cómo iba a encontrar las carreteras. Mientras esperaba que me informaran de su estado recordé que Denys me había dicho que quería que lo enterraran en las colinas de Ngong. Era extraño que no lo hubiera recordado antes, pero es que lo último en que hubiera pensado es que lo iban a enterrar. Ahora lo recordaba con toda nitidez.

Había un lugar en las colinas, sobre la primera loma en el cazadero, que yo misma, cuando pensaba que iba a vivir y morir en África, se la había señalado a Denys como mi futuro enterramiento. Por la tarde, cuando estábamos sentados y contemplábamos las colinas desde mi casa, me dijo que a él le gustaría también que lo enterraran allí. Desde entonces, cuando íbamos en automóvil por las colinas, Denys decía:

—Vamos a ir hasta nuestras tumbas.

Una vez, cuando acampamos en las colinas en busca de búfalos, fuimos por la ladera en la tarde para ver más de cerca el lugar. Hay una vista infinitamente grande desde allí; a la luz del crepúsculo vimos los montes Kenya y Kilimanjaro. Denys, que estaba tumbado en el suelo, comiendo una naranja, dijo que le gustaría quedarse. Mi propia tumba estaba un poco más arriba. Desde los dos lugares se podía ver a lo lejos, al este, mi casa en el bosque. Volveríamos al día siguiente, para siempre, pensé, a pesar de la extendida opinión de que todo debe morir.

Gustav Mohr se fue desde su granja a mi casa cuando se enteró de la muerte de Denys y, cuando no me encontró, fue a buscarme a Nairobi. Al cabo de un rato vino Hugh Martin y se sentó con nosotros. Les conté el deseo de Denys, lo de la tumba en las colinas y ellos telegrafiaron a la gente de Voi. Antes de que yo volviera a la granja me informaron que traerían el cuerpo de Denys en el próximo tren de la mañana, así que el funeral podría celebrarse al mediodía en las colinas. Debía tener su tumba preparada para entonces.

Gustav Mohr se vino conmigo a la granja, para quedarse allí a dormir y ayudarme por la mañana. Debíamos estar en las colinas un poco antes del amanecer para decidir el lugar y abrir la fosa a tiempo.

Llovió durante toda la noche y lloviznaba cuando salimos de casa. Las rodadas de los carros en el camino estaban llenas de agua. Conducir en las colinas era como conducir entre nubes. No veíamos la llanura abajo, a nuestra izquierda, ni las laderas ni los picos de las colinas a nuestra derecha; los criados, que venían con nosotros en un camión, desaparecieron detrás a una distancia de diez yardas y la niebla se hacía más espesa a medida que subía el camino. Por un cartel en la carretera supimos que estábamos en el cazadero, así que seguimos en el automóvil unos cuantos cientos de yardas y luego lo dejamos. El camión y los criados se quedaron en la carretera hasta que encontramos el lugar. El aire de la mañana era tan frío que nos hacía daño en los dedos.

El lugar de la tumba no debía estar muy lejos de la carretera ni el suelo ser tan escarpado que no permitiera llegar a un camión. Caminamos juntos durante un ratito, hablando entre la niebla, luego nos separamos y fuimos por diferentes senderos, y en pocos segundos nos perdimos de vista. La gran

comarca de las colinas se abría con desgana a mi alrededor y se cerraba de nuevo, parecía un día lluvioso en un país nórdico. Farah caminaba a mi lado con un rifle mojado; pensaba que podíamos encontrar una manada de búfalos. Las cosas cercanas, que surgían súbitamente delante de nosotros, parecían fantásticamente grandes. Las hojas de los grises matorrales de aceitunas silvestres y las hierbas, más altas que nosotros, goteaban y despedían un olor muy fuerte —llevaba un impermeable y botas de goma, pero al cabo de un rato estaba empapada como si hubiera vadeado una corriente—. Las colinas estaban muy silenciosas, sólo de vez en cuando, al llover más fuerte, se oía un susurro por todas partes. Una vez la niebla se levantó y vi enfrente y a lo lejos una extensión de tierra azul índigo como una pizarra —quizá fuera uno de los picos altos de lejos—, que un momento después fue cubierta por una oleada de lluvia gris y de niebla. Seguí caminando y al final me detuve. No había nada que hacer hasta que aclarara el tiempo.

Gustav Mohr gritó mi nombre tres o cuatro veces para encontrarme y se me acercó, con el rostro y las manos empapadas. Me contó que había estado dando vueltas en la niebla durante una hora, y que si no podíamos localizar la tumba no estaría dispuesta a tiempo.

—Pero es que no puedo ver en dónde estamos —dije—, y no podemos enterrarlo en una loma donde no hay vista alguna. Vamos a esperar un poco más.

Permanecimos en silencio entre las altas hierbas y yo fumé un cigarrillo. En el momento en que lo tiré, la niebla despejó un poco y una claridad pálida y fría comenzó a llenar el mundo. En diez minutos pudimos ver dónde estábamos. A nuestros pies se extendían las praderas y distinguí la carretera por la cual habíamos venido, que serpenteaba entre las laderas, trepaba hacia nosotros y serpenteaba de nuevo. Muy lejos, hacia el sur, bajo las nubes cambiantes, se veían las quebradas estribaciones del Kilimanjaro, de color azul oscuro. Al volvernos hacia el norte la luz iba aumentando, había cálidos rayos oblicuos y una línea plateada y brillante salía de detrás del monte Kenya. De repente, mucho más cercano, hacia el este debajo de nosotros, una manchita roja, el único rojo que había, entre el gris y el verde, el tejado de mi casa en su claro del bosque. No tenía que ir más lejos, estábamos en el sitio. Poco después comenzó la lluvia otra vez.

Unas veinte yardas más arriba de donde nosotros estábamos, había una estrecha terraza natural en la ladera de la colina, allí marcamos el lugar para la tumba, con la brújula, de este a oeste. Llamamos a los criados y les indicamos que cortaran la hierba con pangas y cavaran el suelo mojado. Mohr se llevó a unos cuantos consigo para abrir un camino al camión desde la carretera hasta la tumba, nivelaron el terreno, cortaron ramas de los arbustos y cubrieron el sendero porque el suelo estaba resbaladizo. No pudimos abrir el camino hasta



la tumba porque el suelo era demasiado empinado. Hasta entonces todo había estado silencioso, pero cuando los criados comenzaron a trabajar escuché un eco en las colinas, respondía a los golpes de las azadas, como un perrito ladrando. Llegaron unos cuantos automóviles desde Nairobi y enviamos a un muchacho para que les enseñara el camino, porque en aquel amplio paraje no hubieran visto a un pequeño grupo de gente junto a la tumba en la maleza. Vinieron somalíes de Nairobi, habían dejado sus carros de mulas en la carretera y caminaban lentamente, tres o cuatro juntos, en duelo, al estilo somalí, como cubriendo sus cabezas para apartarse de la vida. Algunos de los amigos de Denys del interior, que se habían enterado de su muerte, vinieron desde Naivasha, Gil-Gil y Elmenteita, con sus automóviles cubiertos de barro por el largo y rápido viaje. El día ya había clareado, y los cuatro altos picos de las colinas aparecían por encima de nosotros recortándose contra el cielo.

A primera hora de la tarde trajeron a Denys desde Nairobi. Habían seguido la antigua ruta de safari hasta Tanganyka, conduciendo despacio por el camino mojado. Cuando llegaron al último tramo empinado, levantaron el estrecho ataúd, que iba cubierto con la bandera y lo trajeron. Cuando lo colocaron en la fosa, el paisaje cambió y se convirtió en su marco, absolutamente silencioso, las colinas se irguieron gravemente, sabían y comprendían lo que se estaba haciendo en ellas; al cabo de un momento se hicieron cargo de la ceremonia, era una acción entre ella y él, y las personas que estábamos presentes formábamos un grupito de espectadores en el paisaje.

Denys había escrutado y seguido todos los caminos de las colinas africanas, y mejor que cualquier otro hombre blanco conocía su terreno y sus estaciones, la vegetación y los animales salvajes, los vientos y los olores. Había observado los cambios atmosféricos, sus gentes, las nubes, las estrellas en la noche. Hacía muy poco tiempo le había visto allí, con la cabeza desnuda bajo el sol de la tarde, mirando con los gemelos para descubrirlo todo. Había absorbido al país, en sus ojos y en su mente, África le había cambiado, marcado por su personalidad, convirtiéndose en parte suya. Ahora esta tierra la recibía, lo tomaba a su cargo y se unía a él.

El obispo de Nairobi, me dijeron, no había querido venir porque no había habido tiempo de consagrar la fosa, pero estuvo otro clérigo presente, que leyó un servicio fúnebre, que yo nunca había oído, y su voz sonó pequeña y clara como la voz de un pájaro en las colinas. Pensé que a Denys le gustaría más cuando hubiese terminado todo aquello. El sacerdote leyó un Salmo: «Elevaré mis ojos hacia las colinas».

Gustav Mohr y yo nos quedamos un poco de tiempo después que los otros blancos se hubieran ido. Los mahometanos esperaron hasta que nos fuimos y luego se acercaron orar en la tumba.

En los días que siguieron a la muerte de Denys sus sirvientes de safari vinieron y se reunieron en la granja. No dijeron por qué venían, ni pidieron nada, sino que se sentaron con la espalda apoyada en la pared de la casa, el dorso de sus manos sobre el pavimento, la mayor parte del tiempo en silencio, contra la costumbre de los nativos. Vinieron Malimu y Sar Sita, los intrépidos, astutos, arrojados portadores y batidores que le habían acompañado en todos los safaris. Habían estado con el Príncipe de Gales y muchos años después el príncipe recordaba sus nombres y decía que los dos juntos eran imbatibles.

Los dos grandes batidores habían perdido el rastro y se sentaron inmóviles. Kanuthia, su conductor, vino también; él que había hecho muchos miles de millas de ásperos caminos y era un joven y ágil kikuyu con los ojos vivarachos de un mono, ahora se sentaba como un mono triste y medroso en una jaula.

Bilea Isa, el criado somalí de Denys, vino desde Nairobi a la granja. Bilea había estado dos veces en Inglaterra con Denys, asistió allí a la escuela y hablaba inglés como un caballero. Hacía años Denys y yo habíamos asistido a la boda de Bilea en Nairobi; fue una fiesta magnífica que duró siete días. En aquella ocasión, el gran viajero y estudioso había vuelto a las costumbres de sus antepasados, vestido con un ropaje dorado, haciendo una reverencia hasta el suelo al recibimos y bailado la danza de la espada, lleno del salvaje y desesperado espíritu del desierto. Bilea vino a ver la tumba de su amo, se sentó sobre ella; volvió y habló muy poco, después de un ratito se sentó junto a los otros con la espalda apoyada en la pared y el dorso de sus manos descansando en el pavimento.

Farah salió y habló con los enlutados. Estaba muy serio.

—No sería tan malo que tú te fueras —me dijo—, si Bedar estuviera aún con nosotros.

Los criados de Denys permanecieron allí una semana, luego uno tras otro se fueron marchando.

A menudo iba en coche hasta la tumba de Denys. En línea recta no había más que cinco millas desde mi casa, pero dando un rodeo por la carretera había quince. La tumba estaba mil pies más alta que mi casa, el aire era diferente, claro como un vaso de agua; vientos ligeros te alborotaba el cabello cuando te descubrías; sobre los picos de las colinas vagaban las nubes que venían del este, lanzaban su sombra hecha de vida sobre la tierra amplia y ondulada y luego se disolvían y desaparecían sobre la Falla Grande.

Compré en la dhuka una yarda de esa tela blanca que los nativos llaman *americani*, y Farah y yo levantamos tres palos altos en el suelo junto a la tumba, clavamos la tela en ellos y así, desde mi casa, podía distinguir su lugar exacto, como un puntito blanco en la colina verde.

Las lluvias habían sido muy abundantes y temí que las hierbas crecieran tanto que cubrieran la tumba y la hicieran desaparecer. Un día tomamos las piedras blancas que había en el sendero de mi casa, las mismas que había traído Karomenya hasta la puerta principal; las cargamos en el portaequipajes de mi automóvil y fuimos hasta la colina. Cortamos la hierba en torno a la tumba y colocamos las piedras en un cuadrado para señalarla; ahora se podría encontrar siempre.

Como yo iba tan a menudo a la tumba y llevaba conmigo a los hijos de mis criados, se convirtió en un lugar familiar para ellos; enseñaban el camino a quienes venían a veda. Construyeron un pequeño cenador entre los matorrales de una colina cercana. Durante el verano vino de Mombasa Alí bin Salim, que había sido amigo de Denys, se echó en la tumba y lloró, al estilo árabe.

Un día me encontré a Hugh Martin al lado de la rumba., nos sentamos en la hierba y charlamos un largo rato. La muerte de Denys había afectado profundamente a Hugh Martin. Si un ser humano había desempeñado un papel en la extraña y retraída existencia de aquel hombre, había sido Denys. Un ideal es algo muy extraño, nadie hubiera pensado que Hugh podía tener uno, ni que su pérdida le afectara tanto como si, de alguna forma, hubiera perdido un órgano vital. Pero desde la muerte de Denys había envejecido y cambiado, su rostro estaba lleno de ronchas y ojeroso. A la vez conservaba su plácida sonrisa, como la de un ídolo chino, como si supiera algo enormemente divertido que estaba oculto para los demás. Me dijo que durante la noche había hallado de repente el epitafio para Denys. Creo que lo había cogido de un autor griego antiguo, porque me lo citó en griego, luego lo tradujo para que lo comprendiera: «No me preocupa si el fuego se mezcla con la ceniza en mi muerte. Para mí, ahora, todo está bien».

Luego Lord Winchilsea, hermano de Denys, hizo poner un obelisco en su tumba con una inscripción extraída del El viejo marinero, un poema que Denys admiraba especialmente. Yo nunca lo había escuchado hasta que Denys me lo citó —la primera vez, que yo recuerde, cuando íbamos a la boda de Bilea—. No he visto el obelisco; lo pusieron después de que yo me marché de África. También en Inglaterra hay un monumento a Denys. Sus antiguos compañeros de colegio pusieron, en su memoria, un puente de piedra sobre un arroyo que divide los campos de Eton. En una de las balaustradas escribieron su nombre y las fechas de su paso por Eton y las palabras: «Famoso en estos campos y muy amado por sus numerosos amigos».

Entre el río en el suave paisaje inglés y los montes africanos, corre el sendero de su vida; es una ilusión óptica que parezca torcerse y desviarse, lo que le rodeaba es lo que se desvía. El arco se disparó en el puente de Eton, la flecha describió su órbita y alcanzó el obelisco en las colinas de Ngong.

Después de que me fuera de África, Gustav Mohr me escribió contándome una cosa muy extraña que había sucedido en la tumba de Denys, nunca había oído nada semejante. «Los masai», me escribió, «han informado al Comisionado del Distrito de Ngong que muchas veces, al alba y al crepúsculo, han visto leones en la tumba de Finch-Hatton en las colinas. Un león y una leona han aparecido allí y se quedan de pie, o se echan, en la tumba durante mucho tiempo. Algunos indios que pasan por el lugar en sus camiones camino de Kajado también los han visto. Después de que te fuiste el suelo que rodea la tumba fue nivelado, formando una especie de gran terraza, supongo que el lugar tan plano es un buen sitio para los leones, desde allí pueden ver toda la pradera, el ganado y la caza que hay en ella».

Era justo que los leones fueran hasta la tumba de Denys y la convirtieran en un monumento africano. «Y renombrada sea tu tumba». Pensé que el propio Lord Nelson, en Trafalgar Square, sólo tiene leones de piedra.

#### IV

#### **Farah y yo vendemos**

Ahora estaba sola en la granja. Ya no era mía, pero la gente que la había comprado se ofreció a dejarme permanecer en la casa el tiempo que quisiera, y por razones legales me la alquilaban por un chelín diario.

La venta de mis muebles nos dio mucho trabajo tanto a Farah como a mí. Tuvimos que poner toda la porcelana y la cristalería a la vista sobre la mesa del comedor; más tarde, cuando vendimos la mesa, las colocamos en largas filas en el suelo. El cuco del reloj cantaba las horas arrogantemente por encima de las filas, luego fue vendido y voló fuera. Un día vendí mi cristalería y luego, durante la noche, lo pensé mejor, así que por la mañana me fui en automóvil a Nairobi a pedirle a la dama que la había comprado que anuláramos el trato. No tenía sitio donde meter la cristalería, pero los dedos y los labios de muchos amigos la habían tocado, me habían regalado vinos excelentes para beberlos en ella; retenían un eco de las antiguas charlas de sobremesa y no quería compartirla. Después de todo, pensé, es fácil de romper.

Tenía un viejo biombo de madera con figuras pintadas de chinos, sultanes y negros, con perros sujetos por la correa que se ponía juma al fuego. En los atardeceres, cuando las llamas resplandecían, las figuras se animaban y servían como ilustraciones para los cuentos que le contaba a Denys. Después de mirarlo durante mucho tiempo lo doblé y lo empaqueté en una caja, donde las figuras podían descansar por el momento. Lady McMillan, en aquel tiempo,

había terminado el McMillan Memorial, que había hecho construir en Nairobi en recuerdo de su marido, Sir Northrup McMillan. Era un bonito edificio con bibliotecas y salas de lectura. Ahora ella solía venir en automóvil a la granja, hablaba de los tiempos pasados con tristeza y me compró la mayor parte de mis antiguos muebles daneses, que yo trajera de mi país, para la biblioteca. Me gustó saber que los alegres, sabios y hospitalarios arcones y gabinetes iban a permanecer juntos, en medio de libros y de estudiosos, como un pequeño círculo de señores que en tiempos revolucionarios encuentran asilo en la Universidad.

Mis libros los empaqueté en cajas y me sentaba o comía sobre ellos. Los libros en una colonia desempeñan un papel diferente en tu existencia que en Europa; toda una parte de tu vida depende de ellos; y por eso, según su calidad, te sientes de lo más agradecida o indignada, en una escala mucho mayor que en un país civilizado.

Los personajes de ficción de los libros corren en la granja, junto a tu caballo o pasean contigo por los maizales. Por sí mismos, como buenos soldados, saben encontrar el alojamiento que les conviene. Una mañana, después de haberme pasado la noche leyendo *Crome Yellow* —nunca había oído hablar del autor, pero cogí el libro en una librería de Nairobi y me quedé tan contenta como si hubiera descubierto una nueva isla, cubierta de vegetación, en el mar— cuando galopaba por un valle del cazadero, un pequeño antílope saltó, y se convirtió en un cervato para Sir Hércules y su esposa con su trailla de treinta dagas falderos negros y amarillentos. Todos los personajes de Walter Scott se encontraban a gusto en el país y topabas con ellos por todas partes; lo mismo pasaba con Ulises y sus hombres, y curiosamente con muchos personajes de Racine. Peter Schlemihl pasaba sobre las colinas con sus botas de siete leguas y «Clown Agheb», la abeja, vivía en mi jardín junto al río. Otras cosas se vendieron, se empaquetaron y se enviaron fuera, de manera que la casa, durante esos meses, se convirtió en *das Ding an sich*, noble como una calavera, un lugar frío y espacioso, lleno de ecos, y la hierba del prado creció tamo que empezó a cubrir los peldaños de la escalera. Al final, ya no quedaba nada en las habitaciones y para mí, en ese estado, comenzaron a parecerme más acogedoras que antes.

Le dije a Farah:

—Así es como debíamos de haberla tenido siempre. Farah me comprendió muy bien porque los somalíes tienen algo de ascético. Durante esa época Farah estaba enteramente dedicado a ayudarme en todo; pero cada vez se parecía más a un auténtico somalí, tal como era en Adén, donde le habían enviado a buscarme, la primera vez en que vine a África. Le preocupaban mucho mis viejos zapatos y me confió que rezaba a Dios todos los días para que me duraran hasta que fuera a París.

Durante esos meses Farah se ponía cada día sus mejores ropas. Tenía mucha ropa bonita: chaquetillas árabes bordadas de oro que yo le había dado y otra, muy elegante, de color escarlata con encajes dorados que le regalara Berkeley Cole, además de turbantes de seda de hermosos colores. Por lo general los tenía guardados en arcas y sólo los usaba en ocasiones especiales. Pero ahora se ponía lo mejor que tenía. Caminaba un paso detrás de mí por las calles de Nairobi o me esperaba en las sucias escaleras de los edificios gubernamentales o de los bufetes de los abogados, vestido como Salomón en todo su esplendor. Sólo un somalí podía hacerlo.

Tenía que decidir el destino de mis caballos y de mis perros.

Durante mucho tiempo pensé en matarlos, pero varios de mis amigos me escribieron pidiéndome que se los dejara. Después de esto, cuando salía a cabalgar acompañada por los perros, no me parecía justo matarlos a tiros, tenían demasiada vida dentro. Tardé mucho en decidirme, no creo haber cambiado tantas veces de opinión sobre un mismo tema. Por último, decidí dárselos a mis amigos.

Cabalgué al paso hasta Nairobi en mi caballo favorito, «Rouge», mientras miraba todo de norte a sur. Debió ser muy extraño para «Rouge», pensé, ir hasta Nairobi por la carretera y no volver por el mismo camino. Lo instalé, no sin esfuerzo, en el vagón de los caballos del tren de Naivasha, me quedé allí y sentí por última vez su morro sedoso en mis manos y en mi rostro. No te dejaré marchar, «Rouge», si no me das tu bendición. Juntos encontramos el sendero para bajar galopando al río entre las shambas y las cabañas de los nativos, bajabas por la resbaladiza pendiente con la prudencia de un mulo, y en la parda corriente tu cabeza y la mía se reflejaban juntas. Que puedas ahora, en un valle de nubes, comer claveles a la derecha y alhelíes a la izquierda.

Los dos jóvenes galgos que yo tenía, «David» y «Dinah», hijos de «Pania», se los di a un amigo de una granja cercana a Gil-Gil, donde podrían tener buena caza. Eran muy fuertes y juguetones y, cuando los metieron en un automóvil y se fueron en gran estilo, jadeaban, sus cabezas juntas asomando por la ventanilla, las lenguas fuera como si estuvieran siguiendo la pista de una espléndida presa. Con los ojos y las patas rápidas, alegres corazones, los dos perros se marchaban de la casa y de la pradera para resollar, husmear y correr llenos de felicidad por otros lugares. Parte de mi gente comenzó a abandonar la granja. Como ya no había café ni molino de café, Pooran Singh se encontró sin trabajo. No quiso coger otro trabajo en África y, al final, decidió volver a la India.

Pooran Singh, el que dominaba los minerales, era fuera de su trabajo como un niño. No le cabía en la cabeza la idea de que se había terminado la granja; se afligía, lloraba con claras lágrimas que corrían por su negra barba y durante

mucho tiempo no me dejaba en paz con sus intentos de que me quedara en la granja y con sus planes para que ésta continuara funcionando. Estaba orgulloso de nuestra maquinaria y parecía como si estuviera clavado a la máquina de vapor y al secador de café de la factoría, sus suaves ojos oscuros devoraban cada una de sus tuercas. Luego, cuando finalmente se dio cuenta de lo desesperado de la situación, se le vino todo encima de pronto, siguió muy triste pero absolutamente pasivo y a veces, cuando le veía, me hablaba mucho de sus planes de viaje. Cuando se fue el único equipaje que llevó consigo consistía en una pequeña caja de herramientas y útiles de soldadura, como si ya hubiera enviado su corazón y su vida al otro lado del océano y sólo quedara aquella persona flaca, modesta y parda con su soldador para seguirles.

Quería hacerle un regalo a Pooran Singh antes de que se fuera y esperaba tener algo conmigo que le gustara, pero cuando se lo dije manifestó con gran alegría que quería un anillo. Yo no tenía ningún anillo ni dinero para comprarlo. Esto ocurrió ya unos meses antes, cuando Denys venía a cenar a la granja, y una noche le dije lo que pasaba. Denys me había dado una vez un anillo abisinio de oro blando, que se podía adaptar a cualquier dedo. Pensó que proyectaba dárselo a Pooran Singh, porque solía quejarse de que todo lo que me regalaba yo, a mi vez, se lo daba a mi gente de color. Para impedirlo me lo quitó de la mano, se lo puso en la suya y dijo que se lo quedaría hasta que Pooran Singh se marchara. Fue pocos días antes de que se fuera a Mombasa y así el anillo fue enterrado con él. Sin embargo, antes de que Pooran Singh se fuera reuní suficiente dinero, vendiendo mis muebles, como para poder comprarle el anillo que quería en Nairobi. Era de oro pesado, con una piedra roja grande, que parecía de cristal. Pooran Singh se puso tan contento que derramó unas cuantas lágrimas más y me parece que el anillo le ayudó en su separación final de la granja y de su maquinaria. Porque en su última semana se lo ponía todos los días y cuando venía a casa lo traía en la mano y me lo enseñaba con una sonrisa radiante y gentil. En la estación de Nairobi lo último que vi de él fue su delgada mano morena, que había trabajado en la forja a tan furiosa velocidad. La extendía a través de la ventanilla del abarrotado y caluroso vagón de ferrocarril para nativos en el cual se había instalado Pooran Singh con su caja de herramientas, y la piedra roja brillaba como una estrellita mientras subía y bajaba diciendo adiós.

Pooran Singh se fue a Penjab con su familia. Hacía muchos años que no la veía, pero siempre estuvieron en contacto con él, enviándole fotografías que guardaba en su casita de chapa ondulada en la factoría y que me enseñaba lleno de ternura y de orgullo. Me escribió muchas cartas, algunas desde el barco que le llevaba a la India. Todas empezaban de la misma manera: «Querida señora. Adiós», y luego me daba noticias suyas y me contaba sus aventuras durante el viaje.

Una semana después de la muerte de Denys, una mañana me ocurrió una cosa extraña.

Estaba en la cama pensando en los acontecimientos de los últimos tiempos e intentando entender lo que realmente había ocurrido. Me parecía que, de alguna manera, me había salido del curso normal de la existencia humana, metiéndome en un maelstrom donde nunca debía haber entrado. Por donde fuera que yo caminaba, el suelo fallaba bajo mis pies y las estrellas caían desde el cielo. Pensaba en el poema sobre Ragnarok, donde se describe esa caída de las estrellas y los versos sobre los enanos que gemían en sus cuevas de las montañas y morían de miedo. Todo esto, pensaba, no puede ser una coincidencia de circunstancias, lo que la gente llama una racha de mala suerte, sino que debe tener un fundamento. Si lo encontraba, me salvaría. Si buscaba donde debía, reflexioné, la coherencia de las cosas se me aclararía. Pensaba que debía levantarme y buscar una señal.

Mucha gente cree que no es razonable buscar una señal. Se debe a que para hacerla hay que estar en un determinado estado de espíritu y mucha gente nunca lo logra. Si en esa disposición de ánimo pides una señal, no puede fallar la respuesta; se produce como consecuencia natural de una petición. De la misma manera un jugador de cartas inspirado reúne trece naipes en la mesa y levanta lo que se llama una mano-una unidad. Donde los otros no ven nada, él es capaz de ver el gran capote que lo está mirando. ¿Es que existe el gran capote en las cartas? Sí, para el jugador que sabe.

Salí de casa en busca de una señal y vagué al azar entre las cabañas de los sirvientes. Acababan de soltar a sus gallinas que corrían de un lado a otro entre las casas. Me detuve un rato y me puse a contemplarlas.

El gran gallo blanco de Fathima se pavoneaba delante de mí. De pronto se detuvo, ladeó la cabeza en una dirección, luego en otra y levantó su cola. En el otro lado del sendero, por la hierba, apareció un pequeño camaleón gris que, como el gallo, estaba haciendo su reconocimiento mañanero. El gallo se fue derecho hacia él —porque los comen— cloqueando de satisfacción. Al verlo el camaleón se quedó completamente paralizado. Tenía miedo, pero a la vez era valiente, plantó las patas en el suelo, abrió la boca tanto como pudo y, para asustar a su enemigo, le sacó su lengua en forma de porra. El gallo se quedó quieto un momento como si estuviera sorprendido, luego rápida y decididamente bajó su pico como un martillo y arrancó la lengua del camaleón.

El encuentro de los dos animales no duró más de diez segundos. Eché al gallo de Fathima, tomé una piedra grande y maté al camaleón, porque no podía vivir sin lengua; los camaleones cogen con la lengua los insectos de los que se alimentan.



Me quedé tan horrorizada por lo que había visto —porque había sido algo horrible y formidable en formato de miniatura— que me alejé y me senté en un banco de piedra junto a la casa. Estuve allí durante mucho tiempo y Farah me trajo mi té y lo puso en la mesa. Me quedé mirando fijamente a las piedras, sin atreverme a alzar la vista, porque el mundo me parecía un lugar peligroso.

Sólo muy despacio, a medida que pasaron los días, me di cuenta que había recibido la más espiritual de las respuestas posibles a mi petición. Incluso había sido honrada y distinguida de una extraña manera. Los poderes a los que invoqué respetaron más mi dignidad que yo misma, ¿porque qué otra respuesta podían dar? Estaba claro que no era el momento para caprichos y decidieron ignorar mi invocación. Los grandes poderes se habían reído de mí y su risa había resonado en las colinas, me habían dicho entre trompetas, gallos y camaleones, ¡ja, ja!

Estaba contenta de haber salido aquella mañana a tiempo de salvar al camaleón de una muerte lenta y dolorosa.

Fue más o menos por entonces —aunque un poco antes de que me hubiera desprendido de mis caballos— cuando Ingrid Lindstrom bajó desde su granja en Njoro para quedarse conmigo algún tiempo. Fue un gesto de amistad por parte de Ingrid, porque para ella era difícil estar fuera de su granja. Su marido, para hacer dinero con que pagar su tierra de Njoro, trabajaba para una gran compañía de sisal en Tanganyka y allá estaba, sudando a dos mil pies de altura, como si Ingrid lo hubiera alquilado en calidad de esclavo por el bien de la granja. Ella, mientras tanto, la dirigía; había aumentado el espacio dedicado a la cría de gallinas y de hortalizas, tenía cerdos y criaba pavos, lo que le hacía difícil dejar la granja, aunque fuera por unos días. Pero, por mí, lo dejó todo al cuidado de Kemoso y acudió a verme como hubiera corrido a ayudar a un amigo cuya casa se quemaba, y vino sin Kemoso esta vez, lo que, dadas las circunstancias, probablemente fue bueno para Farah. Ingrid comprendía y simpatizaba de todo corazón, con una fuerza que era como la de los elementos, con lo que ocurre cuando una mujer granjera ha vendido su granja y tiene que abandonarla. Mientras Ingrid estuvo conmigo no hablamos del pasado ni del futuro, no mencionamos el nombre de ningún amigo ni conocido, estábamos juntas en el desastre de aquellos momentos. Íbamos de una cosa a otra de la granja, nombrándolas al pasar, una por una, como si estuviéramos almacenando mentalmente lo que yo perdía o como si Ingrid estuviera, en mi nombre, recogiendo material para un memorial de agravios a presentar al destino. Ingrid sabía de sobra, por experiencia propia, que no existe tal memorial, pero su idea forma parte de la manera de ser de las mujeres.

Bajamos hasta la boma de los bueyes y nos sentamos en la valla, contándolos a medida que venían. Sin decir una palabra señalaba uno a Ingrid: «Estos bueyes», y sin palabras, ella me respondía: «Sí, esos bueyes», y los

apuntaba en el memorial. Fuimos hasta los establos para dar azúcar a los caballos y cuando terminaron empecé a llorar y extendí hacia ella mis palmas, pegajosas y llenas de babas: «Estos caballos». Ingrid suspiraba apenada: «Sí, esos caballos», y los anotaba. En mi jardín, junto al río, no pudo hacerse a la idea de que yo debía de dejar las plantas que había traído desde Europa; retorció sus manos sobre la menta, la salvia y la lavanda y luego volvió a hablar de ellas, como si estuviera elaborando un plan para que me las pudiera llevar conmigo.

Nos pasábamos las tardes contemplando mi pequeño rebaño de vacas nativas que pastaban en el prado. Yo hablaba de su edad, características y producción de leche, e Ingrid gemía y gruñía al oír las cifras como si estuviera físicamente herida. Calculaba con cuidado mirándolas una por una, no por interés comercial, porque pasarían a mis criados, sino para valorar y sopesar mi pérdida. Miraba las suaves terneras, de dulce olor; después de una dura lucha había conseguido tener unas cuantas vacas con terneras en su granja y, contra toda razón y su propia voluntad, me lanzaba acerbos miradas de crítica por abandonar aquellos animales.

Un hombre que camina junto a un acongojado amigo y que durante todo el tiempo se repite mentalmente las palabras: «Gracias a Dios que no me ha tocado a mí», se sentiría culpable y trataría de reprimir ese sentimiento, me parece. Ocurre algo muy distinto con dos mujeres cuando son amigas. Y una expresa toda su simpatía con la angustia de la otra. No hace falta decir que la más afortunada estará todo el tiempo repitiendo en su corazón lo mismo: «Menos mal que no me ha tocado a mí». No provoca malos sentimientos entre las dos, sino que, por el contrario, las acerca más la una a la otra y otorga a la ceremonia un elemento personal. Yo creo que los hombres no pueden, fácil ni tranquilamente, envidiar a los demás o triunfar sobre ellos. No hace falta decir que la novia triunfa sobre las damas de honor y que las visitantes de la parturienta envidian a la madre del niño; y nadie, se siente incómoda por ello. Una mujer que haya perdido a su hijo puede enseñar sus ropas a una amiga, consciente de que ésta está repitiendo: «Menos mal que no me ha tocado a mí», y ambas lo consideran algo lógico y natural. Así pasaba con Ingrid Y conmigo. Mientras paseábamos por la granja sabía que ella pensaba en la suya, dando gracias por conservarla y agarrándose a ella con todas sus fuerzas, y nos sentíamos muy bien. A pesar de nuestras viejas chaquetas y pantalones caqui, éramos en realidad, un par de míticas mujeres, con velos blancos y negros, formando una unidad, éramos los genios de la vida granjera en África.

Después de unos cuantos días, Ingrid se despidió de mí y se fue en tren a Njoro.

Ya no podía cabalgar y mis paseos sin los perros eran muy silenciosos y sedantes, pero seguía teniendo mi automóvil, lo cual era estupendo porque

tenía muchas cosas que hacer.

El destino de mis aparceros me oprimía el corazón. Como la gente a quien había vendido mi granja proyectaba quitar las plantas de café y dividir y vender la tierra para construir en ella, no necesitaban a los aparceros y tan pronto como el acuerdo entrara en vigor tenían un preaviso de seis meses para dejar la granja. Para los aparceros aquella era una decisión inesperada y abrumadora, porque habían vivido con la ilusión de que la tierra era suya. Muchos de ellos habían nacido en la granja y otros habían venido con sus padres cuando eran niños.

Los aparceros sabían que para permanecer en la granja tenían que trabajar para mí durante ciento ochenta días al año, por lo cual eran pagados con doce chelines cada treinta días; las cuentas se hacían en la oficina de la granja. También sabían que tenían que pagar al Gobierno un impuesto de doce chelines por cada cabaña, una carga muy pesada para un hombre, que con un poco más podría tener dos o tres cabañas con techado de hierba, según el número de sus mujeres, porque un marido kikuyu debe proporcionar a cada una de ellas una cabaña. De vez en cuando mis aparceros eran amenazados con ser echados de la granja por algún delito, de manera que en cierto modo debían saber que su posición no era enteramente intocable. El impuesto sobre las cabañas no les gustaba nada y cuando iba a recogerlo para el Gobierno por toda la granja, se resistían y tenía que escucharles. Pero consideraban esas cosas como las vicisitudes comunes de la vida y nunca renunciaban a la esperanza de encontrar una escapatoria. No se imaginaban que pudiera haber para todos un subyacente principio universal, que en su hora se manifestaba de manera fatal y aplastante. Durante algún tiempo prefirieron considerar la decisión de los nuevos propietarios de la granja como un fantasma al que podían valientemente ignorar. En algunos aspectos, aunque no en todos, los hombres blancos ocupan en la mente de los nativos el lugar que, en la mente de los hombres blancos, ocupa la idea de Dios. Una vez hice un contrato con un maderero indio, que contenía las palabras: un acto de Dios. No conocía la expresión y el abogado que estaba redactando el contrato trató de explicármela.

—No, no señora —me dijo—, no ha comprendido en absoluto el significado del término. Lo que es completamente imprevisible y al margen de las reglas o de la razón es un acto de Dios.

Por último, cuando la certeza de la noticia era evidente, los aparceros comenzaron a congregarse en mi casa en grupos sombríos. Creían que la denuncia era una consecuencia de mi marcha de la granja, mi mala suerte era cada vez mayor y se extendía también sobre ellos. No me criticaban por ello, porque ya lo habíamos hablado entre nosotros; me preguntaban adónde iban a ir.

Para mí era muy difícil responderles. Los nativos no pueden, según la ley, comprar tierra y yo no conocía otra granja lo bastante grande como tomarlos como aparceros. Les dije lo que a mí misma me habían dicho después de preguntar sobre el asunto, que se fueran a la reserva kikuyu y que encontraran allí una tierra. Entonces me preguntaron si habría suficiente tierra no ocupada en la reserva como para poder llevar su ganado, y si tendrían la garantía de encontrar todos, tierra en el mismo lugar, para que la gente de la granja permaneciera junta, porque no querían separarse.

Me sorprendió que estuvieran tan decididos a permanecer juntos, porque en la granja había sido difícil mantener la paz y nunca hablaban muy bien unos de otros. Pero allí estaban los jactanciosos y grandes ganaderos como Karhegu, Kaninu y Mauge, cogidos de la mano, por así decirlo, de los humildes y desheredados trabajadores de la tierra como Waweru y Clotha, que no tenían ni siquiera una cabra; y allí estaban, impregnados del mismo espíritu, tan decididos a permanecer unidos como a conservar sus vacas. Sentí que me pedían no sólo un lugar para vivir, sino su propia existencia.

Es algo más que su tierra lo que arrebatas a la gente a la que quitas su tierra nativa. Son también sus raíces y su identidad. Si les quitas las cosas que suelen ver y que esperan seguir viendo, les quitas, en cierto modo, los ojos. Esto se aplica en un grado más elevado a los pueblos primitivos que a los civilizados, y los animales son capaces de reemprender un largo camino y, a través de peligros y sufrimientos, recobrar su identidad perdida, en el medio que conocen.

Cuando hicieron trasladarse a los masai desde su antiguo país, al norte de la línea de ferrocarril, hasta la actual reserva, llevaron consigo los nombres de sus colinas, praderas y ríos; y se los pusieron a las colinas, praderas y ríos de su nuevo país. Lo cual deja perplejos a los viajeros. Los masai llevan sus raíces cortadas con ellos como una medicina y en el exilio intentan conservar su pasado mediante una fórmula.

Ahora mis aparceros se agarraban unos a otros con el mismo instinto de autoconservación. Si tenían que irse de su tierra debían hacerla con gente que les conocía y que así podía testificar su identidad. Durante algunos años seguirían hablando de la geografía e historia de la granja, y lo que uno olvidara lo recordaría otro. En aquel momento sentían pesar sobre ellos la vergüenza de la extinción.

—Ve, Msabu —me dijeron—, ve por nosotros al Selikali y consigue que nos deje llevar el ganado al nuevo lugar y que podamos permanecer juntos dondequiera que vayamos.

Con esto comenzó para mí un largo peregrinaje, o el viaje de una mendiga, que ocupó mis últimos meses en África.

Como mensajera de los kikuyus fui, en primer lugar, a los comisionados de Distrito en Nairobi y en Kiambu, luego al Departamento Nativo y a la Oficina de la Tierra, llegando al final hasta el gobernador, Sir Joseph Byrne, al que no conocía porque acababa de llegar de Inglaterra. Al final olvidé hasta lo que estaba haciendo. Era como si me arrastrara la marea. A veces tenía que quedarme un día entero en Nairobi o ir dos o tres veces en el mismo día. Siempre al volver había un cierto número de aparceros junto a mi casa, pero nunca me preguntaban las noticias, vigilaban para comunicarme, mediante magia nativa, fuerza para resistir.

Los funcionarios del Gobierno eran gente paciente y servicial. Las dificultades del asunto no las inventaban ellos: en verdad era problemático encontrar en la reserva kikuyu una extensión de tierra no ocupada donde pudiera instalarse toda aquella gente y su ganado.

La mayor parte de los funcionarios llevaban mucho tiempo en el país y conocían bien a los nativos. Lo único que vagamente sugerían era que los kikuyus vendieran parte de su ganado. Sabían que de ningún modo lo harían y que si llevaban sus rebaños a un lugar demasiado pequeño provocarían, en el futuro, problemas sin fin con sus vecinos en la reserva, de los que tendrían que hacerse cargo otros comisionados de Distrito.

Pero cuando llegaba a la segunda petición de los aparceros, la de permanecer juntos, los que mandaban me dijeron que no había ninguna necesidad real de ello.

«Oh, no es cuestión de necesidad», pensaba, «hasta nuestros mendigos más miserables tienen cosas superfluas», y así siempre.

Durante toda mi vida he sostenido que puedes clasificar a la gente según puedas imaginarlos tratando con el rey Lear. No se puede razonar con el rey Lear, como tampoco se puede con un anciano kikuyu, y en cuanto a aquél exigía demasiado de todo el mundo; pero es que era rey. Es verdad que los nativos africanos no han entregado su país a los blancos con gesto de generosidad, así que el asunto es distinto que el del viejo rey y sus hijas; fueron los blancos los que convirtieron al país en un protectorado. Pero no hay que olvidar que no hace mucho tiempo, en un tiempo que se puede recordar aún, los nativos habían sido dueños de la tierra sin que nadie se la disputara y jamás habían oído hablar de los blancos y de sus leyes. Dentro de la inseguridad general de su existencia, la tierra seguía siendo algo constante. Algunos de ellos fueron llevados por los tratantes de esclavos y vendidos en el mercado, pero otros permanecieron siempre. Los que fueron conducidos al exilio y la esclavitud, por todo el mundo oriental, soñaban con las tierras altas, porque eran suyas. Los ancianos nativos de piel oscura y ojos claros y los viejos elefantes de piel oscura y ojos claros, eran parecidos; los veías allí,

sobre aquel suelo, repletos de las impresiones del mundo circundante que han reunido y amontonado en sus confusas mentes; son parte de la tierra. Cada cual a su manera, se siente perplejo a la vista de los grandes cambios que se han producido en torno suyo y si te preguntan dónde están, debes responderles con las palabras de Kent: «En tu reino, señor».

Al final, cuando empezaba a creer que me pasaría toda mi vida yendo y viniendo a Nairobi y hablando en las oficinas gubernamentales, me informaron repentinamente que mi solicitud había sido concedida. El Gobierno estaba de acuerdo en conceder una parte de la reserva forestal de Dagoretti a los aparceros de mi granja. Allí podrían formar un asentamiento propio, no lejos de su antiguo emplazamiento, y después de la desaparición de la granja podrían seguir conservando sus rostros y sus nombres como comunidad.

La noticia de esta decisión fue recibida en la granja con una profunda emoción silenciosa. Era imposible decir, mirando el rostro de los kikuyus, si habían tenido fe en que el caso se resolvería o, por el contrario, desesperaban. Tan pronto como estuvo resuelto, entraron inmediatamente en una carrera de múltiples y complicadas peticiones y propuestas en las cuales me negué a entrar. Permanecían junto a la casa, y me miraban de otro modo. Los nativos tienen tal confianza y tal fe en la fortuna que después de que algo había salido bien, empezaban a confiar en que todo saldría adelante y que me quedaría en la granja.

Resuelto el destino de los aparceros me sentí enormemente tranquila. Raras veces me he sentido tan contenta.

Luego, al cabo de dos o tres días, el sentimiento de que había terminado mi obra en el país se apoderó de mí, y pensé que debía irme. Había terminado la recolección del café, el molino estaba cerrado, la casa vacía y los aparceros tenían su tierra. Las lluvias habían pasado y la nueva hierba crecía alta en las praderas y en las colinas.

El plan que había ideado al principio de ceder en las cuestiones menores para resistir en las de vital importancia había sido un fracaso. Había consentido en dar todas mis posesiones una por una, como una especie de rescate por mi propia vida, pero ahora ya no me quedaba nada, yo misma era la más ligera de todas, el destino podía encargarse de mí.

Había luna llena en aquellos días, brillaba en la habitación desnuda y reflejaba en el suelo la forma de las ventanas. Pensé que la luna se preguntaría cuánto tiempo pensaba permanecer en un lugar del que todo se había marchado. «Oh, no», dijo la luna, «el tiempo significa muy poco para mí».

Me hubiera gustado quedarme hasta ver a los aparceros instalados en su

nuevo lugar. Pero la medición de la tierra llevaba tiempo y no era seguro cuándo podrían ir.

## V

### Adiós

Por entonces fue cuando los ancianos de la vecindad decidieron celebrar un ngoma para mí.

Esas ngomas de los ancianos habían sido grandes celebraciones en el pasado, pero ahora las danzaban en raras ocasiones y durante todo el tiempo que estuve en África no vi ninguna. Me hubiera gustado mucho verla, porque los propios kikuyus las tenían en muy alta estima. Se consideraba un honor para la granja que se celebrara en ella la danza de los ancianos, mi gente empezó a comentado mucho antes de que se celebrara.

Hasta Farah, que habitualmente menospreciaba las ngomas nativas, esta vez estaba impresionado por la decisión de los ancianos.

—Esta gente es muy vieja, Memsahib —dijo—, pero que muy, muy vieja.

Era curioso oír a los jóvenes leones kikuyus hablar con reverencia y temor respetuoso de la próxima actuación de los viejos danzantes. Había una cosa respecto a estas ngomas que yo desconocía: estaban específicamente prohibidas por el Gobierno. No sé cuál era la razón para la prohibición. Los kikuyus debían de conocer de sobra la prohibición, pero prefirieron ignorada, fuera porque razonaban que en tiempos tan revueltos se podían hacer cosas que no se hacían en tiempos normales, o en verdad se olvidaran presa de las grandes emociones que les despertaba la danza. Ni siquiera fueron capaces de mantenerse en silencio sobre la ngoma.

Cuando llegaron los ancianos danzantes fue una visión rara, sublime. Eran unos cien, llegaron al mismo tiempo y algunos debían de proceder de lugares distantes de la casa. Los ancianos nativos son muy frioleras y por lo general se cubren y embozan en pieles y mantas, pero he aquí que vinieron desnudos, como si quisieran manifestar solemnemente la formidable verdad. Llevaban discretos atavíos y pinturas de guerra, pero unos cuantos traían sobre sus viejos cráneos calvos el tocado de plumas de águila negra que se veía sobre las cabezas de los jóvenes danzantes. No necesitaban ningún adorno más, estaban impresionantes así. No necesitaban, como las antiguas bellezas en los salones de baile europeos, esforzarse por conseguir un aspecto juvenil, porque todo el centro y el peso de la danza, tanto para ellos como para los espectadores, estribaba en la vejez de los intérpretes. Llevaban unas curiosas marcas, que

antes nunca había visto. Sobre sus torcidos miembros llevaban pintadas con tiza unas rayas, como si quisieran, con su profunda sinceridad, resaltar la rigidez y fragilidad de sus huesos bajo la piel. Al avanzar, en una lenta marcha introductoria, sus movimientos eran tan curiosos que me pregunté qué clase de danza íbamos a ver.

Mientras los contemplaba me sobrevino una fantasía que ya había tenido antes: no me iba a marchar de África, no podía dejar África, sino que era el país quien lenta y gravemente se separaba de mí, como el reflujó de una marea. La procesión que pasaba por delante de mí estaba formada por mis fuertes y carnosos danzantes de ayer y de antes de ayer que se iban marchitando ante mis ojos, que se iban extinguiendo para siempre. Se estaban yendo a su manera, cortésmente, con una danza; la gente estaba conmigo y yo con la gente, todos contentos.

Los ancianos no hablaban, ni siquiera uno con otro, estaban ahorrando fuerzas para el esfuerzo que tendrían que hacer.

En el mismo momento en que los danzantes se habían alineado para empezar la danza llegó a casa un askari de Nairobi con una carta para mí, en la que me decían que se suspendiera la ngoma.

No lo entendí, de tan inesperado que era, y tuve que leer la carta dos o tres veces. El askari que la trajo estaba tan impresionado por la importancia del espectáculo suspendido que no dijo una palabra ni a los viejos ni a mis sirvientes, ni molestó ni fanfarroneó, como suelen hacerla porque les gusta mostrar la plenitud de su poder a los demás nativos. Durante toda mi vida en África no pasé jamás por un trance tan amargo. Nunca me sentí tan irritada por las cosas que me ocurrían. Ni siquiera se me ocurrió hablar; las palabras se habían vuelto algo inútil.

Los viejos kikuyus permanecieron quietos como un rebaño de ovejas, mirándome fijamente a la cara con sus ojos que asomaban bajo los arrugados párpados. No podían, en un segundo, renunciar a algo que ansiaban, algunos de ellos hacían movimientos convulsivos con las piernas; habían venido a danzar e iban a danzar. Al final les dije que nuestra ngoma había sido prohibida. Sabía que la noticia en sus mentes tomaría un aspecto distinto, aunque no sabía cuál. Quizá se dieron cuenta en seguida que no se podía hacer la ngoma porque ya no había nadie para quién bailar, puesto que yo no existía desde hacía tiempo. Tal vez creyeran que ya se había celebrado, una ngoma sin par, con tal fuerza que reducía a la nada todo lo demás, y que cuando terminó, todo se había terminado.

Un perrillo nativo en el prado aprovechó la quietud para ladrar con fuerza y el eco me hizo recordar:



... los perritos y todo,

Iray, Blanch y Sweetheart, mira, me ladran.

Kamante, que tenía a su cargo el tabaco para dar a los ancianos después de la danza, con su habitual habilidad silenciosa pensó que había llegado el momento de repartirlo y se acercó con una calabaza grande llena de rapé. Farah le indicó con la mano que se apartara, pero Kamante era un kikuyu, comprendía a los viejos danzantes y se salió con la suya. El rapé era una realidad. Lo distribuimos entre los viejos. Al cabo de un ratito se fueron.

Las personas de la granja que sintieron más mi marcha fueron, me parece, las viejas. Las ancianas kikuyus soportaban una vida dura y se habían encallecido tanto que, como viejas mulas, te mordían si podían. Soportaban cualquier enfermedad que mataba a los hombres, como pude comprobar en mi práctica como doctora, eran más salvajes que éstos todavía más incapaces de la facultad de admiración. Habían tenido muchos hijos y les habían visto morir; no tenían miedo de nada. Llevaban cargas de leña, con una correa por la frente para sujetadas, de trescientas libras, tambaleándose bajo su peso, pero no estaban vencidas; trabajaban en el duro terreno de sus shambas, dobladas de sol a sol. «Desde allí ella busca la presa y sus ojos miran a lo lejos. Su corazón es firme como una piedra, tan duro como una piedra de molino. Se burlaba del miedo. Cuando se erguía desdeñaba al caballo y al jinete. ¿Crees que va a suplicarte? ¿Que va a decirte suaves palabras?». Y tenían todavía una gran reserva de energía; irradiaban vitalidad. Las viejas estaban muy interesadas por todo lo que sucedía en la granja y podían caminar diez millas para asistir a una ngoma de los jóvenes; una broma, una copa de tembu hacía que sus arrugados rostros se disolvieran en una carcajada. Esta fuerza y su amor a la vida me resultaban no sólo muy respetables, sino gloriosos y fascinadores.

Las ancianas de la granja y yo siempre fuimos amigas.

Ellas eran las que me llamaban Jerie; los hombres y los niños —excepto los muy pequeños— nunca me llamaban así. Jerie es un nombre femenino kikuyu, pero tiene algo de especial: cuando nace una chica en una familia kikuyu mucho tiempo después de sus hermanos y hermanas, la llaman Jerie y supongo que en el nombre hay una nota afectuosa.

Ahora las ancianas se dolían de que yo las dejara. De esos últimos tiempos conservo la imagen de una mujer kikuyu, sin nombre, porque yo no la conocía bien, creo que era de la aldea de Kathegu y debía ser la esposa o viuda de uno de sus hijos. Venía hacia mí por un sendero en la pradera llevando sobre las espaldas una carga de las largas y pesadas varas que los kikuyus empleaban para construir los techos de sus cabañas —lo que es un trabajo femenino para ellos—. Las varas debían tener quince pies de largo; cuando las mujeres las

cargaban las ataban por los extremos y los altos y cónicos fardos le daban a quien los llevaba, cuando caminaba, la silueta de un animal prehistórico o de una jirafa. Los palos que llevaba aquella mujer estaban todos negros y chamuscados, tiznados por el humo de la cabaña durante muchos años; eso significaba que había desmontado su casa y llevaba los materiales de construcción hacia el nuevo suelo. Cuando nos encontramos se quedó quieta, obstaculizándome el paso por el sendero, me miraba como una jirafa en una manada, que te encuentras en la llanura y que vive, siente y piensa de forma inconcebible para ti. Después de un momento rompió a llorar, las lágrimas corrían por su rostro como una vaca que se pone a hacer aguas en la llanura delante de ti. No dijo ni una palabra, ni yo tampoco y al cabo de unos minutos cedió el paso y nos separamos, caminando en direcciones opuestas. Pensé que después de todo llevaba consigo algunos materiales con los cuales comenzar su nueva casa y me la imaginé, poniéndose a trabajar, atando los palos y haciendo un techado.

Los pequeños pastorcillos de la granja, que en sus vidas habían conocido un tiempo en que yo no hubiera vivido en la casa, estaban muy excitados y nerviosos ante la idea de que me iba a marchar. Para ellos, debía ser difícil y arriesgado imaginarse el mundo sin mí, como si la providencia les fuera a abandonar. Emergían entre las altas hierbas cuando yo pasaba y me gritaban: «¿Cuánto te vas, Msabu? ¿Msabu, dentro de cuántos días te vas?».

Cuando al fin llegó el día de marcharse aprendí la extraña lección de que ocurren cosas que te es imposible imaginar, sea de antemano, o en el momento en que se producen o después al recordarlas. Las circunstancias pueden tener una fuerza motriz que genera acontecimientos sin ayuda de la mente o percepción humana. En esas ocasiones eres consciente de lo que pasa al seguido con atención momento a momento, como un ciego al que guían y que pone un pie delante del otro con prudencia, pero sin saber dónde pisa. Las cosas te ocurren y tú lo sabes, pero salvo eso no tienes ninguna relación con ellas, no conoces la clave de su causa o su significado. Los animales salvajes en un circo me parece que hacen su programa de la misma forma. Los que han pasado por acontecimientos semejantes pueden decir, de alguna manera, que han pasado por la muerte —no mediante la imaginación, sino mediante la experiencia.

Gustav Mohr llegó en su automóvil por la mañana temprano para ir hasta la estación de ferrocarril conmigo. Era una mañana fresca, pero había poco color en el aire o en el paisaje. Estaba muy pálido y parpadeaba, me acordé de lo que me decía un viejo capitán noruego de un ballenero en Durban, que a los noruegos no les afecta una tormenta, pero que su sistema nervioso no aguanta una calma. Tomamos el té, juntos en la mesa de la piedra de molino, como habíamos hecho muchas veces. Aquí, al oeste, las colinas delante de nosotros,

con una neblina gris sobre los arroyos, vivían gravemente un momento más en sus miles y miles de años. Sentía mucho frío, como si estuviera allá arriba.

Mis criados seguían en la casa vacía, pero ya habían, por así decirlo, trasladado su existencia a otra parte; sus familias y sus pertenencias se habían marchado. Las mujeres de Farah y Saufe se habían ido a la aldea somalí de Nairobi en un camión, el día anterior. Farah iría conmigo hasta Mombasa y también el hijo más joven de Juma, Tumbo, porque era lo que más deseaba en el mundo y cuando le ofrecieron como regalo una vaca o un viaje a Mombasa, escogió esto último.

Me despedí de cada uno de mis criados y cuando me marché, a pesar de que habían recibido cuidadosas instrucciones de que cerraran las puertas, las dejaron abiertas de par en par. Era un gesto típico de los nativos, como si con ello quisieran decir que yo volvería, o tal vez lo hicieron para indicar que no existía razón para cerrar las puertas y que daba igual dejadas abiertas a todos los vientos. Farah fue conduciendo lentamente, al paso de un camello, por el camino y fuera de la vista de la casa. Cuando llegamos al estanque le pregunté a Mohr si teníamos tiempo para parar un momento, bajamos y fumamos un cigarrillo en la orilla. Vimos peces en el agua, que pescaría y comería gente que no sabía su importancia y que nunca había visto al viejo Knudsen. Aquí Sirunga, el nieto pequeño de Kaninu, que era epiléptico, apareció para darme el último adiós, porque había estado rondando la casa incesantemente para hacerla los últimos días. Cuando nos metimos en los automóviles otra vez para marcharnos, comenzó a correr tras ellos tan rápido como pudo, como si el viento le empujara en el polvo porque era muy chiquitito, como la última y pequeña chispa de mi hoguera. Corrió hasta donde el camino de la granja desembocaba en la carretera y temí que pudiera seguirnos aún; hubiera sido como si la granja se dispersara y saliera volando en todas las direcciones, como cáscaras de maíz. Pero se detuvo en la esquina, después de todo pertenecía a la granja. Se quedó allí y nos miró durante todo el tiempo que yo seguí viendo el camino de la granja.

Camino de Nairobi vimos cierta cantidad de langostas en la hierba y en la misma carretera, unas cuantas chocaron contra el automóvil, como si fueran a asolar el campo de vez más.

Muchos de mis amigos habían venido a la estación para despedirse de mí. Allí estaba Hugh Martin, triste y nonchalant, y cuando vino a despedirse vi a mi doctor Pangloss de la granja como una figura solitaria y heroica, con toda su soledad a cuestas, y fue como un símbolo de África. Nos despedimos afectuosamente: lo habíamos pasado muy bien juntos y habíamos tenido muchas y sabias conversaciones. Lord Delamere estaba un poco más viejo, un poco más pálido y con el pelo más corto que cuando tomé con él té en la reserva masai, al ir allí con mis bueyes, al principio de la guerra, pero seguía

siendo tan extraordinariamente cortés como antes. La mayoría de los somalíes de Nairobi estaban en el andén. El viejo tratante de ganado Abdallah se acercó y me regaló una sortija de plata, con una turquesa, para que me diera suerte. Bilea, el sirviente de Denys, me dijo gravemente que presentara sus respetos al hermano de su amo en Inglaterra, en cuya casa había vivido en los viejos tiempos. Las mujeres somalíes, me dijo Farah, habían estado en la estación en rickshas, pero, al ver a tantos hombres somalíes juntos, tuvieron vergüenza y se fueron.

Gustav Mohr y yo nos dimos la mano cuando ya estaba en el tren. Ahora que el tren empezaba a moverse recuperó su equilibrio mental. Quería darme ánimos con tanta fuerza que se sonrojó; su rostro llameaba y sus ojos claros resplandecían al mirarme.

En la estación Samburu de la línea bajé del tren mientras echaban agua a la máquina y paseé con Farah por el andén.

Desde allí, al suroeste, vi las colinas de Ngong. La noble ondulación de la montaña se alzaba sobre la tierra llana, toda azulada como el aire. Pero estaba tan lejos que los cuatro picos parecían insignificantes, apenas distinguibles y muy diferentes a como se les veía desde la granja. La silueta de la montaña fue borrada y nivelada lentamente por la mano de la distancia.

FIN